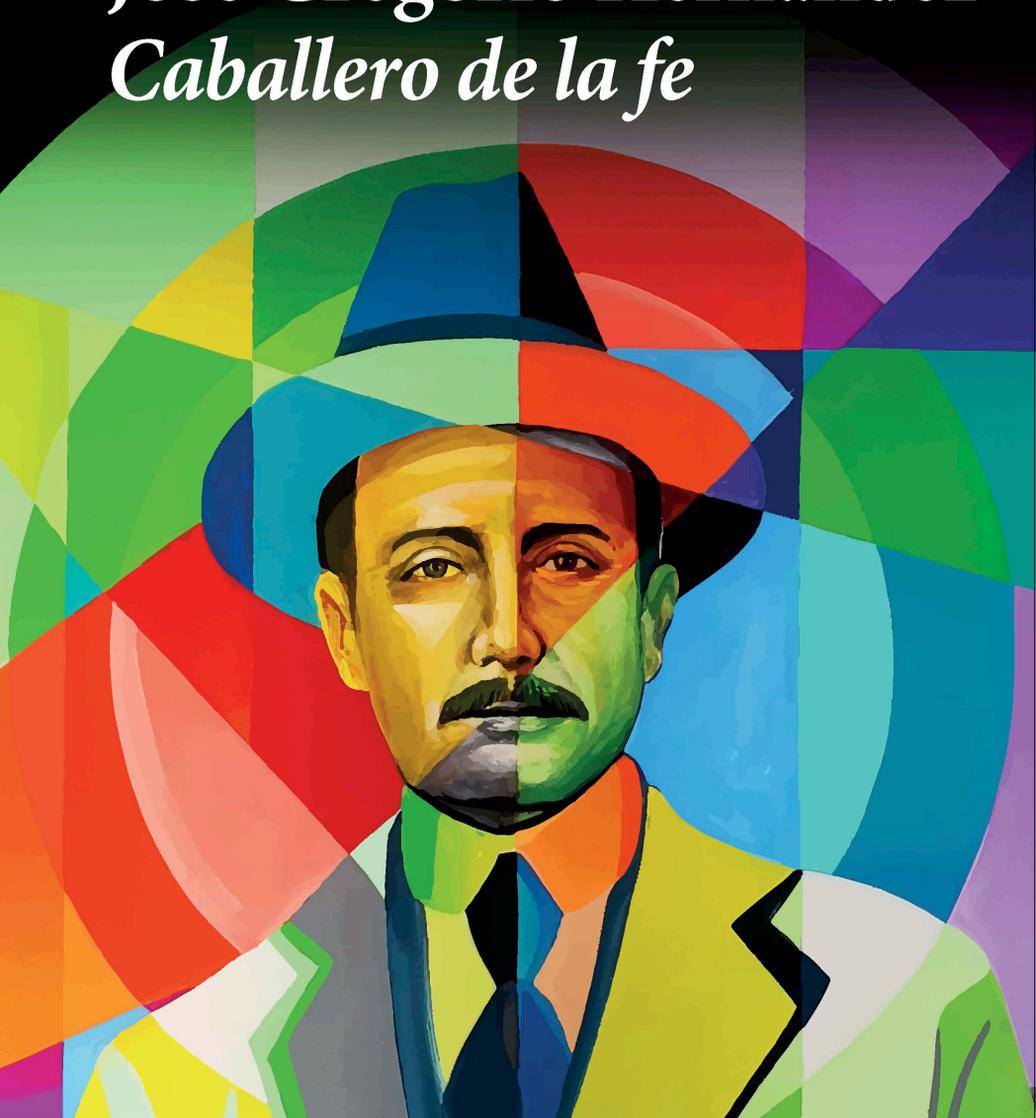


**Luis Hernández Carmona**

**José Gregorio Hernández**  
*Caballero de la fe*







# José Gregorio Hernández

## Caballero de la fe

1ª. edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Luis Javier Hernández Carmona

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.

**Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

**Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

**Redes sociales**

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

**Edición y corrección**

José Jenaro Rueda R.

**Diagramación**

Odalís Vargas

**Diseño de portada**

Darianyel Molina

**Imagen de portada**

*José Gregorio Hernández* de Rodolfo Manchego

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5764-0

Depósito legal: DC2025000762

Luis Javier Hernández Carmona

**José Gregorio Hernández**  
**Caballero de la fe**

Una mirada desde la filosofía  
de la voluntad



*...A mi madre,  
cristiana ejemplar de rezos mustios y fe inquebrantable.*

*...A mi padre,  
quien ocurría con devoción y certeza al auxilio místico del Siervo de Dios.*



*... Nuestra voluntad es, para nosotros mismos, muy bien conocida;  
pues ni siquiera sabría que yo quiero,  
si no supiera qué es la voluntad misma.  
Así, pues, la voluntad se define de este modo:  
la voluntad es un movimiento del espíritu,  
en ausencia de coacción, para no perder algo o para conseguirlo...*

SAN AGUSTÍN

*... Dios no ha de forzar nuestra voluntad;  
toma lo que le damos; mas no se da a sí del todo  
hasta que nos damos del todo...*

SANTA TERESA DE JESÚS



## A modo de presentación

Con relativa frecuencia hemos discutido acerca de la condición de místico y hombre de ciencia del doctor José Gregorio Hernández Cisneros. No pocas investigaciones reflejan esa doble circunstancia: la de ser, por una parte, hombre de Dios y tenaz buscador de la santidad; y, por otra, profesional de la ciencia médica e introductor de novedosas materias en la carrera de medicina de la Universidad Central de Venezuela, como Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología.

Con ocasión de su muerte, el doctor Luis Razetti –su grande amigo, pero con quien mantuvo diferencias ideológicas– publicó un artículo en *El Universal*, subrayando esa doble condición de místico y hombre de ciencia; decía:

... fue médico y científico al estilo moderno: investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla... Fue médico profesional al estilo antiguo; creía que la medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa cariñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error. Fundó su reputación sobre el inmovible pedestal de -su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación.<sup>1</sup>

---

1 *El Universal*, 1 de julio de 1919.

Ya durante su vida, el doctor Hernández era acreditado hombre de Dios y hombre de ciencia. A pesar de ser suficientemente conocido por esas dotes, de tanto en tanto sorprendía a sus colegas ocupándose del cultivo de artes diferentes a la docencia universitaria y a las investigaciones médicas. Y, aunque suene raro, también encontró tiempo para adentrarse en las sublimes regiones de la filosofía. Con motivo de la publicación del libro *Elementos de filosofía*, del doctor Hernández, el presidente de la Academia de Medicina, doctor Arturo Ayala comenta:

Preciso es convenir que nuestro benemérito colega, el doctor José Gregorio Hernández, posee entre otras múltiples cualidades el raro don de sorprendernos. Cuando lo suponíamos con la vista fija en el lente del microscopio, para arrancarle los signos característicos de nuestras entidades patológicas, lo vemos ascender con majestuoso vuelo a las serenas regiones de la filosofía; y en sintético lenguaje, con independencia de criterio que le honra y revela al hombre de ciencia, aborda los más abstrusos problemas filosóficos.<sup>2</sup>

Ese raro don de sorprender que tenía el doctor Hernández fascinó a amigos, colegas y alumnos, tanto que, a meses de publicados los *Elementos de filosofía*, fue necesario hacer una segunda edición el mismo año 1912. Y casi 50 años después el rector de la Universidad Católica Andrés Bello, el jesuita Pedro Barnola, revisa lo acontecido y muestra su admiración no tanto por el hecho de reeditarse un libro en tan poco tiempo, sino por tratarse de una nueva edición de un libro de filosofía en Venezuela, en cuestión de meses<sup>3</sup>; para colmo corregida y aumentada. Afirma el padre Barnola que nada substancial fue cambiado ni modificado, lo que indica que el doctor Hernández estaba en posesión de una filosofía

---

2 José Gregorio Hernández C. *Obras completas*, anteproyecto a *Elementos de filosofía*, Ediciones de OBE-Organización de Bienestar Estudiantil, Caracas: 1968, pp. 789-790.

3 Cf. *idem*, p. 790.

“firme y bien asimilada”. Sorprende, pues, la faceta filosófica de José Gregorio Hernández y la amplia aceptación de un escrito suyo de ese género.

Pero el asombro y la sorpresa se apoderan nuevamente de nosotros, un siglo después de la publicación de *Elementos de filosofía*, cuando un paisano del Médico de los Pobres, apellidándose del mismo modo y ostentando el mismo título de doctor, lanza a la luz una original publicación en la que destaca la condición de José Gregorio Hernández Cisneros como filósofo y apasionado de la lingüística. Así, pues, con asombro y grata sorpresa, presento el libro *José Gregorio Hernández, caballero de la fe. Una mirada desde la filosofía de la voluntad*, escrito por el doctor Luis Javier Hernández Carmona, oriundo de las bucólicas tierras boconesas, docente universitario de aquilatada trayectoria y actual director del Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias de la Universidad de Los Andes, Núcleo “Rafael Rangel”, Trujillo.

La obra que hoy presentamos, *José Gregorio Hernández, caballero de la fe. Una mirada desde la filosofía de la voluntad*, se enmarca en el contexto de este “Congreso Académico José Gregorio Hernández, entre la santidad y la devoción”, que tiene lugar en estos parajes santos de Isnotú en la proximidad del centésimo quincuagésimo primer aniversario del nacimiento del Médico de los Pobres, el lunes 26 de octubre de 2015. El libro de Luis Javier Hernández revisa, fundamentalmente, los *Elementos de filosofía* (1912), así como los escritos sobre arte y discurso estético; además de la producción epistolar del doctor Hernández Cisneros. Para ello se soporta teóricamente en los postulados filosóficos de Schopenhauer, Kant, Nietzsche, Husserl y Ricoeur, entre otros. Metodológicamente, toma como principio la ontosemiótica, teoría que el autor viene desarrollando desde 2010 para interpretar al sujeto y sus mundos de significación, desde las relaciones intra e intersubjetivas que permiten la configuración de ciudadanías en contexto de lo cotidiano y lo universal.

Avancemos un poco más. El libro *José Gregorio Hernández, caballero de la fe* se estructura en cinco capítulos que conducen pedagógicamente al lector a una contemplación del doctor Hernández Cisneros –en primer lugar– como filósofo de la voluntad; luego, como voluntad que se hace estética en la poesía y la oración mística; y, finalmente, como caballero de la fe que hace patente en su vida el *fiat voluntas tua* de aquella hermosa oración de los hijos de Dios. El punto de partida desde el que se inicia ese original recorrido es el siguiente:

José Gregorio Hernández fue un romántico que intentó unir lo científico y lo humanístico a través de la sensibilidad trascendente de los sujetos, en la asunción de diversas posicionalidades o ciudadanías –a saber: lo íntimo, lo científico, lo humano y lo místico– desde su quehacer cotidiano.

Nos refiere el autor que José Gregorio Hernández incursiona en una filosofía de la voluntad que surge de su convicción a favor de lo sensible y lo trascendente; una filosofía que, más que conocimiento teórico, es acción. Así vista, la filosofía de la voluntad del Médico de los Pobres –en criterio de Luis Javier Hernández– “se diversifica entre lo íntimo y lo colectivo como forma de conciencia forjada a través de la voluntad que produce un convencimiento, y por ende, la acción humana”. En otras palabras, nuestro autor observa en el humano ser del doctor Hernández Cisneros una clara conciencia, un sólido convencimiento, de ser un instrumento de Dios que se expresa en diversidad de acciones caritativas hacia los más necesitados: los aquejados de cualquier dolencia o enfermedad en casas y hospitales; los atormentados por la ignorancia o pobreza de conocimientos en las aulas universitarias; los espíritus cultivados de su tiempo que abrazaban –muchos de ellos acriticamente– las poderosas tesis del positivismo y del evolucionismo, cerrando sus corazones a la metafísica y a toda posibilidad real de ciencia. Una voluntad hecha filosofía de vida al servicio concreto de los necesitados. De ahí que nos diga el autor:

José Gregorio Hernández tiene plena conciencia como ser de la trascendencia que ha asumido la vida a manera de apostolado, que desde la acción humana ha consagrado su vida a través de la filosofía como base de su voluntad, siendo esa voluntad el principio rector de su filosofía.<sup>4</sup>

En la filosofía de la voluntad que asumió el doctor Hernández Cisneros, *voluntad* ha de entenderse como facultad de querer, que implica la *trascendencia* y que mueve la acción del humano ser hacia el bien. El Médico de los Pobres se hace eco de la tradición tomista, que resuena lejanamente en el idealismo de Immanuel Kant, según la cual, voluntad es la facultad superior del alma que se manifiesta en el querer o decidir; sin duda, un querer y decidir a favor de la *trascendencia* en la afirmación del ser personal en clave intersubjetiva. ¡Cuán cerca de Nietzsche se colocaba el doctor Hernández al referir la voluntad como autoafirmación de la persona en su querer o decidir, nos alerta Luis Javier; pero, cuán lejos está del Soñador, de *Sils María*, cuando ata la voluntad del humano ser a Dios!; huelga aclarar, entonces, que no es lo mismo el poder de la voluntad de Hernández Cisneros que la voluntad de poder nietzscheana. En José Gregorio Hernández la voluntad de servicio al prójimo está fortificada por la pasión por un Dios que es *voluntad* bondadosa y que provee la bondad en las acciones humanas. Finalmente, tal voluntad apasionada por Dios y por el servicio al prójimo se ve robustecida por el arte, especialmente por la poesía y la música.

A esta altura de mi presentación es menester preguntarnos:

¿Qué debemos tener en cuenta para enfrentar con éxito la lectura de *José Gregorio Hernández, caballero de la fe*? En primer lugar, hemos de recordar que para José Gregorio, ¡no se puede vivir sin filosofía! Justo con esa afirmación inicia el Prólogo de *Elementos de filosofía*: “Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es

---

4 Luis J. Hernández Carmona. *José Gregorio Hernández. Caballero de la fe. (Una mirada desde la filosofía de la voluntad)*, pp. 21-22.

indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y, en particular, de la vida intelectual”<sup>5</sup>. Este libro de Luis Javier Hernández nos descubre una novedosa faceta en el Médico de los Pobres y nos reconcilia con el quehacer filosófico: desde niños, cuando empezamos a preguntarnos por las cosas, empezamos a ser filósofos... Y es que, para José Gregorio Hernández

... el alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía... Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.<sup>6</sup>

Filosofía que hace posible la vida y nos llena de paz. Filosofía que lleva nuestra voluntad a la *trascendencia* y nos mueve a la búsqueda del bien común. Filosofía que nos convierte en pueblo reflexivo, inteligente, sabio y sereno; en pueblo apasionado por la filosofía misma.

En segundo lugar, hemos de ser conscientes que el libro *José Gregorio Hernández, caballero de la fe* no es una lectura fácil y dirigida a todo público. Nietzsche se gozaba de tener selectos lectores y de, muchas veces, no ser entendido. Entre sus libros, el *Also sprach Zarathustra* ocupó un sitio de honor como su creación más consentida; sin embargo, lo subtítulo así: *Un libro para todos y para nadie*. No escribía Nietzsche para todas las gentes y hasta le parecía justo no ser comprendido:

... que hoy no se me oiga, que hoy no se sepa tomar nada de mí, eso no solo es comprensible, eso me parece incluso lo justo. No quiero ser confundido con otros, para ello, tampoco yo debo

---

5 José Gregorio Hernández. *Elementos de filosofía*, p. 799.

6 José Gregorio Hernández C. *Obras completas*, prólogo a *Elementos de filosofía*, p. 800.

confundirme a mí mismo con otros... Tomar en las manos un libro mío me parece una de las más raras distinciones que alguien puede concederse, supongo incluso que para hacerlo se quitará los guantes, para no hablar de las botas.<sup>7</sup>

Pues, mis queridos amigos, *José Gregorio Hernández, caballero de la fe* no es para todos ni está destinado a cualquier lector. Requiere de un selecto público que maneje nociones fundamentales de filosofía, ontolingüística y semiología. Les ruego, respetuosamente, sean benévolos con mi sincera confesión: lejos de desanimarles en la lectura, considero una formidable distinción el tomar este libro en nuestras manos, aunque tengamos que usar los finos guantes del discurso racional y hasta quitarnos las botas de la ignorancia vencible en materia de lingüística y hasta de fe. ¡Vale la pena intentarlo!

En tercer lugar, hemos de tener en cuenta que a través de la lectura de *José Gregorio Hernández, caballero de la fe* somos invitados a fortalecer nuestra voluntad para conseguir la eternidad. En esto Luis Javier Hernández no se cansa de insistir: vivir la vida con una filosofía de la voluntad, a ejemplo del Médico de los Pobres, nos lleva al cielo. Voluntad para religarnos con el Dios que hemos recibido de nuestros padres y la fe en que hemos nacido; voluntad para la búsqueda denodada del bien común en el cultivo fraterno de las relaciones interpersonales; voluntad que nos lleva a anhelar la eternidad dichosa, prometida a quienes hayan sido fieles al evangelio de Jesucristo. Por eso, imploremos con fe y perseverancia cada día: “Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo”; así lo vivió José Gregorio, así nos los recuerda este original libro.

Todavía los DOCTORES HERNÁNDEZ siguen teniendo el raro don de sorprendernos. Con pertinencia y profundidad, Luis Javier pone ante nosotros, sus selectos lectores, esta invaluable obra como

---

7 Friedrich Nietzsche. *Ecce Homo*, Alianza Editorial, Madrid: 1996, p. 15.

decidido aporte al estudio de una faceta poco explorada en el Médico de los Pobres, el paisano, el cristiano ejemplar.

MONS. DR. WILFREDO JOSÉ LINARES DELFIN

## A modo de excusa

Diversas apreciaciones se han hecho sobre José Gregorio Hernández; en gran medida, fundamentadas en el altruismo demostrado por el Médico de los Pobres y la gran concreción del espíritu cristiano, manifestado por el denodado servicio a Dios y la proclamación de la fe cristiana al servicio de los demás. Obviamente, este razonamiento está más que fundado dentro del ejercicio profesional e intelectual de José Gregorio Hernández; mientras que su acepción mística viene dada por los milagros de los que da fe el pueblo creyente. No obstante, al reconocimiento a su devoción y servicio, en muy pocas oportunidades se escucha hablar de José Gregorio Hernández en cuanto a sus planteamientos sobre el sujeto y su *voluntad* de trascendencia, hecho que considero el elemento fundamental para apelar a su sanidad, devoción y entrega cristiana. Esto es, José Gregorio Hernández *filósofo voluntarista* con una profunda concreción en Dios como verdad fundamental de los hombres.

Y que mejor espacio para escuchar a Hernández Cisneros disertar sobre el *ser* y su trascendencia que sus *Estudios filosóficos*<sup>1</sup> que, junto con los textos de creación artística, demarca un modo

---

1 Es imprescindible hacer referencia aquí a la importancia personal que José Gregorio Hernández atribuyó a su libro *Elementos de filosofía* (1912) desde el punto de vista personal. Para soportar esta aseveración, cito a continuación la carta que envía desde Caracas a Santos Dominici, el 20 de febrero de 1912:

de vida en torno al alma y el espíritu; razón por la cual hizo un transitar paralelo a su vida profesional y de servicio al prójimo; un viaje introspectivo en la búsqueda de su realización espiritual y conexión con lo suprasensible; y lo más importante de todo, lo logró, fue un hombre plenamente consciente y convencido de que la identidad humana se forja en la *voluntad* del sujeto. Terrenalmente, transitó el camino de la santidad; un ser íntegro que se consagró a Dios y sus semejantes, cumpliendo a cabalidad los preceptos del buen cristiano; consagró su cuerpo a la trascendencia del alma para hacerla sublime a imagen y semejanza de Dios, y desde esa modalidad de vida se convirtió en uno de los venezolanos más grandes de todos los tiempos.

Pero lo que hay que destacar de todo esto es que lo hizo por una convicción personal impresionante, al lograr la sublimidad trascendente de servir al objetivo máspreciado de su vida; al ser divino que guio en todo momento su acción humana, y eso es sencillamente admirable; profundamente conmovedor, que de hecho, le otorga la santidad más allá de los milagros y los auxilios divinos. José Gregorio Hernández es el más vivo ejemplo de la espiritualidad hecha hombre....

---

“Mi querido amigo: por este mismo correo te envié un pequeño libro que acabo de publicar sobre filosofía. Desde hace mucho tiempo deseaba realizar esta publicación porque escorbaba a los estudiantes de mi clase un tanto deficientes, y aun puedo decir sin injusticia, muy deficientes en esta materia, que como sabes se relaciona mucho con la fisiología que yo tengo que enseñar cada dos años. La razón de esta deficiencia me parece que depende de que los textos que ellos leen son muy difusos y a veces hasta incomprensibles para los que empiezan esos estudios [...] Para todo el mundo, ese libro no es otra cosa que un resumen banal de filosofía, pero a ti te confieso que esa pequeña obra es casi una confidencia, pues en ella están tratadas las cosas que más he amado en mi vida; son mis más caros afectos que lanzo a la calle. Puedo asegurarte que durante todo el tiempo de su composición me parecía que te tenía a mi lado, y que era a ti, a mi verdadero amigo, a quien le comunicaba todo lo que en él está escrito”.

Esta manera de ver a José Gregorio Hernández siempre me ha llamado la atención, pienso que allí se encuentran razones medulares para comprender, en mayor grado, a esta compleja personalidad que se agiganta en el tiempo y el espacio; siempre habían sido reflexiones conmigo mismo en el monólogo académico que nos mantiene asidos al mundo y la realidad. Hasta que con ocasión del II Claustro Académico del Seminario Mayor Sagrado Corazón de Jesús, de Trujillo, llegó la oportunidad de plantear públicamente, y ante un complejo y sincrético auditorio, estas ideas, para luego tomar la decisión de plasmarlas en un texto más concreto y decisivo que apunta una mirada hacia José Gregorio Hernández desde la *filosofía de la voluntad*.

Para ello, tomo como principio metodológico la *ontosemiótica*<sup>2</sup>, teoría que he desarrollado desde el 2010 para interpretar al sujeto y su representación sùgnica a partir de él mismo y la creación de representaciones simbólicas; mundos de significación y resignificación que parten de las relaciones intra e intersubjetivas como funcionabilidad enunciativa, de construcción del sujeto sensible-trascendente, de las figuraciones de ciudadanía que permiten el establecimiento de afinidades y empatías con los contextos; lo cotidiano y lo universal.

Además de las teorías filosóficas asumidas como soporte teórico: Schopenhauer, Kant, Nietzsche, Husserl, Ortega y Gasset, Ricoeur, entre otros, reviso el libro de José Gregorio Hernández, *Elementos de filosofía* (1912), como elemento medular de su pensamiento filosófico. Y al mismo tiempo, los escritos sobre arte y discurso estético, que junto con su producción epistolar permiten indagar sobre el estilo literario que se acerca poderosamente al Modernismo.

---

2 Y dentro de la causa principal de este trabajo, considerar a José Gregorio Hernández desde la filosofía de la *voluntad*, desde la perspectiva ontológica, es ser consustancial con su pensamiento, donde el alma es su *ser* esencial. En referencia a Platón, el *ser* es su alma; de allí la interrogante de, ¿cómo el alma determina la existencia del *ser*? Respuestas que, en torno a Hernández Cisneros, intentaremos responder a lo largo de este trabajo.

Esa corriente del pensamiento latinoamericano que se constituyó en filosofía de la identidad y voluntad de un continente que busca respuesta sobre sus orígenes y destinos. Y coincidentalmente, es la filosofía que alienta a la Generación del 18 en el occidente del país, liderada por Mario Briceño-Iragorry, Mariano Picón Salas y Jesús Enrique Losada. Y de allí poder hablar de un estilo literario de José Gregorio Hernández representado por el Modernismo, estilo literario que podemos determinar en los textos filosóficos propiamente dichos, pero también en la producción epistolar, donde se traduce el diálogo íntimo, por qué no, romántico.

De hecho, lo anteriormente esbozado me permite formular una premisa perentoria para tratar de demostrar a lo largo de este trabajo: *José Gregorio Hernández fue un romántico que intentó conjuntar lo científico y lo humanístico a través de la sensibilidad trascendente de los sujetos*. Para ello, asumió diversas posicionalidades que, para efectos de esta reflexión, llamaré *ciudadanías* desde la particularidad de conciencia y autorreconocimiento del sujeto y su quehacer cotidiano; ciudadanías que pudieran desglosarse en: científica, filosófica, telúrica-terrena y mística. Formas de aprehender el mundo desde las colateralidades del sujeto; el sujeto que reflexiona no desde el mero conocimiento, sino desde la sensibilidad trascendente que se ve materializada en los valores cristianos como elemento fundacional de la tríada Dios-hombre-voluntad. De allí que sus publicaciones estén soportadas por un profundo y profuso principio didáctico que apunta hacia la formación de valores, a la formación de sujetos en la mayor expresión de la sensibilidad.

# Capítulo 1

## Una acotación necesaria

### La filosofía entre el acaecer y el acontecer del sujeto

Recordemos que el Positivismo se configura en Latinoamérica como corriente filosófica que intenta otorgar un nuevo rumbo al continente mestizo; es la búsqueda de la emancipación cultural luego de que se ha separado de España a partir de la guerra de la independencia; en palabras de Arturo Sosa: “va a representar el nacimiento de una nueva etapa cultural, una forma nueva de vida intelectual, un método distinto de estudiar la ciencia; es, en resumen, una nueva actividad ante la vida”<sup>1</sup>. El citado autor esgrime el precepto comitiano de “lo útil frente a lo vano”, que estimula la utilidad práctica del conocimiento, la materialidad como sinónimo de desarrollo y progreso, en función de la aplicación del conocimiento científico.

Pero esa direccionalidad científica en Latinoamérica se ve permeada por el sincretismo que acompaña el pensamiento que busca afanosamente los preceptos identitarios entre la razón y la utopía. Entonces, filosofar se hace quehacer humano, acción del hombre que busca reivindicarse desde él mismo y los entornos que motivan

---

1 Arturo Sosa. “La corriente positivista en el pensamiento venezolano”. En: *Ensayos sobre pensamiento positivista venezolano*, 1985, p. 82.

diversas interpretaciones; muro de contención que encuentra el Positivismo en su negación de los valores humanos y la creación de un concepto de nación, más allá de las glorias épicas o de los modelos impuestos por el desarrollismo. Antes de un “nosotros” se antepone un “yo” que, a través de la relación intersubjetiva, se posiciona dentro de la historia de las ideas y los cambios sociales. En palabras de Andrés Arturo Roig:

Hay un “yo” y al mismo tiempo un “nosotros”, dados en un devenir que es el de la sociedad como ente histórico-cultural, captado desde un determinado horizonte de comprensión, desde el cual se juega toda identificación y, por tanto, toda autoafirmación del sujeto.<sup>2</sup>

Indudablemente, la época en que le toca vivir a José Gregorio Hernández es netamente positivista. En la segunda parte del siglo XIX y primera del siglo XX, el Positivismo se asume como la superación de la simple conjetura científica. Luis Razetti ha llamado a este siglo el *siglo de la biología*:

La enseñanza adoleció siempre de cierto espíritu de conservatismo que impedía el acceso a las aulas de los grandes progresos científicos que conmovían a diario el mundo intelectual. Prevalcían en filosofía: la metafísica de Leibniz o el idealismo de Kant; en fisiología, el vitalismo de la escuela de Montpellier.<sup>3</sup>

Si detallamos el comentario del Dr. Razetti, podemos determinar el sincretismo e hibridez que se presenta en el conocimiento, donde una serie de corrientes filosóficas convergen desde diferentes perspectivas de interpretación: positivismo, creacionismo, evolucionismo de Darwin y transformismo de Lamarck; Nietzsche, corrientes

---

2 Andrés Arturo Roig. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, 1981, p. 54.

3 Luis Razetti “El siglo de la biología”, en: *Gaceta Médica de Caracas*, 1901, enero 15, año VIII, n.º 1, p. 3.

neocriticistas –Escuela de Marburgo y filosofía de los valores–; Historicismo de Dilthey<sup>4</sup>, March y Avenarius y Husserl.

Y dentro de este sincretismo podemos determinar una triada determinante, que es fácilmente atribuible a esa influencia de las ciencias del espíritu donde, indudablemente, se encuentra la filosofía desde mucho antes de ser incluida dentro de este segmento de Dilthey. Por lo tanto, la triada aludida estará enfocada desde la interrelación alma-mundo-Dios, donde podemos apreciar una directa derivación kantiana: el sujeto real de los fenómenos psíquicos; el mundo como cosmogonía; Dios como teodicea<sup>5</sup>. Relación conceptual perfectamente aplicable al pensamiento filosófico de José Gregorio Hernández, que a continuación detallo, comenzando por las referencias que hace Hernández Cisneros sobre la inferencia kantiana, que supone que los objetos nos producen sensaciones que la inteligencia, por los principios de causalidad y sustancia, los interpreta, los conoce y los refiere a los objetos causantes de la sensación.

En el prólogo de *Elementos de filosofía* (1912) está contenido, en gran parte, la intencionalidad del texto que privilegia al *ser*; y lo llamado *filosofía* está relacionado con la reflexión, con el acaecer humano como principio fundamental del acontecer: “Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre. Bien trate de su vida sensitiva, de la vida moral y, en particular, de la vida intelectual”<sup>6</sup>. Fundamentalmente,

---

4 Recordemos que Dilthey propone en 1883 la separación entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu.

5 Y desde la teodicea reconocer la teología como una ciencia práctica, convirtiéndose en el medio ideal para encontrar la rectitud hacia el camino de Dios; el camino perfecto de la rectitud de la *voluntad*. Para así alejarse de la teología especulativa y delinear mecanismos que permitan la conducción hacia la conformidad con la *voluntad* de Dios.

6 Todas las citas sobre *Elementos de filosofía*, de José Gregorio Hernández, se asumen de la edición publicada en sus *Obras completas*, del año 1968, en Caracas, por la Universidad Central de Venezuela, con la compilación y notas del Dr. Fermín Vélez Boza, p. 799.

este texto contiene los criterios de José Gregorio Hernández sobre la forma más acertada de reflexionar sobre Dios, el hombre y el mundo constituido, porque ella: “es, en realidad, la historia misma del pensamiento humano y la descripción de las distintas vías por donde el hombre ha podido conseguir el conocimiento de la verdad”.

Asimismo a través de la filosofía se trascienden los tiempos<sup>7</sup> y los espacios porque ella permite la trasmigración del conocimiento, desde la esencia del *ser*, que lo lega a la humanidad a través de la historia como acción humana y no simple cronología de hechos y acontecimientos; de allí que:

No es la filosofía el patrimonio de una época o de un pueblo. El hombre desde los tiempos más remotos de la historia comenzó con

---

7 Es importante señalar, en este momento de la escritura, lo que significa tiempo y espacio para José Gregorio Hernández y así lograr una mayor comprensión de sus interpretaciones filosóficas, puesto que sus concepciones no aluden solo a lo estrictamente real, sino que incluye el *absoluto* como estructurante de ambas categorías:

“El tiempo y el espacio pueden ser reales o absolutos; el espacio y el tiempo reales son las relaciones de coexistencia y de sucesión de cuerpos externos o de fenómenos sucesivos actuales; el tiempo y el espacio absolutos se refieren a cuerpos y fenómenos posibles”.

Por lo que podemos inferir que la inclinación filosófica de Hernández Cisneros apunta hacia lo *absoluto* y la preeminencia de la espiritualidad como esencia constitutiva del *ser*. Obviamente, me estoy refiriendo al *absoluto* eterno, ligado a una filosofía de la identidad; lo absoluto como perfecta unidad entre el pensar y el intuir. El primero, ligado a sentido ideal de las cosas, y el segundo, a su fundamento real, tal y como lo expresa Schelling: “Pero en esta unidad absoluta, porque en ella, como hemos mostrado, todo es perfecto y por sí mismo absoluto, nada es distinguible de lo demás, pues las cosas se diferencian solo por sus imperfecciones y por los límites que son fijados por la diferencia entre la esencia y la forma. Pero en aquella naturaleza, sumamente perfecta, la forma es siempre igual a la esencia”. En: Friedrich W. J. Schelling, *Bruno o sobre el principio divino y natural de las cosas*, introducción y traducción de Francesc Pereña; 1985, p. 258. De allí que hacemos una relación directa con la esencia divina desde donde proviene la perfección de todo lo visible e invisible.

ahínco esa labor tenaz de la investigación y del estudio de la naturaleza, movido por el estimulante deseo de conocer a fondo las razones de todo lo que le rodea, ahondando de preferencia las cuestiones referentes a su origen, al papel que le toca desempeñar en el mundo y su fin.<sup>8</sup>

El devenir mismo de la humanidad va creando su dialéctica filosófica como forma consustancial de habitar el mundo bajo los intentos de comprenderlo e interpretarlo, de allí que Hernández Cisneros vislumbre lo filosófico como metodología fundamental para encontrar la verdad o, más bien, para construir las nociones de realidad, porque está consciente y convencido de que la verdad es una construcción filosófica:

La humanidad entera, desde entonces y para siempre, marchó en pos de la filosofía, dejándose dirigir dócilmente; tan dócilmente, que el adelanto en las cuestiones filosóficas han significado siempre un verdadero progreso para los pueblos, el retardo en el descubrimiento de la verdad o el desvío del propio camino que conduce a ella; ha aparejado, igualmente, un retroceso muy marcado en la marcha de la civilización; en los tiempos en que la filosofía ha prestado oído atento a la revelación y con ella han armonizado sus doctrinas haciéndose espiritualista, todo el mundo era espiritualista y religioso; y en otras, aquellas épocas como en la nuestra, en las cuales la filosofía ha profesado de preferencia las teorías materialistas, el mundo entero se ha vuelto materialista y ha negado obstinadamente lo sobrenatural.<sup>9</sup>

Consciente de este devenir filosófico y su determinante influencia en la humanidad, Hernández Cisneros es fiel creyente de la inteligencia humana como elemento que trasponga los criterios y balancee la esencia del hombre entre lo material y lo espiritual; disponga la posibilidad de trascender hacia lo ideal y lo infinito, que

---

8 Hernández, 2021, p. 181.

9 *Ibid.*, p. 182.

no se puede probar desde la comprobación científica, pero que ha creado toda una lógica del sujeto y un importante y representativo espacio de significación:

Pero la inteligencia humana ha sido creada para la verdad, por consiguiente, el reinado del error tiene siempre que ser efímero. Pasada la ofuscación producida en los espíritus por los grandes adelantos materiales con los cuales la ciencia experimental ha cambiado la faz del mundo, es de creerse que habrá de producirse muy pronto el triunfo de la sana filosofía<sup>10</sup>, la cual enseña al hombre, en verdad, a procurarse la civilización material, pero sin olvidar que sus destinos son mayores que los terrenos, y que tiene el deber de dirigir sus aspiraciones también a lo ideal y a lo infinito.

De esta manera, para Hernández Cisneros, la filosofía está consustancialmente unida al hombre, forma parte de su orden natural; de allí que identifica la filosofía con la necesidad de explorar el mundo, de la percepción del sujeto que cuando niño comienza a indagar dentro sus espacios para reconocerlos y posteriormente enunciarlos, a hacerse parte de ellos a través de la configuración de un complejo sistema de representación/reinterpretación de realidades<sup>11</sup>. De allí que Hernández Cisneros distinga dos tipos de seres que, indistintamente, van conformando un sistema filosófico: el rústico, representante del

---

10 Dentro de estas consideraciones de sana filosofía, podemos ubicar esa inclinación romántica de José Gregorio Hernández que lo lleva a trascender a partir de las reflexiones filosóficas y los textos místicos-literarios que buscan el acercamiento a través de la palabra con esa realidad establecida como imaginario subjetivado.

11 Desde esta perspectiva, podemos sustentar desde la semiótica y la consustancialidad entre el conocer, la fundación de un campo de representación que va desde lo intrasubjetivo a lo intersubjetivo, como forma de relacionarse con el mundo y constituirse como sujeto semiótico. Aún más, siendo la mirada –eje de la exploración– uno de los principios semióticos elementales con que cuenta el sujeto para percibir e interpretar mundos, constituirlos en sistemas representacionales.

conocimiento empírico-intuitivo, quien adquiere “laboriosamente en el transcurso de su vida algunos poquísimos principios filosóficos que le van a servir para ir formándose el pequeño caudal de ideas que han de ser alimento de su inculta inteligencia”.

Este sujeto, llamado por Hernández Cisneros *hombre rústico*, será quien a través de su mundo primordial –infancia, tradición, memoria, experiencia– pueda crear la visión que posibilite su actuar en función de principios éticos-sensibles y, del mismo modo, permitan que aprecie los valores colectivos desde la singularidad del sujeto. Con esta tipificación queda completamente esclarecida la posición del filósofo que, consciente de las potencialidades del conocimiento en la transfiguración del sujeto, habla del *hombre del espíritu cultivado*, que “en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de la inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como pensador”.

En esta categorización filosófica entre los dos tipos de hombres que esgrime José Gregorio Hernández surge un interesantísimo elemento que los une y, al mismo tiempo, hace que se establezca el procedimiento filosófico: el *dolor*: “En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces”. En tal sentido, el dolor es consustancial a la experiencia existencial que forma parte de la esencia sentida del *ser*.

El dolor es catalizador de su filosofía; a través de él se acendran los principios del hombre en cualquiera de las menciones citadas. El dolor se transfigura en sensibilidad trascendente que fragua la *voluntad* de los seres; es tatuaje íntimo que direcciona el accionar de los hombres hacia lo potencialmente humano<sup>12</sup>. En este sentido se

---

12 Dentro de esta perspectiva hay puntos coincidentes entre Mario Briceño-Iragorry y José Gregorio Hernández. Dos vidas paralelas que transmutan una filosofía de la *voluntad*; ambos ven en la vida asceta la forma de trascender; ambos creen –y la practican– que la vida es el principio ético de

hace afín a los planteamientos de Mauricio Maeterlinck, para quien: “Ya llegará un momento en que toda su alma surja del fondo del dolor como agua y pura”. Esa filosofía devenida del dolor, Mario Briceño-Iragorry en sus escritos de adolescencia y juventud, siguiendo a Maeterlinck, la catalogó como elemento de purificación de “las almas que se levantan bajo su peso parecen llenas de una sabiduría extraña: la sabiduría del dolor que manda y se hace servir.”<sup>13</sup>

Además de esta postura filosófica sobre el dolor, la Iglesia católica reconoce, a través de su *Catecismo*, el sufrimiento como vía para el ingreso en el “plan divino”, al reconocer que: “Los hombres cooperantes, a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no solo por sus acciones y sus oraciones, sino también por los sufrimientos”<sup>14</sup>. Entonces llegan a ser plenamente ‘colaboradores de Dios’<sup>15</sup> y de su reino<sup>16</sup>”. Es menester puntualizar que José Gregorio Hernández está consciente del sacrificio y la entrega al servicio de la causa espiritual, como forma de acceder a la vida trascendida en la fe y el espíritu.

El dolor se hace filosofía de la vida, orden representativo de lo trascendente, sentir y sentimiento; más allá de lo simplemente físico y mucho más cercano a los predios de la purificación y contemplación de lo contenido, el dolor es metáfora del hombre; así lo ejemplifica José Gregorio Hernández: “... el dolor de una quemadura es una sensación. El dolor por el recuerdo de la muerte de una persona querida es un sentimiento. La sensación es una impresión afectiva y el sentimiento es una impresión representativa”<sup>17</sup>. Demostrado está

---

toda actividad humana, la forma de acercarse a Dios en su más genuina complementariedad.

13 Mario Briceño-Iragorry. “Mauricio Maeterlinck y la filosofía de la desgracia”, 1917 –dos años antes de la muerte de José Gregorio Hernández.

14 Cf. Col. 1, 24.

15 1 Col, 9; 1 Ts. 3,2.

16 Cf. Col. 4, 11.

17 Hernández, 2021, p. 34.

que el dolor, desde el orden simbólico, desde las esferas sensibles, es el que se imposta a manera y razón de conciencia y voluntad. Forma de creencia sobre la purificación y el tránsito a instancias superiores, hacia los reinos del alma<sup>18</sup>: “Las emociones se dividen en sensaciones y sentimientos. La sensación es la emoción producida por una impresión fisiológica. El sentimiento es una emoción producida por un fenómeno psicológico”.<sup>19</sup>

De esta manera, el dolor y el placer transmigran hacia las esferas de la experiencia del sujeto. Además de ser formas de construir un sentido a través de la experiencia, desde donde podemos hablar de la construcción del sujeto a partir de los campos experienciales-íntimos:

Tanto el placer como el dolor son indefinibles por ser fenómenos simples, que no es posible conocer sino por la experiencia. Ambos estados son efectivos y reales<sup>20</sup>, puesto que provienen de la actividad

---

18 Con respecto a la caracterización del alma, por parte de José Gregorio Hernández, es importante señalar la diferenciación que él hace con respecto al alma sensitiva y al alma trascendente. Para ello, la siguiente cita lo clarifica desde la diferenciación entre el animal y el humano:

“Para explicar la existencia de las facultades que el animal posee, estamos obligados a suponer que hay en él un alma sensitiva; es un alma que informa al cuerpo, dependiente de él, dotada de unidad, y que puede llamarse inmaterial o incorpórea. Nace con el animal por generación y perece con él, no pudiendo ser inmortal, porque como sus operaciones son únicamente sensitivas y, necesitando, por lo tanto, para ejecutarlas, del concurso del cuerpo, al separarse de él, no pudiendo obrar, no puede subsistir”.

Operación contraria sucede con el alma humana, que logra su trasmigración a lo trascendente una vez separada del cuerpo.

19 Hernández, 2021, p. 34.

20 La definición de real en el desarrollo de este trabajo la manifiesto en correspondencia con lo definido por Habermas al respecto:

“Real es aquello que, según las reglas de uso fijadas en términos gramáticos, vale como real. En el mismo sentido, ya Peirce había insistido en concebir la realidad como la totalidad de lo que puede ser representado mediante enunciados verdaderos” (Habermas, *Fragmentos filosóficos-teológicos. De la impresión sensible a la expresión simbólica*, 1999, p. 28).

del alma satisfecha o contrariada y es por esta misma razón que el placer es primitivo y anterior al dolor”.<sup>21</sup>

Ubicado el placer y el dolor dentro del campo experiencial e implícitamente constituyentes de la *voluntad* del hombre, procede a la calificación de ambas categorías desde la paridad oposicional negativo/positivo, para apuntalar su reflexión desde la interiorización del hecho o acontecimiento desde estas dos perspectivas; es decir, desde la producción del sentido, cuyo responsable fundamental es el sujeto cognoscente-patémico:

El placer y el dolor pueden ser negativos y positivos; son positivos: el placer de un ejercicio moderado, el del apetito satisfecho, el dolor de una herida, la molestia de un ruido fuerte; son negativos: el reposo después del ejercicio moderado, el bienestar después de una enfermedad penosa, la molestia de la inanición.<sup>22</sup>

Estas reflexiones involucran tanto el cuerpo físico-biológico como el cuerpo sensible, además de denotar lo afectivo-subjetivo como elemento determinante en la forma de conocer-aprehender: “En toda sensación hay dos elementos: uno afectivo y otro significativo. El elemento afectivo es el placer o el dolor. El significativo es aquel carácter que sirve para distinguir una sensación de otra”.<sup>23</sup>

La filosofía planteada por José Gregorio Hernández bajo estos términos es indudablemente trascendente y no mera teoría de análisis e interpretación, sino forma de vida, esencia del sujeto dentro de su devenir íntimo e histórico-social, materializándose como bien del hombre; valor que permite sobrevivir dentro de la materialidad de los contextos y postulados que desde los preceptos ideológicos hacen conculcar los valores más sentidos de los seres:

---

21 Hernández, 2021, p. 36.

22 *Idem.*

23 *Idem.*

La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el máspreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer; se establece una identidad<sup>24</sup>, una adhesión tan firme a ella y la inteligencia que la ha formado, que llega a parecer imposible toda separación y solamente alguno de los cataclismos intelectuales o morales que a veces acontecen en la vida es capaz de efectuarla.<sup>25</sup>

Huelga referir la importancia que Hernández Cisneros otorga a la relación intrasubjetiva que debe mediar entre el sujeto y el conocimiento, como forma para transmutar al plano de lo trascendente la experiencia humana; la vital forma para poder establecer una filosofía de lo cotidiano en una filosofía de la *voluntad*. Y este enfoque es realmente importante, más aún cuando los estudios académicos propugnan un alejamiento de lo filosófico y lo cotidiano; donde las interpretaciones provienen de otras interpretaciones y no de nosotros mismos, así refiere su preocupación por este hecho Leopoldo Zea: “Nos preocupaba la filosofía como oficio y no el filosofar como tarea. Para nosotros filosofar equivalía a reflexionar sobre lo reflexionado por otros, o encuadrar nuestro pensamiento a los sistemas con los cuales nos encontrábamos”<sup>26</sup>. De esta manera, podemos referir en José Gregorio Hernández la incursión en una filosofía particular que surge de su convicción personal-sensible, que más adelante la vamos a tipificar como trascendente<sup>27</sup> y, obviamente, bajo el enfoque

---

24 José Gregorio Hernández, en su teoría sobre la razón y el raciocinio, ubica la identidad como uno de los primeros principios directores que rigen las primeras nociones o categorías, determinando el principio de identidad como: “lo que es, es; lo que no es, no es.” Y de igual manera, argumenta que del principio de identidad “se derivan: el principio de contradicción: es imposible ser y no ser al mismo tiempo. El principio de alternativa o de exclusión del medio: una cosa es o no es”.

25 Hernández, 2021, pp. 23-24.

26 Leopoldo Zea. *América como conciencia*, 1972, p. 7.

27 Asumo la concepción de hecho trascendente para referir lo que sucede al individuo desde su perspectiva intrasubjetiva y le permite verse reflejado en una autoconciencia impulsada por la meditación y reflexión desde su

de una filosofía de la *voluntad*, asumida desde los planteamientos teóricos precedentes y los planteamientos de Hernández Cisneros que a continuación se profundizan al detalle.

Para Hernández Cisneros la filosofía es proceso sistemático que acompaña al hombre en su devenir; al respecto refiere:

La operación preliminar del que estudia cualquier materia científica es la de amoldar los conocimientos que va adquiriendo a la filosofía que se ha formado de antemano; y si esta no ha sido todavía definitivamente constituida, los conocimientos científicos no se admiten sino bajo condición.<sup>28</sup>

De aquí que filosofía para Hernández Cisneros es acción humana antes que conocimiento, siendo el conocimiento una resultante de la filosofía del hombre y el marco conceptual que este representa como unidad de significación y representación.

Aquí la concepción de filosofía se amplía hacia el gentilicio y forma de conducta colectiva de un pueblo, que pueden traducirse en diferentes formas análogas del espíritu colectivo que identifica a una nación; en tal caso:

El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente y está deseosa, siempre, de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente.<sup>29</sup>

Puede traducirse esta apreciación como la inclinación a lo espiritual del venezolano en una sociedad que se movía, fundamentalmente, en

---

interioridad misma. Hecho trascendente, en nuestro caso concreto, será aquel que se diferencia del simple hecho lingüístico de nombrar lo que acontece o acaece y se permite simbolizar los estados del sujeto frente al estado de las cosas.

28 Hernández, 2021, p. 24.

29 *Idem.*

las perspectivas de la ciencia a través de la fuerte influencia del Positivismo; al mismo tiempo que alude a la ciudadanía terrena, al contexto geográfico explícito donde enmarca su filosofía de la *voluntad*. No obstante, intenta establecer un balance entre ciencia y filosofía a partir de la perspectiva romántica, la identidad telúrica; esa ciudadanía que trasciende lo geográfico y se hace testimonio trascendente.

Como lo apunté anteriormente, en ese siglo llamado por Razetti el “siglo de la biología”, donde aduce que en medio de la falta de avances tecnológicos se manifestaba la influencia de lo filosófico en los claustros académicos, hay que destacar la importancia que en esa época tienen los estudios filosóficos que estuvieron muy ligados al cultivo del arte y la literatura, he allí que los discursos filosóficos y literarios se conjuntan para simbolizar la más sentida expresión del hombre. Y en el caso particular de Trujillo, con la génesis y formación de la Generación del 18 como resultante de un interesante proceso de cultivación del espíritu a través de lo estético-filosófico. De hecho, la filosofía se convierte en aliento de la acción humana y, en esta circunstancia, encuentro una poderosa razón para que el Modernismo se convierta en elemento de imprescindible arraigo en la lucha contra el cientificismo positivista, y el rescate de la sensibilidad amenazada y desplazada de las esferas del hombre.

Con la incorporación de estas consideraciones quiero significar el entorno que rodea la producción intelectual para la época de José Gregorio Hernández, pero, al mismo tiempo, llamar la atención sobre un hecho que considero de suma importancia y que toca directamente a Trujillo como confluencia cósmica que despierta de un profundo letargo rural, para incorporarse a los aires de modernidad que intuye el comienzo de la explotación petrolera en Venezuela —con las consabidas consecuencias desde diferentes órdenes de la vida y que escritores como Arturo Cardozo y Víctor Valera Martínez, entre otros, se han encargado de destacar—. De allí que queda abierta la posibilidad investigativa de establecer una aproximación entre el pensamiento filosófico de Mario Briceño-Iragorry y el de

Hernández Cisneros, dos de los trujillanos con más brillo y lustre en la historia nacional; dos hombres que creyeron en la doctrina cristiana como forjadora de la *voluntad* en el servicio colectivo: uno desde la ciencia y la filosofía, el otro desde la cultura y la literatura; que, a la postre, son también dos formas de filosofar desde el sujeto, para el sujeto y en función de lo colectivo.

Bajo estos criterios, encuentro el mayor peso a la siguiente afirmación que hace José Gregorio Hernández sobre su filosofía como expresión del colectivo, desde donde se ha forjado:

Dotado como los demás de mi nación, de ese mismo amor, público hoy mi filosofía, la mía, la que he vivido; pensando que por ser yo tan venezolano en todo puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido para mí, constituyendo la guía de mi inteligencia.<sup>30</sup>

Pero, además de posicionarse bajo la figura de venezolano, es la expresión de la ciudadanía<sup>31</sup> sensible que muestra la profunda

---

30 *Idem.*

31 Siempre me ha interesado destacar la noción de ciudadanía como las diferentes posicionalidades que asume el sujeto desde la subjetividad y su proyección con él mismo y con los entornos. Desde esta perspectiva la ciudadanía se diversifica entre lo íntimo y lo colectivo, como una forma de conciencia forjada a través de la *voluntad* que produce el convencimiento y, por ende, una acción humana. Esta posición teórica diversifica desde diferentes ámbitos los sentidos de pertenencia y, desde allí, se pueden distinguir diversas ciudadanía: telúrica, bélica, histórica, mística. Y en todas ellas advertimos una intrínseca relación del sujeto con sus entornos a partir de la empatía y la subjetividad, superando el orden jurídico que significa el término desde el mero punto de vista de pertenecer solo por un derecho, tal es el caso del ordenamiento jurídico que otorga y regula la ciudadanía. En todo caso, mi mención sobre la ciudadanía apunta hacia la concreción de lo íntimo-subjetivo como conciencia, con respecto al colectivo internalizado a partir de la figuración de mi campo experiencial-simbólico. La ciudadanía será mi reafirmación como sujeto autorreconocido a través de un complejo proceso intra e intersubjetivo: el yo y el otro dentro del colectivo.

trascendencia que procura esa singularidad afectiva-sensitiva que mueve la escritura como forma de confesión particular, de conversión del acto profundamente humano en recurso pedagógico para formar desde los principios éticos-morales, que será otra de las cualidades por desarrollar dentro de esta perspectiva de ciudadanía sensible y resumida en la expresión de José Gregorio Hernández: “También la público por gratitud”.

Y aquí vale detenerse un momento, porque esta expresión encierra la plena conciencia de la trascendencia; del sujeto trascendido que ha alcanzado la plenitud espiritual como experiencia de vida y preparación para la muerte, como el plenilunio de la realización. En todo caso, está agradecido de la vida y la gracia plena con que ha vivido forjando su propia filosofía, la filosofía acendrada en su *voluntad* y, desde esa perspectiva, como hecho determinante para su vida:

Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia han sido de tal naturaleza, que muchas veces la vida sin ella me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.<sup>32</sup>

Existe la homologación entre vida y filosofía como determinante de goce íntimo y de acción humana, regida por convicciones profundamente espirituales, que durante todo el proceso de vida han servido de sacramento<sup>33</sup> para ser confortado.

---

32 Hernández, 2021, p. 24.

33 Sacramento como unción del cuerpo físico y mediación con la trascendencia. En el *Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, p. 189, el sacramento expresa “el ‘carácter’ imborrable impreso” (pp. 698-1168); además de: “... el término *sacramentum* expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación” (pp. 774-184-185); y dentro de nuestra operatividad conceptual-relacional, la filosofía de José Gregorio Hernández será la mediación entre su condición de hombre y la trascendencia del espíritu, más allá de los confines terrenos a partir “de los sacramentos que hacen crecer y curan a los miembros de Cristo; por “la gracia concedida a los apóstoles” que

Esta singular circunstancia<sup>34</sup> constituye el hecho filosófico como estética de la vida o, en todo caso, la vida como estética filosófica. Todo ello anclado en la palabra, donde lo cotidiano se hace voluntad, acción inmensamente humana. Y sobre este aspecto llamo la atención al insistir que José Gregorio Hernández tiene plena conciencia como ser de la trascendencia que ha asumido la vida a manera de apostolado, que desde la acción humana ha consagrado su vida a través de la filosofía como base de su *voluntad*, siendo esa *voluntad* el principio rector de su filosofía. Fuera de las nociones místicas, la filosofía ejercida por José Gregorio Hernández lo lleva a la conversión santificada y purificada a través de las virtudes que practicó. Sin embargo, me interesa destacar, en este momento de la lectura, la alusión a lo sacramental que lo ha llevado hacia lo apacible de la vida y la potenciación del espíritu, como forma de habitar el mundo terreno desde la bienaventuranza.

La filosofía de la *voluntad* de José Gregorio Hernández permite mediar entre un cuerpo físico-orgánico y el cuerpo trascendido hacia lo sublime, donde la actividad cotidiana del ser se convierte en acción humana que explora dimensiones, donde el sujeto oferente se transfigura en instancia trascendida que puede observar desde los hábitos místicos la realidad y sus semejantes. Tal y como ocurre en la producción literaria de José Gregorio Hernández, que más adelante analizaré bajo la égida del Modernismo, pero que vale adelantar esa intencionalidad del ascenso hacia regiones etéreas

---

“entre dones destaca” (LG 7), por las virtudes que hacen obrar según el bien y por las múltiples gracias especiales –llamadas carismas–, mediante las cuales los fieles quedan “preparados y dispuestos a asumir las diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más iglesia” (LG 12; cf. AA3) (798-191-192).

34 Cuando refiero la circunstancia incluyo diversos elementos y matices que otorgan un alto grado de complementariedad a quien enuncia; complementariedad que incluye el cuerpo, el sujeto, el tiempo, el espacio y toda representación simbólica posible.

que permiten simbolizar el mundo desde otras representaciones y, al unísono, permitir el autorreconocimiento del sujeto en otras realidades alentadas por lo místico<sup>35</sup>. Realidad paralela que permite a Hernández Cisneros conjuntar lo humano y lo divino:

Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto, a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: le responderé que todo es uno.<sup>36</sup>

Filosofía y religión como un todo; ambas conducen a la paz interior. La unicidad del espíritu en José Gregorio Hernández se encuentra constituida por la tríada: Hombre-Filosofía-Dios; tríada que representa la conciencia del *absoluto*, basamento esencial de su voluntad metamorfoseada en conciencia y práctica de la libertad humana. Porque para él la filosofía es la racionalización de la sensibilidad, la creación de una lógica subjetivada para explicar lo trascendente; en su criterio: “La Filosofía es el estudio racional del alma, el mundo y Dios y de sus relaciones”<sup>37</sup>. De allí que la consabida ciudadanía sensible de Hernández Cisneros se funde en la tradición familiar, contenida en el espacio íntimo donde tiene contacto y referencia con lo místico, dentro de la filosofía práctica de su vida como la posibilidad de amalgamar todo su quehacer cotidiano en lógica de los sentimientos, en práctica subjetiva-discursiva de los designios del espíritu.

---

35 Bajo estas referencias podemos considerar un procedimiento similar realizado por Simón Bolívar en *Mi delirio sobre el Chimborazo* (1826) y sor Juana Inés de la Cruz en *Primero Sueño* (1692). En ambos textos se puede apreciar el ascenso y la contemplación como mecanismos de trascendencia de los sujetos enunciantes, que se sitúan en una posición privilegiada desde donde les es permitido observar el mundo a través de lo metafísico.

36 Hernández, 2021, p. 24.

37 *Ibid.*, p. 15.

Por ello en la catalogación de las ciencias que define como “el conjunto metódico de las causas y razones relativas a un objeto determinado”, hace especial énfasis en las ciencias morales y allí podemos apreciar esa consideración a manera de práctica subjetiva-discursiva del hombre a razón de instancia superior, al mismo momento que deja entrever la construcción del sujeto desde diferentes perspectivas, pero con un denominador común en la relación entre lo intra e intersubjetivo:

Las ciencias morales estudian al hombre considerado como el ser superior que es, en sí mismo y en sus relaciones con los demás seres. Son: la filología, las ciencias políticas y sociales, la historia, las ciencias psicológicas, que comprenden la psicología experimental, la lógica, la estética y la moral; y las ciencias metafísicas que comprenden la ontología, la teología racional o teodicea, la psicología racional y la cosmología racional.<sup>38</sup>

Por lo enumerado en la cita anterior, todas esas manifestaciones de la filosofía tienen como centro al hombre y si, según su definición –que obviamente lo es– la ciencia es un método, la filosofía en este rol asumirá un carácter interdisciplinario que interrelaciona todas aquellas disciplinas que tiene como objetivo común el hombre y sus diversas manifestaciones:

La filosofía estudia el alma, el mundo y Dios, que son las materias de que tratan las Ciencias Psicológicas y las Ciencias Metafísicas, ramos ambos de las Ciencias Morales; de donde podemos inferir que la filosofía no es una ciencia en el concepto moderno de dicho término, sino una agrupación de Ciencias.<sup>39</sup>

Asume la filosofía no solo desde el hombre mismo, sino que la considera dentro del devenir del hombre y sus contextualidades,

---

38 *Ibid.*, p. 117.

39 Hernández, 2021, p. 26.

como lo hace notar en la siguiente afirmación: “Pero antiguamente se la creía una ciencia y se la definía: la ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas”<sup>40</sup>. Ahora la tipifica a manera de confluencia de distintos saberes e interpretaciones que intentan dar cuenta del sujeto como elemento interpretante.

Quiero advertir que aquí existe una intención de metodizar el concepto de filosofía que luego es desbordado por la concepción de *voluntad*, consistencia y fuerza espiritual. Y dentro de la *voluntad* como acepción filosófica está implícita una didáctica del bien y de las virtudes, donde, lógicamente, queda expresada la espiritualidad trascendente más allá de los milagros, estableciendo una ciudadanía mística que ha permanecido en el tiempo y el espacio, formulando discursos de la colateralidad con otras instancias del pensamiento, sin descartar ni negar su relación con lo divino y lo profano. Pero más allá de esas interpretaciones místicas, la vida consagrada de José Gregorio Hernández y su interpretación sobre las virtudes humanas y las nociones de trascendencia le otorgan una causa probada para ser elevado a los altares y reconocido como beato por la Iglesia católica.

Su devenir espiritual es vivo reflejo de lo afirmado en el *Catecismo de la Iglesia católica* en los términos siguientes: “En tanto que criaturas puramente *espirituales*, tienen inteligencia y voluntad: son criaturas personales (cf. Pío XII: DS 3891) e inmortales (cf. Lc. 20, 36). Superan en perfección a todas las criaturas visibles. El resplandor de su gloria da testimonio de ello (cf. Dn. 10, 9-12)”. De allí que la vida virtuosa de José Gregorio Hernández lo eleva sobre la simple condición humana y lo sitúa en una compleja *voluntad* que constituyó la base sólida de su quehacer científico y humanístico, fiel reflejo de la búsqueda de la perfectibilidad como donación divina: “Dios, ser infinitamente perfecto, ha debido forzosamente dejar al hombre una guía infalible que le enseñe el verdadero camino para alcanzar su último fin. De otra manera le faltaría a Dios una

---

40 *Idem.*

perfección, la Providencia y, por lo tanto, no sería infinitamente perfecto”.<sup>41</sup>

## La imaginación; los reinos de lo sublime

Realizada esta digresión, lo que José Gregorio Hernández define como ciencia son las formas de racionalizar la percepción del hombre, que coinciden en el espíritu como elemento de verificación o aprehensión de la realidad:

El hombre tiene conocimiento de los fenómenos que se verifican en su espíritu y que por eso se llaman fenómenos psicológicos. El conocimiento de los fenómenos psicológicos se llama conciencia. La Psicología Experimental es la ciencia que estudia los estados de conciencia.<sup>42</sup>

El espíritu como conciencia donde convergen: inteligencia, imaginación y *voluntad*; que será la forma de manifestación del espíritu, y el espíritu la expresión de la *voluntad*:

Al más ligero examen, observa el hombre en su espíritu varias operaciones que suceden alternativamente; de donde se deduce que hay en él varias facultades: la facultad de conocer o pensar que se llama *inteligencia*; la facultad de inventar, que denomina *imaginación*; la facultad de querer que nombra *voluntad*.<sup>43</sup>

Aquí la *voluntad* asume como facultad del querer, y querer es obrar con determinación y conciencia en la acción humana; orientar las acciones hacia la consecución de un determinado fin, que en Hernández Cisneros está representado por seguir los caminos de Dios.

Dentro de estas operaciones del sujeto y su relación con el espíritu y el conocimiento, José Gregorio Hernández asocia la inteligencia

---

41 Hernández, 2021, p. 113.

42 *Ibid.*, p. 26.

43 *Idem.*

con la lógica al conceptualizarla de la manera siguiente: “Se llama Lógica la ciencia que estudia las leyes del pensamiento”<sup>44</sup>. Mientras que la imaginación está en íntima relación con el espíritu creador, la estética que permite la trascendencia del espíritu, porque: “El objeto principal de la imaginación es la creación de la *belleza*. La ciencia que guía la *imaginación* en la producción de la *belleza* es la *estética*”.<sup>45</sup>

Mientras que la *voluntad* implica para él la trascendencia, ya que: “La voluntad aspira el *bien*. La moral es la ciencia del *bien*”. De esta manera, la *voluntad* que implica trascendencia mueve la acción humana hacia el bien, por lo que, entre imaginación y *voluntad* se establece una vinculación implícita a través del ideal como acción humana, que se mueve más allá de la lógica del conocimiento, donde encontramos una marcada similitud con lo planteado por Immanuel Kant con respecto al espíritu y su desdoblamiento en: racional, estético, sublime y metafísico. Recordemos que Kant insiste en la relación entre lo bello y lo sublime como la superación de la forma y la apariencia; Kant sostiene la relación entre la *estética* como el conocimiento determinado preferentemente por la sensibilidad<sup>46</sup>. La subjetividad como eje temático-isotopía que acompaña a todo discurso y, consecuentemente, a los discursos estéticos; ello será una fundamentación de lo trascendente como constructo sensible que se opone al constructo estrictamente racional. Recordemos que Kant reconoce en su texto *Crítica del juicio* que:

---

44 *Idem.*

45 *Idem.*

46 La subjetividad establece una relación con respecto a la realidad; tal y como lo concibe Cassirer en su teoría de la “Filosofía de las formas simbólicas”, y quien citado por Habermas, aduce:

“Las formas en las que se expresa la vida y en virtud de las cuales adopta su configuración ‘objetiva’ significan para la vida una forma de oposición y, al mismo tiempo, representan su indispensable apoyo [...] la dirección de la exterioridad no de las cosas, sino de las formas y símbolos, señala el camino por el que la pura subjetividad solo se encuentra a sí misma” (Habermas. *Fragmentsos filosóficos-teológicos*: 1999, p. 33).

El juicio del gusto es un juicio estético, es decir, un juicio apoyado en fundamentos subjetivos y cuyo motivo determinante no puede ser un concepto; por lo tanto, ni siquiera el de un fin determinado. En consecuencia, la belleza, como finalidad subjetiva formal, en modo alguno alude a una perfección del objeto como finalismo formal presunto, aunque objetivo.<sup>47</sup>

Además, Kant reconoce que "... un hombre solamente se siente feliz en cuanto satisface una inclinación, no es una pequeñez, por cierto, el sentimiento que a uno le hace apto para sentir gran agrado, sin necesitar para ello talentos extraordinarios"<sup>48</sup>. En este sentido se incorpora un interesante elemento que es la cotidianidad del sujeto dentro de la potenciación de la *voluntad* al hacer de esa cotidianidad algo trascendente: esto es, la *voluntad* hace de la cotidianidad una instancia trascendente. Y precisamente José Gregorio Hernández es cultor y practicante de la felicidad a través de las cosas más sencillas, pero siempre teniendo presente los estados del alma, destacando las cualidades del alma como elemento activo dentro de la acción humana: "El alma humana es esencialmente activa. En ella se observan tres distintas clases de operaciones o actividades: las actividades sensitivas, las actividades intelectuales y las actividades voluntarias"<sup>49</sup>. Intuyo que la denominación de operaciones realizada por Hernández Cisneros tiende a definir las formas de racionalizar la percepción y en su dialéctica conforman la facultad del poder; son las operaciones del alma que conforman la facultad del poder.

Y la facultad del poder concede la intencionalidad del alma hacia la actuación en medio del mundo, la facultad de poder se convierte en acción que, mediada por el alma, se hace humana y desde allí es conteste con los postulados de Hernández Cisneros sobre la constitución del hombre en torno a la materia y el alma:

---

47 Immanuel Kant. *Crítica del juicio*, 1968, p. 67.

48 Immanuel Kant. *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*, 1990, p. 30.

49 Hernández, 2021, p. 31.

La facultad es distinta de la función. Se llaman funciones los actos que se verifican en los cuerpos vivos. Las funciones se refieren al cuerpo y son sus actividades propias, pero en ellas toma parte el alma en virtud de la unión que hay entre ambos; aunque el papel principal, el que puede observarse directamente, lo desempeña el cuerpo.<sup>50</sup>

Es el reconocimiento del cuerpo físico-biológico y el cuerpo sensible como formación del “ser único que es el hombre”. Y donde el cuerpo sensible será la residencia del alma, arquitectura simbólica que va más allá de lo corporal-lingüístico para constituirse en metáfora del *ser* y su trascendencia.

José Gregorio Hernández asimila la producción de conocimiento a través de operaciones sucesivas entre lo sensitivo y lo intelectual, donde debo hacer la acotación que lo sensitivo está remitido a la sensibilidad orgánica de percibir el mundo exterior a través de los sentidos, que luego es procesada por lo intelectual junto con la memoria y la imaginación, que son las responsables de la conservación y preservación de lo percibido. Y bajo esta reflexión lógica-racional, la actividad superior del alma como la *voluntad* manifestada en el querer o el decidir, Hernández Cisneros reconoce la supremacía y preeminencia del alma dentro de la construcción del conocimiento y la constitución del hombre:

La actividad superior del alma es la voluntad. Se llama voluntad la facultad de querer o decidirse<sup>51</sup>. Los actos voluntarios repetidos

---

50 *Idem.*

51 Ese querer genera, indudablemente, un creer, la constitución de una convicción que motiva una acción –inmensamente humana, en nuestro caso–. Y ese creer es la práctica de la *voluntad*, así acontece desde el punto de vista religioso-católico, donde la creencia es patrimonio de lo humano; donde “creer es un acto auténticamente humano”, tal y como aparece contenido en el *Catecismo* de la Iglesia católica, a manera de interpretación de los fundamentales preceptos católicos.

engendran el hábito, que es la propensión a repetir algunos hechos prácticos, los cuales se verifican con una facilidad cada vez mayor.<sup>52</sup>

Para Hernández Cisneros el hábito se hace repetible y predecible, condicionamiento que atenta contra la *voluntad*, porque la priva del querer y el decidir como manifestaciones de libertad: “Por el hábito disminuye el placer y el dolor que acompañan a la sensación, de suerte que, al fin, la mayor parte de las sensaciones se vuelven indiferentes”<sup>53</sup>. De igual manera, relaciona las sensaciones y el conocimiento empírico/intuitivo, al afirmar que: “Por su elemento significativo, las sensaciones sirven para el conocimiento y viene a ser como la materia prima de la elaboración intelectual”<sup>54</sup>. Las sensaciones son las instancias iniciales que generan todo el proceso intelectual y acendramiento de la *voluntad* dentro del campo de acción de los sujetos, dentro de un determinado conglomerado. José Gregorio Hernández relaciona también los hábitos con “las inclinaciones innatas, instintivas, inconscientes por sí mismas y espontáneas. Sus actos repetidos también establecen el hábito”.<sup>55</sup>

Con esta definición de *voluntad* está dejando por sentado que es la potencialidad de querer o decidirse, diferenciándola de los actos voluntarios que se hacen rutina, se acercan a la superficialidad; y aquí su visión de la *voluntad* se acerca a la de Friedrich Nietzsche, quien plantea la voluntad de poder como expresión del querer ser, apela a un querer autoafirmativo. Poder y voluntad son “la fuerza en cuanto a la afirmación de sí mismo en la simplicidad cerrada de la esencia”<sup>56</sup>, por lo tanto, la voluntad de poder está relacionada con lo íntimo, inherente a lo real. Y para

---

52 Hernández, 2021, p. 32.

53 *Ibid.*, p. 36.

54 *Ibid.*, p. 37.

55 *Ibid.*, p. 39.

56 Friedrich Nietzsche. *La voluntad de poder*, 2000, p. 669.

ello Nietzsche asume el arte<sup>57</sup> como estructura de la voluntad de poder que permite transparentar a través de él, convertirse en metáfora de la *voluntad del ser*; y donde el discurso de la trascendencia debe ser comprendido en función del ente productor, del sujeto que trasciende a través del discurso y enuncia desde lo eminentemente simbólico.

Aquí queda implícita la interrelación intra e intersubjetiva que produce el acto estésico<sup>58</sup> en la comprensión-aprehensión del hecho o acontecimiento, el procesamiento de la realidad percibida hacia

---

57 Pero, además del arte, podemos incluir la oración mística a manera de forma trascendente del sujeto transcendido a partir de la relación con la deidad y consigo mismo; una ineludible forma de ingresar a la dimensión espiritual que permite la creación del orden simbólico, que involucra formas de expresión completamente diferentes a las ordinarias o estrictamente comunicativas. Y lo que desde este momento llamaré discursos de la trascendencia.

58 Entiéndase estésico como la relación a partir del estremecimiento, el impacto que produce en el enunciante un hecho o acontecimiento, donde la mediación óptica juega un fundamental papel a partir del campo experiencial del sujeto. Aun a riesgo de parecer reiterativo, subrayo la aparición de una mediación óptica e insisto que los niveles de objetivación de los acontecimientos parten, indudablemente, del campo intrasubjetivo que se fundamenta concretamente en el sujeto y su proximidad con el cuerpo sensible, desdoblado en diferentes matices dentro de los discursos. Este cuerpo sensible opera como cuerpo simbólico que va más allá de la realidad objetivada, en que es posible lo estésico-trascendente. Y en esa configuración estético-trascendente aparece la memoria cósmica que subvierte los órdenes históricos y, por ende, crea una objetivación a partir de la imaginación; tal es el caso del mito, quizá una de las mayores demostraciones de la operatividad del subjetivema y su desdoblamiento en cuerpo sensible-simbólico que construye una lógica de sentido subjetivada, como son los actos de fe que sostienen las creencias religiosas. Por lo tanto, es innegable la significación existencial de todo discurso que, además de reconocerse en otros, permite un autorreconocimiento de los enunciantes. Asimismo, constituye una base fundamental en la construcción de los discursos míticos o ficcionales que soportan diversas argumentaciones, tanto religiosas como literarias e, indudablemente, fundamentan junto con la conciencia histórica los imaginarios socioculturales.

otros; donde perfectamente podemos ubicar la oración mística, el arte y el discurso literario; formas de interconexión subjetiva del ser con sus entornos más íntimos. Desde donde toda producción discursiva, además de ser una relación lingüística, es un proceso de sensibilización en el cual el subjetivar se hace un *modo de vida* para construir y validar textos y discursos. Y allí caemos a los terrenos de la fiducia subjetiva<sup>59</sup> como generadora de estesis, esa incursión en los campos patémicos del sujeto en el ‘volver a sentir’ a través de la mediación del discurso y la articulación del subjetivema<sup>60</sup> como detentador de las relaciones discursivas entre sujeto sensible y objeto sensibilizado en medio del espacio o escenario sensibilizante.

La concreción del proceso anteriormente descrito se hace a través del lenguaje, que es el punto de inflexión de la *voluntad*,

---

59 La fiducia subjetiva será la que genere la estesis “como un ‘volver a sentir’ el estado límite y como espera de un retorno a la fusión” (Algirdas Greimas y Jacques Fontanille. *Semiótica de las pasiones*, 1994: p. 29) entre el espectador y el hecho o acontecimiento, a través de la intersubjetividad trascendente que se establece entre ellos.

60 Esta concepción de subjetivema la realizo más allá de la acepción lingüística-gramatical para enmarcarlo en el orden simbólico-extradiscursivo, donde las expresiones se transfiguran en desdoblamiento de la corporalidad sensible que evidencia la particularización de un existencial y, como ejemplo concreto, podemos mencionar la nostalgia o la figuración del discurso estético; así como también el mito, la historia y el discurso multicultural. Evidencias de la legación subjetiva-sensible de los enunciantes a partir de la figuración extradiscursiva que encuentra en el arte, la literatura y la oración mística su mejor escenario para la construcción de imaginarios. El subjetivema permite la incorporación de la mediación óptica del enunciante, especie de cedazo que impregna la interpretación de los acontecimientos con sus particularidades experienciales y volitivas, provocando una correspondencia entre lo subjetivo-objetivo que conforma toda esfera del conocimiento, al mismo tiempo que posibilita las relaciones intra e intrasubjetivas que conectan al enunciante consigo mismo y con los otros.

la conciencia y el subjetivema como potenciadores del orden discursivo-sensible. El lenguaje es la forma de exteriorización de los actos interiores, el discurso/acción de la conciencia en los actos de transfiguración de la *voluntad*; de allí que el lenguaje es la *voluntad* del hombre que conjunta lo ético y lo estético desde las formas de expresión del alma, a través de la sensibilidad y su manifestación dentro de la metáfora, donde, indudablemente, la metáfora es la residencia del *ser* a través del lenguaje, la forma de habitar el mundo. Para ello, José Gregorio Hernández admite la existencia de un elemento bipolar dentro de los términos:

Como la idea, el término tiene también dos propiedades: la connotación y la denotación. La connotación es la significación de los atributos o cualidades que el término abarca. La denotación es la determinación de los individuos u objetos que contiene.<sup>61</sup>

Y es un implícito reconocimiento a lo discursivo desde lo textual y lo extratextual –poesía y oración mística– que genera toda la referencia simbólica de los discursos, que para Hernández Cisneros tienen la más profunda significación y expresión del sujeto en la poesía y la oración mística.

La *voluntad* se hace metáfora del alma, instrumento de goce y trascendencia del individuo que ingresa a ese espacio de recurrencia simbólica y, desde allí, genera una red de significación intersubjetiva que corporeiza la *voluntad* a manera de hecho trascendente, proceso impelente que hace al sujeto enunciante un ser trascendido en su propia esencia existencial. Y donde ese espacio de la trascendencia es contenido como símbolo tangible en el discurso transfigurado en evidencia subjetiva, que se yergue a manera de certeza. Y esa certeza puede transfigurarse en sentimiento; en todo caso, en racionalización de la sensibilidad:

---

61 Hernández, 2021, p. 78.

Los sentimientos son emociones producidas por un fenómeno psicológico, esto es, por una idea<sup>62</sup>, por una volición y un simple recuerdo. La idea de separarme de mi país me produce un sentimiento de tristeza<sup>63</sup>; la resolución de cumplir mi deber me da un vivo sentimiento de gozo; el recuerdo de la pasión de Jesucristo inunda mi alma de un profundo sentido religioso.<sup>64</sup>

Como podemos observar, estos sentimientos están ubicados en la trascendencia, manifestaciones del sujeto más allá de lo físico-orgánico, alojados dentro de la corporalidad sensible: “Los sentimientos son fenómenos interiores, subjetivos, que no pueden localizarse en ninguna parte del cuerpo, que necesitan del conocimiento para producirse y que pueden ser influidos por la voluntad”.<sup>65</sup>

Hace una relación entre sentimiento y *voluntad* porque los sentimientos pueden cultivarse a través de la *voluntad*, ya que ella se perfila aquí como conciencia sensible del sujeto que tiene pleno control sobre la ejecutoria de sus actos regidos desde la corporalidad sensible, desde los escenarios del espíritu como fuerza ductora de las acciones humanas. De allí que José Gregorio Hernández insista entre el placer y el dolor como entes transmigradores de la conciencia o, más bien, racionalización de la sensibilidad:

---

62 Schopenhauer relaciona la noción de idea con la voluntad cuando refiere que “los grados determinados de la objetivación de esa voluntad, que es la esencia en sí del mundo, son idénticos a lo que Platón llamaba *ideas* eternas o formas invariables (Arthur Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*, 1985, p. 10).

63 En el libro *Hermenéutica y semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia* (2012) teorizo sobre la nostalgia a razón y saber de un existencial que escapa de toda explicación racional-científica y se ubica en una esfera de lo afectivo-subjetivo, creando un espacio y tiempo de enunciación desde el sujeto mismo y su relación con la comunidad de hombres y la naturaleza común.

64 Hernández, 2021, p. 37.

65 *Idem*.

Los sentimientos están acompañados de placeres y dolores que son intelectuales y morales. Los placeres y dolores intelectuales provienen de la satisfacción o contrariedad de la aspiración a lo verdadero. Los placeres y dolores morales son causados por el incumplimiento o la violación del deber.<sup>66</sup>

Ambas postulaciones están soportadas por lo verdadero y el deber, dos formas de ejercicio de la *voluntad* y el discernimiento sobre los compromisos que el hombre adquiere consigo mismo e intentará honrar con sus acciones individuales y, obviamente, serán refrendadas por el colectivo; en el caso de José Gregorio Hernández, a partir del reconocimiento tanto terreno como místico de sus virtudes y potencialidades de la trascendencia subjetiva.

Los sentimientos se convierten en entes potenciadores de las figuraciones del sujeto a partir de sus relaciones intra e intersubjetivas, como lo podemos observar en la siguiente clasificación que hace José Gregorio Hernández:

Se dividen los sentimientos en sentimientos personales como la esperanza, la desesperación, el consuelo; sentimientos altruistas como el amor, la benevolencia, la caridad; y sentimientos superiores como los sentimientos estéticos, los sentimientos religiosos. Unos sentimientos son estimulantes de la actividad del alma, como la alegría, la esperanza; mientras que otros son deprimentes de dicha actividad, como la tristeza, el temor, la misantropía.<sup>67</sup>

A través de estos sentimientos se forja el alma humana en la actividad práctica de la vida, ora desde el placer, ora desde el dolor; pero siempre desde esas dos colateralidades que sirven de fragua a la *voluntad*. Y donde se une el deseo a razón de “aspiración hacia el placer ausente” y allí hay que ubicarse en el placer espiritual que significa, para José Gregorio Hernández, la búsqueda de Dios

---

66 *Idem.*

67 *Idem.*

a través de sus acciones; y desde allí se sustenta su disposición al servicio médico, social, humanitario y la inclinación mística; dos formas de practicar la *voluntad* frente a las aversiones de la vida que pudieran desviarlo de ese camino trazado, porque para él: “la aversión es la repulsión de un dolor o el objeto que la causa”<sup>68</sup>. Y frente a esa posición se puede observar una concienciación del dolor como forma de potencia humana, de racionalización de la *voluntad* y el cumplimiento de los deseos; la manifestación de la conciencia a través de la inclinación de los espíritus, porque él cree que “la inclinación se manifiesta a la conciencia por el deseo o la aversión, que al propio tiempo son su estímulo principal”.<sup>69</sup>

Me interesa sobremanera seguir destacando la certeza que tiene José Gregorio Hernández sobre la conservación del individuo –cuerpo físico-orgánico– y las inclinaciones morales donde estará representada la filosofía de la *voluntad*, dentro del cuerpo como entidad/arquitectura de lo sensible, lugar y escenario de la subjetividad trascendente. “Se dividen las inclinaciones en físicas y morales. Las inclinaciones físicas son los apetitos que sirven para el mantenimiento de la vida fisiológica; son periódicas, es decir que, satisfechas, renacen al cabo de un tiempo determinado y casi siempre igual”<sup>70</sup>. Las inclinaciones físicas actúan sobre el cuerpo físico orgánico y

... sirven para la conservación del individuo, como el hambre, la sed, el sueño; otras son para la conservación de la especie. Se hacen perceptibles a la conciencia por las sensaciones que despiertan como la sensación de hambre, de sed, de cansancio. Son comunes a los hombres y los animales.<sup>71</sup>

---

68 Hernández, 2021, p. 38.

69 *Idem.*

70 *Idem.*

71 *Idem.*

De este individuo se desprende el ‘hombre que obra’, tomado en consideración el hombre a manera de instancia cuando se hace sujeto humano y, más aún, vinculado a la fundamentación de la moral a través de una red conceptual de la ética, donde reside la verdadera identidad en la práctica como *ser*; esto es, el sujeto que obra en función de una filosofía moral, una filosofía de la *voluntad*, que en momentos se transfigura en alabanza a los dones terrenos y divinos, tal y como ocurre en José Gregorio Hernández, quien define esta perpendicularidad como

... Las inclinaciones morales son movimientos del alma hacia el bien. Ellas producen el perfecto desarrollo del ser moral del hombre. Se hacen perceptibles a la conciencia por los sentimientos que despiertan contrarias o satisfechas. No son periódicas y tienen un crecimiento ilimitado.<sup>72</sup>

En su decurso teórico sobre las inclinaciones morales en *Elementos de filosofía*, José Gregorio Hernández continúa ubicándose entre lo intrasubjetivo<sup>73</sup> y lo intersubjetivo, pero siempre apuntando al sujeto como centro de recurrencia y la conciencia de este sobre la trascendencia como forma de acceder a lo sublime: “Las inclinaciones morales se dividen, como los sentimientos, en inclinaciones personales, altruistas y superiores o ideales”<sup>74</sup>. Aquí otorga singular preeminencia a lo humano, a quien obra en función de una *filosofía*

---

72 *Idem.*

73 En el aparte sobre lógica aplicada o metodología, de su texto *Elementos de filosofía* (1912), José Gregorio Hernández, aproxima un enfoque sobre lo intrasubjetivo dentro de las operaciones inherentes a la conciencia, al establecer: “La observación la efectúa la conciencia analizando cuidadosamente el fenómeno psicológico por medio de la reflexión, es decir, realizando de esta manera una verdadera introspección. Los fenómenos psicológicos que se han de estudiar pueden ser producidos espontáneamente o producidos para tal fin”.

74 Hernández, 2021, p. 38.

*de la voluntad* establecida dentro de la conciencia que cohabita entre lo biológico y lo espiritual.

Las inclinaciones personales tienen por objeto el bien individual y se fundan en el amor que el hombre tiene por sí mismo. Son la inclinación a la conservación de la vida, la cual está tan arraigada en el corazón que parece un instinto, y así se llama el instinto de conservación; la inclinación a la felicidad, que es también casi un instinto, pues el hombre quiere a todo trance ser feliz; la inclinación a la independencia, al saber, al poder, a la buena fama, a la gloria.<sup>75</sup>

Y desde esa perspectiva tan personal el hombre se relaciona con los semejantes y sus entornos; he allí la relación de intersubjetividad donde descansa la relación comunitaria o de sociabilidad, como la llama Hernández Cisneros: “Las inclinaciones altruistas o sociales, cuyo objeto es el bien de los demás hombres, tienen por fundamento la sociabilidad y la simpatía”<sup>76</sup>. De esta forma es el yo y el otro dentro de la correspondencia social, puesto que: “La sociabilidad es la inclinación a buscar la compañía de los demás; existe como instinto en muchos animales y es esencial en el hombre. La simpatía es la inclinación a participar de los sentimientos de los demás”<sup>77</sup>. Pero, además de esta natural y elemental correspondencia del sujeto y sus entornos dentro de la materialización de lazos afectivos como el amor, la amistad, las relaciones corporativas representadas en el patriotismo, o las filantrópicas como la piedad y la benevolencia; existen inclinaciones superiores que constituirán al hombre como *humano ser*.

Las llamadas inclinaciones superiores se hacen distributivas de una referencialidad sostenida en la belleza, no solo del contenido, sino de las formas de expresión:

---

75 *Ibid.*, pp. 38-39.

76 *Ibid.*, p. 39.

77 *Idem.*

Las inclinaciones superiores o ideales son las aspiraciones del alma hacia lo perfecto. Son el amor de lo verdadero, de lo bello, del bien, el sentimiento religioso; entre ellas son las que se levantan la dignidad humana y ennoblecen al hombre, de quien son propiedad exclusiva. Están fundadas en la sensibilidad, pero son dirigidas por la razón.<sup>78</sup>

Bajo el anterior precepto, estamos frente a la construcción de una lógica subjetivada a partir de la subjetividad trascendente, que se convierte en razón de la acción humana cuando el hombre fija su atención en valores superiores que comportan una férrea vinculación con el espíritu y la *voluntad*; donde la conciencia se hace a través de la trascendencia del sujeto que vincula todo un orden simbólico, que se encuentra más allá de lo meramente discursivo y se entroniza dentro del discurso metafórico no como simple orden estético, sino a manera de mediación entre el mundo como representación y *voluntad*, tal y como lo apuntara Schopenhauer.

Es propicia la oportunidad para destacar la lógica subjetivada que construye José Gregorio Hernández en torno a los

... inapreciables servicios que la deducción presta a las ciencias que la emplean, favorece admirablemente el desarrollo de la inteligencia y la habitúa al rigor de la verdad; templea y ennoblece el carácter del hombre, y lo enseña a proceder con rectitud e integridad en los actos de la vida.<sup>79</sup>

Actos de la vida que se transfieren hacia lo trascendente y logran establecer una causalidad mística que conduce hacia las territorialidades de lo absoluto.

La racionalidad de lo subjetivo apunta sobre la predisposición del hombre hacia la felicidad, la libertad y la realización desde los diversos órdenes, pero siempre atendiendo al sujeto en sus esferas de

---

78 *Idem.*

79 Hernández, 2021, p. 111.

lo íntimo y sus relaciones con los otros. Tal y como he referido en párrafos anteriores, en esta perspectiva ubico las *ciudadanías* de José Gregorio Hernández, diversificadas entre lo íntimo, lo científico, lo humano y lo místico. *Ciudadanías* que tienen la *voluntad* como el gran catalizador que regula y norma las pasiones y las pone al servicio de las más espirituales empresas de los hombres

... Para desarrollarse una pasión, es necesario casi siempre la existencia de una predisposición natural, la cual depende de la herencia y el temperamento, y es aumentada por la influencia del medio físico y moral; en este terreno preparado, la pasión nace y se desarrolla, y si la *voluntad* no interviene desde el principio para dominarla, se establece definitivamente.<sup>80</sup>

Bajo esta referencialidad, la pasión se convierte en adecuada razón o, más bien, en conciencia del bien, cuando es normada por la *voluntad*, que permite procesarla desde un estadio primitivo hasta la internalización en valores, virtudes y principios. Todo ello articulado bajo los preceptos del bien y la bondad; la justicia y la equidad.

Los resultados o efectos de las pasiones pueden ser buenos, pues ellas suelen estimar la inteligencia y la *voluntad*; el hombre, movido por la pasión, es capaz de emprender y llevar a cabo las grandes obras. En otros casos son perjudiciales porque llegan a dominar la *voluntad* y a menoscabar la libertad humana, oscurecen la razón y amenguan el ser moral del hombre.<sup>81</sup>

En la cita precedente es la *voluntad* materia maleable que puede ser fortificada por la pasión<sup>82</sup> o, en su defecto, debilitarla. Pasión y *voluntad* pueden trascender desde el sujeto hacia horizontes de mayor plenitud espiritual, conciencia mística que va a ser alimentada

---

80 *Ibid.*, p. 39.

81 *Ibid.*, p. 40.

82 En José Gregorio Hernández, fortificada en la pasión por Dios, el servicio al prójimo.

por una pasión obviamente mística, tal y como lo ve José Gregorio Hernández en santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz; e indudablemente nosotros podemos comprobarlo en la personalidad y acción de José Gregorio Hernández y su pasión<sup>83</sup> por lo divino, la entrega a su prójimo a razón de acción trascendida. Por lo tanto, Hernández Cisneros es fiel creyente de que el carácter se forja sobre el yunque de las buenas y malas pasiones, que, en el fondo de la interpretación, es el poder de elección del hombre en función de su conciencia fortalecida por la *voluntad*, que se impone:

Se dividen, pues las pasiones por sus efectos en dos clases: las malas y las buenas; y para desarraigar las primeras y fomentar las segundas, se libra en el corazón del hombre un largo y recio combate espiritual que en definitiva viene a tener como resultado la formación del carácter.<sup>84</sup>

Hernández Cisneros reconoce a las tentaciones como pruebas, pero, al mismo tiempo, las tentaciones como móvil para el fortalecimiento de la *voluntad*, el acendramiento a través del “combate espiritual” que debe librar todo *ser* en su trance trascendente, movimiento hipertélico entre lo bajo y lo alto, el movimiento de lo bajo hacia lo alto como demostración del vencimiento de la debilidad

---

83 La pasión divina donde el sufrimiento y la entrega se ve recompensada con el ingreso a los espacios de la deidad, tal es la figuración de la pasión y muerte de Jesucristo y el cumplimiento de los designios divinos que permiten su trasmigración de hombre a deidad y cumplir con la *voluntad* del Padre, que se convierte en conciencia para los hombres. Y la pasión por lo divino es el autorreconocimiento en la estela trascendente que deja la deidad y sus diversas advocaciones a los humanos, que pueden acceder a ella a través del verbo divino encarnado en el ejemplo y la emulación a través del cuerpo sensible, que puede ser trascendido en espíritu a través de la oración mística, el instrumento de mediación entre lo sagrado y lo terreno. Pero, además, esa pasión por lo divino genera una conducta soportada en la *voluntad* que genera el encauzamiento de esa pasión trascendente.

84 Hernández, 2021, p. 40.

humana y la consolidación en la fortaleza divina. De allí que insista en el reconocimiento de tres posicionalidades enunciativas/filosóficas o ciudadanías. “Las pasiones se dividen, como los sentimientos, en personales, como el orgullo, la cólera; sociales, como el desprendimiento, la generosidad; e ideales, como la pasión por el estudio, por el arte, por la gloria”<sup>85</sup>. A estas alturas de la interpretación, José Gregorio Hernández especifica la pasión desde la espiritualidad como un triunfo de la *voluntad* sobre las tentaciones.

Dentro de estas circunstancialidades enunciativas o ciudadanías podemos distinguir dos tipos: las reales y las simuladas, pero, en ambos casos, estamos frente a la construcción de imaginarios a través de mundos narrados donde convergen lo intra e intersubjetivo. Como situaciones comunicativas reales tipificamos la cultura, lo histórico, social, mítico, económico, político; es decir, a esos imaginarios reales que Castoriadis llama “de segundo grado”, y que conforman lo que podemos llamar “la exterioridad” para referir las circunstancialidades enunciativas como contextualizaciones de lo real, que, además de establecer relaciones de objetividad y certeza, sirven para legitimar los discursos de la trascendencia.

Mientras que las simuladas están dentro de los espacios de lo estético que crean sistemas de representación, los discursos de la trascendencia, en nuestro caso, se prefiguran como la interrelación de sensibilidades que manifiestan las esferas más íntimas de los enunciantes a través de diferentes procedimientos discursivos, que la hacen ocultarse/revelarse en exquisito juego simbólico, posibilitando la convergencia signica dentro de una semiosis infinita para enriquecer las obras y los autores en el transcurso del tiempo y la historia. José Gregorio Hernández –como lo desarrollaré más adelante– creía que las manifestaciones más sublimes son la poesía y la oración mística. Desde esta perspectiva, son los discursos de la trascendencia los que encarnan una lectura de la sensibilidad,

---

85 *Idem.*

desdoblada en posibilidades de interpretación en función de los sujetos sensibles y sus posibilidades de significación-resignificación, desencadenadas en la racionalidad subjetivada que comporta todo acto de enunciación.

Obviamente aquí se establece una forma de conocer o leer el mundo desde diferentes perspectivas. En todo caso, esta resignificación de lo percibido se puede determinar como una reescritura entre los sujetos enunciantes, que interactúan desde dos perspectivas: una hacia adentro (lo intrasubjetivo) y una hacia fuera (lo intersubjetivo); esto con él mismo y con el otro, en correlación con un proceso de interpretación a través del discurso de la trascendencia; ente de mediación no solo lingüística-lexical, sino a nivel simbólico-metafórico, a manera y razón de recursos estilísticos para configurar los mundos posibles o imaginarios sensibles. Manejo de una operatividad del conocimiento a través de lo que José Gregorio Hernández conviene como la facultad de conocer a través del conocimiento: “La inteligencia es la facultad de conocer. Su operación es el conocimiento de todo cuanto existe real o posible. El conocimiento es representativo de las cosas, es decir que es objetivo”.<sup>86</sup>

Para Hernández Cisneros estamos frente a la elaboración del conocimiento como operación intelectual que está supeditada a la conjunción de la sensibilidad, la inteligencia y la *Voluntad*:

Se llama conciencia la facultad de conocer los fenómenos psicológicos. Estos fenómenos pueden ser dependientes de la sensibilidad, la inteligencia o la *voluntad*; la conciencia que nos revela los fenómenos sensibles o los fenómenos intelectuales se llama conciencia psicológica o, simplemente, conciencia; y como la *voluntad* puede decidirse por el bien o por el mal, llamamos conciencia moral aquella que nos enseña a conocer los actos malos y buenos.<sup>87</sup>

---

86 Hernández, 2021, p. 43.

87 *Ibid.*, pp. 43-44.

En párrafos precedentes referí, a través de la visión de José Gregorio Hernández, la filosofía como el lugar de encuentro e interacción de teorías y, bajo esa concepción, mucho tendrá que ver en esa operación intelectual y en la elaboración del conocimiento, para lo cual, la filosofía es la totalidad de la realidad; *voluntad* de poder y devenir de la vida en sí mismo. Intérprete de un deseo implícito en el ser mismo donde la *voluntad* debe ser conservada y aumentada en el devenir tanto íntimo como colectivo. Es ir más allá de él mismo a través de la *voluntad* convertida en hacer/crear, evidencia del hombre como espacio vital de la filosofía y del conocimiento. Bajo esta dinámica, la *voluntad* no se detiene nunca y se fortalece como potencia a partir de los discursos de la trascendencia que logran extrapolar a otras dimensiones de representación los órdenes del discurso.

Es necesario recalcar que tanto la verdad del sujeto como la verdad convenida<sup>88</sup> son formas de instrumentación de la *voluntad* de poder/querer, donde la verdad se hace un poder que requiere de una didáctica y *voluntad* para ser ejercido; además de los factores que inciden dentro de las funciones de adquisición de la conciencia y su percepción externa, para lo cual José Gregorio Hernández continúa estableciendo sus relaciones teóricas a partir de la relación de tres potencias que son: “los sentidos externos, la memoria y la imaginación”. Mientras que estos tres elementos se hacen visibles y viables a través de la conciencia, entendida esta por Hernández Cisneros como: “la facultad de conocer los fenómenos psicológicos”<sup>89</sup>; al mismo tiempo que reconoce que la conciencia procede de la sensibilidad, la inteligencia o la *voluntad*, y desde allí vuelve a redundar en sus planteamientos sobre lo físico-orgánico

---

88 Verdad como convención, originada por la voluntad colectiva que incide dentro de la cosmovisión social. Tal y como lo apunta Juan Jacobo Rousseau en sus teorías sobre el *Contrato social*.

89 Hernández, 2021, p. 43.

y lo subjetivo-trascendente, simbolizados, en primer lugar, por la conciencia refleja o simplemente conciencia y, posteriormente, por la conciencia moral donde residen los juicios de valor formulados a través de la *voluntad*, ya que “El juicio es el acto por el cual se afirma la conveniencia o no conveniencia entre dos ideas”.<sup>90</sup>

La conciencia refleja para Hernández Cisneros es

... la facultad de analizar los fenómenos psicológicos. Para efectuar este análisis son necesarias la atención, la memoria y la razón; y el acto por el cual hacemos este análisis se llama la reflexión, la cual da el conocimiento racional, propio del hombre.<sup>91</sup>

Esta conciencia refleja la ubica dentro de la intrasubjetividad –la conciencia primera del alma–, donde está el conocimiento “intuitivo e inmediato; porque es el conocimiento que tiene el alma de sus propios estados; de donde se deduce que es un conocimiento infalible: sé que tengo la idea de sustancia; conozco que sé hablar el castellano”<sup>92</sup>. Ese conocimiento inicial sigue operando en los predios intrasubjetivos donde aún se pueden percibir los estados del alma:

Es, además, un conocimiento personal e impenetrable porque tenemos conciencia de lo que sucede o se verifica en nuestra alma y, de ninguna manera, de lo que tiene lugar en el alma de los demás; así, tampoco tenemos conciencia de nuestro cuerpo ni del mundo exterior ni de Dios, porque el objeto de nuestra conciencia son nuestros propios actos psicológicos.<sup>93</sup>

La conciencia es un acto/devenir que se muestra desde la impostación o la levedad de lo percibido como elaboración de conocimiento y sus referencias con la conciencia y la subconciencia, aquellos estadios que causan “ciertas sensaciones no muy definidas

---

90 *Ibid.*, p. 191.

91 *Ibid.*, p. 44.

92 *Idem.*

93 *Idem.*

de bienestar o malestar, que se experimentan con frecuencia”<sup>94</sup>. En tal sentido, la conciencia es un estado del sujeto y solo del sujeto:

Por la conciencia tenemos la idea de sustancia y de la percepción inmediata del yo, es decir, de nuestra personalidad. Conocemos nuestros estados psicológicos que son múltiples y transitorios y, sabiendo que somos el sujeto permanente de esos estados, adquirimos la idea del ser del alma o, lo que es igual, la conocemos como una sustancia; esto es, como el sujeto permanente de aquellos estados transitorios que, al mismo tiempo, es libre en sus determinaciones.<sup>95</sup>

Desde esta teorización sobre la sustancia o lo que existe en sí, José Gregorio Hernández reconoce, a través de las teorías de Boecio, que la persona “es una sustancia individual de naturaleza racional. El animal tiene un alma sensitiva”<sup>96</sup>. Y bajo esta acepción propone la configuración del *yo* y su referencialidad, con respecto a la personalidad, como una forma de concreción del sujeto:

La idea del yo es la idea completa de la personalidad; para adquirirla de una manera clara, primeramente, la conciencia nos revela que somos un ser único en medio de la multitud de fenómenos que se verifican en nosotros; después nos enseña que este ser o sujeto único y siempre el mismo, es activo y libre; finalmente, la inteligencia nos suministra la idea de nuestro cuerpo y la idea de nuestro pasado con todas sus obras.<sup>97</sup>

La noción del *yo* es conciencia y autorreconocimiento del sujeto consigo mismo y con los demás; así como también se reconoce cuerpo a través de la memoria y el pasado que lo conduce al mundo primordial, que hace parte de su personalidad. Recordemos que

---

94 *Idem.*

95 Hernández, 2021, p. 45.

96 *Ibid.*, p. 192.

97 *Ibid.*, p. 45.

José Gregorio Hernández, en el prólogo de sus *Estudios de filosofía*, habla de la motivación fundamental de su filosofía e incluye la religión heredada de sus padres y su devenir por el mundo como elemento de unificación de lo que a estas alturas del desarrollo de este libro podemos llamar *Filosofía de la voluntad*. Además, que este pasado como mundo primordial se convierte en sostén del presente; parafraseando a Hernández Cisneros, todo en uno como muestra de la conjunción del *ser*, tal y como lo veremos tipificado en el párrafo siguiente.

Para José Gregorio Hernández la conciencia es un estado del sujeto y solo del sujeto, pues ella es la que suministra todas las referencialidades sobre el sujeto; referencialidades que se constituyen potencias a través del ejercicio de la *voluntad*: “La conciencia refleja nos suministra, además de la idea de sustancia y de la personalidad, las ideas del ser, de identidad, de unidad, de causa y de duración”<sup>98</sup>. De allí que relacione las operaciones de la con que está supeditada en principio al cuerpo físico-biológico y los mecanismos de procesamiento a través de la inteligencia, quien efectúa “al propio tiempo varios juicios, en los cuales se afirma la existencia del objeto y de sus cualidades”.<sup>99</sup>

Y dentro de la operatividad de la percepción, Hernández Cisneros reconoce la interacción entre cuerpo físico-biológico y subjetividad en el posicionamiento de lo percibido por parte del sujeto, y a partir de la razón como catalizadora del conocimiento:

Por la percepción externa no tenemos un conocimiento perfecto del mundo exterior, es decir, que no conocemos la sustancia de los cuerpos de manera perfecta, sino sus accidentes; esto es, las sensaciones que dichos cuerpos nos producen. Pero como la sensación es un fenómeno subjetivo o que está en nosotros, en nuestro interior, es necesario que la razón, por medio de los principios de

---

98 *Idem.*

99 *Idem.*

causalidad y sustancia, infiera de la sensación la existencia de los cuerpos que la producen y los accidentes o caracteres secundarios de estos cuerpos.<sup>100</sup>

Nótese que José Gregorio Hernández reconoce el procesamiento subjetivo en la estructuración del conocimiento, por ser un elemento implícito en la percepción y base de todo principio de racionalización. Esto es importante puntualizarlo porque su obra y quehacer intelectual se puede dividir en razón científica y *filosofía de la voluntad*; ambas articuladas en la pretensión de otorgar forma conceptual a la concepción de mundo que cada individuo construye, porque para él no existe una verdadera percepción del mundo, sino concepciones:

La percepción externa es, por consiguiente, mediata, relativa a nuestros sentidos y, en parte, ilusoria, porque nos imaginamos ver los objetos, tocarlos, sentirlos, en una palabra; y en realidad lo que sentimos son los estados psicológicos producidos por dichos cuerpos. Es más bien una concepción lo que tenemos del mundo que una verdadera percepción, aunque algunas de las nociones suministradas por los sentidos tengan una realidad objetiva, como sucede con la extensión; y el conocimiento obtenido es un conocimiento concreto y particular o singular.<sup>101</sup>

Y pensemos un momento en que José Gregorio Hernández no solo reconoce teóricamente esta particularidad, sino que la implementa en su vida; cree en el método como la manera expedita para lograr una concreción de lo percibido, y es importante referir que en sus *Estudios de filosofía* dedica un capítulo al método como la vía o camino para llegar a la consecución de lo propuesto, ya que reconoce que:

---

100 Hernández, 2021, p. 46.

101 *Idem.*

Además de la explicación que hemos dado para interpretar la objetividad de la percepción, se han inventado en el transcurso de los siglos otras doctrinas con el mismo objeto. Una de ellas supone que el espíritu percibe directamente los objetos; es la percepción inmediata o intuicionismo. Otras suponen que los objetos se perciben por medio de agentes intermediarios, los cuales son imágenes o ideas representativas, y entonces se tienen las teorías del representacionismo; o por medio de sensaciones y entonces se tienen las teorías del interpretacionismo.<sup>102</sup>

Quiero aprovechar este momento de la lectura para indicar que los epítetos o calificativos sobre cualidades determinadas de un hecho o sujeto, en muchos casos han sido utilizados por la grandilocuencia del vocablo y, lógicamente, por el deslumbramiento que guía la intención de exaltar y magnificar. Y pienso que con José Gregorio Hernández ha ocurrido eso, quizá por su determinante cercanía con lo místico y todo el discurso generado en torno a esta ciudadanía o posicionalidad dentro del colectivo. Por ello, no quisiera que mi acepción de *José Gregorio Hernández y la filosofía de la voluntad* se perciba como una manera de calificar epidérmicamente al científico o al humanista, por lo tanto, en párrafos siguientes, voy a tratar de hacer un inventario sucinto sobre los teóricos que revisó Hernández Cisneros para desarrollar sus criterios sobre la teoría de la asimilación y la teoría de la percepción inmediata; y que queda como inferencia para revisar las influencias científicas-filosóficas de su obra.

A este respecto, José Gregorio Hernández maneja las teorías de la asimilación de Aristóteles, Santo Tomás y los escolásticos; la percepción intuitiva de Hamilton; la emancipación de Demócrito; la teoría de las impresiones sensoriales de Maine de Biran; la teoría de las ideas representativas de Locke; la teoría de las ideas producidas por Dios de Berkeley; la teoría de las ideas divinas de Malebranche; la sugestión mediada de Reid; la alucinación verdadera de Stuart

---

102 Hernández, 2021, p. 47.

Mill y la inferencia de Descartes. Teorías que tocan desde diferentes ángulos las ideas de representación, lo que demuestra la preocupación de Hernández Cisneros sobre los sistemas de construcción del mundo, a partir de la percepción del sujeto; mundos objetivos y subjetivados que comportan una manera o forma de leer las distintas realidades donde se encuentra inmerso quien indaga sobre él mismo y sus contextos.

Insisto en la perpendicularidad entre realidades objetivas e imaginadas, puesto que José Gregorio Hernández fue fiel creyente de los poderes creadores de la imaginación; en ella depositó la posibilidad de trascender las realidades inmediatas y evocar situaciones extralingüísticas que metaforicen la singularidad interior-íntima de los sujetos. De hecho, le dedica un capítulo de sus *Estudios de filosofía* y, para objeto de este libro en cuanto a los discursos de la trascendencia, es de capital importancia destacar las consideraciones vertidas en él; quizá vista como metáfora de una alucinación verdadera o creación de mundos posibles, donde, indudablemente, ingresa la ficción, arte, oración mística e imaginación; concatenadas por las referencias de lo estésico y la conversión de la sensación en objeto, de esta manera: “La alucinación verdadera de Stuart Mill admite que los cuerpos producen la sensación, la cual se exterioriza y objetiva en virtud del encadenamiento producido por la asociación entre la sensación y el objeto”.<sup>103</sup>

Al referirse a la memoria y la imaginación, sigue insistiendo en los fenómenos psicológicos representados por la sensibilidad, inteligencia y *voluntad*. Fenómenos psicológicos o estadios del sujeto que interactúan dentro de circunstancias enunciativas, que otorgan referencialidades específicas; para José Gregorio Hernández: “Todos los fenómenos psicológicos, ya pertenezcan a la sensibilidad, a la inteligencia o a la *voluntad*, son objeto de la memoria, siempre que sean pasados. Los fenómenos psicológicos presentes no son objeto

---

103 Hernández, 2021, p. 48.

de la memoria, sino de la conciencia”<sup>104</sup>. Esta conciencia podemos llamarla “conciencia de la inmanencia”, esa relación inmediata entre el objeto y el sujeto percibiente, que posteriormente se convertirá en atribuyente cuando otorgue sentido al acontecimiento percibido:

Los demás fenómenos, como son los del mundo exterior, las personas, las cosas, no son objeto de la memoria, sino cuando nos han impresionado y nos han producido un estado de conciencia determinado; de suerte que no nos acordamos de tal persona o de tal cosa, sino de haber visto u oído tal persona o tal cosa<sup>105</sup>.<sup>106</sup>

En tal sentido, para José Gregorio Hernández la conciencia estará dentro del sujeto atribuyente que une lo percibido a su campo experiencial e involucra una serie de operaciones, tanto físicas como simbólicas, que concretan el sentido de la representación; por lo tanto, la atribución de sentido y significado, o no, a la relación entre el sujeto percibiente-atribuyente es el mecanismo generador de impostaciones en la memoria, quien tiene como elemento de determinación fundamental el pasado a manera de referencia central a los hechos o acontecimientos impostados en la memoria.

---

104 *Ibid.*, p. 49.

105 Años antes, en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), Sigmund Freud incorpora, a los estudios de la memoria y su relación con el devenir del hombre, la memoria del olvido, para tipificar aquella memoria que es posible recuperarla estableciendo los conectores afectivos necesarios: “El olvido de propósitos recibe mucha luz de algo que pudiéramos designar con el nombre de “formación de falsos propósitos” (Sigmund Freud. *Psicopatología de la vida cotidiana*, 1986, p. 32). Aquí estamos frente a una impostación a través del inconsciente. Teoría que, obviamente, mantiene relación con el mundo de los sueños, aunque, como trataré más adelante, el mundo del inconsciente para José Gregorio Hernández es instrumento estilístico para construir sus textos de manifestación literaria-trascendente; o discursos de la trascendencia que permiten ingresar a espacios de lo cósmico y lo mítico, son la mediación entre lo terreno y lo sagrado.

106 Hernández, 2021, p. 49.

Y dentro de ese proceso entre lo percibido y lo atribuido encontramos las operaciones de la memoria que enuncia José Gregorio Hernández como: "... la conservación, el recuerdo y el reconocimiento, las cuales funcionan juntas en la producción de la memoria"<sup>107</sup>. Lo que corrobora nuestra anterior afirmación sobre la vinculación entre lo fisiológico y lo psicológico, entre el mundo de las cosas y los estados del sujeto; a decir de Hernández Cisneros: "El hábito psicológico proviene de la disposición que existe en el alma a reproducir sus actos; unidos los dos hábitos se verifica la conservación en la memoria de cualquier fenómeno psicológico"<sup>108</sup>. Y dentro de la interacción de la memoria aparece la reviviscencia como los "actos de memoria" que continuamente acuden a los sistemas de representación de los sujetos:

La reviviscencia de dichos fenómenos se produce de tres maneras: espontáneamente, por asociación de ideas o voluntariamente. La reviviscencia espontánea se verifica con frecuencia y muchas veces contra nuestro querer; depende de la impresión fuerte que nos ha producido el hecho que se recuerda.<sup>109</sup>

La reviviscencia es la posibilidad de revivir los acontecimientos a través de su evocación, donde el recuerdo es el gran operador de la vuelta a la referencialidad contenida en la memoria; tal es el caso de la nostalgia como detonante de la memoria afectivizada; juego de la memoria e impostación de la imaginación dentro de la experiencia patémica que involucra la vuelta al pasado o la proyección al futuro, a partir del logos *sentimentalis* que se desdoblan en representación, deviniendo en una lógica de sentido subjetivado, que crea sus propias figuraciones donde trasvasan las potencialidades de los agentes intervinientes en el proceso discursivo. Esta reviviscencia espontánea tiene que ver con lo volitivo e inconsciente.

---

107 *Idem.*

108 *Idem.*

109 *Idem.*

Según José Gregorio Hernández, la reviviscencia también se articula a partir de la asociación de ideas que permite emparentar un pasado con el presente, dos circunstancialidades enunciativas y de representación que se relacionan para producir situaciones vivenciales; formas de construcción del sujeto:

La asociación de las ideas efectúa también la reviviscencia de ellas, de suerte que reapareciendo una, al punto viene la otra. Finalmente, puede la *voluntad* producir el recuerdo sirviéndose de la asociación, porque obrando por sí sola parece que más bien produce la inhibición del recuerdo, es decir, que lo hace imposible.<sup>110</sup>

Importante destacar que Hernández Cisneros asocia la *voluntad* con la reviviscencia, por lo que se puede deducir una “*voluntad* para recordar”, la *voluntad* para asociar recuerdos e instantes ya vividos que se corresponden con los procesos de ensoñación como formas de evocar y reconstruir mundos.

Y esta *voluntad* se materializa en el reconocimiento del sujeto y de los acontecimientos evocados a partir de la resignificación del pasado, que es la operación fundamental de la operatividad del recuerdo dentro de la articulación de la memoria:

El reconocimiento de los fenómenos psicológicos es la operación final y esencial en el acto de la memoria. Es la interpretación del estado de conciencia actual: se verifica asociando el estado de conciencia presente a la noción del pasado, es decir, juzgando que este estado de conciencia presente o actual ha sido experimentado por nosotros en un tiempo pasado.<sup>111</sup>

El reconocimiento es la materialización del logos que oscila entre la realidad inmediata y el pasado; ese punto de referencia para constituir la memoria desde las nociones de “identidad personal y de

---

110 Hernández, 2021, p. 50.

111 *Idem.*

tiempo”, las instancias que como circunstancialidades enunciativas articulan los ejes de representación- significación.

Como lo hemos referido hace un momento, estas reflexiones de José Gregorio Hernández se emparentan por las sostenidas por Aristóteles en *Del sentido y lo sensible, de la memoria y el recuerdo*<sup>112</sup>, en torno a la memoria y su fundamentación dentro de las posicionalidades de los enunciantes con respecto al tiempo y el espacio:

La memoria, pues, no es ni sensación ni juicio, sino un estado o afección de una de estas cosas, una vez ha transcurrido un tiempo. No puede haber memoria de algo presente ahora y en el tiempo presente, según se ha dicho, sino que la sensación se refiere al tiempo presente, la esfera o expectación a lo que es futuro y la memoria a lo que es pretérito. Toda memoria o recuerdo implica, pues, un intervalo de tiempo. Por esto, solo aquellos seres vivos que son conscientes del tiempo puede decirse que recuerdan y hacen esto con aquella parte del alma que es consciente del tiempo.<sup>113</sup>

En correspondencia con lo afirmado por Aristóteles, para Hernández Cisneros “la memoria es indispensable para el conocimiento” y para la “elaboración de la ciencia”, la identidad personal y todos los actos de la vida. A tal efecto, la memoria es elemento indispensable en la construcción del sujeto que se refleja en su mundo interior, se autorreconoce en los espacios íntimos del espíritu que, en tal caso, están representados por el alma; en palabras de Aristóteles: “Toda memoria o recuerdo implica, pues, un intervalo de tiempo. Por esto, solo aquellos seres vivos que son conscientes del tiempo puede

---

112 Aristóteles así lo reconoce en su texto *Del sentido y lo sensible, de la memoria y el recuerdo*, bajo el enfoque de: “el recordar es como una especie de silogismo o inferencia; pues, cuando un hombre recuerda, infiere o deduce que él antes ha visto, ha oído o ha experimentado algo de aquella clase, y el proceso de recordar es una especie de búsqueda. (Aristóteles. *Del sentido y lo sensible, la memoria y el recuerdo*, 1962, p. 54).

113 *Ibid.*, p. 44.

decirse que recuerdan y hacen esto con aquella parte del alma que es consciente del tiempo”<sup>114</sup>. La imbricación entre tiempo y alma nos indica que se puede deducir la aparición de un tiempo interior que corre paralelo al tiempo cronológico y entre ambas instancias enunciativas constituyen al sujeto desde este marco de referencia, dentro de los sistemas de representación.

Dentro de estos rangos de la memoria, José Gregorio Hernández refiere la asociación de ideas como

... la inclinación de la inteligencia a pasar espontáneamente de una idea a otra. Esta inclinación es una propiedad fundamental del espíritu, común a todos los hechos psicológicos, de suerte que una idea puede despertar un deseo o un acto voluntario asociados a ella.<sup>115</sup>

De allí que hable paralelamente de ligazón y conjunción de ideas como forma de construcción de sentido, una forma de concatenar los diversos y disímiles referentes que sirven de base al pensamiento e interpretación por parte de los seres humanos; además de ello, reconoce que esta no es una operación meramente intelectual que atañe solo a la memoria, sino que es una articulación del lenguaje como forma o manera de expresión de las ideas, agente mediador entre el sujeto y sus espacios a través de “la palabra, signo de la idea, la sugiere”.<sup>116</sup>

Para Hernández Cisneros la asociación de ideas es el “auxiliar indispensable” para la memoria y es base fundamental para el conocimiento. De allí que se deba llamar la atención sobre la importancia que representa el lenguaje como forma de enunciar la idea, de narrar la idea y hacerla expresión comprensible para el sujeto mismo y el otro; y en esa forma de narrar el mundo a través de la idea surge la imaginación como el elemento que permite la transmigración de los referentes de lo estrictamente lingüístico-lexical, incorporando lo

---

114 *Idem.*

115 Hernández, 2021, p. 50.

116 *Ibid.*, p. 51.

simbólico a partir del discurso metafórico, el discurso del alma y el espíritu. Por ello, José Gregorio Hernández conceptualiza la imaginación como “la facultad de reproducción las imágenes o conceptos sensibles de lo percibido anteriormente y de crear imágenes o ideas nuevas por medio de las antiguas”<sup>117</sup>; además de referir la imaginación como concatenación de referencialidades que permiten asociar los materiales de la memoria, distingue dos tipos de imaginación: la reproductora y la creadora.

Por imaginación reproductora define aquella que “verifica la reproducción concreta del objeto de una manera viva y distinta, sin localizarlo en el pasado, como lo hace la memoria; antes, por el contrario, considerándolo como presente. Esta reproducción interior del objeto se llama imagen”<sup>118</sup>. De allí que establece una clara diferenciación entre idea e imagen, al definir las de la manera siguiente:

Se llama idea la representación de la naturaleza de los seres. La idea, obra de la inteligencia, es distinta a la imagen, obra de la memoria o de la imaginación. Se llama imagen la representación de una cosa concreta o sensible, es decir, que ha sido apreciada por los sentidos.<sup>119</sup>

Surge de esta manera la perspectiva creadora de la imaginación, la que es trasvasada por la mediación óptica del sujeto.

Según esta definición de Hernández Cisneros, la imaginación que permite el viaje retrospectivo de la memoria es esta imaginación creadora; esto es, “La facultad que produce imágenes o ideas nuevas modificando y combinando las antiguas”<sup>120</sup>. Dentro de esta imaginación reconoce la mediación óptica del sujeto en el procesamiento de lo percibido o apercebido, el proceso subjetivo que acompaña la producción de sentido a través de la imaginación creadora:

---

117 *Idem.*

118 Hernández, 2021, p. 52.

119 *Ibid.*, p. 78.

120 *Ibid.*, p. 52.

... la propia y exclusiva facultad creadora. Su operación la verifica tomando de la naturaleza los elementos con los cuales ha de reproducir la nueva obra científica o artística, e idealizándolos, es decir, dotándolos de una perfección superior a la de la realidad y, en fin, realizando la obra definitiva, el cuanto es posible, el ideal propuesto.<sup>121</sup>

Aquí existe un tácito reconocimiento de la imaginación creadora como elemento de lo trascendente, el elemento estético que produce la aproximación a los objetos a través de la subjetivación referencial o, a más decir, a la subjetivación del proceso de conocimiento por parte del sujeto que percibe y al mismo tiempo atribuye sentido a los acontecimientos.

La aludida trascendencia, José Gregorio Hernández la ubica en los niveles de la inspiración<sup>122</sup> como el vehículo que permite la interacción del sujeto con sus mundos más sentidos, y

---

121 *Idem.*

122 Recuérdese la importancia de la inspiración para la filosofía, ella es fuente de lo trascendente y el encuentro con lo bello, que podemos hacer una extrapolación hacia lo estético frente al conocimiento eminentemente racional; específicamente para Demócrito y Platón, donde a la inspiración se le otorga un don divino; el fulgor divino para Marsilio Ficino, por sus dones de éxtasis que produce, de tránsito hacia otras latitudes simbólicas, estableciendo una relación de la inspiración con la anamnesis o reminiscencia, donde el pasado y la memoria juegan un papel fundamental en la construcción de nociones de realidad a través de la triangulación entre verdad, belleza e inspiración, para la trascendencia del sujeto. La inspiración como la capacidad para enunciar verdades más allá de la facultad racional y en la búsqueda de los contenidos que conforman la verdad. La inspiración es sinónimo de posesión divina que desencadena un acto enunciativo, un acto poético, donde el habla se trasmuta en la figuración y transfiguración metafórica que conduce al placer y la realización, el goce y el éxtasis. El conocimiento intuido con una fuerza estética-discursiva que permite ser contemplada y elevada a esferas espirituales desde donde denota una superioridad convertida en imagen que rebasa las realidades tangibles y cotidianas.

... para este trabajo de la imaginación es indispensable un auxiliar; este auxiliar es la inspiración<sup>123</sup>, a la cual le toca la concepción de la obra y la invención de la idea que ha de dirigir todo el trabajo creador; la inspiración es el resultado de una exquisita sensibilidad unida a la más elevada inteligencia.<sup>124</sup>

Desde esta perspectiva, la inspiración es puente hacia el goce espiritual, goce que se manifiesta tanto en la conciencia del sujeto como en el desdoblamiento de este en el texto; y allí queda implícita la *voluntad*, a razón de elemento articulante de los discursos producidos por la imaginación creadora y su potencialidad exaltativa-contemplativa. Vista desde esta doble articulación de reproductora y creadora, Hernández Cisneros la considera una operación compleja porque es:

La facultad que produce los grandes descubrimientos científicos o artísticos. Es igualmente necesaria para todo invento y progreso. Su acción benéfica se extiende a toda la duración de la *vida individual y de la vida social*, porque mantiene la esperanza de una *vida ideal*, para lo porvenir, mejor que la vida real presente; esta esperanza, esta ilusión que poetiza la vida, la vemos despertarse en el niño que desea llegar a hombre para realizar ciertos proyectos no bien definidos que le han de hacer dichoso; observamos que adquiere su desarrollo en el hombre, el cual desea el pronto transcurso del tiempo para alcanzar cierta situación en el porvenir, situación mil veces mejor que la que posee en la actualidad; y que existe todavía en el anciano, al cual le sirve como de un velo que le disimula la terrible proximidad de la tumba

---

123 Y en este sentido José Gregorio Hernández coincide plenamente con lo afirmado sobre la inspiración por Merleau-Ponty: “Lo que se llama inspiración debería ser tomado al pie de la letra; hay verdaderamente inspiración y expiración del *ser*, respiración en el *ser*, acción y pasión tan poco discernibles que no se sabe más quién ve y quién es visto, quién pinta y quién es pintado” (Merleau-Ponty, 1964, pp. 31-32).

124 Hernández, 2021, p. 52.

(proceso intra e intersubjetivo, posición utópica, principio esperanza).<sup>125</sup>

Nótese que he resaltado en el texto anterior tres elementos fundamentales, para comprender las relaciones de significación a través de la imaginación que establece Hernández Cisneros a partir de la interesante interrelación entre la noción de vida desdoblada en individual, social e ideal, para el establecimiento de una corporalidad recurrente integrada por medio de lo intra e intersubjetivo. Adosada a esta interrelación, el ideal o elemento utópico funciona a manera de principio esperanza para representar al sujeto patémico/volitivo, que se ve encauzado paralelamente dentro de una realidad por lo físico-orgánico y por la subjetividad trascendente, que permiten la construcción de representaciones más allá de las estructuras estrictamente cognoscitivas, destacando la imaginación como operación generadora de conocimiento.

A este respecto y sobre la generación de conocimiento, José Gregorio Hernández hace hincapié en las operaciones intelectuales, donde lógicamente incluye la inteligencia a manera y razón de la facultad de conocer, mecanismo de generación de conocimiento:

La inteligencia es la facultad de conocer. Para efectuar el conocimiento, la inteligencia tiene antes que construirlo con los materiales suministrados por los sentidos y conservados por la memoria. Estos materiales, como ya hemos visto, constituyen un conocimiento particular o singular; la función intelectual sustituye a este conocimiento particular, un conocimiento general y abstracto, el cual es más simple y claro.<sup>126</sup>

Establecida esta premisa sobre el conocimiento, Hernández Cisneros establece el objeto de conocimiento intelectual a partir de la combinatoria de operaciones cognoscentes, sensibles o suprasensibles, a partir de la operacionalidad de la inteligencia:

---

125 *Ibid.*, pp. 52-53.

126 Hernández, 2021, p. 54.

El objeto del conocimiento intelectual, es decir, lo que la inteligencia puede conocer es, pues, todo lo que existe o puede concebirse<sup>127</sup>; en primer lugar, la inteligencia conoce las cosas sensibles y concretas del mundo, esto es, los seres materiales, directamente, pero de una manera abstracta y universal, o lo que es equivalente; conoce las razones esenciales de los seres concretos y materiales; los demás conocimientos, o sea, lo que se refiere a lo suprasensible o inmaterial puede adquirirlos solamente por reflexión.<sup>128</sup>

En este sentido, se reitera la amalgama que establece José Gregorio Hernández entre lo físico-orgánico y la sensibilidad trascendente, como mecanismo para generar conocimiento bajo las alternativas y posicionalidades enunciativas de los seres que interactúan dentro de los espacios generadores de conocimiento; desde donde el conocimiento será un acto individual que se colectiviza a través de diferentes mecanismos de significación/ representación; establecimiento de espacios de significación que se hacen afines, comunes, al sujeto y el colectivo. Pudiendo inferir, igualmente, que lo determinado por Hernández Cisneros a razón de suprasensible o inmaterial es lo que está regido por la *voluntad*, puesto que genera un conocimiento que tiene su asidero fundamental en el sujeto mismo y su correspondencia con los agentes legitimantes de la realidad.

Asimismo, estructura la operación intelectual en tres actos: la concepción, el juicio y el raciocinio; “los cuales van acompañados de dos actos preliminares, a saber: la atención y la comparación”<sup>129</sup>. Con respecto a la atención la distingue entre: espontánea y voluntaria, y aquí debemos tener muy en cuenta que la atención requiere de la *voluntad*, del esfuerzo de ella en la resolución de los objetos; “La atención voluntaria es la resolución de considerar un objeto. La

---

127 Esto es, establecer una lógica de sentido, bien sea racional o subjetivada; pero ambas representan la construcción de un sujeto a partir de las referencialidades intra e intersubjetivas.

128 Hernández, 2021, p. 54.

129 Hernández, 2021, p. 54.

atención necesita entonces de un esfuerzo de la *voluntad* durante la operación”<sup>130</sup>. Por lo tanto, la *voluntad* puede considerarse una forma de direccionar la atención, de dirigirla hacia adentro o hacia afuera del sujeto percibiente/atribuyente, que será la gran diferencia con respecto a los animales; por lo tanto, la *voluntad* está asociada a la intencionalidad de construir un sistema de representación, de crear lógicas de sentido a partir de “una operación esencialmente analítica, porque por medio de ella se aísla un objeto o una cualidad objetiva para considerarla separada de los demás objetos o de las otras cualidades”.<sup>131</sup>

Posterior a la atención, ubica la reflexión como “la fijación de la mente sobre los fenómenos psicológicos. La meditación es una reflexión sostenida y la contemplación es la reflexión acompañada con la admiración”<sup>132</sup>. En este planteamiento propone reflexionar desde el espíritu, el espíritu consigo mismo en la plenitud de la reflexión a través de la meditación y la contemplación; dos formas de expresión de la *voluntad* del *ser* para producir los diversos sentidos que se pueden otorgar a los acontecimientos, desde los estados más íntimos del sujeto. Una forma particular de “conocer” desde el espíritu que trasciende las fronteras de lo real y establece una relación con lo trascendente y, obviamente, permite la manifestación de un sujeto trascendido.

Dentro de esta disertación sobre la producción de conocimiento, José Gregorio Hernández incluye la comparación a manera de operación intelectual que permite el discernimiento a partir de “las relaciones entre objetos e ideas. Los objetos de la comparación se llaman términos”<sup>133</sup>. Bajo esta operación se obtienen ideas relativas, genéricas, subordinadas, coordinadas, contrarias “y, por consiguiente,

---

130 *Ibid.*, pp. 54-55.

131 *Ibid.*, p. 55.

132 *Idem.*

133 *Idem.*

es de gran importancia para las ciencias<sup>134</sup>; ya que, por medio de la concatenación de referencias, tanto por la semejanza como la diferencia, se desencadena todo un eje de significación a través del contraste de elementos dentro de un sistema de relaciones conceptuales. A medida que se desarrolla este sistema de interrelación aparece la *concepción* dentro de la elaboración de conceptos, donde el concepto es atribuible a la noción de idea, siendo la idea “la representación de la naturaleza de los seres”.<sup>135</sup>

Concebida la idea, aparece la inteligencia que se encarga de construir esa idea por medio de “dos operaciones sucesivas: la abstracción y la generalización”<sup>136</sup>. Y dentro de esta figuración intuye la abstracción como principio metodológico, puesto que ella

... es la separación mental de una parte de un objeto, que en la realidad es inseparable de él. La sustancia de un cuerpo es realmente inseparable de sus cualidades, pero esta separación puede hacerse mentalmente por la abstracción y se pueden considerar aisladas las unas de la otras”.<sup>137</sup>

Esa referencia la explica a través de un ejemplo que incluye ver una superficie blanca y el proceso que se produce a nivel de la inteligencia, para la separación de la superficie y el color por medio de la figuración de dos ideas abstractas, que es imposible separar en la realidad, pero sí como operación intelectual y formulación de sentido sobre una idea. Al respecto, es importante destacar la importancia que Hernández Cisneros otorga a la mirada como principio de aprehensión de la realidad para ser procesada por las operaciones intelectuales: “La vista nos suministró la materia primera del conocimiento y la concepción nos produjo las dos ideas”.<sup>138</sup>

---

134 *Idem.*

135 *Idem.*

136 *Idem.*

137 *Idem.*

138 Hernández, 2021, p. 56.

Bajo la consideración sobre la mirada es menester puntualizar que el primer principio semiótico con que cuenta el sujeto percibiente es la mirada, que junto a la intuición<sup>139</sup> conforman el conocimiento apriorístico, el germen de la idea<sup>140</sup> que posteriormente va a consolidarse o no a lo largo del proceso de generación de conocimiento; y lo que se determinará desde el campo semiótico como sujeto atribuyente, cuando se ha conformado la idea o el concepto; en palabras de José Gregorio Hernández:

Se ve, pues, que hay en la abstracción dos momentos; en el primero se aísla la sustancia o alguna de las cualidades del cuerpo, en el segundo se la considera como si existiera independientemente y se le da un ser determinado, una naturaleza propia, que es la idea.<sup>141</sup>

Idea que posteriormente ingresa al proceso llamado generalización; “aquella operación intelectual que reúne en una sola noción las cualidades comunes a varios seres”.<sup>142</sup>

Para Hernández Cisneros, la idea intuitiva se hace general al contener las propiedades de comprensión y extensión donde se encuentran los elementos constituyentes de la idea, el número de

---

139 Además que para Heidegger la “filosofía es la intuición intelectual del *absoluto*” (Martin Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 52), e interpretando a Schelling: “La intuición que constituye el saber primero y propiamente dicho tiene que referirse por esto a la totalidad del *ser*, a Dios, mundo y esencia del hombre (libertad)” (*Idem.*). Y, precisamente, en Hernández Cisneros el proceso de conocimiento se origina en Dios, en la concatenación entre la presencia divina y la intuición humana como forma de llegar a la verdad.

140 José Gregorio Hernández reconoce que “las ideas individuales tienen la comprensión ilimitada y no tiene propiamente extensión”. Esto es, que al provenir de la perspectiva íntima del sujeto, de la perspectiva individual tiene “por extensión, todo lo que existe o es posible”. Reflexión profundamente ligada a la noción de imaginación desarrollada en párrafos anteriores.

141 Hernández, 2021, p. 56.

142 Hernández, 2021, p. 84.

individuos o especies que la abarcan, puesto que “... la generalización no es otra cosa sino un juicio en el cual se afirma que los caracteres comunes son esenciales a un grupo de seres, y que pueden aplicarse sin temor a errar a todos los seres semejantes”<sup>143</sup>. Bajo esta premisa esboza tres clases de ideas generales: “... las de sustancias; ideas de planta, de animal, de cuerpo, de espíritu; las de modos: ideas de color, de virtud; y las de relaciones: las ideas de coexistencia, de tamaño, de causalidad”<sup>144</sup>, reconociendo, al mismo tiempo, las ideas de las cosas y las ideas del espíritu; la materialización en dos perspectivas de una misma manera de producir conocimiento a partir de la generación de ideas.

La enunciación de ideas debe corresponder con una afirmación de estas dentro de los espacios del conocimiento y, precisamente, a esa afirmación de las ideas dentro de las relaciones de los seres, José Gregorio Hernández la llama “juicio”; desde donde reconoce dos tipos de juicio: uno, basado en la inmediatez o inmanencia, al cual llama espontáneo o intuitivo, definiéndolo como el que “tiene por objeto inmediato las cosas mismas o las ideas concretas de ellas”<sup>145</sup>. Mientras que otro, al que llama “reflejo”, lo ubica dentro de “la comparación entre dos ideas y por él se afirma la conveniencia o la repugnancia que existe entre ellas”<sup>146</sup>. Para llegar a la conclusión de que “el juicio es el acto esencial de la inteligencia; conocer es afirmar las relaciones que existen entre los seres”.<sup>147</sup>

Obviamente, en estas reflexiones sobre la generación de conocimiento a partir de las diferentes operaciones intelectuales que especifica, aplica una lógica filosófica que podemos ver resumida en la siguiente expresión:

---

143 *Ibid.*, p. 56.

144 *Ibid.*, p. 57.

145 *Ibid.*, p. 58.

146 *Idem.*

147 *Idem.*

El juicio reflejo se produce analizando las propiedades de una idea general, que es una idea de ser o de sustancia y viene a ser el sujeto del juicio; enseguida se analiza la otra idea, que casi siempre es una idea de modo o de calidad y viene a constituir después el predicado del juicio; finalmente, se afirman las relaciones de convivencia o de repugnancia entre ambas.<sup>148</sup>

Y esa lógica filosófica queda patentizada en la reflexión siguiente: “Analizo cuidadosamente las propiedades de la idea de hombre; luego considero las propiedades de la idea de mortal; y por fin encuentro que hay conveniencia entre ambas y afirmo esta conveniencia: el hombre es mortal”.<sup>149</sup>

Pero además de esa estructuración lógica de los enunciados por sus relaciones referenciales y de contenido, Hernández Cisneros detalla una relación enunciativa a través de las relaciones de construcción gramatical, enfocadas puntualmente entre la relación de sujeto y predicado: “El juicio es, por naturaleza, afirmativo, aunque el enunciado tenga una forma negativa; porque la afirmación implica la creencia en la realidad objetiva de la relación que se observa entre el sujeto y el predicado”<sup>150</sup>. En este caso existe un reconocimiento implícito a la funcionabilidad del lenguaje en la construcción de sentido a partir de las relaciones gramaticales que evidencian al sujeto y su acción dentro de la generación de conocimiento y la positividad de las afirmaciones, como forma de “nombrar” el mundo.

Además de hacer una tipología de las lenguas desde el punto de vista psicológico, Hernández Cisneros las esboza gramaticalmente a partir del punto de vista morfológico y de las desinencias, para luego establecerlas como interacción entre la parte física-natural de los hablantes y la diversificación moral a través de los actos psicológicos o, más bien, del espíritu: “Las relaciones entre la parte física

---

148 *Idem.*

149 *Idem.*

150 Hernández, 2021, p. 59.

y la moral del hombre son evidentes. La parte física es el conjunto de fenómenos fisiológicos y la parte moral comprende todos los fenómenos psicológicos”<sup>151</sup>. Reconociendo, de la misma manera, al lenguaje como el instrumento de mediación entre el hombre y sus contextos, entre lo intra e intersubjetivo; entre la razón y la pasión: “La percepción externa se verifica por los sentidos; la imaginación y la memoria están dependientes de las influencias nerviosas; las emociones, las pasiones influyen considerablemente sobre las funciones orgánicas”.<sup>152</sup>

Interacción entre razón y pasión hacen que se establezca la imagen determinada por el lenguaje y sus diversos desdoblamientos; tal es el caso del mundo simbólico que genera el inconsciente y su relación con la imaginación creadora, que opera más allá de las operaciones conscientes:

... solo la imaginación puede continuar obrando y a veces su actividad llega a estar aumentada durante el sueño; de ella derivan los ensueños y su acción puede ir hasta la provocación de los movimientos de locomoción y de la palabra, lo cual constituye el sonambulismo.<sup>153</sup>

Evidentemente, Hernández Cisneros está hablando desde el punto de vista médico-científico, pero la aseveración sobre el ensueño y su relación con la imaginación y, sobre todo, acerca de la imaginación creadora podemos relacionarla con el poder de la ensoñación como instrumento de creación; tal es el caso que le confiere Gaston Bachelard, al significarla desde el punto de vista donde

... la ensoñación nos da el mundo de un alma, que una imagen poética da testimonio de un alma que descubre su mundo, el mundo en que quisiera vivir, donde merece vivir [...] La ensoñación teje en

---

151 *Ibid.*, p. 71.

152 *Idem.*

153 *Idem.*

torno al soñador dulces lazos, que es una argamasa que, en resumen, en toda la fuerza del término, la ensoñación “poetiza” al soñador.<sup>154</sup>

De todas maneras, José Gregorio Hernández hace una importante consideración del histerismo como enfermedad estética/divina y que más adelante trabajaré en detalle, cuando lo considere desde el punto de vista literario; y en torno a la defensa que hace de santa Teresa de Jesús a partir de las concepciones de fulgor divino, las cuales creo que son las más adecuadas para trabajar ese estado de éxtasis representado por el ascenso hipertélico a través de la palabra.

Bajo esta singularidad, juicio y discurso van íntimamente ligados: uno como expresión de lo razonado, el otro como la constitución de la idea en creencia; y...

De este carácter podemos inferir que el juicio y la creencia son un mismo fenómeno psicológico; creer es afirmar la realidad objetiva de las relaciones de los seres. En la creencia hay la opinión y varios grados que constituyen la certeza, la opinión y la duda.<sup>155</sup>

### **La razón; la imperfecta razón**

Huelga señalar la importancia que representa la razón en la generación de conocimiento y en todo el proceso de vinculación de las ideas con las operaciones intelectuales de los sujetos. Y, obviamente, en el conjunto de disertaciones que hace José Gregorio Hernández al respecto, surge el raciocinio como “aquel acto por el cual se infiere un juicio de uno o más juicios. La inteligencia, en este caso, valiéndose de una verdad conocida, descubre nuevas verdades. El conocimiento obtenido por medio del raciocinio es un conocimiento mediato”<sup>156</sup>. Es el conocimiento producido a través de la

---

154 Gaston Bachelard. *La poética de la ensoñación*, 1962, p. 32.

155 Hernández, 2021, p. 59.

156 *Idem*.

racionalización de la experiencia que, según Hernández Cisneros, opera a través de lo inductivo o inducción, o a partir de lo deductivo o deducción como operaciones ejercidas por el sujeto para lograr la producción de conocimiento.

Ahora bien, dentro de esa producción o generación de conocimiento por parte de los individuos ingresa la inteligencia como gozne o bisagra que permite la articulación entre sujeto y verdad:

La inteligencia efectúa el raciocinio inductivo, partiendo de una verdad particular conocida a descubrir una verdad general; es decir, que observa un fenómeno en varias y distintas circunstancias; luego descubre por la comparación las relaciones de coexistencia o sucesión entre los modos de producirse el fenómeno en los distintos casos; considera estas relaciones como el signo de un lazo esencial inherente a todos esos casos conocidos, y en seguida concluye que en todos los casos posibles semejantes se verificará el mismo fenómeno, es decir, que generaliza las relaciones legítimamente a causa de su carácter esencial.<sup>157</sup>

Un principio aductivo permite extrapolar las relaciones de significación hacia otros espacios de representación, que tienen su punto de partida en la inducción establecida a través de dos leyes, a saber: las de coexistencia y las de sucesión. La primera ley permite las relaciones simultáneas y constantes, mientras que la segunda, las relaciones constantes y sucesivas; entretanto el raciocinio deductivo “descubre una verdad particular o menos general, partiendo de una verdad general conocida”<sup>158</sup>. En este razonamiento deductivo

... la inteligencia trabaja sobre tres juicios y tres ideas. Los dos primeros juicios sirven para comparar dos de las ideas con la tercera y para afirmar que hay conveniencia entre esta y aquellas. En

---

157 *Idem.*

158 Hernández, 2021, p. 60.

el tercer juicio se afirma la perfecta conveniencia entre aquellas dos primeras ideas.<sup>159</sup>

Bajo la relación de juicios e ideas, José Gregorio Hernández hace especial énfasis en la relación entre inteligencia y razón, donde atribuye la plenitud de la inteligencia a su constitución en la razón; tal y como se puede observar en la siguiente afirmación:

La inteligencia en toda su plenitud está constituida por la *razón*. Se llama *razón* a la facultad de comprender. Comprender es conocer la naturaleza de las cosas y su esencia<sup>160</sup>; es la parte más elevada del conocimiento [...] La razón efectúa su operación por medio de los principios directores del conocimiento y de las nociones primeras [...] Los principios directores, primeros principios o verdades primeras, son los juicios sobre las relaciones necesarias, evidentes por sí mismas y universales de los seres.<sup>161</sup>

Y no solo entre inteligencia y razón, sino entre empirismo y racionalismo como las formas a través de las cuales el sujeto conjunta las nociones de realidad y la producción de conocimiento. Para ello expresa:

Estas nociones las adquiere el hombre por el concurso de la experiencia y de la razón, es decir, de una manera empírico-racional. La experiencia suministra los datos concretos, singulares y contingentes de ellas; la inteligencia, por la abstracción, transforma dichos datos en ideas puras y, por la generalización, les da el carácter de nociones universales; y, finalmente, la razón les da el sello definitivo de verdades absolutas y, formando con ellas juicios, establece los primeros principios.<sup>162</sup>

---

159 *Idem*.

160 Para José Gregorio Hernández, “La esencia es aquello en virtud de lo cual un ser es lo que es”. Porque desde allí se desprende la razón lógica de la estructuración de las cosas.

161 Hernández, 2021, p. 60.

162 Hernández, 2021, p. 61.

Las nociones de realidad se van consolidando a partir de un proceso cognoscente que involucra la interacción entre principios que están sustentados, ciertamente, dentro de lo empírico<sup>163</sup> y lo racional; adosando en las categorías o principios que producen las nociones primeras a través del conocimiento empírico a la identidad, mediante sus principios de contradicción y alternativa como forma de discernimiento de lo que es o no es. Mientras que el raciocinio se manifiesta, obviamente, por el principio de la razón, desde donde se derivan:

El principio de causalidad: todo lo que comienza a ser tiene causa.  
El principio de sustancia: todo fenómeno implica una sustancia.  
El principio de uniformidad de la naturaleza: la naturaleza obedece a leyes estables y generales. El principio de finalidad: todo se verifica con un fin.<sup>164</sup>

Es importante destacar que anterior a este proceso de racionalización de las nociones de realidad y fundamentación de las ideas, Hernández Cisneros refiere a lo intrasubjetivo como las primeras impresiones del hombre sobre lo conocido y por conocer, instancias que tocan muy de cerca a la experiencia del sujeto:

Las ideas primeras son las ideas de ser, de identidad, de razón, de causa, de sustancia, de ley, de fin, de tiempo, de espacio y la idea de lo absoluto; es decir, de lo necesario, de lo infinito, de lo perfecto”. Como he reiterado a lo largo de este ensayo, para José Gregorio

---

163 Hay que hacer notar la importancia que concede José Gregorio Hernández a las definiciones empíricas porque “son perfectibles y provisorias, porque son el resumen de los conocimientos que se tienen sobre un determinado objeto; de suerte que al adquirir sobre él nuevos conocimientos, hay que hacer una nueva definición más perfecta que la anterior, y asimismo hay que ir perfeccionando la clasificación que se funda en ella”. Es un inicial conocimiento que llega a convertirse en verdad científica a través de la aplicación de la lógica como “la ciencia que estudia las leyes del pensamiento. Es la ciencia de las operaciones y de las reglas necesarias para alcanzar la verdad científica”.

164 Hernández, 2021, p. 61.

Hernández es de fundamental importancia la impronta del sujeto dentro de su desenvolvimiento, dentro de los contextos y su relación con la producción de conocimiento. Producción del conocimiento que podemos tipificar dentro de lo ordinario y lo extraordinario, lo racional y lo subjetivo- trascendente; dos ejes articulados a través de un elemento común: la *voluntad*.

### **La voluntad: el poder/querer de la libertad humana**

Además de la racionalidad, José Gregorio Hernández reconoce la *voluntad* como el elemento rector de conocimiento: “Se llama *voluntad* la facultad de querer, o sea, el poder de determinarse o de obrar con conocimiento”<sup>165</sup>, y la ubica dentro de los estadios de la conciencia como forma superior de la acción humana o, más bien, a razón de elemento concomitante de la acción humana: “La *voluntad* es la forma superior de la actividad, así como el instinto es la forma ínfima de ella. La *voluntad* es dirigida en sus actos por la reflexión, o sea, por la conciencia y la inteligencia”<sup>166</sup>. En tal caso, podemos entender la *voluntad* como la expresión genuina del sujeto, que lo hace distinguirse de los animales; el recurso que permite direccionar las acciones del sujeto hacia determinados objetivos o interactuar desde diversas y disímiles contextualidades de producción del conocimiento.

La *voluntad* expresa la libertad del hombre al permitirle establecer la elección como principio de discernimiento frente a la realidad en la que se mueve e interactúa: “... la *voluntad* quiere, necesariamente, la felicidad, y quiere también, necesariamente, todos aquellos actos en que no tiene la idea de lo contrario; en estos casos los actos son inteligentes y voluntarios, pero no libres”<sup>167</sup>. El poder/querer del

---

165 Hernández, 2021, p. 63.

166 *Idem*.

167 *Idem*.

hombre está representado por la *voluntad* traducida en la libertad de elegir y actuar, según los discernimientos de la conciencia: “Los actos voluntarios libres son aquellos que se ejecutan con conocimiento de causa y eligiendo entre varios actos posibles y aun contrarios”<sup>168</sup>; por lo tanto, además de la operación racional del acto de conocer, se puede entender también este acto como un ejercicio de la *voluntad*:

El acto voluntario libre se produce de la manera siguiente: en primer lugar, se presentan a la mente las ideas de uno o más actos posibles, los cuales son apetecibles a la voluntad; enseguida la inteligencia los analiza y los compara; emite sobre cada uno de ellos un juicio y los presenta a la voluntad, la cual hace su elección libremente; después de decidida la voluntad, se produce casi siempre la ejecución del acto, esto es, la realización exterior del acto interior voluntario.<sup>169</sup>

En esta concepción de Hernández Cisneros, la *voluntad* es un quehacer del hombre; acción humana que está fundamentalmente regida por la intrasubjetividad, el mundo interior del ser que a través de su mediación óptica rige todos los actos humanos:

De este análisis deducimos que lo que constituye la esencia del acto voluntario libre no es el conocimiento del acto ni el juicio que sobre él emite la inteligencia, sino la determinación de la voluntad. La realización exterior nada añade al acto libre, y aun a veces las circunstancias exteriores, independientes de la *voluntad*, pueden impedirla, sin menoscabo del acto libre que es esencialmente interior.<sup>170</sup>

Vista desde esta perspectiva la *voluntad* es un acto eminentemente interior, por lo que podemos inferirla como fuerza del espíritu al momento de tomar decisiones; por lo tanto, se puede establecer la

---

168 *Idem.*

169 *Idem.*

170 Hernández, 2021, pp. 63-64.

*voluntad* a manera de fortaleza del espíritu en manifestar su libertad, en cuanto a las decisiones que el *ser* debe tomar frente a las diversas circunstancialidades que presenta la realidad; y que en José Gregorio Hernández encuentra uno de sus mayores exponentes: el hombre que tuvo plena conciencia de la trascendencia del espíritu y forjó su *voluntad* a través de la vida consagrada al servicio de los semejantes y a la fe católica, que fue la doctrina que rigió férreamente su voluntad, pues combinó el conocimiento y la libertad del espíritu en su conocer:

Los actos voluntarios libres necesitan, pues, de dos fundamentos, que son el conocimiento y la libertad [...] Esa libertad, llamada también libertad de albedrío o libertad moral, es el poder de elegir entre muchos actos posibles, sin coacción interior o exterior.<sup>171</sup>

Conocimiento y libertad, libertad y libre albedrío se constituyen en elemento moral, forma de universalizar la manifestación de la acción humana como principio de la *voluntad* y exteriorización de esa fuerza espiritual dentro de los contextos y realidades. Fuerza espiritual que

... se demuestra mediante el método psicológico, el cual es el método experimental fundado en el criterio de la conciencia [...] por dicho método se puede hacer evidente la libertad humana, por innumerables experiencias; con ellas adquirimos la convicción íntima de su existencia.<sup>172</sup>

José Gregorio Hernández ejemplifica la *voluntad* desde las cosas más sencillas, como la selección de una fruta en determinadas circunstancias, hasta la supresión a *voluntad* de cualquier placer en el convencimiento de la existencia de la libertad, porque “la conciencia me atestigua que soy libre, porque aun estando excitado por mis apetitos y sensaciones, resisto a ellos o puedo convenir en seguirlos

---

171 *Ibid.*, p. 64.

172 *Idem.*

libremente”<sup>173</sup>. De allí que la *voluntad* se reafirme a razón de acto de la libertad del espíritu y la acción humana, pero siempre involucrando la experiencia como referente inicial de la decisión a tomar.

Por ello es importante considerar el punto de vista de José Gregorio Hernández sobre la *voluntad* y los actos ordinarios de la vida, dejando latente la posibilidad de los actos extraordinarios que se alcanzan a través de la imaginación creadora, que es otra manifestación de la *voluntad* al evidenciar lo trascendente a través de lo poético o la oración mística. En cuanto a los actos ordinarios, “la voluntad se inclina al motivo que parece más poderoso, pero siempre la conciencia atestigua que tendría el poder de resistir a él y seguir libremente otro cualesquiera”<sup>174</sup>. En la conciencia residirá el estatuto moral que soportará las elecciones desde los verdaderos principios de la libertad y, por ende, de la manifestación de la *voluntad* como filosofía para la vida. Además, que estos atestigüamientos desde la vida ordinaria son evidencias irrefutables de la libertad para decidir, de la manifestación de la *voluntad*.

Por demás, la *voluntad* es conciencia y la conciencia *voluntad*; la *voluntad* es libertad que permite caracterizar al hombre como persona, *ser* sintiente que se manifiesta desde diversas circunstancialidades enunciativas:

La *voluntad* libre es el fundamento de la personalidad. Se llama persona un individuo racional y libre. El elemento que sirve para distinguir una persona a otra es la conciencia refleja, de suyo incommunicable. Son, pues, tres los elementos constitutivos de la personalidad, a saber: la individualidad o subsistencia, la conciencia refleja, propia del ser racional, y la libertad. Los seres que carezcan de estos tres elementos no son personas, sino cosas, como los animales, las plantas y los minerales.<sup>175</sup>

---

173 *Idem.*

174 Hernández, 2021, p. 63.

175 *Ibid.*, p. 65.

De esta afirmación de Hernández Cisneros me interesa destacar los *tres* elementos constitutivos de la personalidad y, específicamente, la individualidad, que es el punto de partida de lo intrasubjetivo, operación primera que se sustenta en lo más íntimo. Mientras que la conciencia refleja es la que soporta el raciocinio, la capacidad de razonar sobre las diversas nociones de la realidad, que, unida a la libertad, complementa la personalidad del sujeto y lo hace un *ser* de excepción dentro de los seres vivos.

En párrafos anteriores he referido con insistencia la relación entre *voluntad* y acción humana, lo que me permite identificar una praxis de la *voluntad*; dinamicidad que hace de la *voluntad* expresión de lo humano dentro de una realidad determinada y que, según José Gregorio Hernández, es una operación que responde a tres factores fundamentales: "... la deliberación, la resolución y la ejecución, los cuales deben existir en su integridad para que el acto voluntario resulte perfecto"<sup>176</sup>. Este acto requiere de una completa interacción entre lo orgánico-biológico y lo espiritual; una correspondencia entre las fortalezas que constituyen el individuo, porque, según Hernández Cisneros: "En las personas enfermas se nota dificultad para deliberar, no tienen resolución completa y, muchas veces, sobre todo en las tocadas por la neurosis, hay suma dificultad para resistir a una idea impulsiva"<sup>177</sup>.

Para Hernández Cisneros, desde la fragua de la *voluntad* se temple el carácter; "aquella cualidad distintiva de la persona, cuya *voluntad* sigue firmemente ciertos principios prácticos que la razón le dicta. Hay dos elementos en el carácter, que son: convicciones fuertes y *voluntad* firme"<sup>178</sup>. Además de fuerza, la *voluntad* es firmeza para establecer el poder/querer dentro de la acción humana y su devenir soportado en su praxis; por ello y en defensa de lo esencialmente

---

176 *Idem.*

177 *Idem.*

178 *Idem.*

humano, de los humanos seres que apelan a la *voluntad* frente al determinismo

... la doctrina filosófica que niega la libertad humana y afirma que, en todos los casos, la *voluntad* necesariamente sigue el motivo más poderoso [...] Las razones en que se funda esta doctrina no son deducidas del método psicológico, ya hemos visto que este método demuestra claramente la existencia de la libertad.<sup>179</sup>

Al mismo tiempo, José Gregorio Hernández cuestiona las estadísticas o la búsqueda de las razones por parte de los números:

Estos actos que tanto sus autores como las otras personas reputan actos libres, tales como los casamientos, los homicidios, los robos, se reproducen con tal regularidad, que pueden preverse para un determinado país y para un año venidero; luego son fatales [...] La conclusión es evidentemente falsa porque lo que la estadística enseña es el número de los casos y los meses en que se verificaron; de ninguna manera nos puede dar a conocer el estado psicológico de los individuos que ejecutaron dichos actos.<sup>180</sup>

La anterior referencia supone el registro del hecho trágico, pero en ningún momento los motivos que originan tal hecho, puesto que no se puede determinar la volición o la *voluntad* de la acción trágica, puesto que: “La razón psicológica en que los deterministas fundan su teoría en la afirmación de que toda volición sigue fatalmente el impulso del motivo más fuerte”<sup>181</sup>. Y a esta afirmación determinista opone la *voluntad* y los motivos que influyen en la determinación de esta y que:

... son una condición indispensable para que la *voluntad* pueda elegir entre ellos, pero no pueden considerarse como una causa

---

179 Hernández, 2021, p. 66.

180 *Idem.*

181 Hernández, 2021, p. 67.

determinante del acto libre. Tampoco puede decirse que unos sean más poderosos que otros porque, como casi siempre son heterogéneos, no puede establecerse entre ellos un término de comparación.

De esta forma admite la existencia del sincretismo de motivos en la praxis de la *voluntad*, lo que da una noción de lo complejo de este proceso en cuanto al acendramiento de la *voluntad* y la libertad humana.

En todo caso, la *voluntad* es selectiva y, como operación de la libertad, forja el carácter para la superación del placer o displacer; lo trágico y lo glorioso:

El carácter influye considerablemente en la determinación de la *voluntad*, de tal manera que conociendo el carácter puede predecirse la decisión voluntaria y, sin embargo, con frecuencia se observan determinaciones en contradicción con el carácter y sabemos, porque lo enseñan la experimentación psicológica y la observación corriente, que no siempre seguimos los impulsos del deseo o los atractivos del placer, sino que muchas veces hacemos fuerza contra ellos, y nos determinamos en un sentido contrario a nuestras tendencias habituales; y al obrar, conocemos que tenemos la facultad de hacer lo contrario.<sup>182</sup>

A lo largo de la disertación sobre la *voluntad*, José Gregorio Hernández insiste en la hibridación entre *voluntad* y libertad; *voluntad* y elección, para ello hace una diferenciación entre libertad de indiferencia y libertad de equilibrio:

Se ha llamado libertad de indiferencia o libertad de equilibrio el poder de determinarse sin motivo o con motivos opuestos iguales. Puede asegurarse que los actos voluntarios hechos sin motivo, es decir, sin una razón conocida y aceptada, no son actos libres, lo cual no quiere decir que carezcan de causa, pero esa causa reside fuera de la *voluntad*.<sup>183</sup>

---

182 *Idem*.

183 Hernández, 2021, pp. 67-68.

Por lo tanto, la conciencia vuelve a aparecer dentro de las reflexiones de Hernández Cisneros como el catalizador de la *voluntad* y su ejercicio de la libertad:

Es cierto, pues, que la conciencia es un testigo perfecto de la libertad humana; y de esto podemos inferir nuevamente de cuánta importancia es en la solución de los problemas psicológicos, el empleo del método propio de la psicología para obtener la verdad.<sup>184</sup>

De esta manera se establece una tríada entre: carácter, conciencia y libertad, para soportar la particular fortaleza de la *voluntad* en las búsquedas de las nociones de verdad que, ciertamente, tienen su asidero en la *voluntad*.

Y bajo la determinación que Hernández Cisneros concede al estudio de los actos psicológicos, en sus *Elementos de filosofía* otorga singular importancia a la psicología aplicada, a la cual atribuye la particularidad de tratar “de dar solución a los problemas concernientes a los signos y al lenguaje<sup>185</sup>; así como estudia también las relaciones de la parte física del hombre con la moral y establece la comparación entre el animal y el hombre”<sup>186</sup>. El lenguaje y los signos como la intencionalidad y manifestación de lo humano para mostrar lo que se percibe y lo que no se percibe explícitamente; el orden lexical de lo representado y el orden simbólico de lo no representado, pero extrapolado a través de los discursos metafóricos, que se puede inferir en la siguiente definición: “El lenguaje es un conjunto

---

184 *Ibid.*, p. 68.

185 En nuestros días podemos estar pensando en la semiótica o la hermenéutica, que toman en cuenta la filosofía del lenguaje como elemento para determinar la dinamicidad signica entre el sujeto enunciante y los espacios enunciativos. Por ello, al inicio de este trabajo esbocé la ontosemiótica como la perspectiva metodológica en el discernimiento de la *filosofía de la voluntad* y la manifestación de la libertad humana como la trascendencia de la subjetividad.

186 Hernández, 2021, p. 69.

de signos que emplean los hombres para comunicarse sus ideas”<sup>187</sup>. Para luego referir el signo como la materialización de la idea: “Se llama signo cualquier fenómeno sensible revelador de los fenómenos que los sentidos no perciben”<sup>188</sup>. De esta manera, se puede deducir que el lenguaje es portavoz de los signos de la *voluntad* que se hace patente en la combinatoria entre lenguaje y acción.

Pero, además de ello, Hernández Cisneros, cuando hace referencia al *juicio y las proposiciones*, articula la definición de enunciado como la correspondencia entre un sujeto y predicado a través de la acción; el querer decir y el querer hacer. Para ello hace referencia a la proposición como el enunciado que contiene un juicio, además de constar de “dos términos llamados el sujeto y el atributo o predicado, los cuales van unidos por la cópula que es el verbo”<sup>189</sup>. Entonces hace gala de sus conocimientos sobre gramática para caracterizar al ser y su acción dentro de los enunciados:

El sujeto de la proposición es aquel término que expresa la idea de ser o de substancia. El atributo es el otro término, el cual expresa una idea de modo o de cualidad [...] El verbo expresa la relación que existe entre los términos. Es el elemento característico de la proposición. Todos los verbos pueden reducirse al verbo ser, el cual, tomado en el sentido absoluto, significa la existencia real.<sup>190</sup>

Y al mismo tiempo la expresión verbal es acompañante del pensamiento, la forma visible de la expresión del pensamiento desde la siguiente articulación: “el término o vocablo sirve para expresar la idea; por la proposición se enuncia el juicio; y el raciocinio se manifiesta por la argumentación”<sup>191</sup>. En torno a esta argumentación,

---

187 *Idem.*

188 *Idem.*

189 Hernández, 2021, p. 84.

190 *Idem.*

191 Hernández, 2021, p. 78.

Hernández Cisneros deduce que existe una lógica formal estructurada a partir de tres teorías: “la de las ideas y de los términos; la de los juicios y proposiciones; la de los raciocinios y argumentos”<sup>192</sup>. Sobre esta lógica estará soportada la verdad científica como ciencia de la demostración, así como también la expresión verbal es la responsable de la construcción del argumento o silogismo que caracterizan la deducción mediata; “argumentación compuesta de tres juicios, de tal modo constituidos que uno de ellos deriva necesariamente de los otros dos”.<sup>193</sup>

Y de esa operación deductiva surgen las proposiciones que constituyen los silogismos en premisas y conclusiones. Y dentro de esta reflexión argumental de José Gregorio Hernández es profundamente significativo el peso que él otorga al “argumento *ad hominem*’ o personal; el argumento de lo descarnadamente humano, del convencimiento desde lo trascendental:

El que así argumenta, lo que dice en realidad es: tan cierta es la vida eterna y tan arraigada está esta creencia en el corazón del hombre, que tú, aunque la niegas con la palabra, la confiesas con obras, prefiriendo una vida llena de dolores<sup>194</sup> a la terrible incertidumbre del más allá.<sup>195</sup>

De allí que se refiere a la lógica subjetivada que tiene una validación no científica pero sí patémica, ejercida desde la experiencia y conciencia del hombre sintiente/sufriente; por lo que podemos establecer una lógica subjetivada que va a producir una verdad alejada del raciocinio científico. No obstante, crea su propia justificación causal que la hace configurar un sistema de representación

---

192 *Idem.*

193 Hernández, 2021, p. 88.

194 Tal y como lo vimos al inicio de este trabajo, el dolor es elemento de purificación, al mismo tiempo que es el autorreconocimiento del sujeto dentro del mismo sujeto.

195 Hernández, 2021, p. 91.

patemizado, esto es, una noción de verdad, aún más cuando Hernández Cisneros define la verdad como

... la conformidad entre el pensamiento y su objeto [...] La naturaleza de esta relación entre el entendimiento que piensa y el objeto pensado puede variar y producir tres clases de verdades, las cuales son: la verdad metafísica, la verdad lógica y la verdad moral.<sup>196</sup>

Hernández Cisneros relaciona las tres concepciones de verdad enumeradas anteriormente con base en el objeto del conocimiento y su relación con el sujeto cognoscente, relaciones todas ellas fundamentadas en la conformidad o convencimiento en cuanto a la representación o significación:

Se llama verdad metafísica u objetiva la conformidad del objeto con el tipo mental que representa su naturaleza [...] La verdad lógica o subjetiva es la conformidad del pensamiento con el objeto [...] La verdad moral es la conformidad entre el pensamiento y su expresión verbal.<sup>197</sup>

Tres formas de enunciar el mundo desde la relación del sujeto con los objetos de conocimiento; tres formas de convencionalizar el mundo de las ideas a partir de las categorizaciones de la verdad. Desde la plena posesión de la verdad a través de lo metafísico y su relación con lo objetivo, hasta la formulación de la certeza para disipar “el temor a errar”; el firme convencimiento de que se está frente a la verdad conocida que posee el suficiente número de razones para “admitirla como la expresión completa de la verdad”<sup>198</sup>. Esta verdad tiene que estar fundada en las suficientes y determinantes evidencias que permitan consolidarla en el convencimiento o convenimiento de los sujetos, “la evidencia determina la certeza absoluta”<sup>199</sup>. Pero

---

196 *Ibid.*, p. 93.

197 *Idem.*

198 *Idem.*

199 Hernández, 2021, p. 94.

aquí y en torno a la posición filosófica de José Gregorio Hernández, es necesario referir una reflexión en torno a la noción de certeza que debemos establecer como certezas materiales-comprobables y certezas subjetivas trascendentes, que también producen una causalidad que soporta una verdad.

Y esta reflexión la realizo para ubicar la certeza mística que, aunque no está referida por Hernández Cisneros, queda enunciada implícitamente en la fe en Dios, el pacto simbólico establecido entre la deidad y el sujeto a partir de evidencias no tangibles o corpóreas, sino, más bien, como necesidades subjetivas que provocan acciones hacia una referencialidad extrínseca desde donde ocurre la validación de la creencia a partir de la resignificación de la realidad por medio de lo mítico, donde no tiene cabida el error, que para Hernández Cisneros:

... no está en el objeto, puesto que todo lo que existe es verdadero; no está tampoco en el concepto, porque el concepto, como todo lo que existe, es igualmente verdadero. El error quien lo produce es el juicio emitido, porque al emitirlo se afirma una relación que no existe en la realidad.<sup>200</sup>

Los errores son propios de la ley; “La formación de la ley puede conducirnos al error; la causa es porque muchas veces se hace una generalización prematura, esto es, sin haber observado suficiente número de casos particulares”<sup>201</sup>; en todo caso, del sujeto interpretante, puesto que el error es parte de las apreciaciones de los sujetos sobre los objetos.

Estamos en presencia de la formulación de un juicio místico, la otra manera de abordar la realidad a través de lo suprasensible; otra forma de nombrar la realidad del sujeto fuera de los cánones de la razón. Lo verdadero hecho signo, materializado en el discurso como evidencia de la certeza, manifestación de lo verdadero en la expresión

---

200 *Ibid.*, p. 95.

201 *Ibid.*, p. 109.

del sujeto y su convenimiento en la construcción de nociones de verdad; entendidos estos como “el signo distintivo e infalible de ella. Igualmente se llama criterio de verdad al conjunto de los medios que nos sirven para hallar y conocer la verdad”<sup>202</sup>. Por lo tanto, la fe se convierte en un mecanismo para la construcción de criterios de verdad, que estará en el campo que Hernández Cisneros llama el “criterio de la conciencia”, que guarda una profunda relación con el criterio del sentido común, que “es el que se sirve de la existencia de ciertas verdades fundamentales, admitidas por todos los hombres, para el conocimiento de la verdad. Se enuncia así: es verdadero todo lo que es conforme al sentido común”.<sup>203</sup>

Esta construcción de significación a partir del sentido común es la que permite el posicionamiento del sujeto dentro de los escenarios del conocimiento, constituyendo diversas manifestaciones de la verdad que dan cuenta de la relación intra e intersubjetiva; para Hernández Cisneros: “Las verdades de sentido común son: la existencia del mundo exterior; la realidad de la percepción de él; la existencia de la libertad humana; la existencia del deber; la existencia de Dios”<sup>204</sup>. Este sentido común se convierte en una conciencia, en un criterio de conciencia en pos de la verdad o, en todo caso, de la infalibilidad de la verdad, ya que:

Por la conciencia se puede tener un conocimiento inmediato de los fenómenos psicológicos, así como también un conocimiento racional de ellos; y como este conocimiento se refiere a fenómenos que están presentes en nuestro espíritu, y el sentimiento que de ellos tenemos, es claro que la conciencia nos procura una certeza infalible y, por consiguiente, el criterio de conciencia es un criterio infalible de verdad en su objeto.<sup>205</sup>

---

202 *Ibid.*, p. 99.

203 *Ibid.*, p. 100.

204 *Idem.*

205 Hernández, 2021, p. 102.

De ese criterio de infalibilidad surgen los criterios de certeza que se hacen universales y, obviamente, producen la certeza colectiva; el convenio científico-social, un pacto de evidencias sobre la configuración de la verdad; esa verdad que se hace absoluta ante los ojos y criterios de todos:

Estamos ciertos de cualquier verdad, descubierta por cualquier otro criterio, porque esa verdad es evidente. La evidencia de ella resulta de que toda verdad absoluta tiene una claridad especial que produce una firme adhesión de la inteligencia, y esa claridad especial es el resultado de la conexión necesaria que hay entre los elementos de toda idea compleja o de todo juicio. De suerte que podemos deducir que la señal infalible de la verdad es la evidencia.<sup>206</sup>

Además de ser instrumento de comunicación y de construcción de enunciados lógicos, el lenguaje para Hernández Cisneros es el instrumento que evidencia la perfección del pensamiento como derivación de lo divino, a través de la evolución histórica del hombre:

El lenguaje contribuye a la perfección del pensamiento, aunque también se puede pensar sin necesidad de él, empleando algunas imágenes de los cuerpos del mundo, sobre las cuales viene a efectuarse el trabajo intelectual. Por esta razón y porque el hombre tiene los órganos de la palabra, puede suponerse que en su origen bien hubiera podido inventar el lenguaje, empezando por servirse de un lenguaje natural compuesto de interjecciones, después formando onomatopeyas y, por último, sirviéndose de la reflexión, para formarse una lengua rudimentaria, suficiente para sus necesidades del momento. Pero como desde que apareció el primer hombre en la tierra tenía uso del lenguaje, considerado desde el punto de vista histórico, es más probable que el lenguaje le hubiera sido revelado por Dios en el momento de la creación.<sup>207</sup>

---

206 *Idem.*

207 Hernández, 2021, p. 70.

Queda tácitamente entendido que el lenguaje es legado divino, pues es el instrumento de la creación por parte de Dios e, implícitamente, elemento a través del cual la criatura humana puede establecer vínculo con su creador. El lenguaje es transmigración de lo sensible, manifestación de lo divino y trascendente, metáfora del espíritu hecho palabra porque, para Hernández Cisneros, todo procede de la intervención divina que establece la perfección de las cosas creadas: “Hay un orden admirable en el universo entero. Este orden perfecto se encuentra en los sistemas estelares o solares y planetarios, como también en todos los fenómenos del mundo terrestre y, principalmente, en la constitución del hombre, del microcosmos”<sup>208</sup>. La infinitud formada por fuerza y materia no representan el desorden, sino tienen un ente rector, que por su carácter finito no puede ser el hombre, sino una “inteligencia ordenadora, bastante poderosa para haber podido crear ese orden maravilloso y el mismo universo que contemplamos”.<sup>209</sup>

Más aún, para él, la majestuosidad del universo representa la obra divina que conjunta la visión de Dios y el hombre; teología y antropología; de “un ser infinitamente poderoso y sabio, creador del universo admirablemente ordenado que conocemos. Este ser lo llamamos Dios”<sup>210</sup>. Y bajo este razonamiento concluye que “Dios existe” como principio de las cosas materiales y los bienes espirituales; estos últimos representados por la existencia del alma; “Luego tiene que haber en el hombre vivo, además de la materia y de las fuerzas físico-químicas, un principio ordenador, un principio de vida que llamamos alma”<sup>211</sup>. Materia y espíritu asidos al hombre como elemento de fuerza y direccionalidad; la obra de Dios en el hombre, más allá de lo biológico y la muerte del cuerpo.

---

208 *Ibid.*, p. 111.

209 *Ibid.*, p. 112.

210 *Idem.*

211 *Idem.*

De allí que delegue al alma el principio de vida que es superior a la materia, al predominio de lo espiritual a manera de imagen y semejanza de Dios, desde donde la conciencia espiritual del hombre será un reconocimiento al ser supremo responsable de la creación; “El principio de vida es superior a la materia y como superior a lo material es lo espiritual. Como las operaciones intelectuales no son materiales, forzosamente han de tener por sujeto al alma”<sup>212</sup>. Alma y sujeto se convierten, así, en una unión indisoluble que posibilita el acercamiento a la instancia divina, al mismo tiempo que direcciona la vida del hombre hacia la búsqueda del conocimiento de Dios; el nacimiento de la fe, que es lo que le da sentido a la vida; entorchando de esta manera el conocimiento como la facultad superior del hombre, al mismo tiempo que es el legado y destino en función de Dios:

Como la facultad de conocer es la facultad superior del hombre, y como todas las cosas, incluso el hombre, han sido creadas por Dios, se deduce que el fin del hombre es el conocimiento de Dios, tal como es, en su *esencia* o, según la frase consagrada: el de ver la cara a Dios.<sup>213</sup>

Bajo esta referencia podemos distinguir entre un conocimiento explícitamente científico y una lógica subjetivada, a través de la creación de la causalidad mística que redundando en el conocimiento perfecto y absoluto; el conocimiento de las certezas y perfecciones solo representadas por un ser supremo que complementa al hombre en sus limitaciones físicas y espirituales; el hombre que es vulnerable en el error porque: “Es evidente que la inteligencia del hombre es limitada, y que con frecuencia toma la verdad por error o el error por verdad”<sup>214</sup>, por lo tanto, el fin último del hombre no

---

212 *Idem.*

213 Hernández, 2021, pp. 112-113.

214 Hernández, 2021, p. 113.

es él mismo, sino “Dios en su esencia.” . Dios es el fin del hombre. Además, para José Gregorio Hernández el hombre es el ser de los extravíos en la búsqueda de los caminos hacia Dios; por ello, Dios, además de haberle legado su esencia a través del alma, ha constituido la Iglesia como su presencia terrena, y así es guiado por la Iglesia, dejada por Dios en su infinita *providencia*:

Luego Dios, *ser* infinitamente perfecto, ha debido forzosamente dejar al hombre una guía infalible que le enseñe el verdadero camino para alcanzar su último fin. De otra manera, le faltaría a Dios una perfección, la *providencia* y, por lo tanto, no sería infinitamente perfecto.<sup>215</sup>

La perfectibilidad de Dios es un proceso que se manifiesta no solo en su poder infinito, sino en el establecimiento de la institución que lo representa y acredita su obra para beneficio del hombre; ya que en “El mundo no hay quien reclame este privilegio de guía maestra infalible de la verdad, solamente la santa Iglesia católica, apostólica y romana”<sup>216</sup>, por lo tanto y bajo el criterio de Hernández Cisneros, la Iglesia representa a Dios y acredita su obra, la Iglesia es una prolongación de Dios, y Dios es infalible, pues la “Iglesia católica, apostólica y romana es infalible”. Y en esta sucesibilidad lógica que hace incorpora la infalibilidad del Papa como máximo representante de la Iglesia e instrumento de Dios con que cuenta el hombre para llegar al conocimiento divino, salir del mundo de las tinieblas, que representa para él el no compartir los designios de la obra de Dios:

La infalibilidad del Papa es, para la vida intelectual y moral del hombre, un don de Dios del todo comparable al de la luz del sol para la vida corporal y sensitiva. Rodeados estaríamos, sin la luz del sol, de espesas tinieblas físicas que casi nos impedirían el

---

215 *Idem.*

216 *Idem.*

ejercicio de los actos de la vida; y sin aquella guía infalible la humanidad correría anhelante y sin rumbo en las tinieblas del error y de la ignorancia, incapaz de encontrar por sí sola el buen camino, el camino seguro para que cada uno de los hombres pueda conseguir su último fin.<sup>217</sup>

En función de la triada Dios-Alma-Papa, José Gregorio Hernández crea una lógica subjetivada que otorga razón y conocimiento a la existencia de Dios; metodiza la existencia de lo divino más allá de las fronteras de lo meramente racional y crea una nueva manera de conocer al mundo desde el sujeto y su compromiso con Dios; “Vemos, pues, cómo estas verdades quedan demostradas por este método con la misma evidencia con que quedan demostradas las verdades matemáticas, por ejemplo, esta verdad geométrica que dos triángulos equiláteros son equiángulos e iguales”.<sup>218</sup>

Y es tanta la preocupación de José Gregorio Hernández por la metodización del conocimiento a partir de las diferentes instancias creadas por el hombre, que en su libro *Elementos de filosofía* dedica a las “las aplicaciones de los métodos” el II capítulo de la parte tercera, donde reconoce que: “Todas las ciencias necesitan un método determinado para descubrir, demostrar y relacionar las verdades que las constituyen. Es totalmente imposible el estudio de una ciencia, si no se emplea el método propio para ella”<sup>219</sup>. Y creo que aunque, obviamente, no lo considera una ciencia; es partidario de la creación de una lógica subjetivada como procedimiento para alcanzar el conocimiento divino, más allá del dogma y en función del hombre. La racionalización de los actos de fe a partir de la omnipotencia de Dios.

Pero volviendo a los criterios sobre la metodización de las ciencias como principios básicos de esta, piensa Hernández Cisneros que:

---

217 *Idem.*

218 Hernández, 2021, p. 114.

219 *Idem.*

El ideal de todas las ciencias es poderse servir del método deductivo que descubre las verdades absolutas; y tanto más adelantada se encuentra una ciencia, cuanto mayor parte toman las matemáticas en la formación de sus leyes. Pero hasta que las ciencias no lleguen todas a ser deductivas, lo conveniente es que cada verdad se investigue con arreglo al método que la ciencia pertenece.<sup>220</sup>

Ya en párrafos precedentes he referido la importancia que Hernández Cisneros otorga a la deducción, como principio que permite el ejercicio de inteligencia, el rigor de la verdad y el ennoblecimiento del carácter del hombre en cuanto al conocimiento; pero, además, desde el punto de vista deductivo considera inapropiado el uso experimental de las ciencias naturales:

... tratando de investigar experimentalmente de qué manera apareció el hombre en la superficie de la Tierra, lo cual es de todo imposible porque la aparición del hombre en la Tierra es un acontecimiento histórico que solo puede ser resuelto por el método histórico, el cual es el método analítico, fundado en el criterio testimonial.<sup>221</sup>

De esta manera, reconoce el carácter humanístico de la historia y su correlación con la memoria colectiva, ejercicio de la acción humana; en palabras de Hernández Cisneros: “Tratar, pues, de resolverlo experimentalmente, es tan poco científico como si se tratara de averiguar experimentalmente quién era el caudillo que dirigía las huestes venezolanas en los campos de Carabobo”.<sup>222</sup>

Basa sus criterios en la no repetición de los hechos históricos y su soporte en los testimonios como forma de darle sentido a los acontecimientos, lo que hace del método histórico un “método analítico fundado en el criterio testimonial. La historia estudia los acontecimientos pasados, los cuales no pueden reproducirse

---

220 *Idem.*

221 *Idem.*

222 Hernández, 2021, p. 115.

experimentalmente. El historiador que no ha podido observarlos por sí mismo, recurre para conocerlos al testimonio de los demás hombres”<sup>223</sup>. Con base en el conocimiento testimonial, Hernández Cisneros propone que este debe ser confrontado con la crítica histórica o el razonamiento del investigador, que sopesa los hechos para fundamentar su veracidad y certeza:

Se llama crítica histórica al juicio motivado que se hace sobre un hecho histórico. El historiador que va a ejercer la crítica debe despojarse de sus prejuicios y servirse únicamente de los principios inmutables de la razón para efectuarla; debe igualmente abstenerse de emplear en ella como criterio de verdad las doctrinas filosóficas y las opiniones científicas reinantes, porque éstas y aquéllas pueden conducirlo al error.<sup>224</sup>

Desde donde la crítica histórica es quien otorga los rangos de verosimilitud, la creación de la causalidad justificadora de los hechos ocurridos, coincidiendo con el precepto de que la historia se inicia cuando comienza a ser escrita en la relación entre acontecimiento y atribución de sentido:

Los hechos históricos han de ser verosímiles, fácilmente observables e importantes. Los testigos han de ser verídicos, entendidos en su arte, no demasiado crédulos; y si son varios, han de coincidir en lo principal del relato, aunque difiera en lo accesorio. También ayudan a la investigación histórica los monumentos históricos y las inscripciones.<sup>225</sup>

A este respecto la crítica se convierte en metodología que permite incorporar al discurso de lo histórico toda la referencialidad de legitimación y sostenimiento, dentro de determinado espacio de conocimiento, a partir de la historia y su conversión en elemento

---

223 *Ibid.*, p. 118.

224 Hernández, 2021, pp. 118-119.

225 *Ibid.*, p. 119.

testimonial. Siempre fue José Gregorio Hernández un preocupado por encontrar en la ciencia y los métodos la justificación y causalidad de los hechos, que tendieran siempre a la diversificación de las posibilidades de análisis y no sesgando por la subjetividad o las inclinaciones científicas, sino regidos por una *voluntad* de formular una noción de verdad, fundamentada en la deducción de los hechos y los fenómenos a través de la conciencia.

Esta posición la sostiene categóricamente José Gregorio Hernández cuando Luis Razetti propone a la Academia Nacional de la Medicina reconocer la teoría creacionista como la teoría responsable de la formación del mundo y los seres; planteamiento al que responde mediante una carta, destacando que:

Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el universo: el *creacionismo* y el *evolucionismo*. Yo soy creacionista. Pero opino, además, que la Academia no debe adoptar ninguna hipótesis, porque enseña la historia que el adoptar las academias científicas tal o cual hipótesis, como principio de doctrina, lejos de favorecer dificulta notablemente el adelantamiento de la ciencia.<sup>226</sup>

Porque su concepto de ciencia está fundado desde “el punto de vista objetivo, un sistema de verdades generales concernientes a un determinado objeto”<sup>227</sup>. Lógicamente, la teoría creacionista rompe esos esquemas científicos, puesto que lo subjetivo-sensible se hace causalidad que produce un resultado más allá de las demostraciones materiales u objetivas; y, como referí anteriormente, se detalla, en la triada explicitada por la relación entre hombre-alma-Dios, la donación espiritual que una instancia divina lega al hombre para su reconocimiento, siendo ese reconocimiento la construcción del sujeto en torno a la deidad y mediante la estructuración de una conciencia mística.

---

226 Cit. por Suárez y Bethencourt. *José Gregorio Hernández del lado de la luz*, Caracas, 2000, pp. 160-161.

227 Hernández, 2021, p. 115.

Esa conciencia es la forma de conocer los fenómenos psicológicos, “luego su criterio tiene que ser el criterio de conciencia, y la observación de dichos fenómenos tiene que hacerse por observación interna, esto es, por la reflexión”<sup>228</sup>. Dentro de la conciencia y la reflexión esta la infalibilidad del hombre y el conocimiento originado por él, produciendo “nociones verdaderas”; y el error es generado por las hipótesis y las leyes, no por la conciencia. Para ejemplo de ello, asume la lógica, la moral y la estética como lo esencialmente humano que no es aprehensible por lo científico:

El método de la *lógica*, lo mismo que el de la *moral* y el de la *estética*, es el método con el criterio de evidencia. En estas ciencias, el método deductivo no produce los mismos resultados que en las matemáticas, porque los respectivos objetos de ellas, la verdad, la belleza y el bien, son mucho más complejos que los números y las figuras, y han de ser conocidos por la experiencia, lo que no sucede en las matemáticas.<sup>229</sup>

Para luego centrarse en la metafísica como la conjunción entre el objetivo y lo subjetivo; la conjunción del ser y su relación con el mundo:

Las ciencias metafísicas emplean como método fundamental el método analítico, tanto objetivo como subjetivo. Por el análisis subjetivo descubren las nociones fundamentales del ser, la unidad, la causa, la sustancia, el fin, la ley. Por el análisis objetivo se transportan las propiedades anteriores, descubiertas por el análisis subjetivo a los demás seres por medio de la analogía. Las demostraciones pueden hacerse por el método deductivo de las ciencias metafísicas y principalmente en la teodicea.<sup>230</sup>

---

228 *Ibid.*, p. 118.

229 *Idem.*

230 Hernández, 2021, p. 119.

## La estética y la búsqueda de la razón perfecta

Desde un principio he señalado que el pensamiento de José Gregorio Hernández se hace pendular entre dos vértices: lo científico y lo humanista; consideración basada en la analogía establecida entre su formación científica y su convicción espiritual; esta última con profunda sujeción al pensamiento católico y a la estética como “la ciencia que estudia la belleza. La estética se divide en dos partes: la primera trata de la naturaleza de la belleza y de sus efectos; la segunda estudia el *arte*, que es la realización sensible de la belleza”<sup>231</sup>. En tal caso, estamos frente a la explicitación del procedimiento de conversión del acontecimiento, en el sentido de lo bello, donde:

La belleza puede ser considerada subjetiva u objetivamente. La belleza, considerada subjetivamente, es decir, en el sujeto que la conoce, se denomina también sentimiento estético; es el ideal de perfección, de excelencia y de esplendor que existe en la inteligencia. Se llama belleza objetiva o simplemente belleza, el esplendor del ser, que es aquella cualidad por la cual el ser es capaz de despertar el sentimiento de placer estético.<sup>232</sup>

Vista desde esta perspectiva, la belleza es la realización-materialización de lo sensible; la profunda manifestación de la *voluntad* creadora-trascendente que armoniza el mundo del sujeto con el mundo de las cosas. Y de esta manera se crea un vínculo que va más allá de la simple relación comunicativa entre espectador y objeto admirado, de la simple percepción sensible y se traslada a los planos de la suprasensibilidad aludida por Immanuel Kant en la *Crítica del juicio*:

[que] Su principio no se derive, en modo alguno, del concepto de la naturaleza, siempre condicionado de modo sensible, sino que se

---

231 *Ibid.*, p. 121.

232 *Idem.*

apoye en lo suprasensible, cognoscible únicamente por el concepto de libertad a base de leyes formales; siendo, por lo tanto, leyes de orden moral práctico, es decir, no meros preceptos y reglas con tal o cual intención, sino sin previa referencia a fines y propósitos.<sup>233</sup>

La estética desde lo suprasensible responderá a la libertad del sujeto consciente de su *voluntad* del placer y goce estético, a manera de acercamiento a la realidad circundante a través de la contemplación de los instantes que permiten esa trascendencia, que no se logra dentro de la comunicación ordinaria, sino en la eventualidad del disfrute estético, del instante que posibilita el roce con la perfección hecha forma.

La forma y manera de universalizar la subjetividad y hacerla acercamiento colectivo, siguiendo con Kant:

... el juicio de gusto, junto con la conciencia de hallarse apartado de todo interés, tiene que implicar una pretensión a tener validez para todos, aunque no una universalidad basada en objetos, es decir: que necesita llevar asociada a él una pretensión a universalidad subjetiva.<sup>234</sup>

A propósito de esta apreciación kantiana, el placer es quien conlleva al juicio estético o, por demás, el juicio estético que otorga una percepción placentera y de trascendencia que se produce a partir de la interacción y el estremecimiento. Y de esa forma la percibió José Gregorio Hernández, al afirmar:

La contemplación de la belleza produce, pues, un vivo sentimiento de placer, el cual engendra, a su vez, un juicio estético; este juicio estético consiste en la afirmación de placer, el cual engendra, a su vez, un juicio estético; este juicio estético consiste en la afirmación de una relación entre la belleza y el sentimiento de placer experimentado. La repetición de estos actos de contemplación produce,

---

233 Immanuel Kant. *Crítica del juicio*, 1968, p. 14.

234 *Ibid.*, p. 51.

por abstracción, la idea de la belleza, la cual es el concepto ideal que produce y perfecciona el sentimiento estético.<sup>235</sup>

Fundados en estas apreciaciones, el juicio estético se origina a través del sentimiento de placer y esta postura de Hernández Cisneros coincide con las categorizaciones de Greimas sobre el momento estético como el acto sublime, que crea la relación de lo extraordinario y sublime que configura una comunicación que desborda lo estrictamente literal y se articula dentro de la polisemia; que no es más que el encuentro de la subjetividad con una realidad sensible que se amalgama a la expectación trascendente del sujeto.

Indudablemente, es un procedimiento de lo sublime que trasciende las simples fronteras de lo estético y lo bello, creando lazos comunicativos-reflexivos desde la intersubjetividad; el encuentro con el otro sublimizado. Tal y como lo plantea Kant en su texto *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*, donde teoriza sobre la relación entre *estética* y el conocimiento determinado preferentemente por la sensibilidad, donde hace especial énfasis en el placer producido, la incorporación de lo corpo-sensitivo a manera de referente central, ya que “las diversas sensaciones de agrado o desagrado no se sustentan tanto en la disposición de las cosas externas que las suscitan, cuando en el sentimiento de cada hombre para ser por ellas afectado de placer o displacer”.<sup>236</sup>

Se debe agregar que esa misma concepción sobre las sensaciones de la percepción estética la maneja José Gregorio Hernández en función del placer estético, a razón de acción humana que crea una nueva forma de juicio o raciocinio fundado en la sensibilidad; sensibilidad que se manifiesta entre la contemplación estética y lo trascendente:

---

235 Hernández, 2021, p. 121.

236 I. Kant. *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*, 1990, p. 29.

El placer estético, por consiguiente, es el resultado de toda la actividad humana puesta en movimiento por la presencia del objeto bello; primeramente de la sensibilidad que experimenta la conmoción producida por el sentimiento de agrado y admiración despertados al contemplarlo; enseguida se manifiesta la acción de la *voluntad* que lo apetece vivamente y desea que todos puedan gozarlo; y, finalmente, obra la razón, que lo encuentra conforme a la naturaleza humana, propio de ella, porque la belleza es solo comprendida por los seres intelectuales, y, por consiguiente, afirma para siempre la conveniencia perfecta entre lo bello y el ideal abstracto de la belleza.<sup>237</sup>

Volviendo a Kant, encontramos una profunda relación con lo atribuido anteriormente por Hernández Cisneros; así lo podemos apreciar en la siguiente afirmación:

El sentimiento de lo sublime y lo bello [...] Para que la primera impresión tenga lugar en nosotros, con intensidad apropiada, hemos de tener un sentimiento de lo sublime y para disfrutar convenientemente la última, un sentimiento para lo bello.<sup>238</sup>

En ambos casos existe el pleno convencimiento de que la belleza es parte de la experiencia del sujeto, para lo que el sujeto debe responder a cierta sensibilidad trascendente, desde donde podemos hablar de una estética de la *voluntad* o la *voluntad* transfigurada en estética, como la más sublime expresión del *humano ser*, encontrando una afortunada coincidencia entre Kant y Hernández Cisneros a partir de la siguiente afirmación de este último:

Como vemos, el origen de la idea de la belleza es doble: proviene, en primer lugar, de la experiencia, puesto que los objetos que nos producen el sentimiento de placer estético son los que van a suministrar la materia de los juicios estéticos; y proviene también de la

---

237 Hernández, 2021, p. 122.

238 I. Kant, 1990, p. 31.

razón, la cual interpreta los datos procurados por la experiencia y forma de ellos la idea abstracta y general de la belleza.<sup>239</sup>

Bajo esta paridad quiero dejar sugerida la posibilidad de una posible influencia de Kant sobre José Gregorio Hernández y seguir desarrollando la tesis de este sobre la estética, específicamente en la relación entre lo bello y lo sublime. Más aún con la intención suscrita en el objetivo de este trabajo en cuanto a destacar la relación entre lo espiritual y lo sublime; las transformaciones estéticas a razón de búsqueda de la trascendencia que, según José Gregorio Hernández, crea toda una configuración metafórica de los más sentidos ideales del hombre:

Lo sublime es distinto de lo bello. Para lo bello es indispensable una armonía completa, un perfecto equilibrio entre la grandeza y el orden. En lo sublime esa armonía está rota; hay predominancia del poder, de la grandeza, por lo cual lo sublime casi siempre despierta la idea de lo infinito. El mar tempestuoso es sublime. El ocaso del sol en el mar en bonanza es bellísimo.<sup>240</sup>

De allí que lo sublime esté asociado a lo trascendente, al mismo tiempo que es asociado a lo virtuoso; a esa figuración Kant la llama *virtud auténtica*: “aquella que se sustenta en principios, esta únicamente, es sublime y venerable”<sup>241</sup>. Y José Gregorio Hernández diferencia lo sublime de las apariencias y formas de los elementos estéticos, que crean en el sujeto esos sentidos de proyección en el sujeto espectador, al mismo tiempo que ese sujeto otorga el sentido estético a través de su sensibilidad y predisposición contemplativa para tal fin. De hecho, si volvemos a revisar la cita que inicia esta página, Hernández Cisneros considera que la belleza es solo comprendida por los intelectuales, bajo un proceso de discernimiento y otorgamiento de significación.

---

239 Hernández, 2021, p. 122.

240 *Ibid.*, p. 123.

241 I. Kant, 1990, p. 48.

En este sentido, establece marcadas diferencias entre lo lindo, lo bello y lo sublime, caracterizando lo lindo y lo gracioso como el orden donde falta la grandeza y la majestad. Asimismo destaca que lo verdadero “no es lo bello, porque a lo verdadero le falta el esplendor propio de la belleza”<sup>242</sup>, ya que la belleza la considera “una perfección intrínseca” frente a otras manifestaciones de la acción humana como la bondad, que para él, es “una perfección extrínseca del ser”. De allí que se pueda deducir que para Hernández Cisneros la belleza, al igual que la sonrisa, “es la manifestación voluntaria y expresiva de un sentimiento del alma. Esto es, de la racionalización de lo sensible a partir de una lógica subjetivada”.<sup>243</sup>

En función de estos criterios, distingue tres tipos de belleza: natural, artística o moral; pero todas ellas sometidas a la influencia contemplativa del espectador. Obviamente, la belleza natural la referirá como lo genuino en “los seres del universo”. Mientras que la belleza artística la ubica dentro de la “imaginación creadora”, y la belleza moral “es la producida por los actos correspondientes a la *voluntad* libre. El perdón de las injurias, las obras de caridad son de una gran belleza *moral*”<sup>244</sup>. Nótese que para José Gregorio Hernández la belleza moral está asociada con la *voluntad* y la libertad del *ser* en su materialización de la acción humana, en la sublimidad del *ser* y sus actos con respecto a los demás; la belleza moral será una virtud<sup>245</sup> del hombre a través de su conciencia de la *voluntad* o, en todo caso, de la *voluntad* a manera de conciencia.

---

242 Hernández, 2021, p. 123.

243 *Idem*.

244 Hernández, 2021, pp. 123-124.

245 Es importante recordar, con respecto a las virtudes, que desde el punto de vista cristiano han sido divididas a través de dos grupos: las teológicas y las humanas con un mismo propósito de la imagen y semejanza en Dios. Reconociendo las teológicas como las que apuntan directamente a Dios y son la fe, esperanza y caridad. Y las humanas, que son la base de

La belleza, para José Gregorio Hernández, además de representar un acto de contemplación, tiene formas prácticas de materializarse que, además del ejercicio de la belleza moral y extensión virtuosa, contempla al arte como el espacio simbólico-comunicativo donde se expresa la práctica sensible de la belleza. En palabras de Hernández Cisneros:

Se llama arte al conjunto de medios prácticos para hacer alguna obra. Se llaman artes estéticas o bellas artes el conjunto de reglas para la realización sensible de la belleza. Es artista el hombre que posee el sentimiento<sup>246</sup> en grado eminente y sabe realizar el ideal.<sup>247</sup>

Al respecto, cree que el arte se produce bajo la combinatoria entre los ideales y las formas sensibles de la belleza, en torno a la construcción del objeto estético por parte de un sujeto que posee dones artísticos y tiene la posibilidad de mirar más allá de lo aparente:

El arte estético tiene múltiples manifestaciones; en realidad, son varias artes, son las bellas artes. Dicho arte se sirve de las formas sensibles para realizar, para darle forma al ideal de la belleza; de donde se infiere que ha de haber subordinación de lo sensible a lo ideal.<sup>248</sup>

---

la vida virtuosa, están representadas por la fortaleza, justicia, prudencia y templanza.

246 Suscribe como condición determinante el sentimiento dentro de la producción de arte, lo que nos lleva a pensar en una Voluntad estética que se convierte en acción humana y precepto didáctico-moralizante. Lo que corrobora fehacientemente la argumentación sostenida hasta estas líneas sobre el predominio de una subjetividad trascendente como forma de expresión en José Gregorio Hernández. Creación de universos simbólicos conformados por “formas sensibles”; formas de expresión sensible que permiten el acercamiento a la sublimidad espiritual, quien representa la idealidad. De esta forma, el arte será una manera de transitar hacia los ideales o, más bien, el escenario donde los ideales se materializan y se hacen posibles.

247 Hernández, 2021, p. 124.

248 *Idem.*

Es importante llamar la atención sobre esta subordinación planteada por Hernández Cisneros de lo sensible a lo ideal, porque, según él, allí radica la potencialidad creadora del *ser*, la libertad para hacer vuelos imaginativos que permitan esa construcción estética como interpretación de la realidad circundante, ya que: “El ideal artístico es la idea, es el tipo de belleza perfecta concebido por la imaginación creadora”<sup>249</sup>. Y sobre esos niveles de perfectibilidad del producto concebido por la contemplación del *ser* se integran, desde la observación y la abstracción, los procesos iniciales de la percepción estética, hasta la magia de la imaginación creadora, que es la que establece los elementos propiamente constitutivos del discurso estético: “... finalmente, la imaginación creadora se apodera de este tipo de belleza y lo engrandece de una manera trascendental, dándole el supremo esplendor de la belleza ideal”.<sup>250</sup>

Bajo este procedimiento metodológico, la obra estética no es un simple objeto o producto, sino la resultante del entrecruce entre el ideal y lo trascendental, como la forma de complementar ese orden dialógico entre autor-obra- espectador, donde una mirada individual, particularizada –inspirada en algún mecanismo externo, regida por el fulgor divino, por el duende que dicta– se hace empática con el otro, que comparte tanto los rasgos empáticos como los niveles de subjetividad que articulen la conciencia de lo trascendente, la manifestación de la *voluntad* sensible, la *voluntad* estética; todo ello materializado a través de “las reglas propias de cada arte, guiadas por la inspiración del artista, la cual le sugiere el modo conveniente de emplearlas, para que la obra resulte conforme al ideal”<sup>251</sup>. Reafirmando de esta manera que la producción artística es actividad plenamente humana, acción de la conciencia del hombre de producir simbolizaciones más allá de la realidad inmediata, o a partir de la transformación de esta realidad en elemento artístico.

---

249 *Idem.*

250 *Idem.*

251 Hernández, 2021, p. 125.

En este proceder artístico esbozado por José Gregorio Hernández coincide con el planteado por Aristóteles en cuanto a la imitación creativa de la naturaleza, que, a su vez, es una superación de la naturaleza y no una degradación de la idea absoluta, sino más bien enriquecida por la imaginación creadora del sujeto, quedando patente su referencia ontológica que provee, en gran medida, las manifestaciones de lo trascendente. Y es conveniente explicar esa noción de arte a través de la aseveración de Gadamer y la relación con la autorrepresentación, categoría que extrae indudablemente de la mimesis aristotélica:

Como representación, la imitación posee una función cognitiva muy destacada. Tal es la razón por la que el concepto de la imitación pudo bastar a la teoría del arte mientras no se discutió el significado cognitivo de éste. Y esto sólo se mantuvo mientras se identificó el conocimiento de la verdad con el conocimiento de la esencia; pues el arte sirve a este tipo de conocimiento de manera harto convincente.<sup>252</sup>

Porque José Gregorio Hernández no está de acuerdo con la imitación servil, sino en la idealización de la realidad como principio artístico y creación de la razón, que pudiéramos referir como razón subjetiva manifestada solo a través del arte y en manos del artista, quien es el ente ejecutor de esa transposición entre realidad y arte:

En esta realización el artista debe primeramente imitar la naturaleza en lo que ella tiene de elevado y bello, sin efectuar una imitación servil, antes, por el contrario, idealizándola, es decir, embelleciéndola sin desfigurarla; en segundo lugar, se debe elegir entre los seres naturales adecuados para su ideal, los de mayor potencia y los que presenten un orden y una armonía más perfecta.<sup>253</sup>

---

252 Hans-Georg Gadamer. *Verdad y método*, 1993, p. 260.

253 Hernández, 2021, p. 125.

Destacándose esa armonía perfecta en las nociones de universalidad, que son las que validan y conjuntan las nociones de arte a partir de los diversos mecanismos y estilos de producción artística; una especie de razón que hace de la sensibilidad una escuela o género:

... finalmente, el artista debe dotar su obra en vía de realizarse del esplendor característico de la belleza, subordinando siempre la imaginación a la razón, porque de esta subordinación han nacido todas las verdaderas obras maestras que constituye el patrimonio artístico de la humanidad.<sup>254</sup>

Así, la expresión individual se transforma en patrimonial, manifestación del subjetivema como consolidación de la expresión de lo colectivo:

Aquellos hombres que han producido esas obras son verdaderos ingenios, son las altas cumbres salidas de la raza humana, que se destacan en el decurso de los siglos y que los demás hombres contemplan con entusiasmo. No son hombres de talento, porque el simple talento artístico es la facultad de comprender la belleza y realizarla en una medida limitada; mientras que el ingenio artístico<sup>255</sup> es la potencia completa, absoluta y ordenada de las facultades estéticas, en la comprensión y realización de la belleza.<sup>256</sup>

Sin caer en una subjetividad absoluta como soporte de los discursos estéticos, ni caer en una excedente racionalidad que limite el carácter sublime de estos discursos que apuntan hacia la trascendencia, José Gregorio Hernández destaca la vinculación de la universalidad del arte

---

254 *Idem.*

255 Se intuye que el ingenio artístico contiene la *voluntad* estética que conjunta la sensibilidad humana y la potencia artística, que hacen posible que las obras de arte se materialicen a manera y razón de discursos de la trascendencia; y no sean una simple expresión simbólica sujeta a normas, escuelas o procedimientos estéticos.

256 Hernández, 2021, p. 125.

bajo un pacto de convención estética. Indudablemente, estamos frente a la formulación de criterios sobre el arte envuelto dentro del campo estético, donde el arte es expresión de la vida del hombre; producto universal que es el resultado de una manifestación constituyente de lo estricta y profundamente humano, ya que la belleza natural surge sin fines ni propósitos y, a la final, quien atribuye las condiciones de belleza es el ser como sujeto atribuyente que intenta interpretar la realidad desde el orden estrictamente simbólico-metafórico.

En tal sentido, lo bello es aquello que sin conceptualidad definida es representado a manera de satisfacción universal. De esta manera, se hacen pertinentes los planteamientos de Hume sobre la forma de abordar la belleza a través del gusto, condición que, según este filósofo, no es innato sino está profundamente ligado a la experiencia y vivencia. Para ello, Hume impone tres condiciones: la práctica, las comparaciones y la eliminación de los prejuicios; dejando entrever que el gusto está supeditado a los sentimientos: “Es natural que busquemos una *norma del gusto*, una regla con la cual puedan ser reconciliados los diversos sentimientos de los hombres o, al menos, una decisión que confirme su sentimiento y condene otro”<sup>257</sup>. Bajo estos razonamientos, la normatización del gusto se sugiere como forma para relativizar la noción de belleza, que no existe como elemento natural, sino atribuido a través del sentimiento: “La belleza no es una cualidad de las cosas mismas; existe solo en la mente que las contempla, y cada mente percibe una belleza diferente”<sup>258</sup>. Esto es, el enunciante y sus diferentes posicionalidades enunciativas van construyendo las diferentes nociones de belleza; un solemne constructo de la subjetividad trascendente/trascendida hecha logoi *sentimentalis*, donde, en muchos sentidos, el sentimiento se impone al juicio o, más bien, ambos encuentran su armonía perfecta.

---

257 David Hume. *Sobre la norma del gusto*, Ediciones Península, Barcelona: 1989, p. 42.

258 *Ibid.*, p. 44.

Ahora bien, Kant<sup>259</sup>, Adorno y Pierre Bourdieu, entre otros, también se interesan por la teoría del gusto y la belleza como forma de abordaje al hecho y objeto estético. En ese sentido, Bourdieu, refiriéndose a Mallarmé, cataloga la belleza dentro de los predios de la ficción:

Mallarmé, que en un texto célebre y oscuro titulado “La música y las letras”, recuerda que no hay esencia de lo bello más allá de ese mundo literario en el cual se produce la creencia colectiva en la belleza, pura ficción que no necesita ser desmitificada.<sup>260</sup>

Pero recordemos que esa ficción representa una forma de enunciar lo ordinario desde lo extraordinario, de transfigurar lo cotidiano en figuración estética que representa las visiones profundamente humanas, a través de diversas formas de enunciación artística que en ningún momento dejan de configurar una realidad, el mundo posible donde se reconocen los enunciantes. Mundo de la ficción-representación que ayuda a interpretar la realidad ordinaria a través de la lógica subjetivada, la creación de la incausalidad-causalidad que desafía la lógica de lo real.

Precisamente, retornando a José Gregorio Hernández, luego de este necesario reconocimiento filosófico para referir varias instancias que han fundado criterios que, a la postre, coinciden con los formulados por nuestro personaje objeto de estudio, él clasifica todas estas manifestaciones de lo humano como bellas artes, que tienen por objeto: “... la concepción y la realización de la belleza, pero en igualdad de las demás circunstancias no todas lo hacen

---

259 Para Kant, la obra de arte es obra de un genio, y la genialidad la cualidad fundamental y constitutiva de todo gran artista. Criterio que, obviamente, es compartido por José Gregorio Hernández cuando lo cualifica como ser de excepción e icono colectivo. Criterios que aparecen expresados en su texto *Crítica del juicio*.

260 Pierre Bourdieu. *El sentido social del gusto*, Siglo Veintiuno Editores, Argentina: 2010, p. 37.

con la misma perfección”<sup>261</sup>. Y bajo este razonamiento clasifica las bellas artes a partir de la importancia o jerarquización que les da, según su expresión y manifestación subjetiva; para ello, las “clasifica partiendo de las más elevadas a las menos elevadas en perfección de la manera siguiente: “la poesía, la música, la pintura, la escultura y la arquitectura”.<sup>262</sup>

La poesía la asume como arte divina, la máxima manifestación de lo humano y lo estético; el medio de expresión donde el hombre desnuda su alma y trasciende a través de esta desnudez y revelación de la palabra; a criterio de Hernández Cisneros:

La poesía es de todas las bellas artes la más excelsa, es el arte divino. Nada escapa a su jurisdicción; ella expresa en grado sublime la belleza toda, la belleza natural, la intelectual y la moral. Su instrumento que es la palabra, es lo más bello que hay en el universo después del hombre. La poesía penetra hasta el fondo del alma humana, pone en movimiento todas sus actividades, y la engrandece, porque satisface todas sus aspiraciones artísticas.<sup>263</sup>

Interesante asociación entre poesía, palabra y hombre, donde otorga singular preponderancia a la palabra como sinónimo de expresión y posibilidad para manifestar lo profundamente humano. La palabra es mediadora entre el hombre y su realidad, además de constituir el escenario de las transformaciones que posicionan al *humano ser* entre lo real y lo estético como formas o maneras de leer el mundo, de sostenerse asido a la realidad desde las posibilidades de enunciar mundos posibles a partir de lo estético y la transmigración subjetiva-trascendente. No está por demás volver a referir que José Gregorio Hernández ve en la poesía el medio para trascender y llegar a Dios, al íntimo desdoblamiento entre *ser* y deidad. Cuando

---

261 Hernández, 2021, p. 126.

262 *Idem.*

263 *Idem.*

refiera al estilo literario de Hernández Cisneros volveré con mayor detalle al respecto.

Tal y como observamos en párrafos anteriores, Hernández Cisneros asigna el segundo lugar en importancia dentro de las bellas artes a la música, a la que atribuye

... el misterioso poder de expresar uno a uno todos los sentimientos, todas las pasiones que se anidan en el corazón del hombre, su lenguaje es entendido por todos en la expresión sentimental, y alcanza el supremo esplendor de la belleza al expresar el sentimiento religioso.<sup>264</sup>

Indudablemente, la expresión trascendente sigue siendo el marcador referencial para José Gregorio Hernández, en su intención de clasificar las expresiones estéticas por su forma de comunicación y recepción; la palabra sonora o la palabra transcrita en lenguaje musical; ambas percibidas a través del oído; la escucha que permite la conversión del espíritu en entidad de lo sublime: “Estas dos artes se aprecian por el oído, por lo cual ha recibido este sentido la bella clasificación de sentido estético”.<sup>265</sup>

Desde esta perspectiva, el goce estético reside en la posibilidad de apreciar lo expresado por el discurso estético y musical a través de la manifestación del espíritu, que crea una nueva forma de apreciar más allá de lo estrictamente literal y en apelación sentida del discurso metafórico; la máxima expresión del hombre para nombrar

---

264 Esta consideración de José Gregorio Hernández es de fundamental importancia. Porque en la música de sentido religioso descansa el puente que comunica con la divinidad. Por ello en los textos de expresión artística o discursos de la trascendencia aparece muy marcada la música cartuja. Los himnos cartujos representan, para Hernández Cisneros, la máxima expresión de la sensibilidad; además de significar una experiencia mística que queda tatuada en su alma sensible y refiere constantemente en los textos que se analizan más adelante bajo la referencia de *voluntad estética*. (Hernández, 2021, p. 126).

265 Hernández, 2021, p. 126.

lo que rebasa todas sus capacidades de nominación; todo aquello que causa un estremecimiento en su *ser*, que es expresado a través de la poesía y música.

En el tercer lugar de su escala de ubicación de las bellas artes, José Gregorio Hernández ubica la pintura, a quien confiere un sentido dual; por una parte, la relaciona con la belleza y, por la otra, le otorga un valor moral: “La pintura ocupa la tercera grada en esa adamantina escala artística. Aunque silenciosa, expresa elocuentemente la belleza; su jurisdicción no es solamente la belleza sensible<sup>266</sup>, sino que por medio de ella se levanta hasta la belleza intelectual y moral”<sup>267</sup>. La representatividad gráfica-icónica de la pintura es la traslación de la palabra estética, que hace posible la conversión de los discursos y las apreciaciones que se plasman en el lienzo como alegoría de la magia de la palabra. Para Hernández Cisneros: “Una obra maestra de pintura es semejante a un poema; contemplándola, el alma experimenta las grandes emociones que engendran el verdadero éxtasis estético”.<sup>268</sup>

Producir el goce estético es potencialidad de las bellas artes, una forma diferente de comunicación que establece relaciones entre los sujetos por medio de discursos que invitan a la contemplación y trascendencia; una forma de crear la *voluntad* estética que concilie a los sujetos consigo mismos y con los demás.

---

266 Importante destacar esta calificación que hace José Gregorio Hernández de la belleza sensible para diferenciarla, seguramente, de la belleza natural. Y, más aún, en la coincidencia con nuestros planteamientos desde la ontosemiótica, donde esta belleza sensible se transforma en la interpretación subjetivada que hace un sujeto enunciante-atribuyente de su realidad, a través de los discursos estéticos; belleza sensible que se transforma en objeto estético, punto de confluencia de las escuchas, miradas e intersubjetividades que corroboran la aparición y sostenimiento del goce estético.

267 Hernández, 2021, p. 126.

268 *Idem*.

En este orden representacional que otorga José Gregorio Hernández a las bellas artes, relaciona la escultura como la forma de representar lo corpo-orgánico a partir de la expresión de lo bello:

La escultura tiene la misión de realizar la belleza orgánica de todos los seres vivos. En ella muestra el hombre su poder creador, el cual alcanza a transformar la fría piedra en un ser palpitante de vida y en el cual se manifiesta el perfecto ideal de la belleza.<sup>269</sup>

Cierra José Gregorio Hernández su tipificación de las bellas artes con la arquitectura, a la que confiere un carácter más colectivo y patrimonial, al considerarla

... la encargada de manifestar la potencia y la magnificencia llena de orden y de armonía peculiares a la belleza. Sus elementos son las líneas y las formas geométricas; valiéndose de ellas, el artista llega a producir esas grandiosas e inmortales obras con que justamente se enorgullece la humanidad.<sup>270</sup>

Bajo esta razón, Hernández Cisneros ubica la arquitectura dentro de los conglomerados culturales identitarios que permiten la manifestación de las colectividades a través de las estructuras físicas, que no solo contienen una manifestación espacial o topográfica, sino la legación sensible del *ser* y su participación dentro del legado cultural.

Y sobre este legado sensible debo hacer insistencia, puesto que José Gregorio Hernández atribuyó a las bellas artes una herencia espiritual bajo la combinatoria de distintos procedimientos estéticos, cuando afirma:

Tales son las bellas artes que tiene por fin inmediato la producción de la emoción estética por la realización de la belleza; pero que tienen, además, un fin último, mil veces superior al primero, el

---

269 Hernández, 2021, p. 127.

270 *Idem.*

cual consiste en la elevación y el ennoblecimiento de los sentimientos del hombre.<sup>271</sup>

La emoción o estremecimiento estético no solo está referido al objeto estético y su influencia en el sujeto contemplador, el conversor del objeto en elemento artístico; sino que incide directamente en la elevación del espíritu del hombre; en su subjetividad trascendente convertida en acción humana y, por ende, en testimonio cultural que crea la interesante figuración entre el referente histórico y el referente sensible.

Así mismo, Hernández Cisneros agrega al arte y su figuración dentro de la acción humana el ingrediente moral como forma expresiva de la *voluntad* y su orientación hacia los principios más nobles. En este sentido, vale la causa citar *in extenso* las apreciaciones que hace José Gregorio Hernández al respecto:

El arte no puede nunca, ni por ninguna causa, hacerse independiente de la moral y prescindir de ella, porque la moral representa el orden esencial de las cosas y, por ello mismo, todas debe tenerlas sometidas a su imperio. El arte, por el contrario, debe prestar siempre a la moral un concurso positivo, puesto que la verdadera belleza, por la admiración que despierta, convida e incita a imitar y realizar las ideas que ella expresa, las cuales deben ser, por lo tanto, de naturaleza, elevar el alma y comunicarle nobles aspiraciones e ideales.<sup>272</sup>

Dentro de esta reflexión de “emoción estética”, el arte trasciende hacia la seducción del orden moral que contribuya al fortalecimiento del hombre en su devenir social y en sus relaciones consigo mismo y con el otro; donde la belleza no apunte hacia lo meramente formal o estructural, sino al engrandecimiento del espíritu del hombre. De por sí, el arte contribuye a fortalecer al hombre; en el arte, la belleza engrandece el espíritu del hombre.

---

271 *Idem.*

272 *Idem.*

En efecto, Hernández Cisneros asume una teoría tradicional del arte como centro de difusión de referentes aleccionadores, referentes que consoliden los valores morales de los hombres; lo que confiere al arte una utilidad práctica y social, dejando un tanto los caminos de lo abstracto y lo meramente artístico, para volcarse sobre la relación entre el objeto artístico y su acción social:

Para que una obra sea verdaderamente artística y por ello inmortal, es importante que produzca estos dos resultados. Cualquiera obra de arte, escultura, pintura o poesía, que despierte las bajas pasiones, las innobles pasiones del hombre, en una palabra, que sea opuesta a las leyes eternas e inmutables de la moral, no puede ser calificada de obra artística, porque no realiza el noble fin de la belleza ideal, que es: dar placer a la inteligencia y ennoblecerla.<sup>273</sup>

Estamos frente a una doble vertiente del arte y su funcionabilidad en torno al placer; el placer estético y el ennoblecimiento de las acciones humanas, donde lo estético comporta una actitud ética-estética, una orientación hacia el bien y la realización de los más sublimes ideales de los hombres manifestados desde sus potencialidades sensibles; desde la sensibilidad trascendente y trascendida a través del arte. Y bajo estas premisas nos encontramos frente a la filosofía de la *voluntad*, de la *voluntad* estética a razón de conciencia del artista, al mismo tiempo que es conciencia del espectador; expresión de la *voluntad* personal, moral y estética que condicen hacia la *voluntad* mística como la concreción trascendente de todas las voluntades.

### **La moral, el gran constructo de lo humano**

Luego de reflexionar sobre las bellas artes, José Gregorio Hernández, en sus *Elementos de filosofía*, introduce un “tratado cuarto” referido a la moral, desde donde discierne sobre el bien y el mal para enfocar el orden moral como manifestación y ejecución del

---

273 Hernández, 2021, p. 127.

hombre en su obrar o accionar humano. Para ello considera la moral como “la ciencia que estudia el bien en sí y las leyes que deben seguirse para practicarlos”<sup>274</sup>. Una forma de sistematizar los caminos aleccionadores del hombre en función del bien, definido este con base en

... lo que conviene a la naturaleza racional del hombre y la perfecciona. El mal es lo contrario a la naturaleza racional del hombre. El bien es, por su naturaleza, conforme a la ley moral; es el ideal moral; y la distinción entre el bien y el mal es una distinción fundada radicalmente en la esencia de las cosas.<sup>275</sup>

Bien y moral son categorías inherentes al hombre en su capacidad y *voluntad* para discernir entre el bien y el mal; por lo tanto, para Hernández Cisneros, el bien o su práctica se convierte en un deber que linda entre lo subjetivo y lo objetivo: la racionalidad y la *voluntad* en medio del ejercicio de la acción humana: “El deber, considerado subjetivamente, es la obligación de practicar. Considerado objetivamente, es el mismo bien en cuanto hay que practicarlo”<sup>276</sup>. Desde esta óptica, la moral está supeditada a lo ideal o, es más, los ideales son los que hacen posible la manifestación de lo moral, porque en los ideales está la potencialidad de lo humano, al mismo tiempo que se encuentra radicada la concienciación de lo moral a manera de constructo de lo humano; la posibilidad de trascender desde el sujeto mismo y los demás.

Esta funcionabilidad de lo moral con base en los ideales permite la aparición de la conciencia moral, a modo de racionalización de los ideales propuestos y proferidos por el hombre:

... la facultad de conocer y distinguir el bien y el mal. Es la misma inteligencia en su grado más elevado, denominada la razón aplicada

---

274 *Ibid.*, p. 129.

275 *Idem.*

276 *Idem.*

a discernir entre el bien y el mal; esto es, a investigar el orden que debe existir en los actos humanos: es la razón práctica.<sup>277</sup>

Mediante este propósito, la conciencia moral se transfigura en acción tanto inteligente como sensible, que a la postre será la forma empática que construye el hombre para internalizar los principios aleccionadores de la moral. Y desde esta funcionabilidad de la conciencia moral surgen los juicios morales, “los juicios que afirman la bondad o la maldad de un acto. Estos juicios constituyen la parte esencial de la conciencia”.<sup>278</sup>

Los juicios morales son los que evidencian la capacidad de discernimiento del sujeto, la capacidad de poder elegir entre el bien y el mal en función de la necesidad del deber y la operatividad de la conciencia moral entre el premio y el castigo; la aprobación o la desaprobación. Todo ello en referencia a las operaciones de la conciencia moral sensitiva que

... consisten en el conocimiento de los sentimientos de respeto y amor por el bien y la aversión por el mal, los cuales preceden el acto moral; y de los sentimientos de placer o de dolor que aparecen luego que se verifica el acto.<sup>279</sup>

Los juicios morales dentro de la conciencia moral sensitiva son los que permiten establecer las relaciones y analogías entre el placer y el dolor, el remordimiento o el arrepentimiento: “El dolor consecutivo al acto malo se llama también remordimiento. Y se llama arrepentimiento el dolor voluntario por uno o varios actos malos, acompañado de una resolución de nunca más cometerlos”.<sup>280</sup>

Los actos de acción moral que hemos visto en párrafos anteriores los podemos ubicar dentro de las esferas intrasubjetivas del hombre,

---

277 Hernández, 2021, pp. 129-130.

278 *Ibid.*, p. 130.

279 *Idem.*

280 *Idem.*

quien vuelca sobre los otros sus preceptos morales que, al ser correspondidos, se incorporan a las esferas intersubjetivas<sup>281</sup>, representadas por “la aparición de otros sentimientos: la simpatía, el respeto, la admiración, la indignación, el horror”<sup>282</sup>. Y en esa dinámica de la moral a manera de constructo de lo humano, surge la moralidad como representación de la *voluntad* que hace posible la concreción de los actos morales; para Hernández Cisneros:

Se llama moralidad aquella propiedad que tienen los actos humanos de ser buenos o malos. La moralidad depende, en primer lugar, del libre albedrío, sin la cual todos los actos serían indiferentes. En segundo lugar, depende la moralidad de la intención del que obra, esto es, de la resolución voluntaria de obrar bien o mal. En tercer lugar, depende del acto mismo, que puede ser bueno, malo o indiferente.

Para José Gregorio Hernández la intención es fundamental en la acción moral, de ella depende la direccionalidad de la *voluntad* moral: “De lo que se deduce que, sin la intención, las acciones pierden todo valor moral y se vuelven actos puramente materiales”<sup>283</sup>. Y lo que corrobora la posición moral-voluntarista de Hernández Cisneros, al considerar los actos y acciones morales como manifestaciones de la sensibilidad a manera de concienciación del hombre y sus acciones desdobladas en función del bien o el mal: “El bien racional es, pues, todo lo que es conforme a la naturaleza racional del hombre y la perfecciona. La idea del bien es una noción primera y es formada

---

281 José Gregorio Hernández considera que la conciencia moral “en sus juicios primitivos y en sus deducciones inmediatas, o sea cuando señala el deber, es infalible; ella puede errar y yerra con frecuencia en la aplicación de las leyes morales o en los deberes particulares. En este caso, los errores de la conciencia son debidos al oscurecimiento que en ella producen las pasiones, las costumbres, el mal ejemplo, la ignorancia y hasta las leyes humanas, muchas veces contrarias al orden moral”. (Hernández, 2021, p. 127). De esta manera hay una importante consideración sobre la importancia y preeminencia de lo intrasubjetivo en el constructo moral del sujeto.

282 Hernández, 2021, p. 130.

283 *Ibid.*, p. 131.

por la razón auxiliada por la experiencia”<sup>284</sup>. Esa concienciación que se convierte en ley, ley moral que es

... la regla que debe dirigir los actos del ser inteligente y libre. La ley moral tiene por fundamento el bien racional, el bien en sí mismo, esto es, todo lo que es conforme a la naturaleza racional del hombre. Por lo cual la ley moral es imperativa, absoluta e irreformable, universal, clara y práctica.<sup>285</sup>

Esta ley moral está intrínsecamente relacionada con el sujeto que crea sus propias formas de regulación de su relación consigo mismo y con los demás; es la que apunta hacia la consecución y práctica del bien a manera y razón de acción humana. Mientras que la ley civil, la ley de los hombres, “es la que emana de la autoridad social y asegura a los miembros de la sociedad sus derechos naturales. La ley civil debe ser justa, conforme al bien público, y ha de estar notificada; entonces es obligatoria”<sup>286</sup>. A diferencia de la ley moral, que se desprende del deber que se impone al sujeto en su acción humana-sensible, la ley eterna “es la *voluntad* de Dios que ordena la conservación del orden esencial de lo creado”.<sup>287</sup>

De donde resulta que la acción moral se convierte en concreción del ideal del hombre y ello corrobora la tesis de que la moral es un constructo humano en la búsqueda de lo ideal; en palabras de José Gregorio Hernández:

El ideal moral puede reducirse a la idea de perfección moral, la cual está constituida por las ideas de ser y de orden. De suerte que la perfección del hombre consiste en el desarrollo total de sus facultades guiadas por la razón; y, por esta razón, el bien es aquello

---

284 *Ibid.*, p. 132.

285 Hernández, 2021, p. 126.

286 *Ibid.*, p. 131.

287 *Idem.*

que contribuye a la perfección del ser del hombre, mientras que el mal es la carencia de la debida perfección.<sup>288</sup>

Con base en esta ubicación dentro de las esferas del bien y el ejercicio o acción moral, podemos ubicar a José Gregorio Hernández, quien consagró su vida a hacer el bien como dechado de virtud y ley moral que obedeció ciegamente para allanar su camino hacia Dios; porque toda su actuación personal y profesional fue la consagración a Dios, en cumplimiento de la ley moral que él mismo se impuso a través de su libre albedrío; afirmación que, concretamente, se puede sostener en la siguiente aseveración de Hernández Cisneros: “La responsabilidad moral es la obligación de dar cuenta de los actos libres delante de Dios”<sup>289</sup>. Aquí, responsabilidad moral es obligación de dar cuenta de los actos libres delante de Dios y, precisamente, sus actos libres a través del servicio al prójimo lo llevaron a trascender hacia la presencia de Dios y la doctrina cristiana; obviamente se sintió y procuró como hombre libre y racional; “también un ser moral, es decir, capaz del bien y del mal. De todos estos atributos se derivan la personalidad humana, la responsabilidad, el mérito, el demérito, la sanción y la virtud”<sup>290</sup>. La libertad incide en la intención y la intención en la *voluntad* por transitar el camino elegido; en el caso del Siervo de Dios, el de la humildad y la entrega, de una “persona humana”, un “hombre considerado como individuo racional y libre”<sup>291</sup>. Un hombre de recia personalidad que forjó un carácter propiciador del bien y la bondad, y con esta acción moral lleva a la práctica lo que consideraba en su libro *Elementos de filosofía* en cuanto a: “Solo el hombre tiene el carácter de la personalidad, porque solo

---

288 Hernández, 2021, p. 132.

289 *Idem.*

290 *Idem.*

291 *Idem.*

él tiene en su naturaleza racional el conocimiento y los móviles de sus actos y la libertad de ejecutarlos”.<sup>292</sup>

Toda esta relación teórica con la vida y obra de José Gregorio Hernández nos lleva a recalcar que las virtudes demostradas por este *humano ser* y extraordinario filósofo de la sensibilidad, ejemplar médico y ciudadano preeminente, son un acto de plena conciencia, referentes sostenidos por la convicción intencionada que apunta hacia el servicio de los demás como la forma de trascender hacia Dios. Deberes que se impuso a manera de recorrido circunstancial para cumplir con un patrón de responsabilidades que saciaran su vocación de servicio a la ley divina y, por ende, a la *voluntad* de Dios. *Voluntad* que hizo suya y la transformó en deber, desde donde devino la responsabilidad que hoy lo consagra al corroborar en su práctica habitual lo que apuntaba teóricamente sobre la imbricación entre el carácter y la responsabilidad:

De este carácter de la responsabilidad se deduce que el hombre tiene deberes que llenar, y estos deberes le producen la responsabilidad, que es la obligación de dar cuenta siempre de sus acciones y, en ciertos casos, de las ajenas.<sup>293</sup>

Y lo más trascendente y sublime es que José Gregorio Hernández convirtió esa responsabilidad en virtud; esa extraordinaria cualidad que él definió como

... aquella disposición constante al cumplimiento del deber con inteligencia, amor y libertad. La virtud exige la práctica reiterada, porque es evidente que un solo acto bueno no engendra la virtud; debe haber el conocimiento del bien, es necesario amarlo como tal y tener la *voluntad* de ejecutarlo.

La virtud es acción humana orientada por el bien y forjada por la *voluntad* férrea que la hace obra tangible, tal es el caso de la legada

---

292 *Idem.*

293 *Idem.*

a la humanidad por José Gregorio Hernández. Y sobre las virtudes que teorizó, las hizo deber y responsabilidad cotidiana, formas de obrar en medio de su vida personal y profesional: “Se dividen las virtudes en virtudes individuales, sociales y religiosas; individuales, como el valor o la fortaleza, la temperancia, la castidad; sociales, como la caridad, la justicia, la bondad; y religiosas, como la piedad, la esperanza, la fe”.<sup>294</sup>

He allí las virtudes profesadas por José Gregorio Hernández; he aquí las virtudes practicadas por el ser trascendido a través de su obra y honrando el nombre de Dios como único norte de su vida y actuar; porque luego de hacer un extenso recorrido por los predios de la moral, formula una conclusión perentoria: “El principio y fundamento de la moral es, pues, el bien racional, esto, es, aquello que conviene a la naturaleza racional del hombre y lo perfecciona; es la doctrina de la sana filosofía dada por Santo Tomás”<sup>295</sup>. La moral es perfectibilidad que construye al sujeto en función de su responsabilidad y *voluntad* en cuanto al bien y sus aplicaciones sobre él mismo y los otros. Esto es, la moral a manera de construcción de humanos seres que actúan más allá de la materialidad y pretenden ir sobre lo suprasensorial, lo suprasensible donde es posible escuchar los ecos de lo sublime.

Como se ha podido apreciar, Hernández Cisneros es conteste con los planteamientos filosóficos de santo Tomás de Aquino y disiente de los “fundamentos erróneos de la moral” de otros filósofos, que para efectos de este libro solo vamos a nombrar para que queden como referencia para futuros trabajos. Entre estos filósofos incluye a: Zenón, Platón, Aristóteles, Epicuro, Aristipo, Hutcheson, Adam Smith, Bentham, Stuart Mill, Spencer, Comte, Rousseau y Kant; haciendo a cada uno de ellos pequeñas apuntaciones donde indica sus enfoques sobre la moral como tratado.

---

294 Hernández, 2021, p. 134.

295 *Ibid.*, p. 135.

## El deber y la voluntad; la forja de la perfectibilidad

José Gregorio Hernández, en su disertación filosófica sobre la moral, dedica un apartado a la “moral práctica”, a la cual define como la “ciencia que estudia los deberes en particular”<sup>296</sup>. Y sobre estos deberes creo que hay que insistir porque son la forma a través de la cual el hombre asume sus compromisos y responsabilidades, desde las particularidades tanto personales como sociales que permiten un ejercicio moral dentro de la acción humana y sus relaciones intra e intersubjetivas. Destacando que para Hernández Cisneros el deber es una forma de conciencia y ejercicio de la *voluntad* desde donde el hombre alcanza sus propósitos y ejerce sus relaciones con los otros. Con lo que quiero significar que ese deber en ningún momento se articula a manera de imposición, sino es la forma de compromiso de un sujeto desde el punto de vista moral.

Acorde con esta posición, divide los deberes

... en positivos y negativos. Son deberes positivos los que marcan una obligación o prescriben un acto: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu mente [...] Los deberes negativos son los que establecen una prohibición: no debes levantar falso testimonio ni mentir.<sup>297</sup>

Nótese que en esta división de los deberes impera el sometimiento a un canon establecido con referencia a la figura mística y ley divina, donde la expresión del deber está soportada por los niveles de afirmación o negación contenidos en la palabra que denota la acción; afirma el bien y niega el mal o la trasgresión de los postulados divinos. Que es una forma de lograr la perfectibilidad a través de la imitación de la intención divina, al ser instrumento del mandato que conduce hacia la gloria de Dios.

---

296 Hernández, 2021, p. 136.

297 *Idem.*

Además de estos deberes que podemos catalogar dentro del orden místico, José Gregorio Hernández también divide los deberes según su objeto y los establece en tres perspectivas: personales, sociales y religiosas. Dentro de estos tres grupos asume los únicos deberes que tiene el hombre consigo mismo y el entorno que lo rodea, mas no así con los animales; con lo que, según su criterio, tiene es solidaridad:

El hombre solo tiene estas tres clases de deberes. No tiene deberes para con los animales, porque los animales no son personas, sino cosas, que existen solamente para bien del hombre, y de los cuales él puede disponer libremente. No debe maltratarlos, no porque no tenga deberes para con ellos, sino porque el maltrato constituye una falta contra la dignidad humana.<sup>298</sup>

Por ello insiste en los deberes personales a manera y razón de la dignidad de la persona, y el acto donde se reafirma y ratifica la condición humana y su perfectibilidad; esa condición que diferencia al hombre de los demás seres y entre los mismos de su especie al proveer condiciones de excepción:

Los deberes personales reposan en la dignidad de la persona humana y en su perfectibilidad. El hombre porque es un ser racional tiene una gran dignidad, es superior a todos los otros seres del mundo; por ello está obligado a respetarse en todos sus actos y a desarrollar sus facultades, acercándose mientras vive, en lo posible, al ideal de la perfección moral.<sup>299</sup>

En la procura de esa perfección moral divide los deberes personales en “deberes relativos al cuerpo y los relativos al alma”<sup>300</sup>, para continuar diversificando la acción humana entre lo físico-orgánico y lo espiritual, las dos partes complementarias que edifican la arquitectura humana, en este caso, desde el constructo moral. Por lo

---

298 *Idem.*

299 *Idem.*

300 *Idem.*

tanto, Hernández Cisneros relaciona los deberes del cuerpo y su preservación en las mejores condiciones; para ello, afirma:

Los deberes que se refieren al cuerpo son: el deber de conservar la salud y el de conservar la vida. El cuidado de la salud no debe parar en pusilanimidad. La conservación de la vida obliga a no atentar contra ella; de suerte que el suicida quebranta este gran precepto de la moral personal; y obliga también a la conservación de todos los miembros del cuerpo.<sup>301</sup>

Como médico, apunta hacia la conservación de la vida a través de la salud; deber de todo ser humano de conservarla, aun cuando asume que la vida puede ser sacrificada en pos de causas nobles, en el ejercicio de acciones que beneficien a los demás:

Hay casos en que el hombre tiene el deber de arriesgar y hasta sacrificar la vida. El soldado, en el campo de batalla; el médico y el sacerdote, durante las epidemias; y todos los hombres están en el imprescindible deber de sacrificar la vida, antes que perder la virtud de ofender a Dios.<sup>302</sup>

Lo humano se hace deber incontenible cuando se relaciona con Dios o, por lo menos, está supeditado a él como instancia ideal que siempre se debe pretender alcanzar, acción y hecho que José Gregorio Hernández siempre tuvo como norte y objetivo.

Mientras que los deberes del alma incorporan el aspecto central de este libro, la *voluntad*, ella junto con la sensibilidad y la inteligencia, integran la columna vertebral de los deberes del alma:

Los deberes relativos al alma se refieren a la sensibilidad, a la inteligencia y a la voluntad. Hay que subordinar la sensibilidad a la inteligencia siempre y en todo, y moderar el apetito de los bienes sensibles por la templanza. Debe el hombre desarrollar

---

301 Hernández, 2021, p. 137.

302 *Idem.*

su inteligencia y acostumbrarla a la verdad dirigiéndola según la ley moral; evitando rigurosamente la ignorancia, la mentira, la hipocresía y los respetos humanos, esforzándose por admitir la verdadera sabiduría.<sup>303</sup>

El hombre orientado en la “verdadera sabiduría”, que se convierte en deber ineludible de todo ser consciente de su facultad racional e intencionalidad moral. La verdadera sabiduría para evitar errar en la vida, vivir con base en los aciertos que conduzcan a una plena y cierta existencia. Ese es el deber más grande que José Gregorio Hernández considera

... el imprescindible deber del hombre para con su inteligencia es el de evitar el error. La vida entera debe consagrarla a defenderse de tan incomparable mal, luchando sin descanso para no dejarse invadir por los innumerables sofismas que corren por el mundo.<sup>304</sup>

Evitar las falsas sabidurías o falsedades que conducen al error es el llamado que hace Hernández Cisneros a los hombres, apelando a la inteligencia y la racionalidad.

Ante tal circunstancia considera el error un mal contagioso que se propaga rápidamente y causa efectos densamente negativos, así que considera que:

El error nunca o casi nunca es un mal limitado y personal, sino que es contagioso y difusible, y por ello es capaz de envenenar muchas inteligencias, las cuales se vuelven inútiles para el bien, que solo puede venir de la verdad.<sup>305</sup>

De esta manera, circunscribe el error dentro de las esferas del mal y la mentira, las falsas nociones que engañan a los hombres y los sumergen en momentos y situaciones que anulan la intención y

---

303 *Idem.*

304 *Idem.*

305 *Idem.*

*voluntad*, eliminando de ellos la facultad más pura del hombre que dirige sus actos hacia horizontes de realización plena y conformada por la verdadera sabiduría, la sabiduría de hombre voluntarioso que forja su destino desde el bien.

Bajo esta referencia de hombre voluntarioso nos encontramos que Hernández Cisneros enfoca en la educación una de las formas de forjar la *voluntad* del hombre:

Los deberes relativos a la *voluntad* se refieren a la educación que todo hombre debe hacer de ella para enderezarla a la adquisición del bien nacional, guiándose por la ley moral y no menoscabando su libertad al dejarse dominar por las bajas pasiones; antes bien, tratando de posesionarse de la virtud de fortaleza.<sup>306</sup>

Y aquí considero fundamental detenernos un momento para considerar la inferencia que José Gregorio Hernández hace de la educación como posibilidad de formación del individuo y donde se puede extrapolar que, para él, la educación es potencialidad ontológica del sujeto dentro de su concienciación de la sensibilidad, responsabilidad e intención, como principios ductores de las acciones humanas para educar desde y para la *voluntad* que interactúa en los espacios íntimos del sujeto.

La anterior afirmación se complementa cuando continuamos revisando la disertación de Hernández Cisneros sobre los deberes y hace referencia a los deberes sociales, los que atañen a la relación del sujeto con su entorno y semejantes; para lo cual hace la siguiente caracterización al llamar deberes sociales a “los deberes del hombre para con sus semejantes. Se dividen en deberes para con todos los hombres en general, deberes domésticos, deberes cívicos y deberes internacionales”<sup>307</sup>. Deberes que podemos ubicar dentro de los espacios de lo público y lo privado, y en función de las relaciones

---

306 *Idem.*

307 Hernández, 2021, p. 137.

intersubjetivas que establece el sujeto con los entornos inmediatos y mediatos. Estos deberes representan el desdoblamiento del sujeto en sus espacios de interacción, puesto que: “Los deberes para con los demás hombres se refieren a la justicia y a la caridad. Los deberes de la justicia consisten en respetar el derecho ajeno. Son relativos a la vida, el alma y a los bienes”.<sup>308</sup>

Desde su óptica y sobre la importancia de la vida, fundamenta los deberes en torno al respeto que ella merece y la inviolabilidad de ese derecho, justificándolo solo en casos extremos como la defensa propia o las guerras por causa justa y noble; porque sus fundamentaciones se basan específicamente en el respeto y consideración del otro en un ejercicio de la libertad y el libre albedrío:

Los deberes concernientes al alma de los demás se refieren a la sensibilidad: no se debe injuriar, ofender o escandalizar a nadie; a la inteligencia: no debe enseñarse nunca el error; debe, por el contrario, darse a todos la instrucción intelectual y moral; a la voluntad: debe respetarse la voluntad ajena en sus operaciones legítimas y concedérsele todas las libertades honestas, como son, la libertad del pensamiento y de la conciencia y la libertad de la persona humana, por consiguiente, abolición de la esclavitud.<sup>309</sup>

Respeto, libertad y tolerancia serán las referencias que podemos extraer de la anterior referencia filosófica de José Gregorio Hernández, como modos de convivencia entre los hombres para evitar la esclavitud en el error; o de la esclavitud política, social, económica o religiosa; en todo caso, la esclavitud de lo material. Porque desde estos preceptos la elección será fundamental en el ejercicio de la *voluntad* como principio de libertad y autodeterminación. *Voluntad* que será mecanismo de proyección en los espacios donde se mueve el hombre transfigurado en detentador

---

308 *Ibid.*, p. 138.

309 *Idem.*

del bien y la bondad. Y de esta manera va disertando sobre los deberes relativos a los bienes, a los deberes sociales y familiares, donde el matrimonio y la familia forman parte integral de la sociedad, que se constituye bajo los estamentos de los deberes cívicos que constituyen la sociedad desde donde se deriva la nación, los gobiernos, los países y las relaciones entre estos.

Finaliza Hernández Cisneros con “Los deberes religiosos del hombre son sus deberes para con Dios. Se fundan en la creencia de que Dios existe y es el Creador del mundo, y en la creencia que existe el alma”<sup>310</sup>. Obviamente este deber lo considera el más pleno y fundamental dentro de su disertación, orientando que las acciones humanas se hacen trascendentes cuando se practican a través de la búsqueda y el servicio a Dios: “La práctica de estos deberes constituye el culto, el cual es privado o público. El culto privado es el amor a Dios y la oración. El culto público es el que se le tributa a Dios en nombre de una nación”<sup>311</sup>. Dos formas de acercarse a Dios por medio de la ritualidad y la concreción de los preceptos divinos en deberes terrenos, con el objetivo de acceder a la divinidad.

A manera de conclusión sobre la moral aplicada, José Gregorio Hernández la diversifica entre el servicio a Dios y el servicio a los hombres: “En resumen, podemos decir que la moral aplicada está comprendida en este doble precepto: debemos amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos”<sup>312</sup>. De hecho, prevaleciendo siempre la presencia de lo divino y lo establecido en las leyes sagradas, a las cuales siempre guardo profundo respeto, al asumirlas como deberes ineludibles de su férrea *voluntad* que lo llevó a cumplir cabalmente con esa moral aplicada en su máxima expresión.

---

310 Hernández, 2021, p. 140.

311 *Idem.*

312 *Idem.*

## El ser; las razones superiores de la existencia humana

Si he referido con marcada y denodada insistencia la inclinación filosófica de José Gregorio Hernández por la *voluntad* del sujeto, como pieza fundamental dentro de los diversos espacios en que se mueve, y la constitución de la ley moral desde un ejercicio de la conciencia e intención del hombre por obrar bien; no es de extrañar que en su libro sobre *Elementos de la filosofía* haya incluido un capítulo sobre “las ciencias metafísicas”, como intento por abordar los principios ontológicos a manera de metodología para estudiar “las razones superiores de los seres”; y dentro de esa “filosofía primera” incluye la ontología, la teología racional o teodicea, la psicología racional y la cosmogonía racional.

Por lo que se refiere a la ontología como “la ciencia que estudia el ser y los primeros principios considerados en abstracto. Es la ciencia de los principios de toda existencia y de todo conocimiento”<sup>313</sup>. Y desde esa perspectiva vincula la ciencia, el sujeto y el conocimiento como tríada indisoluble dentro de la comprensión de los acontecimientos; “trata, en primer lugar, del ser o ente considerado en su esencia y sus propiedades, de las distintas clases de seres y de sus causas. En segundo lugar, estudia el conocimiento”<sup>314</sup>. De igual modo, define lo que entiende por ser y su relación con la tríada referida anteriormente:

Se llama ser todo lo que existe, puede existir o concebirse. La idea de ser es ciertamente indefinible, porque su extensión es la mayor de todas, pues ella se aplica a todos los seres reales o posibles; y su comprensión es la menor, pues no tiene sino un solo elemento, que es el de ser.<sup>315</sup>

---

313 Hernández, 2021, p. 143.

314 *Idem.*

315 *Idem.*

Con esta reflexión Hernández Cisneros alude a un sujeto tangible o real, al mismo tiempo que ubica la construcción de este sujeto en ente simbólico que se potencia entre lo real y lo imaginario; esas dos lateralidades que se conjuntan en la significación de los sujetos y su acaecer en los diferentes planos de acción. Para José Gregorio Hernández, “el ser puede tener diferentes modos: puede ser posible o real, potencial o actual”<sup>316</sup>; además que está consciente de que el ser es continuo desdoblamiento que lo potencia desde las diversas referencialidades. Para ello, afirma el ser desde las figuraciones de la existencia, definiendo esta como “la realización de la esencia. En los seres creados la esencia es, pues, distinta de la existencia”<sup>317</sup>; obviamente la existencia estará vinculada a lo físico-orgánico, mientras que la esencia se prefigura dentro del espíritu y la voluntad.

Dentro de este rango de valoraciones sobre el ser, incluye la esencia como elemento fundamental de este:

Se llama esencia lo que constituye el ser; aquello por lo cual se es lo que es [...] La esencia es, pues, el origen de todas las perfecciones del ser y lo que distingue un ser de otro; conocida la esencia de un ser, se tiene de él un conocimiento perfecto.<sup>318</sup>

Bajo estas condiciones de interpretación, la esencia forma parte de la construcción del sujeto a razón de instancia espiritual sensible que va más allá de la estructura física-orgánica, porque

Las esencias son necesarias; fuera de la esencia divina, las demás esencias no son necesarias de una manera absoluta, esto es, pueden o no existir; pero no son necesarias en el sentido de que una vez existentes no pueden ser otra cosa que lo que son.<sup>319</sup>

---

316 *Idem.*

317 *Idem.*

318 Hernández, 2021, p. 144.

319 *Idem.*

Desde donde es posible deducir que para José Gregorio Hernández la esencia es el elemento constituyente del ser; elemento bien cercano a la filosofía existencialista, que vincula la esencia del ser humano con su propia existencia. Considerada la existencia como elemento que precede la esencia, esto es, el hombre comienza por existir y a través de este existir va construyendo su esencia. Se construye sujeto a través de su relación con el mundo y los otros, donde el sujeto es realidad permanente que nunca termina de construirse. Y ello lo podemos ver claramente en los planteamientos de Heidegger, donde el *ser* está anclado en el tiempo y la trascendencia; al igual que para José Gregorio Hernández, quien cree en el *ser* y su confluencia en la trascendencia que lo lleve más allá de lo ordinario y lo ubique en lo sublime.

De esta manera, las esencias son amalgama de diversos elementos que configuran al *ser* dentro de las esferas de la existencia, siendo primordial para Hernández Cisneros la esencia divina como ente rector de todas las esencias que configuran la construcción del sujeto:

Con excepción de la esencia divina, que es absolutamente simple, las demás esencias son compuestas de varios elementos indisolublemente unidos; en este caso, ninguno de los elementos puede cambiar ni ser suprimido, porque la supresión o el cambio de él arrastraría la destrucción de la esencia; de donde se deduce que las esencias son inmutables: la esencia de hombre es el ser animal racional, y cualquiera de los dos elementos, animal o racional, que se suprimiera o se cambiara, destruiría la esencia humana.<sup>320</sup>

Desde allí afina su conceptualización del *ser* al referirlo entre diferentes facetas que a continuación citamos:

Se llama ser posible el que es capaz de existir o no repugna a la existencia. El ser real es el que existe [...] El ser potencial o virtual es el existente de una manera incompleta, que en cualquier

---

320 *Idem.*

momento puede recibir la perfección que le falta. Cavidad virtual. Espacio virtual [...] El ser actual es el que existe en toda su perfección.<sup>321</sup>

A través de este encadenamiento de caracterizaciones, José Gregorio Hernández establece al *ser* desde las perspectivas: real, actitudinal y la concreción en la perfección. De esta manera estamos frente a un planteamiento sobre la construcción del *ser* desde tres planos que lo materializan como objeto y espacio enunciativo, eje y presencia del sistema representativo que construye al *ser* desde las posibilidades de lo real, lo potencial o lo actual. Presencia e imagen dentro de los espacios de representación, en contraposición con la nada, a la que caracteriza como “... la negación de la existencia y hasta de la posibilidad de existir; por eso se define: lo que no existe y ni siquiera pueda existir. La nada es el no ser”<sup>322</sup>. Mientras que el ser es el que habita el mundo desde su recomposición significativa, el que construye su propia posicionalidad desde él mismo y la confluencia con los otros y los entornos que lo influyen determinadamente.

Alrededor de esta referencia de la nada como el no-ser, Hernández Cisneros incorpora a su tipología sobre el *ser* al “ser de razón”, para de alguna manera evidenciar que el pensamiento, a manera de representación, crea imágenes que se hacen concretas a partir de la lógica de sentido que la soporta como unidad de conocimiento tangible e intangible. Ya que el “ser de la razón” es “el que no existe sino en el pensamiento, por no tener entidad propia; son seres de razón las ideas, los juicios, los raciocinios, que solo existen en la mente; o las ficciones, como el centauro, el fénix”<sup>323</sup>. Considero supremamente importante la incorporación, en esta expresión de José Gregorio Hernández, de la ficción a manera de racionalidad, de lógica de sentido que se hace representación, porque allí radica

---

321 Hernández, 2021, pp. 143-144.

322 *Ibid.*, p. 144.

323 *Idem.*

uno de los fundamentos de la oración mística y la búsqueda de la trascendencia a partir de los discursos estéticos.

Y dentro de esa construcción del ser es imperativa la naturaleza de este, sostenida dentro de “el principio de las operaciones del ser”<sup>324</sup>; porque para Hernández Cisneros la naturaleza del ser “es la esencia misma en cuanto se la considera en actividad. La naturaleza humana es la esencia del hombre, considerada como principio de las actividades sensitivas, intelectuales y voluntarias”<sup>325</sup>. En tal caso, el sujeto es el *ser* plenamente constituido desde lo sensible, el intelecto y lo volente; instancias conjuntadas en torno a la constitución del ser que se construye desde la interacción de estas perspectivas en la consolidación de lo humano y que lo diferencia del animal, que también tiene su naturaleza constitutiva: “la naturaleza del animal es su esencia considerada también como principio de las actividades sensitivas y vegetativas que le son propias”.<sup>326</sup>

Al respecto, queda explícitamente clara la diferencia entre ambas naturalezas, con la consiguiente superación, por parte del ser humano, de la naturaleza animal a partir de las esferas intelectual y volente; por lo que nuestra premisa fundamental en este libro se soporta aún más cuando Hernández Cisneros reconoce la inteligencia y la *voluntad* como elementos característicos del *humano ser*, que es consciente de su esencia como actividad y posibilidad de construirse dentro de sus potencialidades para alcanzar la perfección.

Junto a la esencia, José Gregorio Hernández considera la sustancia y el accidente como elementos constituyentes del *ser* o, en su defecto, lugares de la existencia del *ser*. De esta manera, “La esencia existe tanto en el ser sustancial como en el accidental”<sup>327</sup>, incorporando a la denominación de sustancia la siguiente concepción:

---

324 Hernández, 2021, pp. 143-144.

325 *Ibid.*, pp. 144-145.

326 *Ibid.*, p. 145.

327 *Idem.*

Las sustancias es lo que existe en sí. Las sustancias pueden ser materiales o espirituales. Las sustancias materiales son las que forman los cuerpos del universo; las sustancias espirituales son las sustancias simples, inteligentes, libres. Las sustancias son, pues, múltiples, es decir, distintas entre sí; cada una tiene su existencia propia, son individuales.<sup>328</sup>

Esta apreciación parece confirmar nuestra postura sobre la construcción del *ser* desde la corporalidad física y la corporalidad sensible, que se hibridan para constituir un “todo sustancial”, al mismo tiempo de esencia volente. Y en esa interacción sustancial,

Las sustancias pueden ser completas e incompletas. Se llama sustancia completa la que tiene subsistencia en sí, no estando destinada a unirse a otra sustancia: la sustancia del oro, la del sol, la de la planta, la del hombre. La sustancia incompleta es la que está destinada a unirse a otra sustancia para formar un todo sustancial completo.<sup>329</sup>

De allí que Hernández Cisneros reconoce al hombre como la constitución de dos sustancias que están precisamente establecidas en las corporalidades referidas anteriormente.

Alma y cuerpo en la antropología de José Gregorio Hernández. Las sustancias que en su complementariedad conforman al hombre como una unidad son el cuerpo y el alma, que “consideradas separadamente, son sustancias incompletas, pues necesitan reunirse para formar el todo sustancial llamado hombre”<sup>330</sup>, lo que reafirma la representación del *ser* desde la dualidad corporal entre lo físico-orgánico y lo espiritual. Alma y cuerpo dentro de la sustancialidad de la existencia y sus accidentes, ya que Hernández Cisneros incluye las sustancias dentro de “el sujeto de los accidentes. Se llama accidente

---

328 *Idem.*

329 *Idem.*

330 *Idem.*

todo lo que existe en otro como en un sujeto en el estado natural. Los accidentes son variables y particulares; los principios son la cualidad, la cantidad, la relación, el modo”<sup>331</sup>. Esto quiere decir que el accidente no dispone de un propio acto de ser, sino que lo recibe de la sustancia a la cual se adhiere, tal y como ha sido referido por Aristóteles:

Accidente se dice de lo que se encuentra en un ser y puede afirmarse con verdad, pero que no es, sin embargo, ni necesario ni ordinario [...] El accidente se produce, existe, pero no tiene la causa en sí mismo y solo existe en virtud de otra cosa.<sup>332</sup>

Dentro de estas disertaciones metafísicas surgen los trascendentales, criterios que acompañan a cualquier ente en la misma medida en que él acompaña al Creador y las criaturas, a la sustancia y los accidentes, al acto y a la potencia. Y así lo interpreta José Gregorio Hernández al afirmar que “el ser tiene propiedades esenciales que también se han llamado trascendentales; son: la unidad, la verdad, la bondad”<sup>333</sup>. Características inherentes al *ser*, que son propiedades o atributos *trascendentales* porque están relacionadas a todo ser, a toda existencia real, cualquiera que sea su naturaleza o grado de perfección. Así también porque están indivisiblemente ligadas al *ser* mismo o a la realidad, de la cual se dicen atributos, siendo solamente modos diferentes de concebir y expresar la misma entidad real.

José Gregorio Hernández especifica estas propiedades esenciales del ser, dando a cada una de ellas la interpretación desde su posición filosófica-metafísica; por ello otorga a la unidad la particular función de formar “un todo único que es el ser”<sup>334</sup>. Cualidad que acompaña a todos los seres tanto simples como compuestos; ser

---

331 *Idem.*

332 Aristóteles. *Metafísica*, libro v, p. 30.

333 Hernández, 2021, p. 145.

334 *Idem.*

concreto e indiviso en sí mismo; concreto y determinado; mientras que “la verdad es la conformidad del ser con el pensamiento que de él tiene; un ser es verdadero siempre que esté conforme con la idea que representa su naturaleza. Todo ser en sí mismo es verdadero”<sup>335</sup>. Y esta verdad la podemos determinar diversificada en dos aspectos: la verdad metafísica, real u objetiva; verdad trascendental, que relaciona el ente humano con la divinidad; y la verdad lógica, verdad del conocimiento, formal y subjetiva, que relaciona entendimiento y realidad, donde el conocimiento es verdadero cuando es conforme con la realidad.

Y la otra condición esencial del *ser* que reconoce José Gregorio Hernández, desde su enfoque ontológico, es la bondad; elemento trascendente que

... puede ser intrínseca extrínseca al *ser*. La bondad intrínseca es la perfección o la integridad del *ser*. La bondad extrínseca es lo que conviene a los demás seres o los perfecciona. La bondad es una propiedad común de los seres; todo ser es bueno en sí.<sup>336</sup>

En este sentido, es importante recalcar que este elemento trascendente de la bondad agrupa las cualidades identificadoras del sujeto como *humano ser* a partir de una concienciación del bien y su actuación en función de él, lo que indudablemente constituye una *voluntad* del bien frente al mal; que para Hernández Cisneros es “la ausencia de alguna cualidad natural de un ser; el mal es relativo y consiste en una imperfección o en una privación accidental”.<sup>337</sup>

Explicitadas estas cualidades trascendentes del *ser*, José Gregorio Hernández clasifica a este en distintas clases, que cito a continuación:

Ser finito o infinito; ser simple o compuesto; ser necesario o contingente; ser mutable o inmutable; ser perfecto o imperfecto; ser

---

335 Hernández, 2021, p. 146.

336 *Idem.*

337 *Idem.*

temporal o eterno; ser relativo o absoluto. Estas nociones son contradictorias, por lo cual no pueden coexistir en el mismo ser.<sup>338</sup>

Comienza por la relación entre finitud e infinitud a manera de concreción del *ser* dentro del elemento espacial; de la forma de establecer delimitaciones dentro de lo inconmensurable y hacerlo tangible al conocimiento y abordaje del *ser* como espacio de representación. Para ello hace hincapié entre lo finito, infinito e indefinido para trabajar con la medida y proporción en el alcance de las dimensiones del *ser*, para lo cual aduce:

Entre el ser finito y el infinito no hay medida ni proporción, son contradictorios. El número es finito; el espacio es finito; podrá formarse un número indefinido, es decir, cuyos límites sean cada vez más lejanos, pero siempre tendrá un límite en el concepto y, por consiguiente, siempre será finito. Igual cosa puede decirse del espacio, que podrá ser indefinido, mas no finito.<sup>339</sup>

Además de esta relación de finitud, infinitud e indefinido, atribuida por Hernández Cisneros al número y al espacio, podemos pensar en el lenguaje y su progresión generativa que Noam Chomsky formuló, a través de la generación de infinitas cantidades de construcciones sintácticas a partir de un número limitado de reglas y unidades abstractas. Este hecho del lenguaje humano se conoce con el nombre de recursividad, que indica precisamente el poder de generar nuevos enunciados a través de la combinatoria de oraciones gramaticales. Aun así, podemos llevar hasta el discurso estético este poder de combinatoria y simbolización, destacando dentro de los recursos estilísticos la metáfora o discurso metafórico, como lo hemos denominado en párrafos anteriores.

Volviendo a los planteamientos de José Gregorio Hernández sobre la percepción de lo finito, infinito e indefinido, este apela a la...

---

338 *Idem.*

339 *Idem.*

Razón por la cual parece que un número o un espacio muy grandes son infinitos, es la siguiente: la idea del ser infinito la obtiene la inteligencia formando primeramente la de ser finito y luego privándolo de sus límites, con lo cual se tiene una idea imperfecta y negativa del infinito, la cual en realidad es una idea esencialmente positiva.<sup>340</sup>

Bajo esta posicionalidad y referencia del objeto percibido, en cuanto a la infinitud y los límites de lo finito, se obtiene la idea del objeto y su delimitación dentro de un determinado espacio; procedimiento que Hernández Cisneros considera lógico y positivo a la hora de racionalizar la percepción por parte del sujeto. En todo caso, estamos frente a la propuesta de un procedimiento metodológico en cuanto al establecimiento de parámetros de análisis.

Con respecto a las demás tipologías del *ser*, Hernández Cisneros lo relaciona con su estructuración en simple y compuesto, en necesario y contingente desde su razón de existir, al ubicarlos desde las siguientes perspectivas:

El ser necesario es el que existe por sí mismo y no puede dejar de existir por tener en sí mismo la razón de su existencia; el ser contingente es el que puede o no existir de otra manera por no tener en sí mismo la razón de su existencia.<sup>341</sup>

Y de allí pasa a la mutabilidad e inmutabilidad dentro de las posibilidades de variación de los seres que pueden ser perfectos o imperfectos, temporales o eternos, para realizar una analogía entre la existencia humana y la pervivencia divina:

El ser temporal es el que tiene una existencia limitada; el ser eterno es el que no tiene principio ni fin y escapa a las vicisitudes del tiempo, es decir, que no tiene pasado ni porvenir, sino que para él

---

340 *Idem.*

341 Hernández, 2021, pp. 146-147.

todo es presente. Como la idea del ser infinito, la idea de eterno es superior a la razón, es inefable.<sup>342</sup>

Condición que antecede a la ubicación precisa y específica de la figura de Dios como el representamen de la eternidad, superioridad e inefabilidad, al colocarlo por encima de todos los seres y llevarlo hasta las territorialidades de lo *absoluto*: “El ser absoluto es el ser simple, infinito, necesario, inmutable perfecto y eterno; es Dios”<sup>343</sup>. La confluencia de lo perfecto y eterno en un ser que se transforma en la idea sublime y trascendental para sobrevivir al tiempo y al espacio; sobreviene a las causalidades y crea las posibilidades del eterno retorno como escenarios del autorreconocimiento y realización mística. Paradigma de los otros seres que logran la completitud del *ser* a través de su imagen y semejanza, bajo el proceso de legación identitaria.

Con referencia de lo expuesto, considero prudente revisar el concepto de idea que maneja José Gregorio Hernández dentro de su argumentación filosófica, ya que con ella ingresan las nociones de causalidad e identidad en la conformación de la representación, tanto sensible como cognoscente del hecho o del objeto percibido. Al respecto, argumenta que:

Los principios derivados de la idea de ser son tres: el principio de identidad: lo que es es; lo que no es no es; el principio de contradicción: es imposible que una cosa sea y no sea a la vez; el principio de alternativa: una cosa es o no es; estos dos últimos derivan del principio de identidad.<sup>344</sup>

De tal manera que el principio de identidad es el elemento que remite a la existencia en el tiempo y el espacio. Existencia que, como la humana, se convierte en identidad personal a través de la experiencia.

---

342 *Ibid.*, p. 147.

343 *Idem.*

344 *Idem.*

De manera análoga, Locke considera

... idea a todo lo que la mente percibe en sí misma o es objeto inmediato de percepción, pensamiento o conocimiento; y llamo cualidad del sujeto en que radica una tal capacidad a la capacidad de producir alguna idea en nuestra mente.<sup>345</sup>

Definición que incluye la experiencia como origen y fundamento de la idea; ideas que se pueden generar a partir de las sensaciones o las reflexiones; generaciones de sentido y reconocimiento que tienen como centro el *ser* en sus intentos de comprenderse y comprender el mundo que le rodea. Y, como indiqué al tocar el tema de la imaginación, para Hernández Cisneros, en la idea radica la naturaleza de los seres; esto es, en la actividad humana. Y cuando se refiere a las ideas representativas de Locke, dice que dicha teoría: "... explica la percepción admitiendo que los cuerpos del mundo impresionan los sentidos y producen una representación de ellos que el alma transforma en ideas, de suerte que no conocemos dichos cuerpos por sí solos, sino por esas ideas".<sup>346</sup>

Avanzando sobre este razonamiento, Hernández Cisneros aborda "la idea de causa" como derivación de la idea de *ser*, enfocado este desde lo relativo y lo absoluto, para lo cual teoriza que:

De la idea de ser deriva igualmente la idea de causa, porque todo ser relativo es sustancia en tanto que es el sujeto permanente de ciertas modificaciones y causa en cuanto es capaz de ciertos efectos; igualmente, el ser absoluto es sustancia porque existe en sí y es causa eficiente de los otros seres.<sup>347</sup>

El *humano ser* se modifica constantemente, mientras Dios permanece en sí y es causa para incidir sobre los demás seres, puesto

---

345 John Locke. *Ensayo sobre el entendimiento humano*, 2007, p. 169.

346 Hernández, 2021, pp. 47-48.

347 *Ibid.*, p. 147.

que es la causa primera o causa eficiente que origina la causa creada o segunda, donde están incluidos todos los seres restantes.

En esta relación de causalidad y fundándome en los principios filosóficos de José Gregorio Hernández, se me ocurre pensar que dentro de las causas finales que puedan tener los seres humanos estará el ejercicio de la *voluntad*, a razón de acción humana para trascender en Dios; dentro de la conciencia cósmica como punto de acercamiento entre el *ser* y la deidad que imprime la satisfacción terrena y divina a manera de imaginario redentor. Imaginario redentor que se constituye en “razón suficiente” a partir de los principios, causas y elementos esenciales de él.

En ese sentido, Hernández Cisneros discurre en una crítica del conocimiento, admitiendo que “existen muchas verdades, y que la inteligencia humana puede conocerlas con certeza y tener de ellas un conocimiento”<sup>348</sup>. Conocimiento que radica en la evidencia a manera de sustento de la verdad cognoscente; sustento de la ciencia y la racionalidad como método de búsqueda del conocimiento; al respecto, aduce:

Esta verdad es que la inteligencia es capaz de un conocimiento objetivo, no se puede demostrar, más se impone por su evidencia. Ella constituye el fundamento de la ciencia, puesto que si la verdad objetiva no pudiera no podría tampoco la ciencia existir, y mucho menos la ciencia experimental que es esencialmente objetiva.<sup>349</sup>

A la par de la búsqueda de la verdad científica, desarrolla a través de la psicología los “tres modos intrínsecos del conocimiento, a saber: el conocimiento sensitivo, el conocimiento intelectual y el conocimiento racional”<sup>350</sup>; para, posteriormente, describirlo a partir de las características implícitas en ellos; desde las sensaciones

---

348 *Ibid.*, p. 145.

349 *Ibid.*, p. 149.

350 *Idem.*

y las experiencias que aporta el conocimiento sensitivo, la manera abstracta y universal de suministro de conocimiento por parte de la inteligencia, a la que caracteriza el “principal conocimiento del hombre”. Pues por “él se adquieren las ideas y todo cuanto existe en el mundo material y el conocimiento de las esencias de los mismos cuerpos existentes”<sup>351</sup>. Hasta llegar al conocimiento racional, que es

... el que se efectúa por los primeros principios y por las nociones primeras; por él adquiere el hombre el conocimiento de todo lo que es inteligible, de la esencia y la naturaleza de todo lo extrasensible e inmaterial; llega a conocer la naturaleza del alma y se eleva hasta conocer a Dios.<sup>352</sup>

Bajo estas tres perspectivas del conocimiento, se maneja a través de la revelación, entendida esta por Hernández Cisneros como “la manifestación de la verdad hecha a la inteligencia del hombre por otro ser inteligente”<sup>353</sup>. En este sentido, la verdad es revelada a través del conocimiento, y quien lo investiga y formula las premisas que constituyen la verdad se convierte en mediador entre el hecho y el *ser*, ya que: “El que enseña una materia científica cualquiera la revela a sus oyentes”<sup>354</sup>.

No obstante, para Hernández Cisneros no existe solo la verdad científica, sino que hay otra verdad que se revela más allá de lo científico; “la revelación sobrenatural es la revelación hecha al hombre por Dios. Esta revelación comprende las verdades relativas a los destinos futuros, a los destinos inmortales del hombre, las cuales no pueden ser adquiridas por la investigación científica”<sup>355</sup>. De allí que combina la revelación de verdades a través del conocimiento científico y las verdades que se revelan a través de las manifestaciones del alma, ponderando el mundo del *ser* y el mundo de las cosas:

---

351 *Idem.*

352 Hernández, 2021, p. 150.

353 *Idem.*

354 *Idem.*

355 *Idem.*

Estos cuatro modos de conocer le suministran al hombre todo el caudal de su saber: el conocimiento cierto de la existencia del mundo exterior, y de las propiedades permanentes de los cuerpos que constituye su esencia; el conocimiento de los fenómenos psicológicos y el de la existencia real del alma; el conocimiento de las nociones primeras de los primeros principios y de la esencia y naturaleza de lo inmaterial y extrasensible.<sup>356</sup>

Establece el conocimiento desde lo material-concreto hasta lo suprasensible, la otra forma de aprehender la realidad a través de la revelación de la verdad. Y formular duras críticas a las doctrinas del escepticismo e idealismo, al cuestionarle al primero su basamento en la probabilidad de que todo pensamiento es incierto. Para ello, y en función del escepticismo, habla del pirronismo y el probabilismo; ambas posturas fundadas en lo incierto: “El error del pirronismo consiste en suponer, pues, que todo lo que no puede demostrarse es incierto. En realidad, lo más cierto que hay son las verdades primeras, las cuales son indemostrables y evidentes”<sup>357</sup>. Tal es el caso de la existencia de Dios, que a Hernández Cisneros motivó en sus formulaciones filosóficas y formas existenciales que ejerció en su vida profesional y cotidiana.

Mientras que al referirse al probabilismo aduce que solo es admisible “en las ciencias no exactas, como en las ciencias físicas y naturales”<sup>358</sup>, ya que este probabilismo sostiene que todo conocimiento es incierto. Y José Gregorio Hernández cree en la certidumbre como forma de posicionamiento del *ser* a través del conocimiento; una forma de posicionarse no solo en el escenario cognoscente, sino también en cuanto a la identidad del sujeto consigo mismo y los demás, dejando abierta la posibilidad de las ciencias del espíritu y el conocimiento que generan desde lo no comprobable científicamente

---

356 *Idem.*

357 Hernández, 2021, p. 151.

358 *Idem.*

o, más bien, desde lo exacto; no obstante, crean una lógica de sentido que permite un constructo real- subjetivo que apunta hacia la trascendencia del *ser*.

Ahora bien, Hernández Cisneros es bastante cauto en cuanto al tema de lo subjetivo e introduce el idealismo como la negación de la realidad objetiva:

El idealismo sensible niega la objetividad de las verdades sensibles y afirma que los cuerpos del mundo son pura ficción metafísica. Lo cierto es que las cualidades sensibles son el signo de los cuerpos que existen fuera de nosotros, porque si no hubiera cuerpos, no tendríamos sensaciones.<sup>359</sup>

Asume, de esta manera, la corporalidad como recurrencia simbólica sintiente y escenario de la significación para el *ser* que se reconoce cuerpo, cuerpo desdoblado en dos circunstancialidades: física-orgánica y espiritual; de allí que podamos acuñar la definición de lógica subjetivada como procedimiento de percepción, análisis y comprensión de los acontecimientos y su potenciación en sentido.

Según Hernández Cisneros, el idealismo “Ha revestido varias formas: el idealismo sensible de Berkeley; el positivismo de Comte; el relativismo de Hume; el criticismo de Kant y el neocriticismo de Renouvier”<sup>360</sup>. Formas todas que niegan la metafísica como principio de conocimiento, que indudablemente, según él, se contradicen, tal es el caso del positivismo, que:

Afirma la imposibilidad de conocer las sustancias, las causas y los fines en la naturaleza, y sostiene que el objeto de la inteligencia son los hechos y las leyes. Es la proscripción de la metafísica; pero el empleo de la experimentación, de la inducción y de la deducción, son imposibles sin los primeros principios, es decir, sin la metafísica, de donde se deduce que sin la metafísica no hay ciencia posible.<sup>361</sup>

---

359 *Idem.*

360 *Idem.*

361 Hernández, 2021, pp. 151-152.

Con base en el reconocimiento de la corporalidad, apunta hacia el relativismo o fenomenismo que “niega la realidad objetiva de los cuerpos, niega también la noción de sustancias y de causa, y sostiene que la inteligencia no puede conocer ninguna verdad absoluta”<sup>362</sup>; así como también al criticismo de Kant, que niega, a partir de la “razón pura”, la existencia de un conocimiento objetivo:

Sino que solo puede tener conocimientos subjetivos; mientras que la razón práctica puede deducir y conocer ciertas verdades, como el deber, el cual es un imperativo categórico; es decir, que se impone a la razón práctica y, como consecuencia de él, puede conocer también la libertad moral, la inmortalidad del alma, la existencia de Dios.<sup>363</sup>

Lo que quiere dejar por sentado José Gregorio Hernández es que una subjetividad como principio único de conocimiento es imposible, así se intente hablar del criticismo como idealismo trascendental, que de ser cierto, “las ciencias físicas y naturales estarían fundadas sobre las apariencias puramente subjetivas, sin ningún fundamento real, lo cual es evidentemente falso”<sup>364</sup>. Por lo tanto, estamos frente a un planteamiento que se acerca a lo referido por Kierkegaard como la “reflexividad subjetiva” que supera toda inmediatez, pero no la forma única de percibir y conocer; aún más, considerando la formación médico-científica de Hernández Cisneros, que busca en la causalidad de la razón la explicación de los hechos y los fenómenos, lo que lo lleva a concluir que:

Todas estas teorías, negándole a la razón la facultad de conocer la verdad, niegan la ciencia y hasta la posibilidad de ella; solo el dogmatismo se coloca en el terreno de la realidad y presta un fundamento sólido a la investigación científica, de tal suerte que

---

362 *Ibid.*, p. 152.

363 *Idem.*

364 *Idem.*

aun los que profesan teorías de la especulación vense obligados, si quieren ser verdaderos hombres de ciencia, a admitir en la práctica el dogmatismo.<sup>365</sup>

Ahora bien, no desviando nuestro enfoque sobre José Gregorio Hernández y la *filosofía de la voluntad*, es menester referir que él cree en la *voluntad* como la sistematización de la acción humana que debe ser siempre conjuntada por la inteligencia, de donde se puede deducir que la *voluntad* es la representación de la corporalidad física-orgánica y la corporalidad sensible, mediadas a través de la intra e intersubjetividad. Por ello considero conveniente incluir la afirmación que hace sobre el neocriticismo:

El neocriticismo de Renouvier y de Lequier afirma que el libre albedrío<sup>366</sup> es el fundamento de la moral y de la ciencia, en general, de todo conocimiento. Pero en este caso la verdad y la ciencia no dependerían sino de la voluntad y no de la inteligencia, lo cual es evidentemente falso y conduce al escepticismo.<sup>367</sup>

Por lo tanto, la *voluntad* es confluencia del *ser* que se mueve entre la inteligencia y lo subjetivo como formas de concebir una racionalidad que se hace conocimiento. Conocimiento dual que crea la doble perspectiva de lo material y lo suprasensible. Formas de conocer y enunciar el mundo del sujeto en su relación consigo mismo y los otros bajo la formulación de la evidencia, elemento fundamental en toda producción de conocimiento.

---

365 *Idem.*

366 Recordemos que para José Gregorio Hernández, como lo vimos cuando puntualizamos sobre sus planteamientos sobre la moral, el libre albedrío está referido a esa “libertad llamada también libertad de albedrío o libertad moral; es el poder de elegir entre muchos actos posibles, sin coacción interior o exterior”. (Hernández, 2021, p. 64).

367 Hernández, 2021, p. 152.

## De la metafísica a la conciencia trascendente; la existencia de Dios

Habermas en sus *Planteamientos postmetafísicos* (1990) devela claves importantes que podemos aplicar al pensamiento filosófico de José Gregorio Hernández, devenido en acción humana como principio de la *voluntad*. Al respecto, enfatizo en la siguiente afirmación del filósofo alemán, como soporte a una relación que he venido manejando a lo largo de este trabajo. Dice Habermas que “La individualidad se forma en las relaciones de reconocimiento intersubjetivo y de autoentendimiento intersubjetivamente mediado”<sup>368</sup>, al querer referir una teoría de la subjetividad desde la individuación por vía de socialización. Y para ello establece una “subjetividad generadora de mundo”<sup>369</sup> que obedece al giro lingüístico que:

Ha asentado a la filosofía sobre su fundamento más sólido, ya la ha sacado de las aporías de la filosofía de la conciencia. Pero también ha dado lugar a una comprensión ontológica del lenguaje que autonomiza frente a los procesos de aprendizaje intramundanos la función abridora de mundo que el lenguaje posee, y transfigura las mudanzas de imágenes lingüísticas del mundo en un poético acontecer esencial protagonizado por no se sabe bien qué poder originario.<sup>370</sup>

Desde donde se puede intuir que ese giro lingüístico comporta un giro hacia el sujeto, que ve en el lenguaje la forma de expresión de lo tangible y suprasensible, que permite nombrar realidades para nominarlas desde las esferas de la creación y la subjetividad trascendida en palabra; subjetividad hecha símbolo y permisión de los mundos íntimos del *ser*, referidas por Habermas en los siguientes términos: “Las relaciones entre lenguaje y mundo, entre oración y

---

368 Jürgen Habermas. *Pensamiento postmetafísico*, Taurus, Madrid:1990, p. 192.

369 *Idem*.

370 *Ibid.*, p. 18.

estado de cosas, disuelven las relaciones sujeto-objeto. Las operaciones constituidoras de mundo pasan de la subjetividad trascendental a estructuras gramaticales”.<sup>371</sup>

Entonces el lenguaje se convierte en escenario para la manifestación de la subjetividad trascendente; allí se homologa el sujeto dentro de sus circunstancialidades:

La conciencia trascendente ha de concretizarse en la práctica del mundo de la vida, ha de cobrar carne y sangre en materializaciones históricas. Como ulteriores medios de encarnación o materialización, la fenomenología de orientación antropológica añade el cuerpo, la acción y el lenguaje.<sup>372</sup>

He aquí los diversos mecanismos y formas de desdoblamiento de la interioridad que se materializa en imagen, se hace tangible a través de lo lingüístico-simbólico.

Conviene señalar que, desde esta perspectiva, la subjetividad a través del lenguaje genera mundos que crean su propia causalidad y lógica de sentido, que en el fondo es una determinación de la ontología que tiene su escenario en la subjetividad. Y de allí la subjetividad se transforma en reflexión desde lo intra e intersubjetivo, donde lo intrasubjetivo representa la idea de *absoluto*. Y desde allí se desprenden una serie de consideraciones que alcanzan hasta las esferas ético-morales; la relación del sujeto-mundo, la interpretación del mundo de las cosas.

Bajo estos preceptos de la conciencia trascendente, nos encontramos frente a los planteamientos de José Gregorio Hernández con respecto a Dios y sus propuestas desde la *teología racional o teodicea*; una forma de teorizar racionalmente sobre Dios, a partir del espíritu subjetivo del *ser* que a través del lenguaje crea una certeza de lo divino, del ser *absoluto*:

---

371 *Ibid.*, p. 17.

372 *Idem.*

El ser *absoluto*, esto es, el ser simple, infinito, necesario, perfecto y eterno, no puede ser conocido por la razón de una manera adecuada; el conocimiento de Dios es un conocimiento superior a la raza humana, de suerte que la teodicea nos suministra una idea aproximada de Él.<sup>373</sup>

Pero, además, es la construcción gramatical-subjetiva que crea el constructo lógico que permite su validación dentro de la realidad.

A razón de esta construcción gramatical-simbólica, que acude al discurso metafórico para aprehender lo inconmensurable e indefinible, Dios es causalidad subjetiva de la idea que se fortalece en la dinámica intra e intersubjetiva:

Él es el ser esencialmente simple y nuestra razón para comprenderlo tiene que considerarlo por nociones separadas y aisladas. De manera que la idea de Dios la reducimos a estas tres nociones: la de noción de existencia absoluta, la de esencia perfecta y la de la causa primera universal.<sup>374</sup>

Estas tres nociones se transforman en recurso veridictivo, más no verídico, a través del cual se puede evidenciar la existencia del *absoluto* como realidad paralela y alterna de la realidad humana; esto es, dos circunstancialidades que se entrecruzan bajo la racionalidad subjetiva del *ser*, que crea evidencias justas y necesarias para sostener su existencia más allá de lo simplemente orgánico o social.

Por lo tanto, con Dios se ha borrado toda antecedencia posible; no existe causa que lo origine porque Él es causa y principio al mismo tiempo; isotopía originaria y generadora de todo el significado del mundo del sujeto y del mundo de las cosas, por que:

Dios es la causa primera, la causa eficiente de todo cuanto existe, y todo lo que existe por Él fue creado de la nada. Las ideas según las

---

373 Hernández, 2021, p. 153.

374 *Idem*.

cuales había de verificarse la creación fueron tomadas del mismo ser divino, puesto que antes de la creación nada existía fuera de Dios; de suerte que las criaturas vinieron a reflejar los atributos divinos, por lo cual es cierto que no solamente es Dios la causa eficiente, sino la causa ejemplar de todo cuanto existe.<sup>375</sup>

La idea de *absoluto* no solo se manifiesta en el ser único e irrepetible; ser superior que regenta los destinos de los demás seres y cosas, sino que esa idea de *absoluto* se aprecia también en el legado divino que confiere la deidad como evidencia de su presencia y existencia a los seres que la racionalizan y la convierten en constructo de evidencia y convencimiento, al mismo tiempo que establece un convenimiento que prolonga y permite el sostenimiento de la deidad en los tiempos y espacios:

Las cosas creadas es también evidente que han sido creadas para Dios, porque cualquiera otro fin supondría la existencia anterior a la creación de otro ser distinto de Dios, para el cual habría de ser creado el mundo, lo cual es evidentemente absurdo; por consiguiente, Dios es la causa final de todo lo creado.<sup>376</sup>

Por consiguiente, todo conocimiento comienza con Dios, quien ha creado su espacio simbólico como punto de inflexión entre él y la racionalidad de los seres. Principio de significación-resignificación sobre el eje divino que crea sus propias causalidades; causalidades que, por supuesto, superan a los seres y las cosas creadas.

Conviene señalar que, en esta simbolización de la entidad divina y absoluta, José Gregorio Hernández insiste en la esencia divina que se corporeiza a través del discurso alegórico en un cuerpo más allá de lo humano. Cuerpo místico que se hace traslúcido, perfecto:

---

375 *Idem.*

376 *Idem.*

La esencia divina es la esencia perfecta. Es absolutamente simple y espiritual, de suerte que carece de composición metafísica: no hay en ella potencia y acto, sustancia y accidentes; carece de composición lógica, es decir, no hay en ella género y diferencia; y carece de composición física, de suerte que no es cuerpo material, sino puro espíritu, una naturaleza intelectual simple.<sup>377</sup>

Por consiguiente, esa esencia divina, perfecta o absoluta se convierte en evidencia existencial de un ser superior; existencia que Hernández Cisneros llama “existencia absoluta o aseidad”, donde todo gira en torno a la presencia de Dios; presencia que se mueve a partir de la existencia absoluta. En Dios no hay distinción real entre la esencia y la existencia, tiene una existencia absoluta; esto quiere decir que existe por sí mismo, teniendo una existencia completamente independiente de toda causa. Bajo este razonamiento, si Dios existe por sí mismo o por su propia naturaleza, debe existir un orden causal que propicie esa existencia.

Para Hernández Cisneros las pruebas de la existencia de Dios son muy numerosas y se dividen en “pruebas físicas, metafísicas y morales”. Dentro de las pruebas físicas incorpora las de contingencia del mundo y las causas finales; y dentro de la causalidad por contingencia crea los valores de veridicción a través del siguiente razonamiento:

Es evidente que el mundo está compuesto de sustancias o cuerpos que tienen existencia actual, pero que podrían muy bien no existir, luego son contingentes [...] Los seres contingentes, pudiendo existir o no, no tienen en el mismo la razón de su existencia, sino que han de tenerla en un ser necesario [...] Es así que existen los seres contingentes, luego ha de existir el ser necesario [...] Es así que existen los seres contingentes, luego ha de existir el ser necesario. Este ser necesario es Dios [...] Luego Dios existe.<sup>378</sup>

---

377 Hernández, 2021, p. 154.

378 *Idem.*

Con esta deducción lógica de José Gregorio Hernández, estamos frente a los postulados de la filosofía de Tomás de Aquino, para quien todas las cosas finitas son contingentes, pues están estructuradas por la composición metafísica esencia/existencia. De esta manera, Tomás de Aquino indica el radical carácter contingente de las cosas finitas, el necesitar inevitablemente de otras cosas para existir y para ser lo que son. Santo Tomás cree que es precisamente la carencia de este fundamento en su *ser* lo que exige que exista un ser necesario, al que llama Dios.<sup>379</sup>

Al mismo tiempo, para Hernández Cisneros Dios existe a través de la “prueba de las causas finales”, que representan el orden perfecto en el universo y la unidad maravillosa en el plan o programa de su constitución:

Todo orden perfecto y durable exige imperiosamente una inteligencia ordenadora. Y como en este orden grandioso entre todo lo que existe, los grandes astros y los cuerpos terrestres, minerales, vegetales, animales y el hombre, el ser ordenador del universo ha de ser infinitamente sabio y poderoso para producirlo [...] El ser infinitamente sabio y poderoso es Dios [...] Luego Dios existe.<sup>380</sup>

Aunado a esa concatenación de pruebas, Hernández Cisneros agrega las pruebas metafísicas de la existencia de Dios y la constitución de las verdades que soportan tal existencia, como otro elemento de la veridicción de la instancia divina y su carácter originario y desencadenante. Dentro de estas pruebas metafísicas incluye “la existencia de las verdades eternas, la que tiene por fundamento la idea de lo perfecto y la prueba ontológica”<sup>381</sup>. Para José Gregorio Hernández, en todo momento y lugar la verdad es condición perenne

---

379 También el empirismo señaló la contingencia, la pura facticidad, como rasgo básico de la realidad.

380 Hernández, 2021, p. 154.

381 *Ibid.*, p. 155.

e inmutable para lograr la existencia divina; la verdad absoluta donde incorpora los primeros principios y las verdades matemáticas: “Estas verdades suponen un sujeto igualmente inmutable, necesario y eterno, en cuya inteligencia tengan asiento, siendo independientes de cualquier cambio [...] Luego ha de existir una inteligencia eterna, necesaria e inmutable, que es Dios [...] Luego Dios existe”.<sup>382</sup>

Otro de los argumentos esgrimidos por José Gregorio Hernández en la prueba de la existencia de Dios es la *prueba ontológica*, que reside en la idea que todos los hombres tienen sobre un ser infinitamente perfecto, que es Dios. Entonces todo ese proceso de construcción del conocimiento y la verdad lo vuelca hacia la prueba de la existencia de Dios a partir del principio dialéctico de la perfección que involucra al hombre:

Tal ser es un ser posible, puesto que no encierra contradicción y, al existir dicha idea en la inteligencia, se encuentra contenida categóricamente en la idea de perfección absoluta [...] La perfección absoluta del ser pide la existencia. Luego este ser infinitamente perfecto existe [...] Luego Dios existe.<sup>383</sup>

Por derivación, Dios es causalidad sobrenatural que adquiere explicación a través de la causalidad subjetiva que se cimienta en las pruebas morales “fundadas en el consentimiento universal y en la ley moral”.<sup>384</sup>

Pruebas morales que apuntan hacia el bien y la realización de los seres en función a él; la práctica humana en función de la universalidad del conocimiento y el establecimiento de paradigmas, donde:

El valor del consentimiento universal, aunque pueda ser en muchos casos casi nulo, es en esta materia sumamente considerable;

---

382 *Idem.*

383 *Idem.*

384 *Idem.*

porque una creencia de todos los hombres, que ha existido, que ha existido en todos los tiempos y lugares, la cual no ha sido producida en algún determinado momento histórico por ninguna influencia conocida, y se hace más perfecta conforme va creciendo la civilización; es indudable que proviene de la evidencia misma de la verdad.<sup>385</sup>

Hernández Cisneros reconoce el sentido de apropiación y tradición de la idea hecha conocimiento; conocimiento universal constituido en certeza a través del consentimiento como legado sensible y tradición cultural, y ello precisamente sucede con la “creencia en Dios. Desde el principio del mundo hasta los tiempos presentes, ella ha existido en todas las tribus de la especie humana, por distantes que se hallaren de la civilización”<sup>386</sup>. Para Hernández Cisneros Dios ha existido y se ha manifestado desde siempre en las comunidades humanas a través de la cosmovisión de la deidad, que rige los destinos de los hombres; Dios es analogía de todo lo creado, al mismo tiempo que todo lo creado es analogía de Dios. De allí que la explicación sobre la existencia de Dios se hace desde lo subjetivo trascendente, como se puede ver a través de esta afirmación de José Gregorio Hernández:

Su origen es el siguiente: el hombre, apenas alcanza la plenitud de su desarrollo intelectual haciendo uso de su razón, comienza a estudiarse y a estudiar el mundo que lo rodea. El conocimiento que adquiere de sí mismo le manifiesta que él es un ser finito, limitado en sus facultades, ignorante de su origen, de su misión en la vida y de su fin. Se siente, además, débil, como desamparado, abandonado y errante en el mundo. Encuentra que su inteligencia está llena de aspiraciones a lo ideal, a lo perfecto, a lo absoluto; y entonces, como dice nuestro inmortal Carreño, le “basta dirigir una mirada al firmamento o a cualquiera de las maravillas de la creación y contemplar

---

385 Hernández, 2021, pp. 155-156.

386 *Ibid.*, 156.

un instante los infinitos bienes y las comodidades que nos ofrece la tierra, para concebir, desde luego”, la existencia de Dios.<sup>387</sup>

En función de esta aseveración, Dios surge como esencia que basa su funcionabilidad en cuanto a la traslación sensible-afectiva que opera en la construcción de imaginarios socioculturales y, al mismo tiempo, como forma de amparo ante la finitud del hombre frente a la inconmensurabilidad de la naturaleza.

Para ello, distinguimos la mediación entre conciencia histórica y conciencia cósmica, dos formas de construir lateralidades que permitan distinguir el *continuum* histórico frente a las apreciaciones íntimas de los enunciantes y sus particulares formas de acercarse a la realidad. En este caso específico, desde la existencia de Dios a razón de condición primera y capital para crear la causalidad cósmica que envuelva al hombre y sus acaeceres: “Entonces marcha con firmeza por el camino de la vida y piensa conquistar la tierra. Sabe que tiene un porvenir inmenso, porque abriga la esperanza cierta de contemplar un día la belleza eterna”.<sup>388</sup>

En este sentido, lo definido a manera de conciencia cósmica refiere a todos aquellos procesos de refiguración de la realidad mediante lógicas de sentido a partir de lo subjetivo, formas que permiten un giro del eterno retorno hacia entidades fundacionales y establecen puentes con el pasado, a modo de instancia salvífica o de reconversión del sujeto desde lo espiritual y en función del ideal divino, que sobrecoge a los seres y los supone trascendidos a partir de la existencia trascendente representada por la figura de Dios. Y dentro de esa dinámica interpretativa que genera resignificaciones del discurso, el subjetivema permite la incorporación de la mediación óptica del enunciante, especie de cedazo que impregna la interpretación de los acontecimientos con sus particularidades experienciales y volitivas,

---

387 *Idem.*

388 *Idem.*

provocando la correspondencia entre lo subjetivo- objetivo que conforma toda esfera del conocimiento, además que posibilita las relaciones intra e intersubjetivas que conectan al enunciante consigo mismo y con los otros:

Es verdad que este conocimiento y esta creencia son muchas veces ahogados y casi borrados por muchas circunstancialidades adversas y funestas: por la educación antirreligiosa, por las pasiones, por los malos ejemplos, por la ausencia total de la civilización; pero tarde o temprano, muchas veces ya al borde de la tumba, renace y recobra sus fueros en el corazón del hombre, no por temor, como algunos han dicho, sino porque la inteligencia humana está sedienta siempre del ideal divino.<sup>389</sup>

De allí que estamos hablando de una propuesta de interpretación del acontecimiento y del sentido más allá del acontecimiento, es decir, a través de lo polifigurativo: la metáfora. Con base en lo anterior, el mundo interpretado se establece a manera de significación-resignificación de lo percibido y transformado en discurso a través de la interacción sujeto-mundo, donde el discurso se hace lectura que involucra diversas y disimiles formas de concebir el mundo narrado; esto es, el mundo simbolizado que adquiere forma de texto en sus diferentes variantes discursivas y simbólicas. Igualmente, representa la traslación espiritual en la trascendencia después del cese de las funciones biológicas a través de la muerte, que al mismo tiempo simboliza el nacimiento hacia lo eterno y paradisíaco que representa la morada de la deidad.

Sobre esta referencialidad habría que decir también que el hombre constituye el reflejo de Dios y su confluencia divina actúa según la ley moral para evidenciar la existencia de Dios:

Es cierto que existe la ley moral, que es inmutable, universal y absoluta; la cual se impone a la conciencia de cada individuo en todo

---

389 *Idem.*

el universo y le enseña a conocer que hay una diferencia esencial entre el bien y el mal.<sup>390</sup>

La ley moral es inherente al hombre y la acción de la existencia del bien representado por Dios y su ley divina, porque:

No puede haber ley sin legislador; y como esta ley moral es absoluta, inmutable y eterna, debe emanar de un ser infinitamente justo, personal y viviente, cuya existencia se impone por ello a la razón. Este ser es Dios [...] Luego Dios existe.<sup>391</sup>

Así concreta la relación entre Dios y los hombres a partir de la ley moral como mediación y acción, materialización de los designios divinos y el autorreconocimiento del hombre en ellos y su acción salvífica.

Por ello José Gregorio Hernández estipula como errores sobre la existencia de Dios al panteísmo y el ateísmo. Con respecto al panteísmo expone que para este:

No existe un Dios personal [...] Hay un ser inseparable del mundo, el Dios impersonal e inmanente; la única sustancia divina, humana y universal que existe; el Alma del mundo en eterna evolución [...] Todo lo que vemos, inclusive el hombre, son los fenómenos, las manifestaciones, las revelaciones de la única sustancia existente y divina [...] La materia, lo mismo que la fuerza y hasta la vida son eternas.<sup>392</sup>

Aquí estamos frente a la visión de Dios como un todo del universo, no como su causa primera y fundamental, por lo cual, la existencia toda puede ser representada como una noción teológica de Dios:

No hay ningún principio vital y hasta puede decirse que el suponerlo existente es contrario al desarrollo de la ciencia, pues no se

---

390 Hernández, 2021, pp. 156-157.

391 *Ibid.*, p. 157.

392 *Idem.*

necesita de él para la explicación de la existencia de los cuerpos vivos, siendo la vida y la materia modos de la sustancia universal. No existe, pues, el alma humana, sino como una emanación de esa sustancia divina.<sup>393</sup>

Mientras que para Hernández Cisneros, el alma es el reflejo de la condición divina que subyace en el hombre y se manifiesta a través de la voluntad regida por una ley moral. El alma será el escenario donde se encuentra Dios y el ser en su infinita trascendencia en imagen y semejanza; coalición de lo humano y lo divino a manera de evidencia de la existencia del Dios personal; vivo reflejo de la interioridad del hombre.

Razón por la cual José Gregorio Hernández ve en el panteísmo una suposición filosófica, creación teórica de la inteligencia humana que intenta darle sentido al acontecimiento divino fuera de lo subjetivo trascendente:

El panteísmo es puramente una creación o, mejor dicho, una hipótesis de la inteligencia humana. Fue inventado por los filósofos antiguos para explicar el universo y ha sido revivido después, alcanzando una gran extensión en estos últimos tiempos, siendo admitido, sobre todo, por muchos de los actuales hombres de ciencia, los cuales necesitan tener una explicación de los orígenes de la materia y del universo y no quieren, por ningún respecto, admitir la creencia en un Dios personal; creencia que ellos califican de anticientífica.<sup>394</sup>

Indudablemente, ese Dios personal involucra al sujeto y su corporalidad tanto biológica como sensible, lo reconoce parte de la existencia de Dios, y a Dios vínculo indisoluble con la vida del hombre a partir de la ley moral; donde el hombre sea capaz de Dios y toda la articulación simbólica que se entreteteje alrededor de su

---

393 *Idem.*

394 *Idem.*

imagen. Y así aparece expresado en *El nuevo catecismo de la Iglesia católica* (1992):

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento, pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor y no vive plenamente, según la verdad, si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su “Creador”.<sup>395</sup>

Criterio que, indudablemente, se relaciona con la concepción teológica de José Gregorio Hernández, quien no le ve ninguna fundamentación al panteísmo que supone que:

Solo existe una sustancia única y divina es enteramente gratuita, porque de esta hipótesis nunca se ha dado la más pequeña demostración; además de que está en contradicción con las enseñanzas de la conciencia, que nos da la certeza de que tenemos una existencia absolutamente personal; y también está contra la experiencia, que atestigua la multiplicidad de las conciencias ajenas, impenetrables para la nuestra; todo lo cual no podrá suceder si sólo hubiera una sustancia, sujeto único que existe.<sup>396</sup>

Con estos razonamientos advierte el propósito del panteísmo: “se comprende, pues, que el panteísmo es un expediente empleado por aquellos que, no queriendo creer en el Dios verdadero, necesitan tener una explicación del mundo y de sus fenómenos, los cuales no pueden explicarse sin un Dios”<sup>397</sup>. De manera que el panteísmo para Hernández Cisneros será la excusa para hacer ciencia justificando la inexistencia del Dios verdadero, uno y trino. De allí que evidencie el otro error sobre la existencia de Dios; el ateísmo, que se basa en la única proposición de “no hay Dios”, lo que para José Gregorio

---

395 GS 19,1.

396 Hernández, 2021, p. 158.

397 *Idem.*

Hernández es un exabrupto filosófico que es incapaz de explicar el origen y existencia del mundo:

Con esta negación, el ateo se declara incapaz de explicar el origen del mundo, el de la materia, el de la fuerza, el de la vida. No puede explicarlo suponiendo que tuvieron un principio, porque tendrían que admitir la existencia de un Ser Creador, por consiguiente, de un Dios personal. Tampoco puede suponerlos eternos, porque el concepto de eternidad del mundo y de la materia es un concepto metafísico correspondiente al Dios inmanente o impersonal y, por consiguiente, tendría que hacerse panteísta.<sup>398</sup>

Evidencia más que suficiente para Hernández Cisneros al discriminar al ateo dentro del acto científico, desincorporarlo de la producción de conocimiento científico y, en último caso, quedarse con los panteístas y sus planteamientos sobre Dios: “De lo cual se deduce rigurosamente que el ateo no puede ser hombre de ciencia; para ser hombre de ciencia es necesario confesar al Dios verdadero o, al menos, ser panteísta”<sup>399</sup>. De esta manera la asunción de Dios es acto racional que evidencia la producción de una veridicción, tal y como lo intenta desarrollar Hernández Cisneros en esta parte de sus *Elementos de filosofía*.

Y en torno a este eje referencial de la existencia de Dios, consideremos ahora *la naturaleza y los atributos de Dios*, de los que José Gregorio Hernández intenta hacer una racionalidad por medio del establecimiento de lo que he llamado, en párrafos anteriores, *la causalidad de lo divino*; convencimiento personal que hace referir las siguientes apreciaciones sobre Dios como racionalidad y existencia tangible: “La razón nos demuestra claramente la existencia de Dios, según hemos visto, y también nos da nociones ciertas acerca de sus atributos conocidos, de los cuales, adquirimos el conocimiento

---

398 *Idem.*

399 *Idem.*

racional de la naturaleza divina”<sup>400</sup>. Aquí toma en referencia los atributos divinos en función de las perfecciones que no pueden ser consideradas aisladamente de esa concepción de *absoluto*.

Dentro de estas consideraciones se reafirma lo que apuntábamos anteriormente de la constitución de un subjetivema en cuanto a la existencia de Dios y la mediación óptica del sujeto, al construir un espacio simbólico que, a su vez, se transforma en lógica subjetivada. Razón existencial que se hace evidencia en cuanto a la presencia de Dios como causalidad para el ser.

Obviamente, esa evidencia se construirá a partir de la imagen que tiene el asidero fundamental del lenguaje; el lenguaje humano transfigurado en el vehículo de mediación entre Dios y el ser, constituyente al mismo tiempo del elemento testimonial de Dios que el Ser asume en vínculo indisoluble. Recordemos que a Cristo se asume como *palabra única de la Sagrada Escritura*; y, sobre ello, el *Catecismo de la Iglesia católica*<sup>401</sup> aduce que: “En la condescendencia de su bondad, Dios, para revelarse a los hombres, les habla en palabras humanas: “La palabra de Dios expresada en lenguas humanas se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres (DV 13)”.

De allí que José Gregorio Hernández establezca la mediación óptica entre el ser y la divinidad como la transformación de los hechos de Dios en atributos divinos, a través de la perfección absoluta:

El modo de estudiarlos y comprenderlos en cuanto es posible consiste en separarlos mentalmente; y como Dios es un ser infinitamente perfecto, se consideran las propiedades ontológicas del ser y se les da la perfección absoluta, con la cual quedan transformadas en atributos divinos.<sup>402</sup>

---

400 Hernández, 2021, p. 159.

401 *Catecismo de la Iglesia católica*: 1992, p. 35.

402 Hernández, 2021, p. 159.

Estamos hablando de la construcción de una realidad sustantiva que, a través de la inteligencia, forja la *voluntad*. Voluntad que sirve de reconocimiento al ser en sí mismo, al tiempo que permite elementos conexos que justifican la existencia y complementan la personalidad; soportan la acción humana. Porque el ser no es una realidad, sino es el acto de la realidad en que se afirma un yo, una personalidad, a decir de Zubiri.<sup>403</sup>

Se debe agregar que lo expresado por Hernández Cisneros sobre *la naturaleza y los atributos de Dios* apunta hacia la construcción del sujeto en función de la divinidad y con base en la articulación entre *voluntad* humana y *voluntad* divina; una bajo los designios de la otra, pero ambas articuladas desde el convencimiento más allá de lo real-tangible, de la verdad eminentemente racional. De esta manera, estamos frente al sostenimiento de la *voluntad*, donde la convicción se estructura desde el sujeto mismo y a partir de la proyección de la presencia divina a través de los atributos, divididos estos por Hernández Cisneros en:

Atributos metafísicos y atributos morales. Los atributos metafísicos son los que constituyen la esencia del ser divino. Los atributos morales son los que forman la personalidad o actividad humana; pero los atributos divinos ni se distinguen de la esencia ni tampoco se distinguen los unos de los otros; tanto en esencia como los atributos son el mismo ser divino.<sup>404</sup>

La esencia de Dios como *yo absoluto* se logra a través de su manifestación-materialización en el ser humano, a partir de la racionalización de una realidad que está más allá de lo real-espacial. Más bien, sustentado por la unidad y la unicidad, y volviendo al

---

403 Refiero a los postulados de Xavier Zubiri sobre *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*, 1980.

404 Hernández, 2021, p. 159.

*Catecismo de la Iglesia católica*<sup>405</sup>, encontramos el siguiente sustento a la anterior afirmación:

Con estas palabras comienza el Símbolo de Nicea-Constantinopla. La confesión de la unicidad de Dios, que tiene en la Revelación Divina en la Antigua Alianza, es inseparable de la confesión de la existencia de Dios y asimismo también fundamental. Dios es Único; no hay más que un solo Dios: “La fe cristiana confiesa que hay un solo Dios, por naturaleza, por substancia y por esencia”.<sup>406</sup>

Y conteste a esta magnificencia, José Gregorio Hernández vislumbra la figura de Dios desde la simplicidad, “esto es, la carencia de toda clase de composición física, metafísica o lógica”<sup>407</sup>. Para él, el *yo absoluto* rebasa cualquier realidad tangible o delimitación espacio-temporal, porque está ungido del principio de inmutabilidad, es imperecedero; no está sujeto a ningún “cambio o mudanza ni en su naturaleza ni en sus decretos”<sup>408</sup>. Tanto figura incorpórea como palabra sagrada permanecen inmutables frente al paso del tiempo y la modificación de los espacios; figura que se potencia y consolida en la personalidad humana que se construye a su imagen y semejanza. Donde juega papel fundamental la relación entre la finitud humana y la inmensidad divina:

La inmensidad que es la presencia de Dios por su esencia en todas las cosas y en todos los lugares, no a la manera de su cuerpo material, sino por su operación, como causa de la existencia de todos los seres y sin estar contenido en el espacio.<sup>409</sup>

La figura y presencia de Dios es refrendada aquí mediante la acción divina y su monumentalidad frente a las limitaciones del

---

405 *Catecismo*, 1992, p. 54.

406 Catech. R. 1, 2, 2.

407 Hernández, 2021, p. 159.

408 *Idem*.

409 *Idem*.

ser humano, que trasciende e incorpora al mundo cósmico-divino a partir de su relación con la divinidad. Monumentalidad que está representada por la eternidad como “el atributo que significa que ni tuvo principio ni tendrá fin, y que es el presente absoluto sin sucesión”<sup>410</sup>. Desde este principio, el *yo absoluto* hace que el *ser* y él se conjunten en un sistema de representación bajo la interacción de esos dos yoes; que terrenos y divinos conforman la idea de la divinidad inconmensurable, inabarcable, inmutable; principio y fin de toda existencia sobre la faz de la tierra.

Dentro de los atributos morales, Hernández Cisneros incorpora la inteligencia en función de “la facultad de conocer todas las cosas en un presente eterno, sin discurso y en una sola idea de comprensión infinita”<sup>411</sup>. La sola presencia de la deidad –es decir, de Dios– establece un presente eterno que lógicamente está basado en la idea del eterno retorno; todo gira en torno al origen y tiempo inmemorial donde se mueve la deidad, para crear, de esta manera, el presente narrativo que permanece incólume con el paso del tiempo. De lo cual se deduce que:

La ciencia por la cual Dios se conoce y se comprende de una manera perfecta conoce también todo lo que existe, ha existido y existirá; y tiene, además, el conocimiento de todos los posibles, es decir, de todo lo que podría existir y de los futuros condicionales, esto es, de lo que sucedería si existieran ciertas circunstancias determinadas.<sup>412</sup>

Acorde con estos planteamientos, el presente narrativo que se hace eterno es, además, evidencia de la perfectibilidad de la deidad; evidencia que por estas condiciones excepcionales permanece como paradigma para el ser humano. Paradigma que se soporta en tres

---

410 *Idem.*

411 Hernández, 2021, p. 160.

412 *Idem.*

principios fundamentales: “La omnipotencia, la cual es el poder infinito que se extiende a todas las cosas posibles y que no encierran contradicción”<sup>413</sup>; de allí que la potencialidad de lo divino sea elemento de presencia eterna y permanente dentro de los espacios de lo humano. Potencialidad hecha *voluntad* absoluta a través de “La bondad, por la cual se comunica a sus criaturas llenándoles de bienes”<sup>414</sup>. La omnipotencia es el vencimiento de la nada, que:

... es la negación de la existencia y hasta la posibilidad de existir; de esa imposibilidad se deduce que ningún ser puede, por sí mismo, salir de la nada o del no ser; pero con su omnipotencia, Dios sí puede crearlo todo de la nada.<sup>415</sup>

Ahora bien, la creación de Dios representa la *voluntad* bondadosa; significa para José Gregorio Hernández la forma de materialización de las ideas y las formas de modelos de perfección de la *voluntad* divina, que es legada al hombre en hechos y obras, magias y maravillas que superan la simple racionalidad, porque es una *voluntad* bondadosa, generosa, compasiva y salvadora; nunca arbitraria ni caprichosa, sino movida por los más nobles y paternales propósitos. Razones que otorgan, según Hernández Cisneros, “La santidad, que es el esplendor del orden en el amor y la justicia. Por la cual quiere que el orden esencial de las cosas sea conservado”.<sup>416</sup>

Acorde con esto, para Hernández Cisneros Dios es logos absoluto, representado por la *voluntad* bondadosa; principio que él particularmente trató de ejercer a través de su vida personal y profesional, en ejercicio de los atributos morales recibidos a través de Dios como imagen idealizada. De manera análoga, la *voluntad* bondadosa provee la persona bondadosa, que es la materialización de los designios

---

413 *Idem.*

414 *Idem.*

415 *Idem.*

416 *Idem.*

divinos, la concreción de los atributos morales de la acción humana basada en la bondad, el bien, la justicia y la tolerancia. Atributos donde “se observan las cualidades de los seres existentes; se excluye de ellas toda imperfección y se eleva al infinito”<sup>417</sup>. Así, Dios es *voluntad* bondadosa que provee la bondad en las acciones humanas.

Huelga insistir que José Gregorio Hernández es practicante de la teoría creacionista y, además de las anécdotas contadas al respecto por sus biógrafos, a continuación inserto una afirmación que otorga a Dios toda la potencia como creador del mundo:

Además, Dios es el Creador del mundo y su providencia. Puesto que la eternidad de la materia es una idea que encierra contradicción y que, por consiguiente, es absurda, es evidente que la materia y todos los seres reales que existen en el mundo han tenido un principio. Pero como fuera de ellos nada existe sino solo Dios, y como ellos no han podido producirse por sí mismos, es claro que fueron sacados de la nada, es decir, fueron creados por Dios.<sup>418</sup>

Además de la potencialidad creadora, Hernández Cisneros reconoce en Dios un gobierno de sí y para sí sobre el mundo; vigilia y tutela permanente sobre lo creado a su imagen y semejanza; Dios gobierna al mundo a través de su Providencia:

Después de creado el mundo, Dios continúa gobernándolo y conservándolo conforme a sus atributos. Se llama Providencia esta acción de Dios por la cual conserva y gobierna al mundo. No podría faltarle a Dios la providencia, ni podría Él desinteresarse de su obra y abandonarla a sí misma, porque entonces no sería el *ser* infinitamente perfecto; le faltaría la providencia que deriva de la bondad, del poder, de la ciencia y de la justicia, quedando estos atributos ya no infinitos, sino limitados.<sup>419</sup>

---

417 *Idem.*

418 *Idem.*

419 Hernández, 2021, pp. 160-161.

La *voluntad* bondadosa que José Gregorio Hernández atribuye a Dios lo exime de la noción del mal, que en algún momento se le pueda atribuir a la deidad, haciendo énfasis en que el mal es producto de la libertad y debilidad humana, al mismo tiempo que prueba la acción bondadosa y redentora de Dios al redimir al humano del mal y otorgarle el perdón y la justicia:

Es cierto que existe el mal y esta existencia del mal, a primera vista, parece oponerse a la Providencia divina; pero el mal es un producto de la libertad humana, dependiente de la limitación del hombre, que es un ser finito; mas Dios, que ha creado al hombre libre y responsable, le tolera sus malas acciones mientras suena la hora de la justicia; además, Dios sabe sacar del mal al bien y la historia nos da a conocer la vida de muchos hombres que, arrepentidos de sus malas obras, cambiaron su modo de vivir y llegaron después a la cumbre de la perfección moral.<sup>420</sup>

Conviene subrayar que José Gregorio Hernández, en esta particular actividad de darle sentido al acontecimiento divino, insiste en crear una racionalidad que no deje lugar a dudas la existencia de Dios; por ello apela a la *psicología racional* como “la ciencia que estudia la esencia de la naturaleza del alma”<sup>421</sup>. Y desde esas reflexiones potencia sus argumentos desde la dualidad del alma y la presencia divina o, más bien, el alma como reflejo de la divinidad dentro de la personalidad humana bajo la transferencia de la identidad contenida en el alma. Por ello, establece diferencias conceptuales con la psicología experimental que “estudia los fenómenos psicológicos, sin tener en cuenta el principio que sirve de asiento a dichos fenómenos”.<sup>422</sup>

Aún más, tipifica a la psicología experimental como observación superficial del hombre que refiere a la corporalidad material, a la

---

420 *Ibid.*, p. 161.

421 *Ibid.*, p. 163.

422 *Idem.*

funcionabilidad del cuerpo material con base en su conservación, desarrollo de sí mismo y de la especie. Intuimos que la pretensión de esta postura de Hernández Cisneros fortalece el enfoque sobre las funciones intelectuales, dentro de las formas superiores del hombre que van más allá de la simple condición orgánica y permiten buscar sentidos e interpretaciones más allá de lo material:

Las funciones intelectuales presentan un carácter peculiar y específico; son completamente inmateriales, luego deben ser producto de una sustancia inmaterial o, lo que es lo mismo, espiritual; de donde debemos concluir que hay en el hombre dos partes distintas, una de las cuales es el principio de las funciones materiales que en él se observan y, la otra, el principio de las funciones intelectuales; la primera es el cuerpo y la segunda el alma.<sup>423</sup>

Las funciones intelectuales permiten crear una lógica subjetivada que fundamente, a partir de la causalidad subjetiva, la existencia y presencia de lo expresado más allá de los sentidos y en medio de los espacios de lo trascendente, a manera de aprehender lo inmaterial que está más allá de las sensaciones orgánicas; ya que para Hernández Cisneros:

La existencia del cuerpo nos la demuestra la experiencia; lo percibimos por los sentidos, los cuales no pueden percibir sino los cuerpos materiales. El alma es espiritual, luego no puede en ninguna circunstancia ser percibida por los sentidos. Su existencia no puede, por consiguiente, ser demostrada experimentalmente; hay que recurrir al raciocinio para probar que el alma existe.<sup>424</sup>

De allí que José Gregorio Hernández postule una racionalidad para establecer el funcionamiento causal del alma, que, obviamente, deriva en la producción causal y el poder de discernimiento entre el bien y el mal, incidir en la experiencia espiritual del *ser*:

---

423 *Idem.*

424 Hernández, 2021, p. 164.

Los raciocinios con que se demuestra la existencia del alma son, en su mayor parte, deductivos<sup>425</sup>; y sabemos que por la deducción se obtienen las verdades absolutas; luego por el método deductivo queda demostrada la existencia del alma como una verdad absoluta, indiscutible, mil veces mejor demostrada que lo que está ninguna verdad obtenida por el método experimental. Con esas demostraciones deductivas podemos estar más ciertos de la existencia del alma que de la existencia del cuerpo, porque la experiencia puede conducir al error, mientras que el método deductivo es infalible.<sup>426</sup>

Por lo que deja abierta la premisa sobre la investigación del alma por parte de los hombres, ya que: “Es de gran importancia, pues, investigar la razón por la cual todos los hombres creen en la existencia del cuerpo, aunque hay un gran número de ellos que niega la del alma”<sup>427</sup>. Para ello, opone la psicología experimental y sus planteamientos de que el conocimiento intelectual “es precedido en el hombre de un conocimiento sensitivo, esto es, adquirido por los sentidos, que se denomina percepción externa”<sup>428</sup>, con los pensamientos puramente abstractos: “en los cuales los sentidos no han tomado ninguna parte, por evidentes que sean, por bien demostrada que esté su existencia, lo dejan menos convencido que aquellos que tiene un fundamento sensitivo”<sup>429</sup>.

Teniendo en cuenta lo anteriormente expresado por Hernández Cisneros, insisto en la idea de la construcción de una lógica subjetivada que tiene su relación dialéctica entre lo intrasubjetivo e intersubjetivo, en la formulación de evidencias y sentido afectivo-subjetivo;

---

425 Recordemos que, con respecto al método deductivo, Hernández Cisneros lo privilegia en cuanto el criterio de evidencia en torno a la moral y la estética; considerando la verdad, la belleza y el bien, elementos más complejos que los números y las figuras.

426 Hernández, 2021, p. 164.

427 *Idem.*

428 *Idem.*

429 Hernández, 2021, pp. 164-165.

como las realiza José Gregorio Hernández, cuando explicita su posición filosófica con respecto al alma:

Tal acontece con la existencia del alma. El alma es un ser espiritual que no solamente el hombre nunca ha percibido por los sentidos, sino que dicha percepción es absolutamente imposible, puesto que los sentidos no pueden percibir sino lo material. Por esta razón, a pesar de las mejores demostraciones, el hombre puede vacilar o no quedar absolutamente convencido de que dicho ser existe.<sup>430</sup>

Y siguiendo nuestra postura teórica sobre la lógica subjetivada, esta se transforma en la materialización de la *voluntad* que crea su casualidad en torno a lo inmaterial, forma y manera de crear evidencias desde el ser volente, que ve en lo trascendente una forma de enunciar, al mismo tiempo de comprender el mundo más allá de la materialidad y las dudas que los hombres en su debilidad humana pudieran tener:

A esta circunstancia que podemos considerar como fundamental, se agregan otras, no menos decisivas, aunque accesorias, que determinan a muchos hombres a negar el alma: como son las enseñanzas de la ciencia panteísta que reina actualmente, el contagio del error, lo cónsono de esta negación con las pasiones, puesto que de ella deriva la desaparición de la ley moral. Tales son las razones que en conjunto pueden ofuscar la inteligencia y hacerle negar una verdad absoluta como esta.<sup>431</sup>

Ante el escepticismo de muchos, Hernández Cisneros fundamenta la existencia del alma en evidencias que tienen como centro de significación al *ser*, que a partir de su férrea inteligencia y *voluntad* puede nombrar lo intangible. Al respecto, argumenta: “Las pruebas de la existencia del alma se derivan de la existencia de la vida, de la del pensamiento, de la identidad de la persona humana y de la

---

430 *Ibid.*, p. 165.

431 *Idem.*

libertad moral”<sup>432</sup>. Todas ellas manteniendo al *ser* y su conciencia de lo espiritual en el recurso de acción humana y devenir social, frente “al cuerpo del hombre vivo” que representa toda “una fuerza físico-química” responsable de la vida o, más bien, de ordenar la vida biológica. Pero a la par de ese proceso físico- químico reconoce otro paralelo: “Durante la vida ha de existir un principio ordenador de las fuerzas físico-químicas que las enderece a la conservación de ella, llamado vital o alma”.<sup>433</sup>

Es necesario recalcar que, en la anterior afirmación, Hernández Cisneros coloca como fuerza rectora del cuerpo al alma. Lo espiritual conduce lo físico-orgánico hacia lo trascendente, aun cuando “este principio vital nunca ha podido ser demostrado experimentalmente. Luego el alma no es fuerza ni materia, que son demostrables experimentalmente, sino espíritu”<sup>434</sup>. Y en este sentido, su apreciación coincide con lo expresado por Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, coincidiendo su posición completamente con los postulados del filósofo alemán, para quien lo verdadero gira en torno al *espíritu*:

El que lo verdadero solo es real como sistema o el que la sustancia es esencialmente sujeto se expresa en la representación que enuncia lo absoluto como espíritu, el concepto más elevado de todos y que pertenece a la época moderna y a su religión.<sup>435</sup>

De manera tal que, para Hegel, solo lo espiritual es real; y dentro de este está contenida la sustancia del *ser* y sus desdoblamiento entre él y el otro como confluencia de lo que hemos determinado como intersubjetividad:

Solo lo espiritual es lo real; es la esencia o el *ser en sí*, lo que se mantiene y lo *determinado –el otro y el ser para sí–* y lo que permanece en

---

432 *Idem.*

433 *Idem.*

434 Hernández, 2021, p. 166.

435 Hegel, 1966, p. 19.

sí mismo en esta determinabilidad o en su ser fuera de sí o es *en y para sí*. Pero este ser en y para sí es primeramente para nosotros o en sí, es la sustancia espiritual. Y tiene que ser esto también *para sí mismo*, tiene que ser el saber de lo espiritual y el saber de sí mismo como espíritu, es decir, tiene que ser como *objeto* y tiene que serlo, asimismo, de modo inmediato, en cuanto objeto superado, reflejado en sí.<sup>436</sup>

Además de la concepción de lo real para con lo espiritual, Hegel es partidario del espíritu como “sustancia espiritual” que tiene la posibilidad de autoengendrarse y asirse al sujeto mismo como parte fundamental de la existencia:

Es *para sí* solamente para nosotros, en cuanto que su contenido *espiritual* es engendrado por él mismo; pero en cuanto que es para sí también para sí mismo, este autoengendrarse, el concepto puro, es para él, al mismo tiempo, el elemento objetivo en el que tiene su existencia; y, de este modo, en su existencia, es para sí mismo objeto reflejado en sí. El espíritu que se sabe desarrollado así es el espíritu de la *ciencia*. Esta es la realidad de ese espíritu y el reino que el espíritu se construye en su propio elemento.<sup>437</sup>

Conteste con esas apreciaciones de Hegel, José Gregorio Hernández considera que la existencia del alma está constituida por pruebas que se “derivan de la existencia de la vida, del pensamiento, de la identidad de la persona humana y de la libertad moral”. Apuntalando dentro de la existencia de la vida la nomenclatura del cuerpo como espacio donde ocurren los fenómenos “físico-químicos producidos por la fuerza de la misma naturaleza que forma el cuerpo”. Otorga a los fenómenos físico-químicos “una fuerza ciega que necesita ser dirigida para que produzca un determinado fin”<sup>438</sup>, fenómenos que se continúan verificando más allá de la muerte, pero ya sin ningún

---

436 *Idem.*

437 *Idem.*

438 Hernández, 2021, p. 165.

ordenamiento o finalidad vital, sino “obran desordenadamente y producen la descomposición total del cuerpo”.<sup>439</sup>

A ese elemento ordenador de las fuerzas físico-químicas le atribuye su especificidad en cuanto a la conservación de la vida y al principio vital, o alma; que, según él, no puede “ser demostrado experimentalmente. Luego el alma no es fuerza ni materia, que son demostrables experimentalmente, sino espíritu”<sup>440</sup>. Y nuevamente coincide plenamente con la definición de Hegel del espíritu como esencia real y absoluta y conciencia, cuando afirma:

El espíritu es, así, la esencial real absoluta que se sostiene a sí misma [...] El espíritu es, pues, *conciencia* en general, que abarca en sí la certeza sensible, la percepción y el entendimiento, en tanto que el espíritu, en el análisis de sí mismo, retiene el momento según el cual es él mismo realidad *objetiva que es*; y hace abstracción del hecho de que esta realidad es su propio ser para sí.<sup>441</sup>

Posiciones análogas al pensar que la racionalidad del alma y el espíritu se hacen certeza sensible, que para José Gregorio Hernández se vitaliza en el pensamiento y el ejercicio de las facultades intelectuales, a través de los “actos intelectuales. Los actos intelectuales son absolutamente inmateriales. Luego el sujeto de ellos no puede ser el cuerpo material, sino un principio inmaterial o espiritual que en él tiene que existir”<sup>442</sup>. De esta manera, el sujeto crea una conciencia sobre el espíritu como evidencia o certeza sensible; de allí, Hernández Cisneros esboza sus apreciaciones sobre “La *identidad de la persona humana*. La conciencia, que es infalible cuando se limita a su objeto, nos atestigua que durante el transcurso de nuestra vida conservamos nuestra identidad personal”.<sup>443</sup>

---

439 *Idem.*

440 Hernández, 2021, p. 166.

441 Hegel, 1966, p. 260.

442 Hernández, 2021, p. 166.

443 *Idem.*

Por lo tanto, la identidad de la persona humana va más allá de la simple corporalidad físico-orgánica; de las operaciones físico-químicas, como las llama Hernández Cisneros; sino que se fundamenta en el alma y los desdoblamientos del espíritu dentro de la constitución del sujeto espiritual: “Este sujeto no puede ser el cuerpo, puesto que es sabido que la sustancia material de él es compuesta y cambia sin cesar, renovándose al cabo de cierto tiempo por completo. Luego existe el alma simple y espiritual”<sup>444</sup>. Y dentro de esta perspectiva de la conciencia, es menester volver a los planteamientos de Hegel sobre el espíritu y su relación con la conciencia y autoconciencia como formas de expresión y materialización de ese espíritu, y por la profunda coincidencia que tienen con las formulaciones que al respecto hace Hernández Cisneros. Al respecto, el filósofo alemán expresa:

Como conciencia inmediata del *ser en sí y para sí*, como unidad de conciencia y de autoconciencia, el espíritu es la conciencia que *tiene razón*, conciencia que, como el *tener* lo indica, tiene el objeto como racionalmente determinado en sí o como determinado por el valor de la categoría, pero de tal modo que el objeto no tiene todavía para la conciencia del mismo el valor de la categoría. El espíritu es la conciencia de cuya consideración acabamos de salir. Esta razón que el espíritu *tiene* es intuitiva, finalmente, por él como la razón que es o como la razón que es *realmente* en él y que es su mundo, y entonces el espíritu es en su verdad; es el espíritu, es la esencia *ética real*.<sup>445</sup>

De la misma manera José Gregorio Hernández atribuye a la “libertad moral” un gran peso dentro de la manifestación del hombre desdoblado en espíritu bajo “la facultad de determinarse libremente y de modificar sus actos según su querer”<sup>446</sup>. Esto es, la libertad moral aludida por Hernández Cisneros es una manifestación de la

---

444 *Idem*.

445 Hegel, 1966, p. 271.

446 Hernández, 2021, p. 167.

*voluntad*<sup>447</sup> del hombre que va más allá de su condición física-orgánica y necesita la regencia del alma, la gran ductora de la libertad, y expresado en la siguiente consideración:

El sujeto de esta facultad no puede ser el cuerpo que es inerte, incapaz, por tanto, de determinarse por sí solo, ni de modificar su estado de reposo o de movimiento. Luego existe en el hombre, además del cuerpo, un principio de actividad, no material, el cual es el sujeto de la libertad. Luego existe el alma espiritual y libre.<sup>448</sup>

Bajo estas consideraciones de Hernández Cisneros, el hombre se constituye tanto de cuerpo y alma; esas dos partes conforman la substancia del *ser*, circunstancialidad donde el cuerpo material y el alma espiritual cohabitan el mismo espacio existencial del hombre, que tiene el alma como: "... el principio vital del cuerpo"<sup>449</sup>. De esta forma, una parte se corresponde con la otra llevando a cabo la complementariedad del *ser* con base en la unión entre el cuerpo y el alma, ya que:

El alma unida al cuerpo depende de él de una manera extrínseca, porque en él están los órganos de los sentidos que le proporcionan al alma la materia del conocimiento. Esta unión es sustancial, de suerte que el cuerpo y el alma forman una sola sustancia, una sola naturaleza y una sola persona.<sup>450</sup>

Alma y cuerpo son unidas sustancialmente en una sola persona.

---

447 Recordemos que para Hegel la libertad del espíritu supera la inmediatez y particularidad iniciales de las mismas. De igual manera, considera que la *voluntad* no es diferente a la inteligencia, sino más bien, el contenido sobre el cual el espíritu aplica, en cada caso, que su actividad cambia de una forma a otra. Desde donde esta actividad, común a la inteligencia y a la *voluntad*, es la actividad esencial del espíritu mismo; es decir, saber desdoblado en pensar.

448 Hernández, 2021, p. 167.

449 *Idem.*

450 *Idem.*

Con este enfoque filosófico, Hernández Cisneros determina como propiedades del alma la de ser “una sustancia simple, espiritual, libre e inmortal”, reconociendo dentro de ellas tres la verdadera sustancia del alma que requiere tener un sujeto para tener realidad, esto es, ser interpretada como existencia y realidad:

El alma es una verdadera sustancia; de ninguna manera puede considerársela como un conjunto de fenómenos o accidentes, porque los fenómenos y accidentes no pueden en el estado natural existir en sí; necesitan de un sujeto para tener realidad, mientras que el alma tiene verdadera subsistencia. Es una sustancia incompleta, pues, aunque puede subsistir separada del cuerpo, es entonces incapaz de ejercer sus funciones sensitivas; unida con el cuerpo constituye un todo natural que es el hombre.<sup>451</sup>

El todo natural del hombre se configura en la conjunción entre cuerpo y alma que se potencia desde lo simple, lo espiritual, la libertad e inmortalidad. Sosteniendo que:

Es simple porque así lo demuestran la identidad de la persona humana; la existencia del pensamiento en general, el que es uno, indivisible y completamente simple; la facultad de comparar que exige la simplicidad del sujeto que la posee; y también el poder de la reflexión, que exige la simplicidad imperiosamente para que toda el alma pueda replegarse sobre sí misma y conocer sus estados psicológicos y naturaleza.<sup>452</sup>

El alma es la forma de conocer desde ella misma; desde la simplicidad del sujeto que se reconoce en ella como elemento de lo racional o típicamente humano; elemento que, por su simplicidad, no puede estar sujeto a descomposición; por lo tanto, el alma es inmortal, tal y como lo demuestra Platón en el *Fedón*, por sus principios de incorruptibilidad y, obviamente, su inmortalidad. Porque el

---

451 *Idem.*

452 *Idem.*

alma humana no consta de partes cuantitativas como las sustancias corporales, sino que es espíritu incorpóreo que pervive dentro del hombre. Y esa concepción de simplicidad del alma la maneja José Gregorio Hernández al afirmar: “Por causa de su simplicidad, que es la carencia de composición intrínseca, el alma es incapaz de sufrir descomposición alguna, por ningún motivo”.<sup>453</sup>

De igual forma, Hernández Cisneros reconoce que el alma es espíritu y tiene la capacidad de elaborar ideas abstractas y reflexionar desde acciones decididamente espirituales. De igual manera, para él, el alma llega a la visión de la verdad a través del raciocinio que está ligado profundamente a la identidad humana y a la posibilidad de pensar y querer, aun separada del cuerpo. Todo ello lo argumenta Hernández Cisneros en la siguiente afirmación:

Es espiritual porque sus funciones propias, que son las funciones intelectuales, estén exentas de los caracteres inherentes a la materia; antes, por el contrario, la facultad de elaborar ideas abstractas, así como la de reflexionar, son estrictamente espirituales. No es el alma un espíritu puro, porque no adquiere el conocimiento por intelección, que es la visión intuitiva de toda verdad, sino por raciocinio; por lo cual es más bien racional que intelectual. Estando separada del cuerpo tiene la facultad de pensar y la de querer, pero entonces no puede elaborar el conocimiento por los datos suministrados por los sentidos.<sup>454</sup>

Desde esta apreciación de Hernández Cisneros, el alma se racionaliza y se hace parte del sujeto desde el pensar y el querer, asida al cuerpo que permite la elaboración del conocimiento desde lo sensitivo. Caracterización que posibilita la libertad del alma desde la conciencia del sujeto, que constituye su identidad humana fortalecida por la capacidad de discernir, reflexionar y tomar determinaciones,

---

453 Hernández, 2021, p. 168.

454 *Idem.*

aun cuando vayan en contra de los deseos del sujeto; una forma férrea de mostrar la voluntad humana reflejada en el alma:

Es libre porque así lo demuestra la conciencia; en efecto, conocemos por la conciencia que tenemos la facultad de deliberar, de vacilar nuestras determinaciones, de abstenernos; podemos luchar contra nuestros deseos y, después de haber cometido nuestros actos, nos reconocemos responsables; de todo lo cual deduce la conciencia la existencia de la libertad, sin la cual ninguno de aquellos estados podría existir. Pero como la libertad no puede tener por sujeto al cuerpo, que siendo material es inerte y, por consiguiente, no puede determinarse por sí mismo, forzosamente habrá de ser el alma de la libertad humana.<sup>455</sup>

En el alma reside la libertad y lo trascendente que es una forma de conciencia que permite al sujeto extrapolarse simbólicamente, más allá de las limitaciones corporales, del cuerpo finito que perece ante la consumación de la vida; mientras que el alma, por su condición de simplicidad, es inmortal:

Es inmortal porque es simple; en efecto, la muerte no es otra cosa que la descomposición del ser vivo; por eso muere el hombre, porque, siendo compuesto de cuerpo y alma, pueden, separándose estas partes, descomponerlo; y por eso no puede el alma morir, porque es imposible la descomposición de lo que es esencialmente simple.<sup>456</sup>

El alma sobrevive a la descomposición del cuerpo porque es la evidencia de la presencia de Dios en el hombre, el mecanismo para alcanzar la trascendencia a partir del autorreconocimiento del hombre en los espejos del alma, que son la dualidad que conjunta lo humano y lo divino:

---

455 *Idem.*

456 *Idem.*

El origen del alma es por creación de la nada por Dios; y sus destinos futuros, por ser racional e inmortal, son espléndidos: está destinada a conocer la esencia divina como es en sí, con lo cual, si lo logra, será eminentemente feliz.<sup>457</sup>

De esta manera, para Hernández Cisneros, la felicidad radica en un gran sentido en la libertad humana que se entroniza en el alma como mecanismo de trascendencia.

Y dentro de su disertación sobre el alma hace un inventario de los autores que han intentado “explicar la unión del alma con el cuerpo, esto es, para explicar cómo una sustancia espiritual puede obrar sobre un cuerpo material”<sup>458</sup>; y entre estos autores incluye a Clerc, Cudworth, Descartes, Malebranche, Leibniz y Euler. Aunque reconoce que “Ninguna de estas teorías da solución al problema; la razón es porque el conocimiento que tenemos de las sustancias espirituales no es un conocimiento positivo, sino negativo y por analogía”<sup>459</sup>. A lo que él opone su visión trascendente del alma en la figuración de lo divino, que permite la trascendencia de lo humano, la figuración simbólica que va más allá del discurso, los tiempos y los espacios, y todas aquellas visiones que niegan el alma; tal es el caso del materialismo: “... la negación de la existencia del alma y de cualquiera sustancia que no sea material. Según los materialistas, las funciones intelectuales son simplemente la función cerebral”<sup>460</sup>.

Sobre esta consideración, José Gregorio Hernández refuta las tesis materialistas por considerarlas carentes de confirmación experimental

... porque ni el tamaño del cerebro está en relación con la inteligencia ni su integridad es necesaria para ella, habiendo existido

---

457 *Idem.*

458 *Idem.*

459 Hernández, 2021, p. 169.

460 *Idem.*

hombres de gran inteligencia con un hemisferio cerebral de menos. Además, los órganos corporales producen en sus funciones cuerpos materiales, mientras que el pensamiento es inmaterial.<sup>461</sup>

Desde estas proyecciones teóricas podemos inferir que la inmaterialidad del alma se hace tangible a través del pensamiento materializado en lenguaje y acción, puesto que el alma para José Gregorio Hernández es el principio de la inteligencia:

Es verdad que estando suspendidas las funciones cerebrales por el sueño o por la enfermedad no se puede pensar, pero esto depende de que el cerebro y los sentidos suministran las imágenes necesarias para la operación intelectual; de donde se puede deducir, con certeza, que es el alma y no el cerebro el principio de la inteligencia, pero que el cerebro es necesario para el pensamiento por suministrar al alma los materiales sensitivos del conocimiento.<sup>462</sup>

José Gregorio Hernández enuncia su acercamiento a la *cosmología racional* bajo la concepción de “la ciencia que estudia la naturaleza de los seres y de los fenómenos del mundo exterior. La cosmología tiene por objeto principal el estudio de la existencia y origen del mundo, de la materia y la vida”<sup>463</sup>. Bajo esta premisa, Hernández Cisneros reafirma su posición filosófica sobre la existencia de los cuerpos y su certeza correlativa dentro del pensamiento de los hombres:

Es cierto que los cuerpos del mundo tenemos generalmente un conocimiento limitado, pero esto no quiere decir que no tengan existencia real, puesto que una cosa es la existencia de los cuerpos y la otra cosa el conocimiento que de ellos puede tenerse, aunque los idealistas niegan su realidad objetiva y los consideran como una pura ficción metafísica.<sup>464</sup>

---

461 *Idem.*

462 Hernández, 2021, pp. 169-170.

463 *Ibid.*, p. 171.

464 *Idem.*

Y es aquí justo y necesario destacar el vuelco metafísico que se produce con Schelling “del ser como esencia” al “ser como voluntad”; donde define la “mismicidad espiritual” como la *voluntad* que se contempla a sí misma en libertad.

Libertad que no solo puede ser interpretada desde el punto de vista interior o trascendental, sino también como libertad encarnada, producto de una *voluntad* que la contradice y problematiza.

Existencia y conocimiento difieren desde las diferentes ópticas de la percepción y argumentación teórica, que junto a las concepciones de tiempo y espacio se dimensionan dentro de los escenarios de la representación que, “Unidos a la existencia de los cuerpos hay que considerar el tiempo y el espacio, los cuales son conceptos intelectuales que tienen un fundamento real en las cosas del mundo”<sup>465</sup>. Tiempo y espacio son locaciones donde el hombre sitúa su existencia desde diferentes posicionalidades que le permiten nombrarse y nombrar el mundo que lo rodea. Espacialidades que delimitan la inconmensurabilidad y permiten la trascendencia; tal es el caso del tiempo, a quien define como

... la relación de sucesión entre los fenómenos. Los fenómenos del mundo pueden coincidir o sucederse los unos a los otros; nuestra inteligencia percibe la diferencia entre dos fenómenos que coincidan y dos fenómenos que se verifiquen el uno después del otro. En el último caso, a esta sucesión relativa la denomina tiempo.<sup>466</sup>

Mientras que el espacio es la delimitación que hace la inteligencia sobre la posicionalidad de los cuerpos en función de la materialidad; para ello, lo ubica con base en:

Una relación de coexistencia y de situación de los cuerpos. Por la percepción táctil y por la visual, la inteligencia obtiene el conocimiento de que todos los cuerpos materiales ocupan un lugar, según

---

465 *Idem.*

466 Hernández, 2021, pp. 171-172.

sus dimensiones; este lugar que llenan los cuerpos lo llamamos espacio. Y también por la misma percepción se observa que si varios cuerpos coexisten y no están en contacto, hay una separación entre ellos que también se llama espacio.<sup>467</sup>

Posicionalidad y enunciabilidad dentro de las delimitaciones espaciales y la ubicación de los cuerpos a manera de referencia para conocer, a través de la percepción y procesamiento de la inteligencia. No obstante a esta inclinación sobre lo material, José Gregorio Hernández reconoce en esta la existencia de tiempos y espacios más allá de la materialidad y los llama “posibles”, donde, obviamente, ubicaremos la trascendencia a la que Hernández Cisneros apunta en sus disertaciones filosóficas. En tal sentido, reconoce que: “Tanto el tiempo como el espacio pueden ser reales o posibles. Se llama tiempo real a la sucesión efectiva de fenómenos existentes. El espacio real es el lugar en que están situados los cuerpos”<sup>468</sup>; mientras que “Se llama tiempo absoluto la posibilidad de la sucesión de los fenómenos. El espacio absoluto es la posibilidad indefinida de la existencia o el orden de las coexistencias posibles”.<sup>469</sup>

Bajo las categorías de real y absoluto, Hernández Cisneros intuye dos circunstancialidades que giran en torno a lo definido e indefinido, que originan cambios en el sujeto y sus contextualidades por cuanto: “... el tiempo como el espacio son conceptos indefinidos. Sin la existencia de los cuerpos no habría tiempos ni espacios reales, sino solamente los tiempos y espacios posibles”<sup>470</sup>. Aflora aquí la materialidad como la concreción de la presencia del sujeto en medio de la existencia, a través de la corporalidad que, a su vez, constituye un elemento delimitativo, pero también un escenario de la enunciabilidad o construcción de sentido y significado; lo que, a su vez,

---

467 *Ibid.*, p. 172.

468 *Ibid.*, p. 178.

469 *Idem.*

470 Hernández, 2021, p. 172.

permite la proyección simbólica en otra corporalidad y dimensión que está más allá de lo real y se acerca a lo *absoluto*, porque para José Gregorio Hernández, “estos dos conceptos suponen la existencia de cambios o sucesión en el ser y también la de extensión. Para el ser simple, inmutable y eterno, no puede haber espacio ni tiempo”.<sup>471</sup>

De esta manera surge, según él, la dialéctica sobre el origen del mundo y su correspondencia con la acción divina de Dios, que crea seres y cosas relativas, no eternas; pero que en esa formación de los seres está implícito el origen del mundo, que “se deduce fácilmente con solo considerar los seres que lo forman. Todos ellos son compuestos, relativos, mudables, temporales y contingentes; luego sería contradictorio el suponerlo eterno; por consiguiente, no pudiendo ser eterno, ha de tener un principio”<sup>472</sup>. Se deduce, lógicamente, que el principio que rige la creación del mundo es Dios en representación o encarnamiento de la instancia superior o causa primera, que descarta la formación del mundo desde la nada, porque...

Antes de existir el mundo es imposible que se hubiera formado de la nada, porque de la nada, sin una causa eficiente, nada puede salir; pero como esta causa existe y es Dios, es evidente que Dios es quien ha creado el mundo de la nada.<sup>473</sup>

De allí que la creación del mundo trascienda la causa científica o comprobable y se especifique en función de la materialización de la *voluntad* de Dios, sustentada en el testimonio divino, soportado en la bondad y no en la realidad científica que adolece de la causa comprobable por:

La manera como fue creado, no es posible conocerla científicamente porque, siendo esta una cuestión histórica, ha de ser resuelta por el método histórico; es decir, por el método analítico con el criterio testimonial. En los momentos en que apareció el mundo

---

471 *Idem.*

472 *Idem.*

473 *Idem.*

no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y, por consiguiente, científicamente insoluble.<sup>474</sup>

La insolubilidad genera un conocimiento a través de la incertidumbre que propicia la certeza suprasensible, el convencimiento como acto de fe que genera la certidumbre, más allá de la comprobación científica. Por esta razón, José Gregorio Hernández reconoce que la formulación hipotética es el camino para lograr la certeza de los hechos y el convencimiento de los seres; la vía para alcanzar la explicación de los hechos desde la causalidad e incausalidad: “Pero si no se puede saber dicho origen de una manera cierta, se pueden hacer hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Son dos las hipótesis que se han inventado para explicarlo”<sup>475</sup>. Y dentro de esas hipótesis reconoce el creacionismo y el evolucionismo:

Según la más antigua, todos los seres existentes actualmente fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras; los siglos que han tenido de duración no las han modificado de una manera notable y, a lo más, han hecho desaparecer algunas de ellas.<sup>476</sup>

Bajo esta óptica del creacionismo, Hernández Cisneros admite que, en su época, esta hipótesis encuentra resistencia para ser admitida por su inconsistencia científica:

Esta hipótesis es poco admitida en la actualidad porque no explica la formación de los seres existentes ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en la formación y el desarrollo de los astros, así como también la formación de las diversas capas que constituyen la corteza terrestre.<sup>477</sup>

---

474 Hernández, 2021, pp. 172-173.

475 *Ibid.*, p. 173.

476 *Idem.*

477 *Idem.*

He considerado pertinente incluir la anterior apreciación, ya que en algunos intentos biográficos sobre José Gregorio Hernández se señala, con insistencia, su oposición a la teoría evolucionista, cuando tal aseveración carece de fundamento. Aludiendo a su época, eminentemente positivista, refiere al positivismo como la teoría que se acerca mucho más a la explicación científica en cuanto a la explicación sobre la creación del mundo; hecho que nos referencia la estatura científica de Hernández Cisneros, que busca la lógica del sentido sin caer en apasionamientos religiosos:

La segunda hipótesis es la teoría llamada de la evolución universal o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Esta hipótesis es mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que teniendo en consideración los hechos observados hasta hoy, relativos a esta materia, explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo y pueden armonizarse perfectamente con la revelación.<sup>478</sup>

Según este criterio, las dos teorías se armonizan en el fin último de la creación de los seres, donde evolución y revelación intentan explicar el enigma sobre la creación del mundo y los seres. En ambas, Hernández Cisneros crea una lógica de sentido que ordena la causalidad desde diferentes perspectivas. En el caso de la teoría creacionista, aduce la presencia de la divinidad a partir de la revelación de los espacios donde se posicionarán los cuerpos:

La primera operación de Dios en esta obra productora del mundo fue la creación de las fuerzas físicas y de la materia imponderable. Apareció primeramente el éter<sup>479</sup>, el cual vino a constituir el

---

478 *Idem.*

479 Llama poderosamente la atención la mención del éter como punto de partida de los espacios originarios: la “quinta esencia”, que significa lo más puro y genuino de las cosas. Elemento que dentro de la creación literaria es asumido como los linderos entre la realidad y la ficción.

espacio en que habían de situarse los cuerpos; enseguida se produjeron en él los movimientos de vibración productores de la luz, del calor y de la electricidad.<sup>480</sup>

Luego de la constitución de los espacios por poblar, surge la palabra; la fórmula para la revelación de la luz que antecede a la formación de la materia: “Dijo, pues, Dios: Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha”. Y de esta manera lo informe adopte evolutivamente la imagen del mundo pretendido por la divinidad:

Después dio el ser a la materia ponderable en forma de nebulosa, derivándola probablemente de la imponderable e inmensamente rica en energía; de ella, por una lenta y gradual evolución, habrían de irse formando los mundos siderales y también el nuestro, obedientes a las leyes naturales establecidas en el plan divino.<sup>481</sup>

De esta manera, Hernández Cisneros refiere la evolución creadora que se convierte en ley natural que responde a una causalidad divina: “La tierra, empero, estaba informe y vacía”.<sup>482</sup>

De igual forma encabalga la enunciación divina para simbolizar la sistemática formación del mundo al unísono de la manifestación de la voluntad de Dios, que va creando el mundo, y surge uno de los elementos primordiales en la historia de la cultura y las sociedades: la aparición de lo telúrico como asiento de la vida:

Luego que hubo formado la tierra, y que tuvo la temperatura conveniente, creó Dios la vida. Apareció la vida vegetal en sus primeros elementos, derivados de la materia mineral terrestre existente, los cuales probablemente no estaban constituidos al principio sino por un reducido número de tipos sencillos, de los cuales se fueron desarrollando, en el curso de largos siglos, las otras especies cada vez más perfectas y de estructura más complicada.<sup>483</sup>

---

480 Hernández, 2021, p. 173.

481 *Ibid.*, p. 174.

482 *Idem.*

483 *Idem.*

La *creación* avanza desde lo informe hasta lo perfecto, evidenciando la obra de la divinidad que es presentada por Hernández Cisneros de forma espectacular, bajo una narración que evidencia la majestuosidad del verbo hecho acción: “Dijo asimismo: Produzca la tierra yerba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto conforme a su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo”.<sup>484</sup>

Bajo esta narración, José Gregorio Hernández emula el verbo y acción divina en cuanto la formación del mundo; mecanismo de construcción del discurso que lo hace recurrente en esta parte de su estudio filosófico y que continúa con la formación de la vida animal; vida que se desarrolla a partir de la evolución no interrumpida que va surgiendo a medida que Dios enuncia la palabra: “Dijo todavía Dios: produzca la tierra animales vivientes de cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra según sus especies. Y así fue hecho”.<sup>485</sup>

El poblamiento de la tierra a través de una causalidad divina preconcebida por y desde la deidad, para apuntar hacia la formación del mundo como espacio de su magnificencia y legado a todas las cosas y seres vivos:

La tierra, el mar y el aire iban quedando poblados de los seres vivos, conforme el curso de los siglos permitía su lento desarrollo, según el plan divino. Para hacer la obra maestra que faltaba todavía en la creación, hubo como una deliberación –a nuestro modo de entender– en la mente divina; y fue entonces, después de esta como deliberación, que se produjo la palabra creadora omnipotente: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”.<sup>486</sup>

Aquí encontramos los dos principios del mundo primordial: Dios y Tierra como las bases para la formación del mundo y sus alrededores;

---

484 *Idem.*

485 Hernández, 2021, p. 175.

486 *Idem.*

la constitución del cuerpo dual del hombre, que lo diferenciará de toda criatura viviente, puesto que, para Hernández Cisneros:

La formación del hombre comprendió dos operaciones sucesivas: primeramente, la referente al cuerpo, el cual se produjo mediante el arreglo conveniente de los minerales terrestres, los cuales produciendo los elementos anatómicos y los tejidos naturales recibieron, siguiendo el mismo plan que los animales, la organización suficiente e indispensable para que pudiera verificarse la segunda operación, la creación del alma simple, espiritual, racional e inmortal que había de animarlo.<sup>487</sup>

Bajo esta argumentación se consolida el planteamiento de José Gregorio Hernández sobre la corporalidad física-orgánica y la corporalidad sensible; dos elementos complementarios que coadyuvan en la constitución del hombre y son alegoría de la tierra originaria que recibió el hálito de Dios como impulso creador: “Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra e inspirole en el rostro un soplo o espíritu de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional”<sup>488</sup>. Interesantes las categorías incluidas dentro de la formación y constitución del hombre como creación divina que involucran la tierra, el soplo divino como espíritu de la vida, y el rostro; conjunción de sistemas identitarios que personalizan la presencia de Dios en el hombre; metáforas de los sentidos divinos que se hacen terrenos en toda su magnificencia.

Desarrollada esta tesis de la *creación* por parte de José Gregorio Hernández y de vuelta al comentario que realizamos en párrafos precedentes, que este no desconocía la teoría evolucionista como lo quieren hacer ver algunos intentos biográficos, lo reafirmamos al incluir el siguiente comentario de Hernández Cisneros sobre la coincidencia de ambas teorías:

---

487 *Idem.*

488 *Idem.*

Como vemos, esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación, a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos; la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos. La misma generación espontánea nada tiene de opuesto a la creación, pues muy bien puede admitirse que, reunidos convenientemente los cuerpos minerales que han de constituir el cuerpo vivo, Dios concorra para animarlos; así como una vez que están reunidos el óvulo y el espermatozoide de la manera natural, Dios termina la formación del hombre, creando el alma que ha de animarlo.<sup>489</sup>

El alma será, para José Gregorio Hernández, el elemento concomitante que simboliza la presencia de Dios que rige la voluntad de los hombres a partir de la legación divina, que mora dentro de los seres y de esa manera la presencia divina se transfigura en caudal para encontrar las explicaciones y razonamientos desde la ciencia. De allí que Hernández Cisneros convenga en la importancia de la intervención divina en los planteamientos de ambas teorías que, a la postre y según su óptica, no son tan disímiles, tal y como lo apunta en el siguiente comentario:

Y, por otra parte, la doctrina de la descendencia recibe de la creación un grado de verosimilitud sorprendente, porque ninguna inteligencia bien equilibrada no podrá nunca admitir que, por pura casualidad, las fuerzas físico-químicas, que necesitan dirección, hayan podido, en las distintas partes del mundo y en los distintos siglos, producir todos los hombres con una estructura y una organización, siempre las mismas; es decir, con el mismo número de partes óseas en su esqueleto, con músculos y nervios enteramente idénticos, con igual número de órganos y de aparatos; y no solamente con todas las partes del cuerpo necesarias para el funcionamiento de él absolutamente iguales, sino que hasta los órganos

---

489 Hernández, 2021, pp. 175-176.

rudimentarios, inútiles para el individuo, están presentes en todos los hombres, revelando la identidad de los individuos de la raza humana y manifestando claramente que, sin la intervención divina, el mundo es completamente inexplicable para la ciencia.<sup>490</sup>

Bajo esta alusión a lo físico-biológico, José Gregorio Hernández explicita el cuerpo humano desde la perspectiva de la estandarización de órganos y funciones que otorgan una homologación entre los seres vivientes de su especie. Mientras que la individuación y características particulares serán otorgadas por el alma, como reflejo de las particularidades divinas que conviven en el hombre y lo hacen prefigurarse diferente y superior frente a los demás seres vivos; por lo menos intelectualmente:

Los cuerpos están formados de una manera primera, la cual es pura potencia subjetiva, idéntica en todos los cuerpos; y de una forma sustancial variada, la cual viene a ser el acto que determina la materia primera para ser tal o cual cuerpo. Estos dos principios no pueden, por ser incompletos, existir separadamente. La materia es el principio de las propiedades dinámicas. Es la admirable teoría de la materia y de la forma, que da la explicación metafísica de la constitución de los cuerpos de una manera perfecta, y que ha reinado durante largos siglos en las ciencias.<sup>491</sup>

De allí que define al hombre dentro de su actividad orgánica y espiritual bajo la referencia de instancias que cohabitan indisolublemente en el decurso de la vida y que, al llegar la muerte<sup>492</sup>,

---

490 *Ibid.*, p. 176.

491 *Ibid.*, p. 193.

492 José Gregorio Hernández siempre consideró la muerte como agente liberador; así se puede percibir en carta a su sobrino César, fechada en París, mayo 27, 1914, donde le escribe:

“No es necesario que venga ninguno de la familia; yo estoy muy bien asistido y mi enfermedad es una cosa bien crónica, prolongada, y, si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo estaría más bien contento,

se potencia lo espiritual y su relación directa y proyectiva con lo trascendental; a...

Este principio se llama principio vital. Separado de la materia viva, se produce en ella la muerte, después de la cual continúan obrando las fuerzas físico-químicas, pero de una manera desordenada, hasta que se produce la total descomposición del cuerpo [...] El principio vital del hombre es su propia alma racional.<sup>493</sup>

Asumida desde esta concepción filosófica de José Gregorio Hernández, el alma es el principio que rige la actividad y donde, indudablemente, reside la identidad de los sujetos; al mismo tiempo que es la presencia de lo divino en la conjunción de voluntades. Donde el alma es el asiento de la *voluntad*, y la *voluntad* el mecanismo que echa a andar la actividad humana hacia espacios y objetivos de la trascendencia, en el afianzamiento del hombre como ser consciente de sí mismo y de los otros en el complemento dialéctico desde donde nace la filosofía, que en su teorización y ejercicio, Hernández Cisneros la hace elemento particular, esencial e imprescindible del reflexionar humano, porque:

El alma humana, además de las facultades de sentir, conocer y de querer, tiene el poder de dar vida al cuerpo y de mantenerla. El alma está toda en todo cuerpo y toda en cada una de sus partes. El mundo es contingente. La esencia de los cuerpos consiste en la exigencia de la extensión, por lo cual se definen: sustancias que exigen las tres dimensiones.<sup>494</sup>

---

porque siempre he deseado la muerte que nos libra de todos los males y peligros y nos pone seguros en el cielo. Pero suponte que yo me cure del todo dentro de cuatro o cinco años; ya para entonces estaré demasiado viejo y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y esto es lo que me contraría”.

Cinco años después, en un fatal accidente, sus deseos se cumplen.

493 Hernández, 2021, p. 177.

494 *Ibid.*, p. 193.

En función de estas características englobantes del alma con relación al cuerpo, Hernández Cisneros otorga al alma facultades que permiten esa referencialidad abarcante y pluridimensional, que la hacen tan completa y compleja; especie de envolvente etéreo que recubre el cuerpo desde la dimensión óptica-trascendente:

Las facultades del alma se dividen en sensitivas e intelectuales; las sensitivas son los sentidos exteriores, los interiores, el sentido común, el cual es un sentido interno que centraliza los anteriores, la imaginación o fantasía, la memoria sensitiva y la estimativa –que es la facultad de conocer lo sensible–, las relaciones concretas de las cosas, y el apetito sensitivo –que comprende el concupiscible y el irascible–. Las facultades superiores son la inteligencia y la voluntad. La actividad es la consecuencia de la existencia. En Dios no hay potencia y acto, sino que es acto puro.<sup>495</sup>

Inteligencia y *voluntad* son formas superiores del alma que permiten al hombre su discernimiento en el mundo, sobre este y él mismo; formas de habitar los tiempos y espacios que le corresponden en la dialéctica simbólica, que corre paralela a la historia y las sociedades. Temporalidades y atemporalidades que conforman diferentes escenarios donde el hombre puede ubicarse en los intentos por construir las nociones de verdad, que, obviamente, dependen de un complejo sistema de percepción y asimilación, y que Hernández Cisneros refiere de la siguiente manera:

La percepción externa es inmediata y viene a ser el acto común entre lo sensible y el que siente (teoría de la asimilación). La imaginación es la facultad de reproducir las impresiones recibidas. La percepción es una operación hiperfísica unida esencialmente a la materia. El sujeto de la sensibilidad es una sustancia una, pero material. La inteligencia se divide en activa y pasiva: la inteligencia activa tiene por objeto descubrir lo esencial en lo accidental, lo

---

495 *Ibid.*, p. 194.

universal en lo singular; la inteligencia pasiva actúa sobre los datos suministrados por la activa. Se llaman trascendentes aquellas ideas que sobrepasan los géneros y pueden aplicarse a todos los seres; son las ideas de ser, unidad, identidad, verdad y bondad. Los universales existen, a la vez, en la realidad y en la inteligencia.<sup>496</sup>

Y ya para el cierre de este capítulo es prioritario llamar la atención sobre la inclusión de lo trascendente y su capacidad por sobrepasar lo material, y su ubicación en conceptos fundamentales en el forjamiento de la identidad humana como: ser, unidad, identidad, verdad y bondad; características que van más allá de lo corpóreo donde radica lo sensitivo y se acerca más al alma, donde reside lo sensible- trascendente a partir de la concienciación de lo espiritual a razón de *voluntad* y acción humana. De allí que Hernández Cisneros también haga relación a las pasiones y a los momentos de suspensión del alma a través del siguiente comentario:

Las pasiones derivan del apetito sensitivo; de la parte concupiscible<sup>497</sup> vienen el amor, el odio, el deseo, la aversión, el gozo, la tristeza; de la parte irascible vienen la abundancia, el temor, la esperanza, la desesperación, la cólera. El alma puede tener momentos en que su acción está suspendida.<sup>498</sup>

Destacadas estas apreciaciones de José Gregorio Hernández sobre el alma y su imprescindible figuración en la determinación de la identidad humana, deseo traer a colación una preocupación que siempre mantuvo sobre la deshumanización de los hombres cuando, en su época, los ataques contra la metafísica y, con ellos, las posibilidades de la existencia de lo extranatural; obviamente, de lo místico, lo suprasensible; en todo caso, contra lo trascendente e idealista:

---

496 *Ibid.*, p. 191.

497 Recordemos que desde la ética, desde lo concupiscible viene la *Voluntad* hacia el bien sensible a modo de acción humana trascendente.

498 Hernández, 2021, p. 191.

Empieza la época de las grandes luchas contra la metafísica y se niega la probabilidad y hasta la posibilidad de conocer lo extranatural por ningún método ni procedimiento. Y como consecuencia forzosa de esta orientación de las doctrinas filosóficas se observa en todo el mundo un malestar intenso, generado de las grandes catástrofes: la guerra a la religión, a la moral, a la sociedad, a la familia, a los gobiernos.<sup>499</sup>

Individuos y sociedades desubjetivadas irremediabilmente caminan ciegamente hacia un abismo de destrucción y pareciera que, con el devenir de la humanidad, el hombre no reflexionase más allá de los intereses de la materialidad y los discursos del poder; abandonando la conversión del espíritu en *voluntad* creadora, que permite la consolidación de los ideales fundados en el *humano ser* que convive en plena armonía con los otros y el mundo constituido.

---

499 *Ibid.*, pp. 184-185.

*... así, pues, el hombre apetece libremente,  
quiere libremente, inquiere libremente,  
examina libremente, delibera libremente,  
juzga libremente, se dispone libremente,  
elige libremente, se pone en movimiento libremente  
y obra libremente sobre las cosas naturales....*

SAN JUAN DE DAMASCENO

*... El querer lo es todo en la vida. Si queréis ser felices, lo seréis.  
Es la voluntad la que transporta las montañas...*

ALFRED VÍCTOR DE VIGNY



## Capítulo 2

### La voluntad y la contingencia del ser

Coinciden filósofos, investigadores e intelectuales de la historia de las ideas en que el término *voluntad* proviene del latín *voluntas*, formada por el verbo *voll/velle* (querer, desear) y el sufijo *tas*, que se corresponde con el español “dad”. Además, coinciden en afirmar que el término es una construcción en el mundo cristiano, al surgir como una facultad del alma humana; pues en el mundo griego<sup>500</sup> no existe esta acepción o términos afines que asuman la noción que hoy se maneja del término, más aún, su correspondencia con la libertad. Por ello recae en Agustín de Hipona la certificación del uso del término con la mayor proyección filosófica.

Aun cuando algunos teóricos atribuyen a Máximo el Confesor la autenticidad en el uso del término *voluntad* como potencia o facultad del alma humana, fue su discípulo, Juan Damasceno, quien lo incorporó en su *Expositio fidei* o *fide orthodoxa* (1531), quien considera a Dios un artesano que mediante tres potencias, a saber: la de artesano, por la magnificencia de la creación; la potencia contenedora, que garantiza la permanencia; y la potencia providente,

---

500 Quizá sea Aristóteles quien más se acerca al manejo de lo que hoy conocemos como libre albedrío, con el uso de proairesis, donde designa el acto que media en la dicotomía entre la razón y el deseo; la acción y la decisión deliberada. Entendida como preferencia o, bien, acto prudencial de la razón práctica.

de la que es propia su gobierno. Además de considerar que esas tres potencias representan su “buena voluntad”, término que utiliza en diversos momentos de su texto y que considero fundamental parafrasear, en este momento de la escritura, para orientar estos intentos por discernir tan compleja acepción.

Por ejemplo, cuando refiere las naturalezas –divina y virilidad– de las que fue dotado Jesucristo como hombre perfecto, inserta la *voluntad* ligada a la energía, que junto a la inteligencia y la libertad forma parte de estas naturalezas. Y así, en el discurrir sobre la fe, va estableciendo paralelismos entre la *voluntad* y la energía, a manera de entablar la relación entre Dios y el hombre, dándole un profundo privilegio a la palabra como prolongación del espíritu, que metaforiza como “boca y habla de Dios” para señalar los medios a través de los cuales Él indica su *voluntad*. Al mismo tiempo que esa palabra es alimento de hombre dentro de la concurrencia con la *voluntad* de Dios, que está caracterizada por la bienaventuranza y la perfección, siendo la *voluntad* humana una forma de apreciación de Dios sobre los pensamientos de la buena *voluntad* que los *seres* manifiestan en íntima correspondencia con los preceptos del Creador.

Así que en este texto que muchos autores consideran pionero sobre la *voluntad*, encontramos elementos clave que se irán repitiendo a lo largo de los intentos teóricos por concretar sobre el término y, más aún, para el propósito de este libro, al relacionar la *voluntad* como puente entre Dios y el hombre, en correspondencia con los postulados filosófico-prácticos que José Gregorio Hernández puso en evidencia durante su vida y que lo consagran como ser de excepción, que trascendió toda limitación temporal y humana para erguirse dentro de la santidad y la bienaventuranza.

De esta manera, la *voluntad* como punto de reflexión e inflexión ha sido profunda y profusamente debatida a lo largo de la historia de la filosofía y el pensamiento. Un supuesto antagonismo entre el *yo* pensante y el *yo* volente ha producido interesantes debates que, obviamente, han dejado frutos de incalculable valor, ora mostrando

las perspectivas particulares de relevantes pensadores, ora en la revisión de importantes postulados que tienen al *ser* como centro y nervio medular de las reflexiones. De hecho, santo Tomás consideró que la *voluntad* es un tema oscuro que no se ha estudiado en todas sus dimensiones.

Y aludo a un supuesto antagonismo porque considero que entre el *ser* pensante y el *yo* volente lo que se produce es una paridad oposicional que, al final de cuentas, brinda complementariedad a los estudios sobre el *ser*, al igual, o muy cerca, de la diatriba entre lo objetivo y lo subjetivo; que si los situamos dentro de los campos enunciativos del ser, esto es, como circunstancialidades enunciativas desde donde se elabora el campo de cognición y significación simbólica, ambas posicionalidades son formas complementarias en el forjamiento de los campos de la representación y la acción humana.

Dentro de estas colateralidades refiero a José Gregorio Hernández Cisneros como *humano ser* que conjunta su acción humana en esa complementariedad del *yo* pensante y el *yo* volente. *Humano ser* que acendra su vida en una *voluntad* que lo llevó a alcanzar los más altos ideales en cuanto a la conversión cristiana, para consagrar, así, su espíritu en la búsqueda de una particular forma de creer y alabar a Dios. La *filosofía de la voluntad* que practicó José Gregorio Hernández lo llevó a ser un hombre virtuoso, que logró trascender su cuerpo y su tiempo, convirtiéndose en instancia mística que, a través de una sensibilidad exquisita, creó espacios para la redención del alma y el espíritu.

Por ello, este abordaje desde la voluntad tiene como propósito fundamental ver a Hernández Cisneros desde la filosofía voluntarista, en su ejercicio como filósofo existencialista; fiel creyente que el espíritu trascendente es la mayor búsqueda y recompensa que el *humano ser* puede alcanzar en su tránsito por la vida. Al mismo tiempo, apuntalar teóricamente esta faceta que ha quedado a la deriva de la concepción científica o del servicio al prójimo; facetas hasta ahora más destacadas por los estudios realizados sobre este controversial hombre de ciencia y fe.

De esta manera, es pensar en voz alta para proponer mirar esta prodigiosa faceta de José Gregorio Hernández como puntal fundamental y necesario, si lo queremos revisar desde las instancias míticas; porque allí encontramos suficientes elementos para afirmar que la concepción filosófica de Hernández Cisneros lo convierte en un hombre santo, potencialmente consciente de su rol espiritual dentro de los predios terrenales, que ve en la poesía y la oración mística las formas de alcanzar el encuentro consigo mismo y con la instancia para la cual siempre vivió y sirvió: Dios.

Es por ello que, en el propósito fundamental de este libro, quiero significar la *voluntad* como testimonio del yo en medio de su accionar humano, para lograr sus objetivos y manifestaciones en la búsqueda de la materialización de los ideales que se transforman en la superación de lo eminentemente físico-orgánico, para trascender a espacios simbólico-espirituales que requieren de toda la diversificación entre el yo pensante y el yo volente.

Referir la *voluntad* como condición interior que apunta hacia la libertad del yo; libertad espiritual que permite la trasmigración a espacios que escapan de la simple actividad humana y se acercan a los momentos donde el sujeto puede vindicarse a través de él mismo y, en el caso de José Gregorio Hernández, a través del reflejo con el fulgor místico devenido de Dios y materializado a partir de una vida virtuosa, dedicada al servicio del prójimo. No obstante, esta relación entre la *voluntad* y la libertad humana ha sido rechazada por muchos filósofos en el ya comentado debate sobre la *voluntad* a lo largo de la historia de las ideas.

Ahora bien, ahondando en la conceptualización de la *voluntad* y tratando de sistematizar este complejo tema, en torno a José Gregorio Hernández, he creído conveniente asumir una guía a través de los planteamientos que, sobre la *voluntad* o en los intentos por construir una historia de ella, hace Hannah Arendt en su texto *La vida del espíritu* (1984), donde realiza un complejo recorrido por la filosofía cristiana y secular para dar luces con respecto a la *voluntad*.

Y asidos a esa densa potencialidad teórica y, con respecto a José Gregorio Hernández, asumir la *voluntad* como la actualización del principio individual, ente transformador del individuo con respecto a las realidades circundantes; y elemento que impulsa la acción humana y la hace reflexión intra e intersubjetiva.

Por lo tanto, podemos referir la *voluntad* a manera de región del espíritu donde mora el místico, el filósofo, el cristiano que ve la presencia de Dios más allá del dogma y en las territorialidades del sujeto volente, de lo cual podemos deducir que la *voluntad* es un espacio para la trascendencia. Ello es asumible bajo la interrogante: ¿Dónde estamos cuando trascendemos?, cómo definir ese surcar espacios que lindan con la realidad y no son tangibles, sino que se incorporan a la espacialidad espiritual a partir de la concreción de lo no-tangible, de los acercamientos con lo que no está presente para los sentidos, pero se materializa a través de la alegoría y la generación del discurso metafórico.

Y allí discurso místico y poesía<sup>501</sup> se articulan como posibilidades de esa concreción. Tal y como lo pensaba el poeta español Juan Ramón Jiménez.

Quizá una respuesta es que no estamos en ninguna parte física-temporal, sino que accedemos a una temporalidad espiritual que marca el viaje diversificado entre la memoria histórica y la memoria cósmica<sup>502</sup>; una trasmigración del *yo* pensante al *yo* volente, donde los espacios de la referencialidad tienen al mismo tiempo al *yo* como origen y destino de esa articulación espiritual y encuentro con lo

---

501 Por ello todas las oraciones que van dirigidas a la entidad divina, además del elemento laudatorio, contienen un lenguaje preciosista-exaltativo que establece una relación comunicativa desde el ofertorio y la prostración del oferente.

502 Formas de hacer presente tanto los pasados colectivos como los individuales; formas de refigurar el pasado en presente que abarque realidades objetivas en paralelo con las realidades subjetivas que se hacen patentes a partir de la concreción en un imaginario que siempre tendrá la palabra como vehículo de concreción.

subjetivo-trascendente, que, en el caso de Hernández Cisneros, está referido a la vinculación entre lo individual y lo místico a través de la filosofía, la vocación de servicio, la vida virtuosa y la prosa mística, como los mecanismos para llegar a esa territorialidad sensible desde donde se puede contemplar la realidad de manera diferente. Y allí el espíritu es fortaleza simbólica; *voluntad* férrea que cohabita con la realidad y la soporta en momentos fundamentales de la vida de los seres humanos.

En este sentido el tiempo espiritual siempre será metáfora de la eternidad divina como temporalidad y espacialidad pretendida, dentro de la *voluntad* que José Gregorio Hernández pone en práctica para alcanzar la realización que supera la simple realidad y representa la máxima expresión del yo volente. En Hernández Cisneros, el espíritu creará su espacio y tiempo para que dure él mismo como instancia de referencialidad; lugares de la contemplación y el fulgor espiritual que premia la creación de esas realidades simbólicas que proyectan al sujeto y su *voluntad*.

Y desde esta perspectiva, encontramos la *voluntad* que apunta al futuro, la mirada del *yo* hacia adelante y la proyección de sí mismo en un espacio y tiempo, tanto real como subjetivo –cósmico–, en el cual: “El espíritu trasciende sus propias limitaciones naturales, ya sea porque formula preguntas que no tienen respuestas, o bien porque se proyecta en un futuro que, para el sujeto volente, no será nunca”<sup>503</sup>. Precisamente, en esa constante construcción del tiempo futuro se producirá la movilidad del *yo* volente hacia los objetivos planteados; un movimiento hacia adelante –*voluntad* y tiempo– que nunca descarta el pasado como asidero para la proyección en medio de la instantaneidad del presente.

En función de estos razonamientos, la proyección de la *voluntad* hacia el futuro no es un hecho superfluo, puesto que la *voluntad* es la acción humana que interconecta el pasado y el futuro como

---

503 Hannah Arendt. *La vida del espíritu*, 1984, pp. 262-263.

referencias de la acción<sup>504</sup> del sujeto volente. La *voluntad* precede la acción y la direcciona hacia un objetivo específico a través de lo volitivo, la acción del querer a transformarse en poder-hacer; acción que orienta hacia determinados horizontes donde los asuntos humanos están sujetos a un movimiento recurrente a través de la redimensión de los actos o acciones volitivas; de allí que se le atribuya a san Pablo la primacía de descubrir la complejidad del concepto de *voluntad* y su consecuente libertad en estrecha vinculación con la vida futura y donde, obviamente, la *voluntad* tiene su origen en la teología a partir de la *voluntad* divina como eje fundamental de todo lo creado y evolucionado.

Por su parte, Hannah Arendt considera que es con Aristóteles y su definición de *contingencia* que surge una importante conceptualización sobre la *voluntad*, argumentando su posición de la siguiente manera:

Difícilmente podría encontrarse algo más contingente que los actos de *voluntad*, los cuales –bajo el supuesto de una *voluntad* libre– podrían definirse como actos acerca de los que sé que igualmente podrían haberlos dejado hacer. Una *voluntad* que no sea libre es una contradicción en los mismos términos de su significado –a menos que uno entienda la facultad de volición como un órgano ejecutivo meramente auxiliar para cumplimentar lo que haya dispuesto el deseo o la razón”.<sup>505</sup>

Determinada esta contingencia como el espacio donde el ser humano ejerce la libertad, donde mora la necesidad de elegir y de elegirse; e, implícitamente, dentro de esa libertad está contenida la *voluntad* como acción que rige esa elección y permite la direccionalidad del destino. Contingencia y *voluntad* forman parte del

---

504 Recordemos, que Paul Ricoeur, en su proyectada filosofía de la voluntad, la refiere como una filosofía de la acción a través del discurso analítico-descriptivo que conduce a una reflexión sobre la praxis que afirma la polisemia de la acción.

505 Hannah Arendt. *op. cit.*, p. 263.

reconocimiento dentro de las esferas de lo existencial, puesto que es lo vivido desde la experiencia del sujeto lo que marca su relación existencial de lo que él vive dentro y fuera de sí mismo, representando la contingencia la oportunidad del *ser* de escoger en medio de la finitud y hacerse fuerte en medio de las búsquedas de la verdad. De allí que la *voluntad* para Jaspers es la búsqueda del conocimiento y, por ello, la libertad humana está movida por el hecho de no conocer la verdad: “Debo querer porque no sé. El *ser*, que es inaccesible al conocimiento, solo puede ser revelado a mi volición. El no conocer es el fundamento para tener *voluntad*”<sup>506</sup>. Entonces, implícita está la *voluntad* en el descubrimiento o hallazgo de la verdad.

Mientras que para Kant la *voluntad* es el poder para iniciar espontáneamente una serie de cosas y estados sucesivos, la manera de impulsar la acción humana hacia determinados horizontes, para lo cual aduce una cualidad de bien dentro de la *voluntad*: “Ni en el mundo, ni en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse como bueno sin restricción, a no ser tan solo una *buena voluntad*”<sup>507</sup>. Además, este filósofo relaciona la razón y la *voluntad* para considerar la *buena voluntad* como bien supremo al cual está destinado la razón, como:

Nos ha sido concedida la razón como facultad práctica, es decir, como una facultad que tiene que tener influjo sobre la *voluntad*, resulta que el destino verdadero de la razón tiene que ser el de producir una *voluntad* buena, no en tal o cual respecto, como *medio*, sino *buena en sí misma*, cosa para la cual era la razón necesaria absolutamente, si es así que la naturaleza en la distribución de las disposiciones ha procedido por doquiera con un sentido de finalidad.<sup>508</sup>

---

506 Karl Jaspers. “Filosofía”, *Revista de Occidente*, vol. II, Madrid: 1958, p. 159.

507 Immanuel Kant. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Trad. de M. García Morente, 2003, p. 19.

508 *Ibid.*, p. 23.

Y dentro de este esbozo-recorrido por las diferentes acepciones y correlatos de la *voluntad* dentro de la historia de las ideas, es menester detenerse en esta caracterización kantiana, puesto que José Gregorio Hernández signó su vida a través del ejercicio de la buena *voluntad*, impulsada por un querer servir a Dios y a los hombres, en fiel cumplimiento de los mandamientos de la ley divina. Un querer que se convirtió en un poder de querer-ser el más fiel servidor de los preceptos judeo-cristianos.

Y bajo este aspecto, José Gregorio Hernández tiene una definida consciencia sobre el poder y la fuerza de la *voluntad*, de allí que la convierte en la esencia de su pensamiento y proceder; ella lo guio por los más sublimes caminos que solo han recorrido seres de excepción y, allí, su práctica voluntariosa coincide con los postulados de Schopenhauer, al afirmar este que “la *voluntad* siempre quiere es la vida, precisamente, porque esta no es más que el manifestarse de la *voluntad* misma en la representación”<sup>509</sup>. Aquí nos atrevemos a especular que la *voluntad* en la esencia de las cosas representa la presencia del sujeto que orienta desde sus relaciones intra e intersubjetivas; las formas de aprehenderse a sí mismo y su realidad. Dios es *voluntad* bondadosa que provee la bondad en las acciones humanas.

El anterior atrevimiento teórico permite establecer una mediación entre el sujeto y su realidad a través de la *voluntad*. Para Schopenhauer, es “allí donde observamos una inmediata y primera fuerza de algo originariamente movido; nos vemos obligados a pensar en la voluntad como su interna esencia; la vida misma es manifestación de la voluntad”<sup>510</sup>. Y de allí que se produzca la “vida voluntariosa” como forma de ejecutar esa *voluntad* dentro del devenir del hombre, además de producir principios de relación y distinción de las acciones humanas entre lo ordinario y lo trascendente. Además de representar un excepcional estado de conciencia y sentido de pertenencia al mundo a partir de sólidos principios ético-morales.

---

509 Arthur Schopenhauer. *El mundo como voluntad y representación*, 1985, p. 64.

510 *Ibid.*, 1985, p. 133.

Siguiendo con Schopenhauer, la *voluntad* es la esencia de las individualidades al soportarse en una voluntad fundante, que se va manifestando como mecanismo de acción a medida que el *ser* discurre en su devenir histórico, forjando una conciencia por medio de la *voluntad*. Una especie de rueda infinita que en su origen y devenir constituye el verdadero trasfondo de lo real-objetivo, que el *ser* va hilando en función de sí mismo y de los otros que cohabitan en sus mismos espacios de la representación; más allá de los espacios de la naturaleza.

Puesto que en todas las consideraciones que tengan que ver con la *voluntad*, aparece el *ser* como el mayor interlocutor de esta en medio de una consustanciación natural e implícita. Es tan así, que para Schiller “no existe otro poder fuera de su voluntad, y solo aquello que anula al hombre, la muerte, la pérdida de la conciencia, puede anular la libertad interior”<sup>511</sup>. Y desde allí volver a la dicotomía complementaria entre *yo pensante* y *yo volente* –enunciada en párrafos anteriores– y quizá uno de los rasgos que los parea es, precisamente, la *voluntad*, tal y como lo refiere Hannah Arendt: “No podemos pasar por alto el simple hecho de que toda filosofía de la *voluntad* es el producto de un *yo pensante* antes del *yo volente*. Pese a que, naturalmente, es siempre el mismo espíritu el que piensa y el que realiza la volición”<sup>512</sup>.

De hecho, la *voluntad* es una facultad experimentada subjetivamente; así lo reconocen la mayoría de filósofos. En lo que no están muchos de acuerdo es con las ideas de libertad asociadas a la *voluntad*, pero sí el implícito reconocimiento que la *voluntad* está asociada a la necesidad que involucra tanto al *yo pensante* como al *yo volente*; la *voluntad* convertida en racionalidad a partir de la acción humana; una racionalidad subjetiva que mueve los seres más allá de las comprobaciones científicas-rationales, dentro de ellos los actos de fe.

---

511 Schiller, 2016, p. 124.

512 Arendt, *op. cit.*, p. 274.

Esa reflexión contenida en que la fe no es un movimiento racional, sino una certeza grata que requiere de *voluntad*, fortaleza, energía y libertad de espíritu, para manifestarse como acción humana en correspondencia con los estados de conciencia del sujeto, se sostiene en el fundamento de que la fe crea una dialéctica del sujeto; posibilita la creación de la lógica subjetiva que va orientada hacia la construcción del sistema de representación, que requiere de un discurso simbólico que logre arropar en su discursividad tanto al oferente como al objeto pretendido. Metaforizar lo sobrenatural a través del discurso, como lo piensa y lo cree José Gregorio Hernández, y así lo refiere en su extensa disertación sobre diferentes tópicos contenida en su libro *Elementos de filosofía*.

Y esta visión de los actos de la sensibilidad, por parte de Hernández Cisneros, la encontramos plasmada cuando se refiere a Hume y sus criterios en cuanto a la formulación del juicio y la creencia; al respecto apunta:

Que el juicio y la creencia son actos de la sensibilidad causados por la vivacidad de los estados de conciencia. Que la idea de causalidad deriva del hábito de encontrar asociados siempre dos fenómenos. Que ni los cuerpos ni ninguna sustancia ni causa tienen realidad objetiva, sino que son fenómenos subjetivos (fenomenismo o relativismo).<sup>513</sup>

Tal y como vemos a lo largo de esta reflexión sobre *José Gregorio Hernández y la filosofía de la voluntad*, allí encontramos a un *ser* convencido de la subjetividad como mecanismo para alcanzar la trascendencia, plenamente conteste con que los decretos divinos deben armonizar con la *voluntad* humana, la *voluntad* divina en correspondencia con la *voluntad* humana; una especie de concatenación que se bifurca en la búsqueda de las realidades trascendentales, que están más allá de los sujetos y los contextos. Así lo piensa Descartes en la *Meditación IV*, con respecto a la *voluntad* y lo divino:

---

513 Hernández, 2021, p. 198.

Solo la voluntad o libertad de arbitrio siento ser en mí tan grande, que no concibo la idea de ninguna otra que sea mayor: de manera que ella es la que, principalmente, me hace saber que guardo con Dios cierta relación de imagen y semejanza. Pues aun siendo incomparablemente mayor en Dios que en mí, ya en razón del conocimiento y el poder que la acompañan, haciéndola más firme y eficaz, ya en razón del objeto, pues se extiende a muchísimas más cosas, con todo, no me parece mayor, si la considero en sí misma, formalmente y con precisión.<sup>514</sup>

Bajo esa concepción de la *voluntad* divina, José Gregorio Hernández, al final de sus *Elementos de filosofía*, se refiere a este aspecto al hacer un balance de las diferentes corrientes filosóficas que han oscilado entre lo pensante y lo volente, lo objetivo y lo subjetivo; pero siempre privilegiando la intervención de la *voluntad divina*.

Malebranche inventó la teoría de las causas ocasionales para explicar la unión del alma con el cuerpo, que es la siguiente: Dios produce los movimientos del cuerpo correspondientes a los pensamientos y a los actos voluntarios del alma, y las ideas que tenemos de los cuerpos del mundo son las mismas ideas divinas que nos son comunicadas –teoría de la visión de Dios–. La conservación de las criaturas es su creación prolongada a toda la vida de ellas. El fundamento de la evidencia es la veracidad divina. El mundo encierra toda la perfección posible –optimismo absoluto.<sup>515</sup>

Y de esta manera coincide plenamente con lo planteado en el *Catecismo de la Iglesia católica*, al referirse a la conjunción entre cuerpo y alma a través de los siguientes términos:

La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la “forma” del cuerpo<sup>516</sup>; es decir, gracias al

---

514 Descartes. *Meditación cuarta*, Alfaguara, Madrid: 1977, p. 47.

515 Hernández, 2021, pp. 195-196.

516 Cf. Concilio de Vienne, año 1312, DS 902.

alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza (87).

Ahora bien, veamos lo que José Gregorio Hernández, refiriéndose explícitamente a Descartes, aduce sobre el alma y los caminos, para transitar por ella dentro de los predios de la subjetividad trascendente como conciencia que se transforma en *voluntad* humana, de allí que “La esencia del alma es el pensamiento. Las facultades intelectuales son la sensibilidad y la inteligencia y la facultad moral es la voluntad”<sup>517</sup>. Bajo esta premisa se pueden crear juicios desde el alma, razonar desde el alma y como una reafirmación de lo profundamente subjetivo dentro de las esferas del *ser* y su concomitancia entre pensamiento y *voluntad*; así lo esgrime José Gregorio Hernández:

El alma piensa siempre, porque pensar es existir. La percepción externa implica la intervención de los principios de sustancia y causalidad (teoría de la inferencia). Las cualidades de la materia son extensión, la figura y el movimiento. Las sensaciones dejan en el cerebro vestigios o marcas materiales, las cuales explican el hábito fisiológico y la conservación de las ideas. El juicio es un acto no intelectual, sino un acto de la voluntad. Las ideas se dividen en adventicias, que son las que se adquieren por los sentidos; facticias, las que resultan del trabajo intelectual; e innatas, las constitutivas de la inteligencia.<sup>518</sup>

Aquí siguen perdurando los niveles del *ser* que se mueve entre lo pensante y lo volente. Porque si volvemos a Schopenhauer y su concepción de voluntad que, además de conferirle la esencia de las cosas, la relaciona con la libertad del sujeto y la subjetividad que otorga un mundo primigenio, que luego se transformará en

---

517 Hernández, 2021, p. 194.

518 *Ibid.*, p. 195.

conceptos a través de la certeza científica. Pero, en todo caso, el mundo constituirá una representación del hombre:

El mundo es mi representación; esta es la verdad que vale para todo ser viviente y cognoscente, aunque solo el hombre puede llevarla a la conciencia reflexiva abstracta; y cuando lo hace realmente, surge en él la reflexión filosófica. Entonces le resulta claro y cierto que no conoce ningún sol ni ninguna tierra, sino solamente un ojo que ve el sol, una mano que siente la tierra; que el mundo que le rodea no existe más que como representación, es decir, solo en relación con otro ser, el representante, que es él mismo.<sup>519</sup>

En función del anterior comentario, la acción humana es una prolongación de la existencia del sujeto que busca asirse al mundo a través de lo racional y lo volitivo, lo que puede interpretarse como un acto de la libertad humana en las circunstancialidades que permiten elegir caminos de fundación de nociones de verdad. En este aspecto es tajante Hannah Arendt al referir la *voluntad* en relación con la libertad: “Parece como si la voluntad se caracterizase por disfrutar de una libertad infinitamente mayor que el pensamiento; y tenemos que decir, una vez más, que este hecho innegable no ha sido sentido jamás como una bendición sin mácula”.<sup>520</sup>

Entonces surgen diferentes tendencias sobre la *voluntad* y la libertad, aduciéndose, por un lado, que la libertad es más bien una necesidad que proyecta al *yo* volente. O la gran tendencia sobre la libre *voluntad*; referida por Descartes como la consciencia de una extensión que no está sujeta a límites:

La voluntad puede ser poseída por igual por todos los hombres; la otra no, pues el entendimiento de algunos hombres es más valioso que el de otros. Pero aunque los que son menos capaces pudiesen ser tan perfectamente sabios como su naturaleza lo permitiese, e incluso

---

519 Schopenhauer, *op. cit.*, 1985: p. 33.

520 Arendt, *op. cit.*, p. 278.

ser muy gratos a los ojos de Dios en razón de su virtud con solo mantener la firme resolución de hacer todo el bien que alcancen y con no omitir esfuerzo para acceder al conocimiento del que ignoran; sin embargo, aquellos que, dotados de la voluntad constante de hacer el bien y atentos a instruirse de forma canicular, también están en posesión de un ingenio excelente, llegan a un grado de virtud más elevado que el que los primeros pueden ganar.<sup>521</sup>

Aquí se demuestra que la *voluntad* es un don natural, que se desarrolla a partir de la consciencia que el sujeto tiene de sí mismo y con base en las potencialidades que soportan su acción humana como acto pleno de sus manifestaciones pensantes y volentes. Pero, al mismo tiempo, la *voluntad* es manifestación de lo existencial que evidencia la preeminencia de lo humano en el tiempo, determinado este desde la siguiente acepción de Hannah Arendt:

De esta forma, “el tiempo es la vida del alma”; puesto que la “separación de la vida implica tiempo”, el alma “produce la sucesión –de tiempo– conjuntamente con su actividad” bajo la forma de “pensamiento discursivo”, cuya discursividad corresponde con “el movimiento del alma de pasar de una forma de existencia a otra”; de aquí se deriva que el tiempo “no es un acompañamiento del *alma*... sino algo que está en ella y con ella” En otras palabras, tanto para Plotino como para Hegel, el tiempo es generado por el desasosiego innato del espíritu, por su tendencia hacia el futuro, por sus proyectos y negación del presente estadio. Y, en ambos casos, la verdadera culminación del tiempo es la eternidad; o, en términos seculares, hablando existencialmente, que el espíritu deja la voluntad para tomar el pensar.<sup>522</sup>

Bajo esta premisa filosófica, el tiempo es consustancial con el alma que impulsa una acción a través de la *voluntad* como plenitud

---

521 Descartes. *Principios de filosofía*, 1995, p. 5.

522 Arendt, *op. cit.*, p. 300.

de la conciencia. De allí la referencia que en momentos se seguirá haciendo a lo largo de este libro sobre el tiempo interior o relación intrasubjetiva, que impulsa el *ser* hacia los horizontes delineados por su convicción. Huelga decir que los horizontes delineados por José Gregorio Hernández siempre apuntaron hacia la cristalización de la vida en el ejercicio espiritual, en la vida consagrada al ideal divino que provenía de Dios.

Porque en ese sentido la *voluntad* tiene que ser vista como impelencia desde la que procede la interacción de diferentes elementos, que van a producir un movimiento tanto físico-mecánico como simbólico, dando a la referencialidad una proyección más allá de lo meramente discursivo o accional. Y es menester insistir en el orden simbólico de la *voluntad* porque estamos dentro de un estudio donde los actos de fe tienen una importancia predominante; donde el espíritu es el capital preponderante para lograr el objetivo propuesto. Ese espíritu que construye espacios y tiempos a través de la dialéctica de la *voluntad*, tal y como lo señala Arendt, refiriéndose a Hegel:

En Hegel, el espíritu produce el tiempo solamente en virtud de la voluntad, su órgano del futuro y el futuro, en esta perspectiva, es también la fuente del pasado, en la medida en que es engendrado mentalmente por la anticipación que el espíritu realiza de un segundo futuro, en el momento en que el inmediato *seré* devenga un *habré* sido. En este esquema, el pasado es producido por el futuro y el pensamiento que contempla el pasado es producido por el futuro, y el pensamiento, que contempla el pasado, es el resultado de la *voluntad*. Pues la *voluntad*, en último extremo, anticipa la última frustración de los proyectos de la *voluntad*, que es la muerte; ellos también, algún día, habrán sido.<sup>523</sup>

De esta manera, la *voluntad* se transforma en una forma de poder, de hacer reales los anhelos que el *ser* se propone en su camino por

---

523 *Ibid.*, p. 298.

la vida y que, en el caso de Hernández Cisneros, ni la muerte pudo opacar o cerrar dentro de esa compleja personalidad; sino que la muerte trajo consigo el nacimiento a una ciudadanía espiritual que lo elevó por sobre todos los hombres, al ser un reflejo de la *voluntad* divina materializada en su vida y obra. La *voluntad* en José Gregorio Hernández es la *voluntad* divina, y aquí coincidimos con la visión de Hegel, de considerar la eternidad como parte quintaesenciada del tiempo; ese escenario donde el espíritu se manifiesta en eterno movimiento porque el tiempo de la eternidad representa la unión perfecta entre pasado, presente y futuro: tres instancias que se fusionan en torno a una *voluntad* que supera todas las limitaciones corpóreas o racionalistas.

Así que Hegel identifica lo espiritual con la *voluntad*, de allí que llama “reino del espíritu”, tal y como lo apunta Arendt, a quien recurrimos para ilustrar nuestro comentario:

Hegel identifica este “Reino Espiritual” con el “Reino de la Voluntad” debido a que las voluntades de los hombres se hacen necesarias para originar el terreno espiritual y, por esta razón, llega a afirmar que la “Libertad de la Voluntad *per se* –esto es, la libertad que necesariamente quiere la Voluntad–... es, en sí misma, absoluta... es... aquello por lo que el Hombre deviene Hombre y es, por tanto, el principio fundamental del Espíritu” Como una cuestión de hecho, la única garantía –si tal es– de que la meta final del desarrollo del Espíritu del Mundo en los asuntos del mundo debe ser la Libertad se encuentra en la libertad que está implícita en la Voluntad.<sup>524</sup>

Estas apreciaciones de Arendt coinciden perfectamente con nuestra intención de la *voluntad* como testimonio del *yo* en medio de su accionar humano, en torno al logro de objetivos y manifestaciones, en la búsqueda de la materialización de ideales que se transforman en

---

524 *Ibid.*, p. 302.

la superación de lo eminentemente físico-orgánico, para trascender a espacios simbólico-espirituales que requieren de toda diversificación entre el yo pensante y el yo volente. Referir la *voluntad* a manera de condición interior que apunta hacia la libertad del yo; libertad espiritual que permite la trasmigración a espacios que escapan de la simple actividad humana y se acercan a los momentos donde el sujeto puede vindicarse a través de él mismo y, en el caso de José Gregorio Hernández, a través de un reflejo con el fulgor místico devenido de Dios y materializado a partir de la vida virtuosa y dedicada al servicio del prójimo. Pero también a la consagración de su cuerpo y alma a las más nobles causas terrenas y divinas, donde su vida fue instrumento para servir.

Es menester recordar, en este momento de la escritura, que con gran recurrencia encontramos en las biografías escritas sobre él una versión sobre el ofrecimiento de su vida para que acabara la I Guerra Mundial, tal y como aparece en una novena s/f, editada en Valera, estado Trujillo, bajo la afirmación: “Ahora sé que me voy a morir pronto porque Dios aceptó el sacrificio que le ofrecí: darle mi vida con tal que se acabara esta guerra tan cruel”.

Dado este hecho por cierto, estamos en presencia de un determinante sacrificio por la humanidad de tal magnitud que, ofrecer su vida a cambio de la paz del mundo, es demostración más que fehaciente de entrega y dignidad; demostración de una *voluntad férrea* y consolidada en torno a los más nobles ideales espirituales. Como veremos más adelante, para José Gregorio Hernández la muerte<sup>525</sup>

---

525 Hay un hecho interesante que no se puede pasar por alto. José Gregorio Hernández tenía la presunción que no viviría mucho tiempo. Eso lo podemos apreciar en una carta fechada en Caracas, octubre 7, 1912 y dirigida a Santos Dominici, luego de probar suerte en la Orden Cartuja, y donde prácticamente se despide de su entrañable amigo:

“Yo he perdido la esperanza de volverte a ver en este mundo. A mi paso por París no tuve el valor de darte el adiós eterno. Tu permanencia en Berlín creo que será larga. Pero si nuestra amistad no la reanudamos en la tierra para eso tenemos el cielo”.

era la liberación del alma en vuelo libre hacia las instancias divinas y la encarnación en la eternidad.

Hernández Cisneros posicionó su vida terrena en pos del “mundo del espíritu”, ese escenario donde se manifiesta plenamente el ser en correspondencia con él mismo y una fuerza superior que lo impulsa desde la voluntad férrea y plena. Indudablemente, es la interpretación asumida por Hegel y desarrollada por Hannah Arendt en la siguiente afirmación:

Semejante movimiento, en el que se reconcilian o se unen las nociones cíclica y rectilínea del tiempo formando una Espiral, se basa en las experiencias no del yo pensante ni tampoco del yo volente; es el movimiento no experimentado del Espíritu del Mundo que constituye el Geisterreich de Hegel, “el reino de los espíritus... que asume una forma definida en la existencia –en virtud de–, una sucesión en la que uno separa y pierde al otro, y en la que cada uno toma de las manos de su predecesor el imperio del mundo espiritual”.<sup>526</sup>

Ese aludido “reino de los espíritus” conformará un espacio donde conjuntan pensamiento y *voluntad*, como punto de origen y destino del ser que ha logrado trascender a través de la dialéctica o praxis de la *voluntad*. Confluencia que en José Gregorio Hernández se materializa entre el devenir científico y la contemplación mística, y bajo esos dos preceptos logra la trascendencia como forma de vida.

---

Escasamente, a siete años de esta carta, Hernández Cisneros muere atropellado por un automóvil el 29 de junio de 1919. Lo que periodiza su existencia terrena a 55 años y potencia la magnitud de su obra; además de demostrarnos su fe y esperanza del reino que se abrirá después de la muerte, en el cielo como espacio de encuentro y disfrute de una vida espiritual. Además que José Gregorio Hernández siempre sintió lo difícil que era vivir el mundo terreno lleno de temores y tentaciones que atentaban contra sus ideales cristianos de salvación: “Me parece tan difícil la salvación en el mundo, que tiemblo, cuando pienso en la suerte que acaso me espera más allá de la tumba”.

526 Arendt, *op. cit.*, p. 304.

Y dentro de esta afirmación, creo que es importante destacar cómo se logra ese equilibrio entre racionalidad y subjetividad trascendente en Hernández Cisneros y, como vía de interpretación, recorro a los planteamientos de Merleau Ponty con respecto al *Ojo y el espíritu*, donde aduce que la ciencia clásica siempre buscó lo trascendente: "... la ciencia clásica conservaba el sentimiento de la opacidad del mundo; es el mundo lo que ella pretendía alcanzar mediante sus construcciones, y por eso se creía obligada a buscar para sus operaciones un fundamento trascendente o trascendental".<sup>527</sup>

Como he referido en algún momento de esta escritura, José Gregorio Hernández consideraba que la certeza se podía alcanzar a través de dos vías: la ciencia y la fe; desde donde podemos deducir la inserción del elemento trascendental dentro de la búsqueda del conocimiento en Hernández Cisneros. Además de darnos una muy justificada razón, además de lo estrictamente académico y epocal, de su preocupación por el pensamiento científico y la reflexión filosófica como formas de argumentación de la existencia del hombre. De esta manera, el mundo racional y el mundo sensible se encuentran en medio de las reflexiones y razonamientos; para José Gregorio Hernández, fue el arte donde esas dos posibilidades de coexistencias se hicieron más verdaderas y evidentes; de hecho, como lo veremos en la parte final de este libro, lo consideró la forma simbólica para habitar el mundo de la trascendencia.

Aunado a la filosofía y su relación con la sabiduría dentro de la fundación de un conocimiento que tiene al *ser* como centro de reflexión, en indudable conjunción con los otros; de allí que la acción humana no es solamente manifestación corporal, sino también manifestación espiritual; por lo tanto, el mundo visible y el de los anhelos conviven, habitan al *ser*; y en su interacción se crean un sinfín de relaciones simbólicas que lo mantienen asido a él mismo y al mundo:

---

527 Maurice Merleau Ponty. *El ojo y el espíritu*, 2013, p. 10.

Hay un cuerpo humano entre vidente y visible, entre lo que toca y lo que es tocado, entre un ojo y otro, entre mano y mano se hace una especie de cruce, cuando se enciende la chispa de la sentiente<sup>528</sup> sensible, cuando prende el fuego que no cesará de arder.<sup>529</sup>

Y de ese mundo del espíritu que fue referido hace un momento, dedujimos la mirada interior que logra habitar los espacios tanto exteriores o interiores de una manera trascendente. Esa mirada interior que es capaz de captar lo imperceptible, lo apercebido que se manifiesta en José Gregorio Hernández a través de la reflexión filosófica y la oración mística, donde se unen el arte y la contemplación para habitar ese mundo trascendentalmente espiritual. Formas de comunicación que hacen evidente lo invidente para el resto de los seres, al mismo tiempo que simbolizan la conjunción entre espíritu y racionalidad manifiesta, que, para Hannah Arendt, radica en la identificación natural entre espíritu y cerebro dentro de la naturaleza reflexiva del *ser*, y que tienen como elemento fundamental la *voluntad* que media entre cerebro y espíritu. Apreciación que reitera nuestra posición sobre el balance entre racionalidad científica y reflexión espiritual en José Gregorio Hernández. De allí que la *voluntad* sea acción, al mismo tiempo que balance entre el *ser* y el mundo exterior; instrumento armonizador entre esas dos miradas que complementan los espacios de significación del *ser*. Bajo esta apreciación, nuestra intención investigativa comienza a blindarse alrededor de lo propuesto; para ello, seguimos ocurriendo a Arendt para resaltar la voluntad como acción, acción profundamente humana:

---

528 Xabier Zubiri dentro de su conceptualización sobre filosofía *sentiente* involucra la *voluntad* dentro de los mecanismos que descubren la realidad, en todo caso, la develan: “Cuando las tendencias sentientes nos descubren la realidad como determinable, determinada y determinada, entonces la respuesta es voluntad. Sentimiento es afecto sentiente de lo real; volición es tendencia determinante en lo real. Así como la intelección es formalmente intelección sentiente, así también el sentimiento es sentimiento afectante y la volición es voluntad tendente”. (Zubiri, *op. cit.*, 1980, p. 84).

529 Merleau Ponty, *op. cit.*, p. 24.

Solamente cuando el poder de la voluntad alcanza su punto álgido, cuando puede querer lo que es y así no estar “reñida nunca con las cosas de fuera”, es cuando se puede decir que es omnipotente. Subyaciendo a todos los argumentos de semejante omnipotencia está el supuesto obvio de que la realidad obtiene su cualidad de ser realidad *para mí* a partir de mi consentimiento.<sup>530</sup>

Estamos en presencia de la creación de espacios de significación, percibir/construir el mundo según el consentimiento del *ser* que crea una lógica de sentido fundamentada en su *voluntad*, en su anhelo de lograr querer-poder alcanzar los objetivos propuestos, para los que crea su propia causalidad y el establecimiento de un paralelismo simbólico entre él y los demás; entre él y la realidad circundante. Dejando claro que la *voluntad* está implícita dentro de ella misma y en su ponderación entre origen y destino; en ella radica su propia causa y finalidad que desencadena las acciones que se requieren para alcanzar la finalidad propuesta:

“Pues, o bien la voluntad es su propia causa, o no es una voluntad”. La *voluntad* es un hecho, el cual, en su consumada facticidad contingente, no puede ser explicado en términos de causalidad. O –anticipando aquí una posterior sugerencia de Heidegger– puesto que la voluntad se experimenta a sí misma como *causando* que sucedan cosas, las cuales de otro modo no habrían sucedido.<sup>531</sup>

Y aquí debemos referir a Escoto<sup>532</sup> para afianzar nuestra posición de la *voluntad* y la *contingencia del ser*; principio activo que produce su efecto de modo contingente.

---

530 Arendt, *op. cit.*, 1994, p. 340.

531 *Ibid.*, p. 349.

532 Escoto es señalado como el precursor de la perspectiva voluntarista, dentro de la filosofía moderna, que propone una primacía de la *voluntad* sobre la razón, a la praxis sobre la teoría; entendida esta filosofía voluntarista desde las nociones de libertad que encarnan un discernimiento con respecto al principio de la actividad natural.

Contingencia que es la capacidad de obrar de un modo distinto a como se obra en determinado momento, no como simple contingencia que viene determinada por la causalidad o la concurrencia de dos series causales. La voluntad es una potencia<sup>533</sup> capaz de conciliar los opuestos<sup>534</sup> y lo que en un momento dado se puede presentar como dividido e irreconciliable, además de querer algo en un momento y en otro, no como formas disyuntivas de los momentos o instantes en los cuales opera la *voluntad*; por lo tanto, aquí se afirma la posición de la *voluntad* como causa contingente, ya que es capaz de la acción contraria en el momento que actúa, tal y como lo expresa Escoto en su texto *Naturaleza y voluntad* (2007).

Y dentro de esos rasgos diferenciadores como potencia, la *voluntad* se manifiesta como un poder, tal y como lo refiere san Agustín:

---

533 Al caracterizar la *voluntad* como potencia, quiero significar que la potencia se convierte en acto y de allí el poder de significación y creación de espacios se mueve entre lo racional y lo subjetivo-trascendente; o más bien, permiten la confluencia de espacios místicos que trasuntan la realidad crasamente objetiva y racional. De allí que la libertad y lo subjetivo-trascendente se conviertan en racionalidades que crean sus propias lógicas de sentido. Y es menester recordar que santo Tomás, interpretando lógicamente a su maestro san Agustín, consideró que las acciones humanas proceden de una voluntad deliberada; y de allí la figuración esencialmente potencial de la *voluntad*.

534 Schelling consideraba esa potencialidad de la *voluntad* al referirla en relación con la capacidad: “La capacidad es una tranquila voluntad; un pasaje a *potentia ad actum*; es un pasaje del no-querer al querer. En esta voluntad se puede pensar en un querer y un no querer, puesto que la infinita potencia contiene ambas partes y contiene los opuestos (Schelling, *Bruno o sobre el principio divino y natural de las cosas*, p. 91). Y en esta libre relación de los contrarios reside la fuerza y necesidad de la contingencia que va a definir la libertad en la producción de un sentido de lo real. De allí que la *voluntad* sea una potencia infinita; impelente del poder activo del *ser* que es impulsado por su querer-anhelar hacia la conquista de lo propuesto. De allí que, consecuentemente, se hable que Schelling construyó una ontología de la *voluntad* que privilegió el proceso volitivo y su correspondencia con una potencia originaria.

“La voluntad debe estar presente para que el poder sea operativo; y el poder, superfluo es decirlo, debe estar presente para que la voluntad se inspire en él. Si actúas... nunca podrá ser sin quererlo”, incluso si “haces algo involuntariamente, bajo compulsión”. “Cuando no actúas” entonces puede ocurrir “que falte la voluntad”, o que “sea el poder el que falte”. En todo caso, la *voluntad* es el impulso del poder-querer que conduce hacia determinado fin.

Pero la *voluntad* no solo expresa el poder-querer<sup>535</sup>, sino que se convierte en una forma indagatoria de interrogar el *ser* y el mundo, en búsqueda de saber cómo encontrar razones y certezas al mundo del sujeto y al mundo de las cosas; construir las lógicas de sentido que se convierten en acciones. Acciones del espíritu que se materializan en el cuerpo físico-orgánico se hacen visibles a partir de la movilidad dentro de los espacios de interacción; si la *voluntad* es un ejercicio y manifestación del espíritu; la *voluntad* es fuerza y templanza para asumir los sacrificios y consecuencias que vienen adheridas a ella. Templanza de lograr lo que se propone a partir de las acciones que redundan en el alcance de los objetivos pretendidos y anhelados; porque si hablamos de la *voluntad* y su referencia al espíritu, debemos referir el anhelo como el impelente fundamental en mover la dialéctica voluntarista, que en José Gregorio Hernández es elemento fundamental en su devenir científico, personal y místico.

La *voluntad*, a manera y razón de práctica de vida en José Gregorio Hernández, siempre estuvo sustentada en el bien universal que tiene como principio y destino la presencia de Dios y, desde allí, que el conocimiento sobre Dios es impulsado por una *voluntad* que logra convertir en razonamiento y certeza la presencia de la divinidad. A decir de Hannah Arendt, opera una importante operación sintetizada de la siguiente manera:

---

535 Como he referido en el capítulo anterior, dentro de la dialéctica de la *voluntad*, filósofos como Nietzsche la consideran la como una forma de poder-querer ser, hasta la posibilidad de considerar la *voluntad* del poder como la esencia del poder mismo.

Si Sto. Tomás había argumentado que la *voluntad* es un órgano ejecutivo, necesario para la ejecución de las intuiciones del *intelecto*, una facultad meramente “servidora”: Duns Scoto sostiene que “intellectus... est causa subserviens”. El *intelecto* sirve a la *voluntad* al proveerla con sus objetos, así como con el necesario conocimiento; esto es, el *intelecto* deviene una facultad meramente servidora. Necesita la *voluntad* para dirigir su atención y puede funcionar apropiadamente cuando su objeto se ve “confirmado” por la *voluntad*. Sin esta confirmación el intelecto deja de funcionar.<sup>536</sup>

La *voluntad* hace trascender al ser de sus limitaciones, lo hace superar su finitud humana para llevarlo a espacios de la trascendencia donde mora la gloria y la inmortalidad. Eso lo hacen obviamente seres de excepción como José Gregorio Hernández, que logran superar la simple condición humana para ingresar al mundo del espíritu, donde es posible la manifestación de la fe dentro de la creación o la resurrección, que no pueden ser refutados por la razón natural o lo meramente racional, pero que la *voluntad* soporta bajo una lógica de sentido que tienen en su centro de atención y referencia la presencia de Dios. He aquí la libertad que otorga la *voluntad* al creyente, que argumenta sus espacios de acción a partir de realidades que desafían las leyes naturales, pero que, sin embargo, construyen causalidades recurrentes que regocijan el espíritu anhelante que impulsa acciones y materializaciones.

De esta manera, la *voluntad* se convierte en testimonio de libertad del *ser* que, a través de su acción trascendente, desafía todo elemento de coerción o limitación que pueda provenir del exterior:

Es un importante testimonio de la libertad humana, de la capacidad que tiene el espíritu de evitar toda coercitiva determinación proveniente del exterior. Gracias a la libertad que disfrutan, los hombres, a pesar de ser parte y componente del *ser* creado, puede alabar la creación de Dios; pues si esta alabanza procediese de la razón;

---

536 Arendt, *op. cit.*, 1994, pp. 391-392.

no sería más que una reacción natural provocada por la armonía que nos ha sido dada con todas las restantes partes del universo.<sup>537</sup>

A través de la *voluntad* el *ser* puede elegir los caminos por seguir, al mismo momento de fortalecer su acción humana como testimonio de fe, tal y como lo hizo José Gregorio Hernández: convertirse en un *ser* capaz de delinear su propio destino en función del anhelo de lo divino, donde auguró su felicidad, construyó su idea y noción de felicidad, y se regocijó bajo los preceptos de Dios; superando la simple voluntad natural y asumir la libre *voluntad* como la fuerza que impulsa a lograr los cometidos; en nuestro caso, quien impulsa al espíritu en búsqueda de lo trascendental. Bajo esta óptica, es realmente importante destacar las dos voluntades que refiere Escoto, definidas por Arendt de la siguiente manera:

La voluntad natural funciona como la “gravitación de los cuerpos”, y a eso lo llama Escoto “affectio commodi”, nuestro ser afectado por lo que es conveniente y oportuno. Si el hombre dispusiese únicamente de su voluntad natural, a lo más que llegaría es a ser un *bonum animal*, una especie de bruto ilustrado, y su misma racionalidad le ayudaría a escoger los medios apropiados para el logro de los fines dados por la humana naturaleza.<sup>538</sup>

Importante destacar en este momento que la *voluntad* está implícita y es consustancial con el ser humano; de allí que todos estamos dotados de *voluntad*, pero hay quienes la asumen como principio vital para lograr los objetivos más trascendentales; la voluntad como conciencia y principio existencial; la *libre voluntad*:

La libre voluntad –para distinguirla del *liberum arbitrium*, que es solo libre para seleccionar los medios para la consecución de un fin designado como tal previamente– designa libremente los fines que se persiguen por *ellos mismos*, y solamente la *voluntad* es capaz de

---

537 *Ibid.*, p. 398.

538 *Ibid.*, p. 400.

cumplir con el arreglo a esto: “(voluntas) enim est productiva actum”, “pues la *voluntad* produce su propio acto”.<sup>539</sup>

De por sí, podremos afirmar que la *voluntad* como expresión de libertad es acto que procede del interior del *ser* y una demostración de la potenciación de la subjetividad, que busca la verdadera perfección que tiene en la *voluntad* su principal nervio y motor. Por lo tanto, esta expresión de la *voluntad* como libertad es una experiencia interna; experiencia espiritual que no puede ser negada por nadie, aun cuando no tenga las mismas afinidades en cuanto a las creencias y fe. Entonces, es la *voluntad* quien potencia al *ser*, una virtud<sup>540</sup> que crea a los sujetos de excepción. Y allí, precisamente, está circunscrito José Gregorio Hernández, un dechado de virtudes constituidas por una *voluntad* prodigiosa.

Porque, recorridos estos caminos de la *voluntad*, nos permite complejizar la figura de José Gregorio Hernández en la búsqueda de claves para sacarlo de la trivialidad teórica de lo científico o lo místico; porque Hernández Cisneros es una constelación de virtudes que en el mundo terreno logró trascender hacia espacios espirituales, que requieren facultades extraordinarias para poder acceder a

---

539 *Idem.*

540 La virtud y sabiduría en José Gregorio Hernández la quiero referir con una apreciación de Leibniz:

“Y por eso las personas sabias y virtuosas trabajan en todo lo que parece conforme con la voluntad divina, presunta o antecedente y, no obstante, se conforman con aquello que Dios hace que efectivamente acontezca por su voluntad secreta, consiguiente o decisiva, porque reconocen que, si pudiéramos entender suficientemente el orden del universo, descubriríamos que sobrepasa con mucho todos los deseos de los más sabios y que es imposible volverlo mejor de lo que es; no solo para el todo en general, sino también para nosotros mismos en particular, si es que nos adherimos como es debido al Autor de todo, no solo como el Arquitecto y a la causa eficiente de nuestro ser, sino también como a nuestro Maestro y a la Causa final, que debe constituir el fin exclusivo de nuestra voluntad y puede, solo él, constituir nuestra felicidad” (Leibniz Gottfried Wilhelm. *Monadología*, Penralfa, España: 1981, p. 157).

ellos. De allí que Hannah Arendt, luego de un denso recorrido por diversos filósofos, intente concluir con una definición de *voluntad* bajo los siguientes términos: “Todas estas ansiedades y dificultades vienen provocadas por la *voluntad* en la medida en que es una facultad mental y, por tanto, reflexiva, recogida sobre sí misma”.<sup>541</sup>

Por ello recurrimos a otros filósofos para reparar en este importante concepto que nos encauza la figura de José Gregorio Hernández, hacia espacios teóricos que revelan una santidad implícita en el devenir existencial de tan trascendente *ser*. Para estos efectos, traigo a colación interpretaciones que Ernst Cassirer hace sobre la *voluntad* como acción que va más allá de lo inmediato y finito, y que, indudablemente, permite abordar una sostenida reflexión filosófica-mística. Al respecto, cito a Cassirer: “... las consideraciones sobre la voluntad nos llevan a la misma conclusión, pues la voluntad solo es verdaderamente voluntad humana cuando tiende a objetos que están más allá de los límites finitos”.<sup>542</sup>

Al respecto, podemos afirmar que la *voluntad* forja los destinos al convertirse en autoconciencia sobre el rol y figuración del *yo volente*, que logra superar restricciones y carencias. Siendo la *voluntad* la facultad integradora que no se limita a una parte única, sino que involucra el cosmos; lo visible e invisible como formas de aprehensión de la realidad. Pero, al mismo tiempo, la *voluntad* se convierte en justificación de la religión y la piedad: se es piadoso por voluntad propia, tal y como lo apunta Cassirer: “La esencia de la religión y de la piedad consiste en una libre relación que se da entre el yo, sujeto de la fe y la voluntad, y la divinidad”.<sup>543</sup>

Satisfactoriamente, encontramos una justificada recurrencia entre la *voluntad*, la religión, la piedad y la beatitud de quien asume

---

541 Arendt, *op. cit.*, 1984, p. 473.

542 Ernst Cassirer. *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, Emecé Editores, Buenos Aires: 1951, p. 57.

543 *Ibid.*, p. 63.

la *voluntad* como práctica o dialéctica trascendente, tal es el caso de José Gregorio Hernández, para quien la *voluntad* es el sello de su reflexión filosófica y mística como sinónimo de su acción en el mundo terreno, equiparándose con lo afirmado por Cassirer: “Porque la voluntad solo se posee al adquirir conciencia de que ninguna meta puede bastarle y porque el saber humano cobra posesión de sí mismo solo cuando sabe que ningún contenido particular puede satisfacerle”<sup>544</sup>. Llevada esta afirmación en torno a José Gregorio Hernández, encontramos que en una profunda insatisfacción terrenal buscaba la perfección en Dios, motorizó y moldeó su vida en pos de alcanzar lo que anheló con toda la profundidad del sentimiento y la entrega para conseguirlo.

Hernández Cisneros soportó su *voluntad* en la omnipotencia de Dios, donde debían rendirse todas las demás potencias del universo. Y en la voluntad divina encuentra todas las explicaciones científicas y místicas que, como hombre, buscó en su devenir existencial. Porque para él esa voluntad divina es la marca definitiva e indeleble de la creación del mundo y el cosmos, debiendo destacar que esta voluntad divina se convierte en una “voluntad antecedente”, contentiva y proveedora; que va a crear una “voluntad consecuente”, que determinaremos como la voluntad del hombre que va a establecer vínculos de beneplácito con lo primigenio y salvífico.

Y mediante esta relación surgen las relaciones trascendentales, que evidencian el testimonio de la creación en el mundo terreno a través del testimonio de la *voluntad* del trascendido, que se convierte en fiel reflejo de la divinidad. En ese sentido, José Gregorio Hernández interpretó esa filosofía voluntarista, especificada en el amor a Dios y la bienaventuranza que esa relación le proveyó; siendo siempre fiel a los preceptos que al respecto contempla la filosofía cristiana y que se encuentran contenidos en el *Catecismo de la Iglesia católica* en la siguiente reflexión:

---

544 *Ibid.*, p. 69.

La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad, para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros “hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, *para alabanza de la gloria* de su gracia” (Ef. 1, 5-6): “porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios” (S. Ireneo, haer. 4, 20, 7). El fin último de la creación es que Dios, “Creador de todos los seres, se hace por fin ‘todo en todas las cosas’ (1 Co 15, 28), procurando, al mismo tiempo, su gloria y nuestra felicidad”.<sup>545</sup>

Dios se hace revelación ante el hombre por la *voluntad* del creyente, que lo materializa en su discurso y acción como una extensión y consecuencia de la *voluntad* divina, que es transferida en el *ser* que se siente trascendido. La palabra se hace imagen para representar la confluencia entre el hombre y Dios como manifestación de las voluntades convalidadas. Esto es, la *voluntad divina* en correspondencia con la *voluntad* humana, en un eterno soliloquio creador y reivindicador de las acciones y los anhelos. En José Gregorio Hernández tenemos un fiel testimonio de esa convergencia de voluntades como el único norte para llegar al fin último que representa la bienaventuranza; una demostración de la libre elección de un creyente que considera –o se considera– en la obligación de “hacer” el bien dentro de su concepción y convencimiento espiritual.

En tal sentido, la noción de libertad o de lo libre supera cualquier condición de elegir entre una cosa u otra, incorporándose dentro del fundamento de los fenómenos que pertenecen a lo libre y no a lo meramente espontáneo, como circunstancialidad. Y dentro de esa expresión de la libertad está el amor como condición relevante de un acto de libertad; un pleno reconocimiento del bien por medio

---

545 AG 2, 73.

de la *voluntad*. En todo caso, es amar por amar como una genuina condición humana, que solo se alcanza en la plena consciencia de quien ama desinteresadamente y a manera y razón de principio de su acción voluntarista. Y en esta operacionalidad de la *voluntad* –si podemos llamarla de esa manera– surge la perfectibilidad que tiene como finalidad el amor.

Lo cierto es que la *voluntad* es reconocida como la supremacía sobre el intelecto; así lo hace san Agustín cuando expresa: “No hay nada que tenga el poder de la voluntad, si no es ella misma”. Imprescindible frase para mostrar la fuerza y la consistencia de la *voluntad*, entronizarla como potencia que genera relaciones de significación cada vez más complejas, que, en nuestro caso, nos permiten demostrar la trascendencia de José Gregorio Hernández. Aún más, si referimos las consideraciones de Escoto sobre la *voluntad*, al afirmar: “No hay otra causa de por qué la voluntad quiere, sino porque la voluntad es voluntad”. De allí que la *voluntad* es autonómica y rige los destinos del *ser*; y al hacer esta afirmación reconozco que la *voluntad* es consustancial al *ser* y se convierte, junto a él, en amalgama que permite concatenar opuestos y delinear horizontes. Y esto se justifica porque la *voluntad* tiene dentro de sí misma las raíces de su obrar y determinación. De por sí, es la *voluntad*, y no el intelecto, quien impulsa el obrar del *ser*.

De esta manera la fuerza de la *voluntad* radica en ella misma, dentro de su interior, que es la misma interioridad del *ser*; y de allí se diferencia de la necesidad que proviene de fuera. Por ello, la *voluntad* siempre estará relacionada con la libertad, porque en la libertad se muestra la reflexividad; ese intervenir en el acto que se produce y es regulado por la *voluntad*. Y con respecto a José Gregorio Hernández, esa reflexividad está orientada hacia esa instancia omnipotente y omnipresente que es Dios; en Él radica el destino final del hombre; el destino final del llamado “Médico de los Pobres” y que, obviamente, representa la manifestación y ejercicio de la libertad como racionalidad que establece recursos de interpretación, a la par de la

objetivación científica. Ello por la determinación de la *voluntad* a manera de fuente espontánea de acción que está caracterizada por la libertad para obrar en función de la *voluntad* divina.

Y en este sentido estamos frente a una *filosofía de la voluntad*, donde la conducta moral del *ser* gira en torno a la ley divina; única fuente donde se produce la verdad. Y lo que simboliza que toda verdad procede de la ley divina; de por sí, toda verdad procede de la ley divina, donde la *voluntad* divina se convierte en voluntad constitutiva de la verdad; afirmando el acto de libertad que tiene el *ser* de escoger o deliberar entre lo natural y lo trascendente; o, en último caso, atribuir elementos trascendentes a lo natural, tal y como lo hizo José Gregorio Hernández, pero que, indudablemente, configuran un poder-querer de delinear horizontes en función de lo anhelado, siendo lo trascendente la profunda manifestación de la condición humana que se entiende como la apertura hacia espacios más allá de lo físico-orgánico o racional. Condición, por demás, interesante, que indica que la manifestación de la *voluntad* es una apertura a lo sensible-trascendente, a la realidad que nos es conveniente y nos mantiene asidos a este mundo.

Por lo tanto, la *voluntad* es condición profundamente humana que indica al *ser* sus potencialidades en medio de un espacio de limitaciones y aflicciones. De por sí, la *voluntad* es categoría filosófica-existencial que nos permite comprender el *ser* desde sus voliciones. La *voluntad* es potencia integradora que conjunta las fisuras del hombre y las muestra como una totalidad esencial que rige los designios humanos; con respecto a Hernández Cisneros, los designios humanos regidos por la *voluntad* divina, pero siempre conservando su esencia libre y actos autónomos de creer en Dios como la instancia omnipotente y omnipresente.

De aquí que, en función de la *voluntad*, toda volición es acción; y toda volición es acción en privilegio del *ser* sintiente-paciente, que orienta sus más sentidos anhelos en pos de la causa que considera trascendental. Rasgo que diferencia a ese *ser* del común de su especie

porque lo cataloga como ser de excepción; de allí que la *voluntad* se convierta en conciencia, deviniendo esta conciencia en juicio práctico que facilita el camino para la concreción de la *voluntad* como vía y potencia para la consecución de los fines planteados. De hecho, la *voluntad* es la conciencia del autorreconocimiento del *ser* en sus potencialidades; en su querer-poder que lo exalta como ser de excepción, que es capaz de convalidar la *voluntad* infinita de Dios con el valor supremo de la *voluntad* humana, en búsqueda de la perfección que solo es posible en la trascendencia del *ser* y su visión de la *voluntad* como razón para posicionarse en el mundo; habitar espacios de enunciación que van más allá de lo simplemente inmanente y se articulan en una esfera densamente simbólica.

Esta dialéctica de la *voluntad* humana, que va de la potencia al acto, la hace infinita por representar un poder activo del *ser* que constantemente actúa en función de su voluntad; irguiéndose la *voluntad* como el poder profundamente subjetivo-volitivo que está sustentado por el *querer*; especie de discernimiento frente a las alternativas o circunstancialidades en las que se mueve el sujeto en función de su voluntad, quedando explícito que ese *querer* está implícito dentro del acto de la voluntad, al mismo tiempo de representar un poder de realizarla.

Bajo esta referencia, José Gregorio Hernández articuló su *voluntad* en torno al bien, demostrando que no es la voluntad la que descubre el bien, sino el bien está implícito dentro de la *voluntad*; porque el objeto de la voluntad es el bien y de allí que aparezca la consustanciación con el ser, que interpreta los postulados de la divinidad como el único acercamiento posible de la trascendencia<sup>546</sup>. De allí que todos los juicios encaminados al descubrimiento

---

546 De allí las constantes búsquedas del discurso estético de formas de trascendencia, que han sido interpretadas como vías para encontrar nociones sobre la divinidad, que lindan entre la creencia o no en Dios, pero que privilegian al *ser* enunciante-atribuyente desde la perspectiva volitiva-subjetiva.

de la verdad del bien tienen como finalidad la *voluntad* y, de esta manera, se convierten en acciones humanas que apuntan más allá de lo convencional y ordinario que está contenido en el orden cronológico del mundo de las cosas. De este modo, la *voluntad* crea espacios donde la intemporalidad permite la convergencia de los tiempos en escenarios que apuntan, desde una realidad concreta, hacia las dimensiones donde el mundo primordial es el generador de la esencia del *ser* y las cosas.

Hallándose las acciones humanas soportadas en el encuentro y consolidación de una *voluntad* férrea que ha logrado armonizar la voluntad carnal y la voluntad espiritual, como lo refiere san Agustín en *Las confesiones*; y de esta manera, su “hacer” se convierte en la convalidación de los contrarios dentro del alma que delinea su camino hacia la espiritualidad trascendente. Porque todo lo que tenga correspondencia con lo trascendente debe estar guiado por la presencia-potencia que está más allá de los predios del ser; tal es el caso de la *voluntad* divina, anterior a la creación misma, que guía la voluntad humana de José Gregorio Hernández y en esos espacios de la trascendencia se siente feliz y plenamente realizado: es la materialización de lo dicho por san Agustín:

Mas tu voluntad era sobrellevada incorruptible e incontaminable, bastándose ella misma en sí para sí, sobre aquella vida que habías creado y para la cual no es lo mismo vivir que vivir felizmente, porque vive aun flotando en su oscuridad, y a la que resta convertirse a aquel por quien ha sido hecha, y vivir más y más en la fuente de la vida, y ver en su luz la luz, y así perfeccionarse, ilustrarse y ser feliz.<sup>547</sup>

Además, que el enfoque desde la *voluntad* nos permite comprenderla en la interpretación del ser humano; ese complejo enigma que ha recorrido la historia de la filosofía y las ideas, estableciendo

---

547 San Agustín. *Confesiones*, Alianza Editorial, Madrid: 1999, p. 364.

una relación teórica interdisciplinaria que involucra diversas ramas del saber. De allí que la *voluntad* sea fuente de la acción humana que permite establecer una forma de autoconciencia del *ser*, como agente que tiene plenamente certeza de la intención de sus actos; solo él sabe si sus actos son voluntarios o no, porque dentro de sus actos está implícita la voluntad, esto es, el desdoblamiento del *ser* en sus acciones, acciones representadas por la praxis humana que linda entre lo ordinario y lo trascendente.

Además de enfocar este capítulo dentro de la *voluntad* y la contingencia del *ser*; la *voluntad* y la libertad que dentro del cristianismo tiene una importancia capital, tal y como lo demostró santo Tomás, quien creará que la contingencia de las cosas exige para dar cuenta de su presencia en el mundo, para demostrar la existencia de un ser necesario que la haya puesto en el *ser*. Ese ser necesario es Dios. Creo conveniente acompañar este discurrir sobre la filosofía de la *voluntad* y su determinante influencia en José Gregorio Hernández, con un rasgo anecdótico que nos servirá de razón práctica.

Reconoce la historia de la filosofía que los mayores exponentes de la *voluntad* –san Buenaventura, Juan Duns Escoto y Guillermo de Ockham– son franciscanos, y José Gregorio Hernández, según sus biógrafos, pertenecía a la tercera orden franciscana; orden ideada como el estadio intermedio entre el claustro y el mundo para todos aquellos que quisieron seguir los pasos de san Francisco de Asís. Desde este punto de vista, es importante referir el apartado 42 de los *principios de formación franciscana –OFM Rati Formationis Franciscanae–*, que textualmente expresa:

El proceso formativo está atento a la unicidad de la persona y al misterio de Dios inherente a cada hermano, con sus particulares dones<sup>548</sup> para favorecer su crecimiento mediante el conocimiento de sí y la búsqueda de la voluntad de Dios.

---

548 Cf. CCGG 129 § 1.

Además de pregonar con su ejemplo, san Francisco de Asís afirmó que “Ninguna otra cosa hemos de hacer sino ser solícitos en seguir la voluntad de Dios y en agradarle en todas las cosas”<sup>549</sup>, precepto que José Gregorio Hernández cumplió a cabalidad; pero además es menester revisar los preceptos franciscanos expresados por Chevalier:

La primacía absoluta de lo divino, la deficiencia de la naturaleza y la necesidad de la gracia para perfeccionarla, la superación de la inteligencia por la voluntad y por el amor; y, tanto en el origen como en el término de su trabajo, la presencia vivificante de una intuición sin concepto, el poder que tiene el alma de ser directamente iluminada por Dios y de elevarse hasta Él gracias a una asistencia especial de su Creador.<sup>550</sup>

Y quiero subrayar específicamente la proyección hacia lo divino a través de la vocación y el servicio; la entrega del oferente a través de la voluntad y el amor al servicio de Dios y los semejantes, lo que confiere un carácter místico y voluntarista a la praxis franciscana que se yergue sobre el intelecto, forjando las acciones humanas con base en los dictados del alma como confluencia de la *voluntad* divina o absoluta y la *voluntad* humana o creada, a esa alma que moraba dentro del “hermano asno”. De allí que podemos hablar de un “giro voluntarista”, que surge con José Gregorio Hernández en un siglo profundamente científico-positivista e, indudablemente, balancea su acción científica y su ejercicio espiritual, no solo para sanar cuerpos, sino también almas. Porque José Gregorio Hernández transformó los dictados de su alma en poderosa dinámica que lo llevó de la aspiración de hombre a la plenitud de la perfección; donde el alma fue siempre ente rector de sus más anhelados propósitos.

---

549 Asís, 1971, p. 16.

550 Jacques Chevalier. *Historia del pensamiento*, vol. II: “El pensamiento cristiano”, Aguilar, Madrid: 1960, p. 363.

Hoy día se acepta como una de las teorías más válidas sobre la voluntad la de Viktor Frankl y su *voluntad de sentido*, que consiste, a grandes rasgos, en:

La búsqueda por parte del hombre del sentido de la vida constituye una fuerza primaria y no una 'racionalización secundaria' de sus impulsos instintivos. Este sentido es único y específico en cuanto es uno mismo y uno solo quien tiene que encontrarlo; únicamente así logra alcanzar el hombre un significado que satisfaga su propia voluntad de sentido.<sup>551</sup>

Dentro de estos planteamientos, cabe destacar la presencia de una *voluntad* de la significación que despierta a los seres de su latencia y los lleva a superar sus carencias y frustraciones. De allí que la significación de sujeto y vida, vida y sujeto, sean consustanciales con las potencialidades de realización que se tracen en medio de un mundo lleno de racionalismos y desesperanzas. Más aún en nuestros tiempos, cuando apostamos a la despersonalización e individualismos como formas para imponer una voluntad de poder que desgaja la humanidad en totalitarismos y causas perdidas. Y allí, precisamente, se hace inmensa la figura de José Gregorio Hernández como ejemplo de entrega desinteresada al servicio de Dios y sus semejantes; impulsado por una *voluntad* de sentido; una *voluntad* vivificadora del espíritu humano como la máxima potencialidad que permite resarcir las carencias y limitaciones en el camino a la trascendencia y la realización espiritual.

---

551 Viktor Frankl. *El hombre en busca de sentido*, Editorial Herder, España: 1971, p. 57.



*... El que puede gobernar su voluntad  
es mil veces más afortunado que si pudiese gobernar al mundo.*

STANISLAW LEM

*... La emergencia de la voluntad como problema filosófico  
expresa la progresiva emergencia de la subjetividad  
como modo de ser predominante...*

PAUL RICOEUR



# Capítulo 3

## Filosofía y sabiduría: el descubrimiento del ser

Según Descartes, la filosofía es sabiduría; mas si digo: José Gregorio Hernández y la filosofía de la *voluntad*, estoy diciendo: la *sabiduría de la voluntad*<sup>552</sup>; y dentro de este correlato estoy incluyendo tanto el *yo* pensante como el *yo* volente, dentro de una personalidad excepcional que apuntó hacia los horizontes de la sabiduría, tal y como la definía Descartes:

Sabiduría no solo hemos de entender la prudencia en el obrar, sino un perfecto conocimiento de cuanto el hombre puede conocer,

---

552 Y no estoy utilizando esta afirmación como simple retórica, sino que es una forma de definir el ejercicio de vida de José Gregorio Hernández Cisneros, de darle una definición a este importante eje de la vida que generalmente ha sido enfocada desde la perspectiva científica o la mística. No obstante, estas dos perspectivas enunciadas anteriormente tienen su fundamento en este principio, en la *voluntad* como ejercicio de una sabiduría, y la sabiduría como expresión de la *voluntad* de concienciarse dentro de la subjetividad trascendente, que permita reconocerse a sí mismo y en relación con los demás. De allí que la postura de Descartes sobre la relación entre filosofía y sabiduría la aplicamos a Hernández Cisneros, para concretar nuestra posición académica e intentar referir, desde el conocimiento y la filosofía del lenguaje, una vida y obra que desborda todas las posibilidades de lo crasamente objetivo y se bifurca en los espacios de lo simbólico; que ha sido uno de los elementos más reiterados a lo largo de este libro.

bien en relación con la conducta que debe adoptar en la vida, bien en relación con la conservación de la salud o con la invención de todas las artes; que para que este conocimiento sea tal, es necesario que sea deducido de las primeras causas, de suerte que, para intentar adquirirlo, a lo cual se denomina filosofar, es preciso comenzar por la investigación de las primeras causas, es decir, de los *principios*; que estos *principios* deben satisfacer dos condiciones: de acuerdo con la primera han de ser tan claros y tan evidentes que el espíritu humano no pueda dudar de su verdad cuando atentamente se dedica a examinarlos; de acuerdo con la segunda, el conocimiento de todas las otras cosas ha de depender de estos principios, de modo que pudieran ser conocidos sin que las otras cosas nos fueran conocidas, pero no a la inversa, esto es, estas sin aquellos; además, es preciso intentar deducir de tal forma de estos principios el conocimiento de las cosas que dependen de ellos, que nada haya en toda la serie de deducciones efectuadas que no sea muy manifiesto. Solo Dios es perfectamente sabio, es decir, solo Dios posee un conocimiento completo de la verdad de todas las cosas (5); no obstante, cabe decir que los hombres poseen mayor o menor *sabiduría* en razón del conocimiento mayor o menor que posean de las verdades más importantes.<sup>553</sup>

De allí que *filosofía* y *sabiduría* otorgan un rasgo distintivo entre los hombres y las naciones; entre el *ser* y sus semejantes, apuntando hacia la comprensión de lo humano; elemento que hace pensar en lo más alto y sublime que puede manifestarse dentro de la acción humana, desdoblada en todas sus colateralidades:

Es más, no solo es útil para todo hombre vivir en compañía de quienes se dedican a este estudio, sino que es incomparablemente mejor que cada hombre se entregue al mismo, tal y como, sin duda alguna, es mucho más deseable servirse de los propios ojos para orientarse y para disfrutar de la belleza de los colores y de la luz que

---

553 Rene Descartes. *Principios de filosofía*, Alianza Editorial, Barcelona: 1995, p. 8.

seguir las instrucciones de otro y mantenerlos cerrados. No obstante, esto último es preferible a mantener cerrados los ojos y sólo contar con uno mismo para orientarse.<sup>554</sup>

Bajo esta premisa, la filosofía es alimento para el alma y el espíritu, diálogo interior que se proyecta desde el *ser* hacia sus espacios y contextos; forma y manera de abrir los ojos hacia el mundo y percibir más allá de la simple percepción de quien vive sin filosofar. En palabras de Descartes:

Vivir sin filosofar equivale a tener los ojos cerrados sin alentar el deseo de abrirlos; no obstante, el placer de observar todas las cosas que nuestra vista descubre no es comparable, en modo alguno, a la satisfacción que genera el conocimiento de lo que la filosofía descubre; más aún, este estudio es más necesario para reglar nuestras costumbres y nuestra conducta en la vida de lo que lo es el uso de los sentidos para guiar nuestros pasos.<sup>555</sup>

De esta manera, se puede interpretar que filosofía y vida, en correspondencia con lo subjetivo-trascendente, otorgan la verdadera consciencia de *humano ser* a quien va más allá de la simple condición sensible; filosofía como obrar en pos de la trascendencia que involucra. De allí que el hombre deba buscar la forma de alimentar el espíritu a través de su tránsito por la vida, como lo hizo José Gregorio Hernández: siempre con una férrea *voluntad* buscó la sabiduría como efectivo nutriente de su espíritu. Una sabiduría que escapa de lo convencional y se ubica entre la sencillez y la vocación de servir a los demás; una sabiduría acendrada en la experiencia diaria como forma de nutrir su capacidad de vivir.

En tal sentido, la sabiduría se adquiere a medida que se evoluciona e interacciona en el devenir de la vida; oportunidad para hilvanar determinados elementos que permiten, posteriormente,

---

554 *Idem.*

555 *Ibid.*, pp. 8-9.

la constitución del sujeto como entidad simbólica que rebasa las fronteras de lo real y se orienta hacia lo subjetivo-trascendente, donde el orden afectivo y el compromiso espiritual son elementos determinantes, y que obviamente se encuentra contenido en estos cuatro elementos que describe Descartes en su intento por demostrar la posesión de la *sabiduría*:

El primero solo contiene nociones que son tan claras por sí mismas que pueden ser obtenidas sin meditación. El segundo comprende todo cuanto la experiencia de los sentidos nos permite conocer. El tercero cuanto nos enseña la conversación que mantenemos con otros hombres. El cuarto permite considerar cuánto se adquiere mediante la lectura, no de todos los libros, sino solo de aquellos que han sido escritos por personas capaces de otorgar buenas enseñanzas, ya que su lectura es una especie de conversación que mantenemos con sus autores.<sup>556</sup>

Entonces la filosofía es una forma de reflexionar en voz alta y esa reflexión deviene en la *sabiduría* para encarar la vida desde lo real y lo simbólico, la *sabiduría* que se constituye en la búsqueda de las certezas y, en todo caso, José Gregorio Hernández adquirió sabiduría tras las certezas científicas que lo hicieron médico e investigador eminente; pero, además, buscó la sabiduría mística que representa la trascendencia en la acción humana que supera todas las limitaciones corporales y cognitivas; el más alto y soberano bien de la vida humana que representa la realización de todo *ser* a partir de la *voluntad* que conduce hacia instancias superiores, como lo reflexionó Descartes:

Así, apreciando que quien desea dudar de todo, no puede llegar a dudar de que él sea, mientras que está dudando, y que lo que razona de esta forma, no pudiendo dudar de sí mismo y dudando, sin embargo, de todo lo demás, no es lo que llamamos nuestro

---

556 *Ibid.*, p. 9.

cuerpo, sino lo que llamamos nuestra alma o nuestro pensamiento, he tomado como primer principio el ser o la existencia de este pensamiento, a partir del cual he deducido muy claramente todos los otros: a saber, que hay un Dios, que es el autor de todo lo que hay en el mundo y que, siendo la fuente de toda verdad, no ha creado en modo alguno nuestro entendimiento de tal naturaleza que se pudiese engañar al emitir juicio sobre las cosas de las que tiene una percepción, que es muy clara y muy distinta.<sup>557</sup>

Filosofía no como mero conocimiento, sino práctica de vida; y he allí la figuración impelente de José Gregorio Hernández como paradigma de *voluntad* y *sabiduría* que lo hace *ser* de inconfundible valor científico y espiritual. Sabiduría en la forma consustancial de la vida y del espíritu o, más bien, de la capacidad del espíritu para comprender las realidades que circundan al *ser*. Bajo estas consideraciones que hacemos sobre Hernández Cisneros, encontramos una fuerte relación con los planteamientos de Descartes con respecto a la relación de la filosofía y la *sabiduría*, que indudablemente se encuentra plasmada en la siguiente afirmación cartesiana:

La totalidad de la filosofía se asemeja a un árbol, cuyas raíces son la metafísica, el tronco es la física y las ramas que brotan de este tronco son todas las otras ciencias que se reducen, principalmente, a tres, a saber: la medicina, la mecánica y la moral, entendiéndose por esta la más alta y perfecta moral que, presuponiendo un completo conocimiento de las otras ciencias, es el último grado de la *sabiduría*.<sup>558</sup>

Por su parte, Hernández Cisneros también considera la metafísica como el método adecuado para llegar al conocimiento y la certeza de las cosas, cuando escribe en sus *Elementos de filosofía* lo siguiente:

El método de la metafísica es el método del análisis objetivo. La verdad es la conformidad entre la inteligencia y las cosas. La certeza

---

557 *Ibid.*, pp. 12-13.

558 *Ibid.*, p. 15.

es la adhesión firme e inmutable de la mente a la verdad sin temor a errar; la evidencia es aquel resplandor de la verdad que produce el ascenso a la mente. Hay dos clases de certeza: la de la ciencia y la de la fe. El error es el desacuerdo entre el pensamiento y su objeto. La ciencia debe admitir la autoridad como un medio para descubrir la verdad. El silogismo es la forma ideal de la deducción. Las ciencias naturales deben servirse de la experiencia para progresar.<sup>559</sup>

Asimismo José Gregorio Hernández cree en la moral como la máxima expresión del *ser* que alcanza los más altos índices dentro de la acción humana y es el más vivo reflejo de la *voluntad*, el mayor bien de esta que destaca lo trascendentalmente humano: “El método de la moral es el empírico, que consiste en observar los hechos humanos y en deducir luego de ellos lo que tienen de común, y esta parte común es el fin único y el de mayor bien de la voluntad”; por lo tanto, el ejercicio moral para Hernández Cisneros se convierte en una dialéctica, una práctica que lleva implícita una *voluntad* y una *sabiduría*:

La conciencia moral resulta de la experiencia fundada en los caracteres y en los efectos sociales de nuestros actos, dependiente de su asociación y del hábito. El fundamento de la moral es la utilidad y el placer, no tanto en relación con la cantidad como en consideración de la calidad. El fundamento del derecho es el interés general. El yo es sino una serie de sentimientos coordinados, y los cuerpos son posibilidades permanentes de sensaciones (teoría de la relatividad del conocimiento).<sup>560</sup>

Y bajo este pareo podemos determinar que existe una profunda relación entre los *Principios de filosofía*, de Descartes, y *Elementos de filosofía*, de José Gregorio Hernández<sup>561</sup>. Allí existen puntos

---

559 Hernández, 2021, p. 192.

560 *Ibid.*, p. 205.

561 De hecho, podemos notar una profunda coincidencia en el título de ambas obras, *principios* y *elementos* que en torno al tema filosófico abordan de una manera detallada la filosofía como acción profundamente humana.

coincidentes que corroboran la influencia de Descartes en la constitución filosófica de Hernández Cisneros, de quien dice en su libro:

Enseñaba que el error siempre implica culpabilidad. Que el hombre de ciencia no debe admitir sino lo que él mismo ha comprobado. Que el criterio infalible es la evidencia. Según Malebranche, el ideal moral está contenido en la idea de perfección.<sup>562</sup>

Ambos creen en la trascendencia del ser más allá de los actos racionales, en las manifestaciones del espíritu como la constitución de espacios de la representación que desbordan lo estrictamente aparente e inmediato y se extrapola en los discursos que se rescinden en la espiritualidad; tal es el caso de las artes, reconocidas por Descartes dentro de esa coyuntura de la experiencia y el perfeccionamiento a través de la dialéctica:

Al igual que cabe apreciar en relación con las artes que, siendo inicialmente rudas e imperfectas, sin embargo, a causa de que contienen algo verdadero y cuyo efecto se percibe en la experiencia, se perfeccionan poco a poco en razón del uso, de igual modo cuando se poseen principios verdaderos en filosofía, no puede evitarse hallar otras verdades al desarrollarlos.<sup>563</sup>

Por su parte, José Gregorio Hernández cree que la estética es la ciencia de la sensibilidad, por ello acude a la literatura mística para intentar demarcar el recorrido del espíritu a través de la palabra creadora y revelar la fuerza de la presencia de Dios en el *ser*, que adquiere una humanidad trascendente:

---

Indudablemente, “principio”, desde la perspectiva filosófica, significa la parte esencial desde donde comienza la *cosa*; mientras que “elemento” será la substancia primaria de cuyas combinaciones se forma la materia. En todo caso, ambas acepciones apuntan hacia la filosofía y lo genesiaco en la constitución del *ser* y la materia, en indisoluble correspondencia.

562 Hernández, 2021, p. 195.

563 Descartes, *op. cit.*, 1995, p. 18.

La ciencia estudia por medio de la razón pura el mundo fenomenal, pero no puede conocer en ellas mismas las cosas que constituyen el mundo noumenal; sin embargo, como la noción del deber es independiente de los fenómenos, puede tenerse de él una certeza absoluta, según se postula por la razón práctica y también son ciertas las condiciones de su posibilidad, esto es, la libertad moral, la existencia de Dios y la vida futura; mas estas verdades no son científicas, sino solamente verdades de fe; luego la ciencia es el conocimiento de los fenómenos, de las cosas, como parecen ser; y la fe se extiende hasta los noúmenos, es decir, hasta las cosas como son realmente.<sup>564</sup>

Los actos de fe representan una forma coetánea de sabiduría, la forma de aprehender las realidades desde la esencia de las mismas, transformando las certezas en verdades de fe que constituyen su propia lógica de sentido y ejes de significación-representación. De allí que la *sabiduría* no solo está centrada en nociones comprobables, sino en los misterios de la creación y omnipotencia de una instancia superior, ente rector de todas las cosas en el mundo. Porque el pensar se vuelca en diferentes desdoblamientos que de forma determinante incluyen una apercepción de la realidad, bien sea desde el comprender, imaginar, querer, o el sentir. Porque en este sentido —y como hemos referido recurrentemente—, el sentir también es una forma de pensar. Además de representar la personificación del alma “y solo ella posee la facultad de sentir o de pensar, cualquiera que sea la forma”.<sup>565</sup>

Conocer a través del alma se convierte en nueva forma de racionalizar el sentir mediante la potenciación de lo subjetivo que trasciende el sentir y se hace consciencia en el *ser*, tal es el caso de la omnipresencia y poder de Dios. Evidencia tatuada en el alma del *ser* que actúa a su imagen y semejanza, convirtiéndola en necesidad

---

564 Hernández, 2021, p. 201.

565 Descartes, *op. cit.*, 1995, p. 27.

que origina la constitución de la verdad por la cual vale la pena vivir y obrar, tal y como la sintió José Gregorio Hernández en su práctica de vida espiritual; en el ejercicio de una *filosofía de la voluntad* que lo llevó a interpretar la *sabiduría* mística como el aliento para obrar en el mundo, desde la esencia de su existencia.

De allí proviene que la contemplación sea tan importante y determinante en este método o forma de aperebir el mundo de las cosas, desde la interioridad del ser que vuelca su mirada sobre sí mismo para luego reflejarla en el otro que forma parte de su complementariedad; que en el caso de Hernández Cisneros está representado por el prójimo, a quien sirvió con inquebrantable voluntad y en búsqueda de la perfección que le inspiraba su creencia en Dios. Por lo cual, Hernández Cisneros materializó en el servicio al prójimo la voluntad divina, alcanzando la perfección espiritual que hoy día le da un espacio de singular representación entre los actores de su época y lo proyecta, de manera incondicional, frente a cualquier limitación corpórea o mortal; donde la manera ideal de alcanzar la perfección es a través de la ley moral<sup>566</sup>, la cual, para José Gregorio Hernández:

Es un imperativo categórico, es decir, que es obligatoria y absoluta, la cual puede infringirse, pero no hay derecho para hacerlo. El deber, lo mismo que la virtud, es la fuerza moral que nos hace

---

566 Y dentro de los postulados de la ley moral, José Gregorio Hernández coincide plenamente con los conceptos expresados sobre esta en el *Catecismo de la Iglesia católica*: “La ley moral es obra de la *sabiduría* divina. Se le puede definir, en el sentido bíblico, como una instrucción paternal, una pedagogía de Dios. Prescribe al hombre los caminos, las reglas de conducta que llevan a la bienaventuranza prometida; proscribte los caminos del mal que apartan de Dios y de su amor. Es, a la vez, firme en sus preceptos y amable en sus promesas” (434); e indudablemente, Hernández Cisneros siguió esa pedagogía de Dios como la posibilidad de hacer posible su *voluntad*; entendida esta pedagogía como una sistematización del conocimiento divino que lo orientó en todo momento en su vida.

obedecer a la ley por respeto a la misma. El sentimiento nada tiene que ver con la moral. La idea del bien puede reducirse a la idea de la universalidad [...] De la existencia de la ley moral se deduce el postulado de la existencia de Dios.<sup>567</sup>

La ley moral, para Hernández Cisneros, es devenida de la consciencia del hombre sobre su pertenencia a un espacio más allá de lo simplemente material, reflejando el constante reencuentro entre el *ser* y su esencia en absoluta correspondencia con lo divino:

El mundo es el desarrollo interno e inmanente de la única sustancia divina. Todo cuanto tiene existencia existe en Dios, de cuyos dos atributos conocidos, el pensamiento y la extensión, deriva todo lo demás; del pensamiento divino vienen las almas y de la extensión nacen los cuerpos.<sup>568</sup>

Corroboramos, con esta afirmación, que existe una predilección por el alma como sustancia que refleja la presencia de Dios en el *ser*; de allí, pues, que el alma rige los destinos del cuerpo y conduce al *ser* hacia los caminos de la divinidad.

E indudablemente la anterior consideración la encontramos reflejada en los *Principios de filosofía*, de Descartes, cuando argumenta:

... la idea que tenemos de un Dios, *puesto que siempre ha estado en nosotros, es preciso que aún hagamos esta revisión* y que indagemos quién es el autor *de nuestra alma o de nuestro pensamiento* que tiene en sí la idea de las perfecciones infinitas que están en Dios. Así ha de ser, pues *es evidente* que quien conoce algo más perfecto de lo que él es, no se ha dado el ser, ya que *de igual modo* se habría atribuido todas las perfecciones de las que hubiera tenido conocimiento; en consecuencia, solo subsistiría en virtud de aquel que, en efecto, posee todas estas perfecciones, es decir, de Dios.<sup>569</sup>

---

567 Hernández, 2021, p. 201.

568 *Ibid.*, p. 196.

569 Descartes, *op. cit.*, 1995, p. 34.

Es la relación entre la finitud del ser y la infinitud de Dios, a través de los ideales de perfección que quedan distendidos como puente entre uno y otro, forma de emular las condiciones de perfección inalcanzables, pero sí agentes posibilitadores de alcanzar la redención y vencer las precariedades humanas a partir del fortalecimiento del alma y el acendramiento de los ejercicios espirituales; las manifestaciones más vivas y puras de la sensibilidad, desde donde las imperfecciones y debilidades humanas se ven compensadas por la perfección y bondad divina, como capacidades para el *ser*; reconocerse y ser reconocido en medio de realidades tangibles.

Y de esta manera debe ser reconocido José Gregorio Hernández, como un *ser* que no conoció límites en cuanto a su finitud como humano, sino que potenció una extensión hacia Dios como causalidad para realizar todos sus propósitos terrenales y espirituales. Devenido en un siglo donde el positivismo y el cientificismo demarcan el conocimiento, José Gregorio Hernández se afianza a la *filosofía de la voluntad* como la recurrente manera de encontrarse con lo sublime-trascendente. Y de esta manera y particularidad, esa prodigiosa figura, esa excelsa imagen de un *ser*, trasciende las realidades y se hace imprescindible en medio de los avatares de la vida e inmortal, con el paso del tiempo que debe reverenciarlo tanto desde sus aportes científicos como de su consagrada vida santa; y utilizo esta expresión para significar que José Gregorio Hernández tuvo una santa existencia, que vivió bajo una plena consciencia de su entrega espiritual.

Él, por *voluntad propia y libertad humana*, asumió ese camino consagrado; hizo algo que solo privilegiados y elegidos mortales pueden hacer: transformó su cotidianidad en un dechado de virtudes, hizo de su vida el tránsito y camino hacia la conversión espiritual; y de esa perspectiva nunca se alejó de la senda escogida y transitada con ejemplar entrega. Motivo por el cual, insisto, José Gregorio Hernández asumió *la voluntad* como el medio para buscar los objetivos terrenales y celestiales; fue la más férrea herramienta para impulsarse libremente

en la búsqueda del servicio a Dios y a sus semejantes. De allí que se hace vivo reflejo de los planteamientos de Descartes sobre la *voluntad*:

... poseyendo la voluntad por su propia naturaleza tal alcance, resulta para el hombre una gran ventaja el poder actuar por medio de su voluntad, es decir, libremente; esto es, de modo que somos en forma tal los dueños de nuestras acciones que somos dignos de alabanza *cuando las conducimos bien*.<sup>570</sup>

Transformándose la *voluntad* en mecanismo para comprender todo lo revelado por lo trascendente, aun cuando excedía la capacidad de los espíritus materialistas para comprenderlo y así penetrar en la infinitud divina, para buscar las respuestas existenciales cónsonas con el espíritu que las contempla en medio de la admiración y el éxtasis.

Por lo tanto, la *voluntad* será el medio para percibir lo esencial<sup>571</sup> desde las limitaciones cognitivas y humanas; una puerta que se abre desde el *ser* hacia él mismo y el otro, en concordancia con el conocimiento real y el conocimiento espiritual-simbólico que demarca nuevas formas de concebir el mundo a través del espíritu; o, como dice Heidegger: "... el espíritu es el destino y destino es espíritu. Pero la esencia del espíritu es la libertad"<sup>572</sup>. De lo cual, el verdadero filosofar no solo va a ir en búsqueda de la sabiduría, sino que se convierte en una interrogación sobre el ser, tal y como pretendemos hacerlo en este libro en torno a José Gregorio Hernández y su vinculación desde el *ser esencial*, que se mantiene sostenido entre la racionalidad y la espiritualidad a partir de la *voluntad* trascendente, que otorga la libertad de conducir al ser por los caminos establecidos por él mismo. A decir de Heidegger:

---

570 *Ibid.*, p. 42.

571 Es importante subrayar, en este aspecto, la importancia de la esencia para la manifestación de la *voluntad* y la perspectiva metafísica, puesto que la esencia es la realidad persistente; el ser, más allá de las variaciones del estado de las cosas, permanece invariable.

572 Martin Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 2.

... la libertad es un carácter del hombre en tanto personalidad, en tanto espíritu; pero el hombre es a la vez cuerpo y naturaleza; la determinación de la libertad tiene que ser deslindada respecto a la naturaleza, es decir, tiene que ser puesta en referencia con ésta.<sup>573</sup>

Y cuando vamos a revisar la posición de José Gregorio Hernández sobre la libertad humana, encontramos coincidencias interesantes con el pensamiento de Heidegger cuando al final de su libro, *Elementos de filosofía*, refiere:

La libertad humana está en contradicción con las leyes naturales que presentan un determinismo absoluto, pero es que hay dos clases de mundo: el fenomenal, que carece de libertad, y el noumenal, que se halla fuera de la ley del determinismo y es libre. El hombre fenómeno, cuya vida es temporal, está sujeto al determinismo; el hombre noúmeno, cuya existencia está fuera del tiempo y del espacio, goza de una libertad absoluta.<sup>574</sup>

Abducción que nos lleva perfectamente a enfocar el sentido de la libertad humana en Hernández Cisneros desde la perspectiva del Ser y su manifestación subjetiva-trascendente, conciencia individual que lleva hacia el hecho o el acontecimiento para refigurarlo desde esa posibilidad de la libertad, bajo la construcción del argumento libertario; y esta consideración la podemos sostener a través de Heidegger:

El concepto de la libertad tiene realidad si el 'Ser'- libre como un modo de 'Ser' pertenece también a la esencia y fundamento esencial del 'Ser'. Si esto es verdad, entonces el concepto de la libertad tampoco es ya un concepto cualquiera. [...] Si la libertad es una determinación fundamental del 'Ser' en general, entonces el proyecto de la totalidad de la concepción científica del mundo, dentro

---

573 *Ibid.*, p. 19.

574 Hernández, 2021, pp. 200-201.

de la cual ha de ser conceptuada la libertad, no tiene, al fin y al cabo, otra manera y centro propios que la libertad misma.<sup>575</sup>

Y con respecto a esta posición filosófica, es importante destacar y resaltar que José Gregorio Hernández creó sus propios espacios de libertad y trascendencia, por los cuales patentizó su libre filosofar en torno a la presencia de Dios en su vida:

La creencia en la libertad humana es ilusoria; los hombres ignoran las causas que los determinan a obrar y por eso creen que obran libremente. Todo cuanto sucede es necesario y viene de la sustancia única que existe, la cual es Dios, y de ella solo conocemos dos atributos: la extensión y el pensamiento.<sup>576</sup>

En este sentido, tener consciencia de la procedencia divina como fin único y originario confiere espacios de libertad para fundar su constitución como *ser*, instancia individual que es capaz de crear espacios de realización y trascendencia.

De allí que los espacios de la libertad humana para Hernández Cisneros están representados por los encuentros místicos-trascendentes que se establecen en su constante búsqueda de lo divino, su *voluntad* humana impulsada a través de la *voluntad* divina, de quien se cree instrumento para actuar en la realidad que le correspondió vivir. De allí toda su fijación en Dios como el único propósito viable en la vida terrena, además de representar una cualidad determinante dentro de la santidad de José Gregorio Hernández.

Porque ante este complejo tema de la libertad humana, todo apunta hacia las instancias individuales, tal y como lo hace saber Heidegger:

Si existe la libertad del hombre, esto es, en cada caso, la libertad del hombre individual, entonces se admite ya con ese existir algo en lo

---

575 Martin Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 25.

576 Hernández, 2021, p. 196.

cual y frente a lo cual se individualiza el individuo, algo con el cual éste coexiste en la totalidad de Ser: un sistema en general.<sup>577</sup>

Precisamente, José Gregorio Hernández se individualiza y adquiere sus rasgos diferenciadores como *ser* y filósofo en esa visión comprometida con la divinidad, pero, al mismo tiempo, generadora de acciones humanas que lo llevan por caminos de paz y concilio consigo mismo y los demás.

Y para redondear esta idea de la libertad del espíritu en Hernández Cisneros y la construcción del *ser* trascendente, quiero acercarme a la referencia de la *Onto-teo-logía* que hace Heidegger al revisar los objetivos de los enfoques ontológicos, como formas de aproximación al pensamiento humano y las nociones de libertad; porque, indudablemente, estamos en la búsqueda de la esencia del pensamiento filosófico de José Gregorio Hernández, que no es una simple referencia a teorías filosóficas, sino una práctica de vida; por lo tanto, surge “la necesidad y la naturaleza de la pregunta fundamental por la verdad del *ser*”<sup>578</sup>. Porque en la esencia del *ser* se vislumbran las posibles respuestas que conducen hacia interpretaciones desde este y para este, donde lo ontológico es razón fundamental para presentar reflexiones, más allá de lo simplemente contextual-histórico o científico-racional; tal y como ha sucedido con José Gregorio Hernández.

De hecho, he declarado en varias oportunidades dentro del desarrollo de este libro que el enfoque metodológico que se le ha dado a este acercamiento interpretativo es a través de la ontosemiótica o semiótica de la afectividad-subjetividad, para intentar develar ese *ser* de extraordinaria ascendencia simbólica que es José Gregorio Hernández; preguntarnos por el *ser* patémico que está detrás de una monumental obra espiritual, y aquí volvemos a incorporar a Heidegger y sus reflexiones sobre lo ontológico, para que nos dé mayor fundamento en nuestro propósito investigativo:

---

577 Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 62.

578 *Ibid.*, p. 78.

La pregunta propiamente dicha acerca del ente, la pregunta ontológica originaria, es la pregunta por la esencia del *ser* y por la verdad de esta esencia. Y ahora comprendemos que buscar el principio de la formación de sistema significa preguntar en qué medida el *ser* funda un ensamble y posee una ley de ensamblamiento; y esto quiere decir: reflexionar sobre la esencia del *ser*. La búsqueda tras el principio de la formación de sistema no significa otra cosa que plantear la pregunta ontológica propiamente dicha o, al menos, tender hacia ella.<sup>579</sup>

Y para beneplácito en el propósito de este libro, con Heidegger encontramos ese ensamblamiento que nos permite indagar sobre el *ser* en José Gregorio Hernández; ensamblar la pregunta ontológica con la pregunta teológica, en la pregunta “por el *ser* de la verdad”<sup>580</sup>, nos lleva a encontrar múltiples respuestas sobre las verdades que acarició Hernández Cisneros a través de la *filosofía de la voluntad*. Y el concepto de Onto-teo-logía utilizado por este filósofo alemán –considerado como el más importante del siglo xx– nos calza perfectamente, porque con él nos salimos de las denominaciones tradicionales de ontología y teología filosófica, y nos orientamos hacia “una caracterización posible, pero siempre en retrospectiva de la pregunta fundamental de la filosofía”<sup>581</sup>. Y para ello coloca como ejemplos la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel, y *La voluntad del poder*, de Nietzsche; dos textos que privilegian el sujeto y su voluntad, evidencias del querer-poder como forma de acción humana.

Para mayor fundamentación de lo pretendido, la esencia del planteamiento de Heidegger sobre la Onto-teo-logía está en la forma de copertenencia entre ellas en torno al *ser*:

Ontología no significa nunca para nosotros un sistema, un trozo doctrinal o una disciplina, sino solo la pregunta por la *verdad* y el

---

579 Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 79.

580 *Idem*.

581 *Ibid.*, p. 80.

fundamento del *ser*; y “teología” quiere decir para nosotros la pregunta del *ser* del fundamento. Lo esencial es la copertenencia interna de ambas preguntas.<sup>582</sup>

De esta correlación podemos migrar nuestra referencialidad hacia el espíritu humano en correspondencia con el espíritu eterno, representado por la figura y presencia de Dios, desde donde deviene la *voluntad*, tal y como lo expresa Schelling, citado por Heidegger:

Y el espíritu eterno, que siente en sí la palabra y a la vez el anhelo infinito, movido por el amor pronuncia la palabra, que [de modo que] el entendimiento, junto con el anhelo, llega a ser ahora la voluntad libremente creadora y omnipotente, y forma en la naturaleza, inicialmente sin regla, como en su elemento o instrumento.<sup>583</sup>

Dentro de estas reflexiones y argumentaciones surge un elemento fundamental para nuestro análisis y es la aparición de la confluencia entre el *espíritu* y el *anhelo*, en torno a la *voluntad* representada por la acción y la palabra. Entonces, satisfactoriamente, puedo concluir perentoriamente que José Gregorio Hernández fue practicante de una filosofía de la *voluntad* sostenida en el anhelo, perfectamente definible como *la filosofía de la voluntad del anhelo*; para lo cual revisemos en extenso estas afirmaciones de Heidegger al respecto:

Espíritu significa esa unidad del fundamento en Dios y de su existencia. Pero no unidad en el sentido vacío de una referencia pensada, sino como unidad unificante, en la cual, como origen, “está presente” lo que hay que unificar, a derecho de su diversidad, o más bien precisamente junto con ella. El espíritu siente en sí mismo la palabra y a la vez el anhelo. Este “a la vez” no significa, por su parte, la vacía isocronía, sino la referencia interna que tienen entre sí el anhelo; lo que el anhelo era ya siempre lo habrá sido

---

582 *Ibid.*, p. 79.

583 *Ibid.*, p. 155.

siempre, pero él será esto en la palabra, la cual *será* solamente lo que ella ya era.<sup>584</sup>

El anhelo es la imagen que los ojos no ven, pero que la palabra hace presente y patente según la *voluntad* del *ser* que construye el orden de representación a través de su proyección espiritual. Por ello, es tan importante relacionar a José Gregorio Hernández y ese mundo simbólico-lexical- lingüístico que él construye a través de la palabra, como intérprete de lo anhelado y, más aún, cuando hace la combinatoria entre los instantes de trascendencia que permiten conjuntar lo poético con lo metafísico, tal como lo refiero al final de este libro. Ahora bien y siguiendo con Heidegger, con respecto al anhelo y su posibilidad de elevación del espíritu hacia escenarios de la trascendencia, tenemos que:

El anhelo es lo sin nombre, pero en esa forma lo busca siempre la palabra; la palabra es la elevación a la luz, pero referida precisamente así a la oscuridad del anhelo. El espíritu encuentra esa referencia recíproca y en ella a los correlatos, y con esto se encuentra a sí mismo. Si fundamento y existencia constituyen el modo de ser de un ente en tanto es por sí mismo, entonces el espíritu es la unidad originariamente unificante del ser.<sup>585</sup>

Y a través de Heidegger seguimos estableciendo paridades entre Schelling y Hernández Cisneros, por la coincidencia en los planteamientos con respecto a una *filosofía de la voluntad del anhelo*; para encontrar entre ellas el amor<sup>586</sup> como fundamento de unificación a través de la *voluntad*:

---

584 Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 156.

585 *Idem*.

586 Aquí el amor es un goce de unirse al *ser* divino por razón de él mismo y no del que quiere. Puesto que para José Gregorio Hernández el fin último del hombre es amar a Dios, Dios como fin último de la criatura humana; principio y fin de la *voluntad* humana; como el acto más sublime y trascendental que pueda existir. Y ello consustancial con lo contenido en la

La voluntad del amor no quiere, así pues, una ciega unificación para que exista apenas unidad, sino quiere primero y propiamente la separación, no para que permanezca en esta, sino a fin de que permanezca el fundamento para una unificación más alta.<sup>587</sup>

Y esa unificación más alta en José Gregorio Hernández la podemos apreciar cuando, en un texto lírico-místico sobre santa Teresa de Jesús, hace referencia a san José; y allí concatena amor con veneración, sacando el amor del simple rango del sentimiento y llevándolo a los escenarios de la contemplación:

Entonces también empecé a amar y a venerar más si cabe, por otra razón. De todos los santos que forman el esplendor del cielo y constituyen la gloria extrínseca de Dios, ninguno, si exceptuamos a la Santísima Virgen, tiene para el pueblo cristiano y para la Iglesia entera la significación y el valor de san José. Todos vivimos en el amor y en la veneración del santo que no tiene semejante en la inmensidad de la gloria.

Amor y veneración producen el reconocimiento más allá de la materialidad histórica o mítica- referencial y conducen a la manifestación desde el lazo afectivo-subjetivo que se estrecha entre la representación mística (san José) y el espíritu trascendido a través de la veneración amorosa, o el amor venerante, para marcar significativamente esta vinculación que establece Hernández Cisneros en cuanto a los dos términos. Y es que la *voluntad* unifica los contrarios y los constituye en unidades de significación para el *ser* que crea nuevos espacios de significación-representación, tal y como ocurre en el discurso estético con las paridades oposicionales o antítesis.

---

fe católica, expresada en el *Catecismo de la Iglesia católica* de la siguiente manera: “Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta ocasión se dirige a cada uno personalmente, pero también el conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe” (394).

587 Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, pp. 156-157.

De esta manera, el espíritu unifica y forma a través de la *voluntad* que se yergue a manera de unión entre el espíritu y la acción anhelada por este, en una relación de contrapuestos:

El espíritu en cuanto voluntad del amor es voluntad de lo contrapuesto. Esa voluntad quiere la voluntad del fundamento y quiere a esta como voluntad contraria a la voluntad del entendimiento. El espíritu como voluntad del amor quiere la unidad de ambas voluntades contrarias [...] se extiende, adviene a la voluntad de iluminación, de recolección y unificación [...] Entonces llega a ser lo formado y la figura, y la voluntad se convierte en una voluntad formadora.<sup>588</sup>

Según esta propuesta conceptual heideggeriana, la *voluntad* va evolucionando a medida que opera en función del espíritu y se transforma con base en la esencia del *ser* que la guía o, más bien, compele con ella en esa dinámica o praxis de la *voluntad* que, desde un viaje iniciático de la impulsividad, se transforma en creadora:

El espíritu que se expresa es voluntad formadora y forma por cierto en aquello hacia lo cual él se expresa, es decir, en el fundamento, el cual, en tanto anhelo, jamás puede llegar por sí mismo a la determinidad de una forma y nombre duradero. La “naturaleza inicial”, el fundamento ‘presente’ en sí mismo, adviene ahora a la palabra. La voluntad del fundamento es “ahora” una despertada voluntad formadora. La naturaleza inicial sin regla es ahora naturaleza creadora y no sólo una voluntad impulsiva. En el poderío del espíritu acaece “ahora” la creación. Y el tiempo viene a ser, más exactamente, su devenir es preparado, en tanto esa voluntad creadora.<sup>589</sup>

Bajo esta mirada filosófica, el anhelo tiene una importante referencia y fuerza de la praxis dialéctica de la *voluntad*, y de allí que recurrimos a los planteamientos de Schelling sobre el anhelo; y referidos por Heidegger en su afán por definir la *voluntad* desde la

---

588 *Ibid.*, p. 157.

589 *Idem.*

libertad humana, cuando refiere el anhelo como “la determinación esencial del fundamento –del *ser*-fundamento– en Dios, caracteriza ese *ser* impulsándose lejos de sí en la amplitud más indeterminada de la absoluta plenitud esencial y, a la vez, como prepotencia del encerrarse en sí mismo”<sup>590</sup>. Ese anhelo es materia impelente que genera acciones que tienen como regente fundamental el espíritu y, en José Gregorio Hernández, esta manifestación es más que evidente en cuanto su anhelo por alcanzar la gracia divina se hace constante en la formación de una personalidad acendrada en la fe, al mismo tiempo que forma toda una concepción filosófica que convierte su vida en constante entendimiento, a través de la posibilidad de la palabra.

Porque la palabra, además de representar la manifestación patente y latente del espíritu, contiene los referentes patémicos que muestran al ser deseante que delinea, a través de la *voluntad*, los caminos para hallar la trascendencia dentro del mundo ordinario, la construcción del sujeto a través de la *voluntad*; he allí la voz coincidente de Heidegger:

En tanto la esencia general de la voluntad consiste en el apetecer, el anhelo es una voluntad en la cual el tendiente se quiere a sí mismo en lo indeterminado, es decir, quiere encontrarse consigo mismo y exponerse en la amplitud más expandida.<sup>591</sup>

A esta voluntad Heidegger la llama *impropia* porque el querer no ha aparecido dentro de la praxis dialéctica de esta. Mientras que:

La voluntad en la voluntad es el entendimiento, el saber que comprende la unidad unificante del que quiere y de lo que es querido. El anhelo, en tanto, es la voluntad del fundamento, es por ello que voluntad sin entendimiento, la cual, en su tender, presente, sin embargo, precisamente al “ser”-sí- mismo.<sup>592</sup>

---

590 *Ibid.*, p. 153.

591 *Idem.*

592 *Idem.*

Desde esta perspectiva, el concepto de *voluntad* se complejiza, más aún cuando es establecido a partir del anhelo que Heidegger llama *eterno*, el que no tiene concreción y se convierte en espacio simbólico que crea recurrentes posibilidades de significación-resignificación, que alimentan el deseo y posibilitan la búsqueda de lo pretendido:

El eterno anhelo es un tender que no se permite llegar jamás a una hechura fija, porque quiere seguir siendo siempre anhelo [...] el anhelo es “sin nombre”, porque no conoce ningún nombre, no es capaz de nombrar lo que él apetece; le falta la *posibilidad de la palabra*.<sup>593</sup>

Ahora bien, con la anterior referencia nos enfocamos en la presencia divina y los mecanismos forjadores de la *voluntad* para llegar hasta ella y entenderla como tal, crear un saber desde el fundamento que supera la realidad tangible. Y en esa dimensión, el anhelo se convierte en fundamento para la existencia que vuelca su mirada en el espíritu, como el mecanismo para alcanzar el argumento en los predios de la trascendencia divina; por lo tanto:

El anhelo es la *excitación*, el extenderse lejos de sí y en despliegue; y precisamente en esa excitación yace y acontece la incitación de lo que (se) excita hacia sí mismo. El afán de exponerse es la voluntad de llevarse a sí mismo, de representarse.<sup>594</sup>

De esta manera, el anhelo se transfigura en espacio enunciativo desde donde se trasciende y se complejizan los sistemas de representación, al desafiarse las lógicas racionalistas, y se crean otras formas de razonar a partir de la afectividad-subjetividad.

Así aparece, con tanto sentido y fuerza para nuestro propósito, la referencia que hace Heidegger sobre Schelling en cuanto a Dios y en función del anhelo:

---

593 *Idem.*

594 Heidegger, *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 153.

Pero correspondiendo al anhelo, que es, en tanto fundamento aun oscuro, el primer movimiento de la existencia divina, se produce en Dios mismo una representación interior reflexiva, por medio de la cual, puesto que ella no puede tener ningún otro objeto que Dios, este se mira a sí mismo en una imagen fiel. Esa representación es lo primero en lo cual, Dios, considerado absolutamente, se realiza, si bien solo en él mismo; ella es el comienzo en Dios y Dios mismo engendrado en Dios. Esta representación es, a la vez, el entendimiento –la palabra de aquel anhelo.<sup>595</sup>

Esta representación de Dios en sí mismo es el advenimiento dentro de los espacios simbólicos que justifican su presencia y demuestran su *voluntad* devenida de lo infinito<sup>596</sup>, al mismo tiempo que representa el anhelo originario que incita hacia sí mismo en la creación de tiempos y espacios; pero visto desde el enfoque teológico de José Gregorio Hernández, esa *voluntad* divina es el elemento originario que sirve de precepto identitario para todos los hombres que deben reflejarse en las maravillas de la creación como muestra de la voluntad divina, que, obviamente, requiere de la *voluntad* y el anhelo humano para reflejarse en gozo dentro de esa maravilla creacional; o tal como la llamó en momentos Hernández Cisneros: la *evolución creadora*. Por lo tanto, la creación del mundo por parte de Dios no es la simple creación de una “cosa”,

---

595 *Ibid.* pp. 153-154.

596 Aquí el amor es un goce de unirse al *ser* divino por razón de él mismo y no del que quiere. Puesto que, para José Gregorio Hernández el fin último del hombre es amar a Dios. Dios como fin último de la criatura humana; principio y fin de la *voluntad* humana; como el acto más sublime y trascendental que pueda existir. Y ello consustancial con lo contenido en la fe católica; expresada en el *Catecismo de la Iglesia católica* de la siguiente manera: “Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta ocasión se dirige a cada uno personalmente, pero también el conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe” (394).

... no es la fabricación de algo que no está-delante como cosa, sino la flexión de la voluntad eterna del anhelo en la voluntad de palabra, de colección: *por ello* lo creado mismo es un querer y algo que llega a ser en el querer.<sup>597</sup>

Es necesario darse cuenta por qué José Gregorio Hernández consideró el don de la creación como una de las más grandes manifestaciones de la infinita *voluntad* divina, que a través de la palabra materializó el anhelo de crear el mundo. Y en recurrentes momentos hace acotaciones sobre la grandiosa obra de la *voluntad* divina:

Todo puede considerarse como una sustancia simple o que puede resolverse en sustancias simples y activas, a las cuales se les llama mónadas. Dios es la *mónada infinita*; las almas son *mónadas pensantes*; los cuerpos son *agregados de mónadas* (dinamismo interno). Las *mónadas* no ejercen entre ellas ninguna acción, pero Dios, por un decreto eterno, ordenó de antemano todas las determinaciones de las mónadas (armonía preestablecida). El mundo que existe es el mejor posible (optimismo absoluto).

Volviendo a Descartes y para efectos de la reflexión sobre la *voluntad*, es importante destacar que para este filósofo existen dos modos de pensar: "... la percepción del entendimiento y la acción de la voluntad"<sup>598</sup>, que representan el percibir y el determinarse en función del devenir del juicio. Reconoce que la *voluntad* es absolutamente necesaria para establecer los discernimientos, lo cual le otorga una superioridad sobre el entendimiento:

Además, el entendimiento solo alcanza a los pocos objetos que se le presentan y es siempre muy limitado; por el contrario, la voluntad puede parecer en cierto sentido infinita, puesto que no conocemos nada que pueda ser objeto de alguna otra voluntad, incluso de la inconmensurable voluntad de Dios, que no pueda ser objeto

---

597 Heidegger. *Schelling y la libertad humana*, 1995, p. 159.

598 Descartes, *Principios de filosofía*, p. 40.

de la nuestra. Esta es la causa de que nosotros la llevemos ordinariamente más allá de lo que nosotros conocemos clara y *distintamente*. Y cuando en forma tal abusamos de la voluntad, no es maravilla alguna así nos equivoquemos.<sup>599</sup>

Reconocida está la impelencia de la *voluntad* en cuanto generadora de acciones humanas y soportada por el anhelo que impulsa proyectivamente al *ser*, que discierne y complementa a través de la praxis dialéctica de la *voluntad*. Desde allí se prefiguran los caminos hacia donde dirige el hombre sus acciones, esto es, la conducción entre el bien y el mal cuando el bien representa la práctica ideal de la *voluntad*, además de representar la libertad que el hombre tiene en cuanto a sus decisiones:

... poseyendo la voluntad por su propia naturaleza tal alcance, resulta para el hombre una gran ventaja el poder actuar por medio de su voluntad, es decir, libremente; esto es, de modo que somos en forma tal los dueños de nuestras acciones, que somos dignos de alabanza *cuando las conducimos bien*.<sup>600</sup>

En este sentido, entra en consideración la ley moral a la que aduce José Gregorio Hernández con relación de la regulación de la voluntad del hombre con respecto a Dios. Así que la *voluntad* representa el poder de elegir y de actuar, lo que puede interpretarse como una característica de libertad contenida dentro de esa praxis dialéctica. No obstante, tanto Descartes como Hernández Cisneros creen que esa libertad está supeditada a la presencia de Dios, quien ha preordenado todo. Por lo tanto, esa libertad o libre albedrío debe conciliarse con el preordenamiento divino, a través de la omnipresencia de Dios frente a la finitud del conocimiento del hombre; y desde donde la libertad del hombre es un legado de la *voluntad* divina, quedando abierta la posibilidad del errar en el

---

599 *Ibid.*, p. 42.

600 *Idem*.

deseo de encontrar la verdad, por lo que es necesario conocer el orden o método para conocerla sin precipitar los juicios y asumir como ciertas o verdaderas cosas que no lo son. Indudablemente, ambos asumieron el método metafísico para alcanzar tal fin; al respecto, leamos lo afirmado por José Gregorio Hernández:

Por otra parte, como la razón pura no puede conocer los seres como son en sí, es decir, los nóúmenos, se deduce que la metafísica es imposible. Pero con la razón práctica puede postular el deber, del cual derivan tres nociones metafísicas que son, como ya vimos, la libertad humana, la espiritualidad e inmortalidad del agente moral y la existencia de Dios; se deduce que la metafísica es posible teniendo como fundamento la moral.<sup>601</sup>

Asimismo es importante destacar la *voluntad* como elemento que crea nociones de verdad, que están estrechamente vinculadas con la lógica subjetivada y no la meramente racional; o, más bien, crear la racionalidad subjetiva que permita crear lógicas de sentidos en torno a realidades que escapan a lo meramente racional-cognitivo: “Y aun cuando esta verdad no hubiera sido demostrada, estamos inclinados en modo tal a asentir a las cosas de las que nos apercibimos manifiestamente, que no podríamos dudar de ellas *mientras así nos apercibiéramos*.”<sup>602</sup>

Bajo esta importante consideración podemos sostener las fundaciones de verdades y certezas en torno a la divinidad o la ficción estética. En cuanto a este detalle teórico, lo cierto es que la percepción y la *voluntad* requieren de espíritus conscientes de esas formas de pensar-actuar, de sujetos percibientes de esas facultades para juzgar adecuadamente, a través del discernimiento.

Sobre estas consideraciones, es menester aclarar que esos seres percibientes superan cualquier capacidad humana ordinaria y se

---

601 Hernández, 2021, p. 201.

602 Descartes, 1987, p. 47.

inclinan hacia perspectivas que van más allá de lo meramente cognitivo. De allí que Hernández Cisneros percibió la realidad desde una particular perspectiva, que lo dotó de capacidades excepcionales para notar la presencia de Dios a través de su vocación y santidad. Insisto en unir estos dos conceptos porque creo que aquí radica una faceta hasta hoy no definida de José Gregorio Hernández, que soportan ese dechado de virtudes en que convirtió su vida; aún más, son los correlatos que soportan esa *filosofía de la voluntad del anhelo*, referida anteriormente.

De donde la vocación representa la plena conciencia de ser instrumento de Dios para servir a los demás; una forma muy particular de ejercer su profesión con dedicación y esmero, en función de los principios personales del *ser*. Bajo esta referencia, el término puede ser asumido desde sus acepciones religiosas, como el llamamiento que Dios hace al *ser* y está profundamente relacionado con la interpretación de los anhelos y su relación con lo inspirador y trascendente; mientras que la santidad es intentar morar en los predios de Dios y hacer su *voluntad* por sobre todas las cosas. De esta forma, es un legado de Dios que deviene del sujeto consciente de su compromiso con Él, deviene de la plena conciencia de saberse coheredero de la palabra del Creador, pero al mismo tiempo dignificar su cuerpo y espíritu, como preparación previa para alcanzar los dones celestiales. Esa conciencia de santidad operó en Hernández Cisneros como la vía y mecanismo para lograr vincularse con la instancia que durante toda la vida anheló.

Porque, en este sentido, la santidad es un complejo sistema sónico que evidencia la conciencia del sujeto que se siente trascendido en función de sus obras a nombre de la deidad, al mismo momento que reconoce que ese don es producto de la instancia superior que lo ha escogido y requiere respuestas a través del sacrificio y las limitaciones corporales; vías que conducen hacia la ampliación de los horizontes del alma. Y allí está representada la conciencia del sacrificio, el dolor y el martirio, a manera de elementos reveladores

de la santidad. Porque si a ver vamos, Hernández Cisneros practicó estos tres elementos santificantes: es poseído de la gracia santificante que fue el motor fundamental de su actuación en la vida ordinaria; por siempre sostuvo un trabajo de fidelidad y correspondencia con la Iglesia católica, como una prolongación de Dios y el medio para llegar a Él; y su conciencia de purificación y conversión interior para hacer suya la práctica de los principios del cristianismo.

Así, comprendió perfectamente José Gregorio Hernández que su libertad humana, que su libre albedrío coincidía con la omnipotencia de Dios y que toda su actuación era preconcebida por la *voluntad* divina o, por lo menos, hacia esos caminos conducía su actuación; lo que se corresponde, según los criterios de Descartes, con una percepción clara y distinta; entendida esta como:

La percepción sobre la que se desea establecer un juicio indubitable no solo debe ser clara, sino que también debe ser distinta. Entiendo que es clara aquella percepción que es presente y manifiesta a un espíritu atento; tal y como decimos que vemos claramente los objetos cuando, estando ante nosotros, actúan con bastante fuerza y nuestros ojos están dispuestos a mirarlos. Es distinta aquella que es en modo tal separada y precisa de todas las otras que solo comprende en sí lo que manifiestamente aparece a quien considera como es preciso.<sup>603</sup>

Hernández Cisneros percibió la realidad desde otras instancias que el mundo científico y ordinario de la época, e incluso de la nuestra, no puede percibir; y se vio representado dentro de la espiritualidad como la forma de concebir la vida y dirigir su existencia hacia lo realmente trascendental. Un *ser* que bajo la reflexión-contemplación pudo templar su *voluntad* y anhelo en pos de lo más ansiado, superando la simple instancia corpórea; aun cuando siempre articuló cuerpo y espíritu como la dualidad necesaria e imprescindible. Pero

---

603 Descartes, *Principios de filosofía*, 1995, p. 48.

en Hernández Cisneros esa condición de conocer se extendió mucho más allá del común de los hombres, cultivó el pensamiento como el principal atributo del alma; de allí que reconoció fehacientemente que la imaginación, la sensibilidad y la *voluntad* otorgaban al *ser* cualidades singulares en su intención de percibir e interpretar el mundo que le rodeaba, en medio de las explicaciones necesarias para poder comprender su existencia y la de los otros; y que, obviamente, eran cualidades heredadas de la *voluntad* divina o cualidad creadora de todos los principios del universo.

Llegados a este punto, lo cierto es que filosofar será una forma de conocer y comprender como lo entendió Descartes y, por correspondencia teórica-espiritual, José Gregorio Hernández. Desde esta aseveración, leamos lo que Descartes indica al respecto:

De esta forma y en primer lugar, conoceremos que somos, en tanto que nuestra naturaleza consiste en pensar; que existe un Dios del que nosotros dependemos y, después de haber considerado sus atributos, podremos indagar la verdad de todas las otras causas, puesto que es causa de ellas. Además de las nociones que tenemos de Dios y de nuestro pensamiento, también hallamos en nosotros el conocimiento de muchas proposiciones que son perpetuamente verdaderas como, por ejemplo, que la nada puede ser el autor de algo. También hallaremos la idea de una naturaleza extensa o corporal que puede ser movida, dividida, etc..., así como las sensaciones que causan en nosotros ciertas disposiciones, dolor, los colores, etc... Y comparando lo que acabamos de aprender al examinar estas cosas por orden con aquello que pensábamos de ellas antes de haberlas examinado de esta forma, nos acostumbraremos a formar concepciones claras y distintas sobre lo que nosotros somos capaces de conocer. Estos pocos preceptos pienso que comprenden todos los principios más generales y más importantes del conocimiento humano.<sup>604</sup>

---

604 *Ibid.*, p. 65

Filosofar será la acción humana que involucra, desde la posición de la filosofía de la *voluntad*, una interrelación entre el *yo* pensante y el *yo volente*; y desde donde se definirán las articulaciones reflexivas de los hombres y los destinos que le interpongan a sus obras; pero siempre teniendo como principio generador la *voluntad* divina, la presencia de Dios como autor de toda forma posible, que, a decir de José Gregorio Hernández:

La esencia de la materia es la extensión. El mundo es el desarrollo interno e inmanente de la única sustancia divina. Todo cuanto tiene existencia existe en Dios, de cuyos dos atributos conocidos, el pensamiento y la extensión, deriva todo lo demás; del pensamiento divino vienen las almas y de la extensión nacen los cuerpos.<sup>605</sup>

Afirmación que tiene una sustancial coincidencia con lo planteado por Descartes sobre el alma y el cuerpo, pero, además, sobre la procedencia divina de todas las cosas:

Ante todo, hemos de recordar como regla infalible que lo que ha sido revelado por Dios es incomparablemente más cierto que todo lo demás; de esta forma, si en alguna lucecilla de la razón pareciera sugerir alguna cosa como contraria a lo revelado por Dios, siempre estaremos prestos a someter nuestro juicio a cuanto procede de Dios. Pero, en relación con las verdades de las que la Teología no se ocupa, no existe apariencia de que un hombre que desee ser filósofo acepte como verdadero lo que no ha conocido que sea tal y que prefiera fiarse de los sentidos; es decir, que prefiera otorgar crédito a los juicios no sometidos a examen desde la infancia antes que otorgar crédito a su razón, cuando está en disposición de conducirla rectamente.<sup>606</sup>

Toda la vida será el discurrir filosófico que integra al *ser* desde sus más íntimas instancias, cúmulo de experiencias e interpretaciones

---

605 Hernández, 2021, p. 196.

606 Descartes, *Principios de filosofía*, 1995, p. 70.

que van solidificando la personalidad. De allí no tiene que extrañar la influencia primera de José Gregorio Hernández en cuanto a la experiencia místico-religiosa y a su firme convicción de ver la filosofía, dentro del decurso histórico, como la indagatoria del *ser* entre el mundo de las cosas y el mundo del sujeto; articulaciones que permiten crear nociones de verdad en busca de las certezas. Certezas que, en muchos sentidos, tienen que ver con el espacio o lugar interior; estancia paralela a lo corporal que está soportada por el pensamiento y donde su potenciación está supeditada a los niveles de conciencia trascendente que sobre él tenga el *ser*.

Certeza que para Descartes está ubicada dentro de la Metafísica y más allá de la certeza moral:

La otra clase de certeza es la que tenemos cuando pensamos que no es en modo alguno posible que la cosa sea de otra forma a como la juzgamos. Esta certeza está fundamentada sobre un principio de la metafísica muy asegurado y que afirma que, siendo Dios el soberano bien y la fuente de toda verdad, puesto que él es quien nos ha creado, es cierto que el poder o facultad que nos ha otorgado para distinguir lo verdadero de lo falso, no se equivoca cuando hacemos un uso correcto de la misma y nos muestra evidentemente que una cosa es verdadera.<sup>607</sup>

Indudablemente, es la certeza que responde a la manifestación de la subjetividad trascendente del *ser* y, dentro de este espacio o lugar interior, pudiéramos situar la *voluntad* como lugar de acción, pero, de la misma manera, escenario de la reflexión y autoconciencia del *ser* sobre su potencialidad interior en cuanto a las limitaciones corporales o las que los entornos o espacios externos puedan oponer a sus principios o propósitos, pero que son evidentemente superados por la empatía con la *voluntad* divina y el reconocimiento que todo movimiento procede de la omnipotencia de Dios. Él es la causa primera de todo movimiento, además de mantener en constante movimiento el universo.

---

607 *Ibid.*, pp. 412-413.

Por estas razones filosóficas, el mundo interior se ve desbordado hacia la acción humana como concreción de un espíritu profundamente romántico que, bajo el don de la contemplación, encuentra la redención a partir de la *voluntad* que lo hace ser trascendido hacia los espacios de la divinidad; las esferas para el encuentro consigo mismo en medio de la vida divina como práctica de la *voluntad* personal. Y en correspondencia con la *voluntad* trascendente de Dios o voluntad creadora, poder, santidad, bondad, justicia y *voluntad* redentora; y esta *voluntad* redentora, soberana o providencial solo será hallada por quienes se proponen trascender en pos de esa *voluntad* y asumirla como su forma de vida y acción.

Por consiguiente, la *voluntad* en José Gregorio Hernández significa autoafirmación y autoposición del espíritu *absoluto*. Así lo cree y expresa, en interpretación de Schelling y Hegel:

Schelling cree que existe el yo y el no yo en una sustancia única que es el absoluto. Hegel sostiene que el absoluto es la idea. Dios es la idea que en una evolución eterna se manifiesta a sí misma en la naturaleza y en la humanidad.<sup>608</sup>

Por lo tanto, la razón ontológica suprema que existe para el *ser*; bajo la razón personal, es la razón divina porque se conoce a sí misma; al mismo tiempo que es *voluntad* divina porque se afirma en sí misma como existente. Por ello, Hernández Cisneros refiere la posición de Hegel sobre la conveniencia de la aplicación del modo deductivo u ontológico como el más adecuado filosóficamente.

De lo que se puede deducir que la dialéctica de la *voluntad* es un acto volitivo, puesto que es un acto existente que reside en la vinculación de lo divino con lo personal; Dios es *voluntad* del ser que se quiere y se afirma a sí mismo, Dios es ser en tanto que es *voluntad*, estableciéndose esa *voluntad* como vínculo entre Dios y el *ser* que se siente trascendido hacia lo divino; y, en concreto, de esa manera lo ve y lo siente José Gregorio Hernández.

---

608 Hernández, 2021, p. 202.

A partir de la filosofía, José Gregorio Hernández se descubre y devela como ser profundamente trascendente; parafraseando a Sartre: es el hombre que hicieron con él; porque, además de la lectura y reflexión filosófica, Hernández Cisneros practica una filosofía de la ensoñación que lo lleva hacia su mundo primordial donde se encuentra con la figura de la madre, que, según lo reiterado por sus biógrafos, fue quien inculcó en él la fe cristiana, referido en novenas distribuidas por la Iglesia bajo estas palabras aleccionadoras: “Cada mañana ofrécele a Dios todo tu día. Mientras trabajas o viajas acostúmbrate a decir pequeñas oraciones. Cuando sufras, dedícale a Dios tus sufrimientos. Nunca te acuestes sin haber rezado el Padrenuestro y el Avemaría”.<sup>609</sup>

En este sentido, es menester detenerse un momento en esta filosofía de la ensoñación porque es la que catapulta al contemplador hacia dimensiones de reflexión afectiva o afectivizada, cargada del ingrediente subjetivo que capitaliza y entroniza esas reflexiones en dimensiones ontológicas que potencian lo reflexionado hacia lo trascendente. Y allí surge un elemento fundamental como es la nostalgia y sus fundamentos en la creación del mundo simbólico, que permite reconstruir pasados y crear espacios de resignificación dentro del presente. Como lo veremos más adelante, para José Gregorio Hernández, la filosofía es una forma de vida que conjunta lo sensible, la moral y el ejercicio intelectual; elementos que permiten al sujeto físico-biológico transmigrar hacia los predios del *ser* trascendente, tal y como lo hizo Hernández Cisneros en demostración fehaciente del *humano ser* en su máxima expresión, que interpretó la filosofía como la suprema sabiduría para llegar a realizar sus más trascendentes anhelos que forjaron una *voluntad* en la fe, la vocación y la esperanza.

Porque, indudablemente, esta filosofía de la ensoñación sienta las bases para establecer un piso sólido en cuanto a una *voluntad*

---

609 *Novela al Siervo de Dios Dr. José Gregorio Hernández*, Diócesis de Trujillo, Santuario de Isnotú, 1972.

que anhele más allá de lo estrictamente material y se circunscriba dentro de la santidad, insistida esta como la manifestación de un cuerpo desde el mundo del sujeto en correspondencia con Dios como instancia suprema; donde el cuerpo es instrumento para sosegar el alma y prepararla para los vuelos que le tiene reservada la divinidad; y de esta manera lo entendió Hernández Cisneros, quien tuvo plena conciencia de que no vivía para él sino para Dios, por lo que se esmeró en la vida austera y el sacrificio como forma de servir a Dios. Y es que esa conciencia de servicio de José Gregorio Hernández es un hecho admirable de entrega y vocación que, indudablemente, lo debe situar en los altares de la Iglesia que tanto amó y veneró.

Dentro de esa filosofía de la ensoñación ingresa la memoria y el recuerdo, como agentes que producen mecanismos de resignificación que tienen en la *voluntad* el elemento unificador, tal y como lo refiere Hannah Arendt, en su insistencia de la *voluntad* como forma de percibir al *ser* y al mundo:

La *voluntad* dice a la memoria lo que tiene que retener y lo que tiene que olvidar; dice al intelecto qué tiene que seleccionar para su entendimiento. La memoria y el intelecto son contemplativos y, como tales, pasivos: es la *voluntad* la que los hace funcionar.<sup>610</sup>

Vista desde esta perspectiva, la *voluntad* es la manifestación del espíritu que otorga la sabiduría, más allá de las formas visibles, dejando que las acciones espirituales se manifiesten a través del cuerpo y el alma:

En otras palabras, la *voluntad*, en virtud de la *atención*, une primero nuestros órganos de sentido con el mundo real en un sentido significativo, y luego arrastra, como si dijéramos, este mundo exterior al interior de nosotros mismos, preparándolo de cara a posteriores operaciones mentales: para ser recordado, para ser entendido,

---

610 Arendt. *La vida del espíritu*, 1994, p. 360.

para ser afirmado o negado, puesto que las imágenes interiores de ningún modo son meras ilusiones.<sup>611</sup>

La *voluntad* es la percepción de sentido que permite unir el pasado con el presente, bajo la selección recordatoria que el *ser* realiza como medio de crear sentido y significación, que, obviamente, se traduce en la ejecución de acciones profundamente humanas, porque están surcadas por el espíritu que es concomitante con las nociones de voluntad. Establece el poder vinculante entre el ser interior y la realidad que lo circunda, lo cual le otorga una posición privilegiada como criatura de la creación que puede discernir sobre sus acciones y acontecimientos; de crear sentido e imaginarios simbólicos que permitan interpretar y crear certezas.

Y dentro de esa acción unificadora de la *voluntad* surge su analogía con el amor, como elemento de mediación entre las acciones humanas y las realidades que circundan; al mismo tiempo que el amor será la autoconciencia voluntariosa de ejecutar determinadas acciones:

La *voluntad* –vista en su aspecto funcional operativo como un agente emparejador, vinculante– puede también ser definida como amor (voluntas: amor seu dilecto), puesto que el amor es, obviamente, el elemento emparejador más exitoso. En el amor, una vez más hay “tres cosas: el que ama y lo que es amado, y el amor... es una suerte de vida que acopla... junta dos cosas, esto es, el que ama y lo que es amado”. De la misma forma, la *voluntad* *qua* atención era necesaria para llevar a cabo la percepción acoplando a alguien con ojos que ven y lo que es visible.<sup>612</sup>

El amor que aquieta y apacigua la *voluntad* es la trascendencia hacia los espacios y cosas sensibles que moran en el espíritu. En José Gregorio Hernández la *voluntad* se movió por amor a Dios;

---

611 *Ibid.*, pp. 361-362.

612 *Ibid.*, p. 363.

fue un *ser* que amó profunda y desmedidamente a Dios, y ese amor lo convirtió en la fuerza para seguir adelante en su devenir existencial. Ese amor a Dios fue la energía que movió su espíritu en la consecución de la trascendencia. Espacio virtuoso que alcanzó, sin lugar a dudas, sintiendo que su alma era regida por designios divinos; porque para José Gregorio Hernández el orden temporal no existió y de allí logró relacionar la omnisciencia de Dios con su libre voluntad de ser un hombre virtuoso a imagen y semejanza de Dios; para ello practicó, entre otras virtudes, la caridad, como la forma de poner en práctica su filosofía de la *voluntad* al servicio de los demás, así lo refirió siempre: “La santa caridad llena el alma de los más excelsos sentimientos y genera las acciones grandiosas que immortalizan al hombre”<sup>613</sup>. Y, obviamente, él ha sido immortalizado por su caridad y vocación de servicio a los demás.

Santo Tomás consideró la caridad como la *perfección de la voluntad*; la caridad purifica, eleva y hace trascendente la *voluntad*, representando la indudable perfección de quien la practica y la ejerce; allí ingresa el amor a manera y razón de elemento perfectivo de la *voluntad*. De allí que el amor divino infuso en el alma perfecciona la *voluntad* humana sin desvirtuar, de modo alguno, su propia naturaleza.

De la misma manera, José Gregorio Hernández llenó su alma de santidad al desprenderse de bienes materiales para mitigar la pena de sus semejantes; siempre pensó que con la limosna se podían perdonar muchos pecados e, indudablemente, cuando prodigaba amor y alivio, estaba cumpliendo con preceptos de la Iglesia en la que ciegamente creía y veneraba. Cumplió cabalmente con los principios cristianos de la caridad, tal y como lo apunta el *Catecismo de la Iglesia católica*:

---

613 Gómez y Soteldo, 2015, p. 187.

La *caridad* es el alma de la santidad a la que todos están llamados: “dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin” (LG 42): Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto por diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos no le faltaba; comprendí que la Iglesia *tenía un corazón y que este corazón estaba* ARDIENDO DE AMOR. Comprendí que el *amor solo* hacía obrar a los miembros de la Iglesia, que si el *amor* llegara a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los mártires rehusarían a verter su sangre... Comprendí que EL AMOR ENCE-RRABA TODAS LAS VOCACIONES, QUE EL AMOR ERA TODO, QUE ABARCABA TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS LUGARES... EN UNA PALABRA: QUE ES ¡ETERNO! (Santa Teresa del Niño Jesús, ms, autob. B 3v, (197).<sup>614</sup>

En José Gregorio Hernández el amor a Dios y a la Iglesia católica se convierte en ejercicio de la *voluntad* que le otorga la libertad para crear desde la conjunción temporal; la pluridimensionalidad temporal o espacios de significación contenidos en un futuro, donde reside la presencia divina y donde pasado y presente son goznes que se articulan para habitar el *reino del espíritu*. Por lo tanto, la condición humana de Hernández Cisneros está trasvasada por la libertad de hacer práctica y dialéctica discursiva la *voluntad* divina, donde el tiempo presente es la oportunidad para alcanzar la trascendencia como noción de futuro y alcance de lo trascendental. Y obviamente, la *voluntad* está asociada a la santidad, a la beatitud<sup>615</sup>;

---

614 Respeto y admiración de José Gregorio Hernández, de quien indudablemente emuló el ejemplo de la vocación de servicio y la caridad, junto con su apego a los preceptos de la Orden Terciaria franciscana.

615 La *beatitud* se caracteriza por el amor a Dios que supera la búsqueda de un simple conocimiento sobre este. La *beatitud* reside de un acto de querer manifestado a través de la *voluntad*, especie de consagración a una causa regida por la *voluntad* divina, que está caracterizada por la perfectibilidad. Potencia volitiva que es capaz de interiorizar los principios divinos y actuar en función de ellos, para alcanzar la gracia que depara lo trascendente y que, obviamente, supera lo intelectual o racional.

por ello, considero conveniente citar *in extenso* la siguiente reflexión de Hannah Arendt, siguiendo a Escoto.<sup>616</sup>

“La beatitud es, por tanto, el acto mediante el cual la voluntad se pone en contacto con el objeto que se le presenta a través del intelecto y lo ama, satisfaciendo así plenamente su deseo natural de él”. Una vez más, el amor es entendido como una actividad, aunque ya no mental, en la que su objeto ya no está ausente de los sentidos y ya no es conocido imperfectamente por el intelecto, pues “la beatitud (...) consiste en conseguir plena y perfectamente el objeto tal y como él es, y no solamente como es en el espíritu”. El espíritu, trascendiendo las condiciones existenciales del “pasajero” o peregrino en la tierra, posee un indicio de ese bienaventurado futuro en su experiencia de consumada actividad: esto es, en una transformación del querer en amar.<sup>617</sup>

Y estas reflexiones sobre la beatitud calzan perfectamente para José Gregorio Hernández, quien a través de su *voluntad* refirió a un espacio de bienaventuranza, logró trascender a espacios privilegiados dentro de la fe cristiana y postulados de la Iglesia católica. Hernández Cisneros orientó su voluntad hacia el servicio a Dios:

Escoto llega a afirmar que la esencia de la beatitud consiste en “fruitio”, “el amor perfecto de Dios para el bien de Dios... distinto así del amor de Dios para el bien de uno” [...] Ya en S. Agustín encontramos la transformación de querer en amar, y es más que

---

616 Escoto otorga singular preponderancia a la caridad porque la considera un sublime acto de amor, acto que, de por sí, representa una manifestación de la libertad del *ser*. Lo que convierte la *voluntad* en noble potencia y supremo acto que dignifica la existencia humana. En tanto que la *voluntad* asemeja a Dios con el hombre, permitiéndole conocer a detalle el mejor camino para llegar a él: *la caridad*. Porque para Escoto la caridad es más grande que la fe y la esperanza que residen en el intelecto. Justamente, José Gregorio Hernández priorizó la caridad, entre otras virtudes, en su relación con Dios.

617 Arendt, *op. cit.*, 1984, p. 414.

probable que las reflexiones de ambos pensadores estuviesen guiadas por las palabras de S. Pablo acerca del “amor que nunca termina”, incluso cuando “llega lo que es perfecto” y todo lo demás ha “pasado” (Corintios, 13:8.13).<sup>618</sup>

Estamos frente a una experiencia que conlleva a la perdurabilidad del anhelo que hace más consistente los deseos de alcanzar el mundo espiritual que representa la presencia de Dios, donde “la misma *facultad* de la voluntad sea transformada en una actividad consumada”.<sup>619</sup>

Huelga decir que José Gregorio Hernández consumó su *voluntad* en torno al anhelo representado por la presencia de Dios como origen, fundamento y principio de todos los seres y las cosas. Tuvo la *voluntad* como facultad superior que conlleva a un fin último de la existencia humana: la beatitud, donde la *voluntad* infinita de Dios buscó la *voluntad* de Hernández Cisneros en sus actos más libres, obteniendo la más clara y contundente respuesta a través de la contemplación de Dios desde su esencia misma. Desde su libertad de creyente amó a Dios como es en sí, no por el bien que le proporcionaba. Y a este acto sublime solo se puede llegar a partir de la *voluntad* traducida en volición trascendente.

Y es que con José Gregorio Hernández operó el milagro de elevarse sobre las simples condiciones humanas y mortales, sobre lo científico-racional que busca certezas y precisiones; él encontró en el mundo espiritual su realización en la presencia de Dios para sentirse trascendido en la consumada *voluntad* de Dios:

Si ocurre que en esta vida el milagro del espíritu humano es que el hombre, al menos mental y provisoriamente, pueda trascender sus condiciones terrenales y disfrutar de la consumada actualidad de un ejercicio que tiene su final en sí mismo, entonces el hombre en

---

618 *Idem.*

619 *Idem.*

su existencia plena será espiritualizado por la esperanza del milagro de una vida después de la muerte. Escoto habla de un “cuerpo glorificado”, ya no dependiente de “facultades” cuyas actividades son interrumpidas o bien por la *factivum*, la fabricación y modelaje de objetos, o bien por los deseos de una criatura necesitada –ambos hacen que sea transitoria toda actividad en esta vida–, sin excluir las actividades mentales. Transformando en amor el desasosiego de la voluntad se ve aquietado, pero no aniquilado: el perdurable movimiento del amor se siente no como una detención del movimiento –como el fin de la guerra es sentida en la quietud de la paz–, sino como la serenidad de un movimiento autocontenido, autorrealizado, permanente. Aquí no son la tranquilidad y el deleite los que siguen a una operación perfecta, sino la quietud de un acto que reposa en su fin. Conocemos estos actos en esta vida en nuestra *experiencia interna*: y, según Escoto [...] “la facultad que opera se verá calmada en su objeto a través del perfecto acto (amor) por el cual lo alcanza.”<sup>620</sup>

Por lo cual la *voluntad* se metamorfosea en *ser*, y el *ser*, en *voluntad*, para constituir el *ser* primordial que alcanza los más nobles ideales que lo conducen a lo trascendental. La *voluntad* es la capacidad del alma humana para mostrar su presencia en el mundo ordinario, donde lo subjetivo crea su lógica de sentido que arropa referencialmente las certezas racionales, y crea lugares donde mora y reposa el alma dentro de la calma y la medida que depara el reino del espíritu. Y por ello, Hernández Cisneros alcanzó la máxima expresión de la dignidad de la persona humana, tal y como lo tipifica el *Catecismo de la Iglesia católica* cuando postula:

La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios (artículo 1); se realiza en su vocación a la bienaventuranza divina (artículo 2). Corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización (artículo 3). Por sus actos

---

620 Arendt, *op. cit.*, 1984, p. 415.

deliberados (artículo 4), la persona humana se conforma, o no se conforma, al bien prometido por Dios y atestiguado por la conciencia moral (artículo 5). Los seres humanos se edifican a sí mismos y crecen desde el interior: hacen de toda su vida sensible y espiritual un material de su crecimiento (artículo 6). Con la ayuda de la gracia crecen en la virtud (artículo 7), evitan el pecado y, si lo han cometido, recurren como el hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-31), a la misericordia de nuestro Padre en el cielo (artículo 8). Así acceden a la perfección de la caridad (191).<sup>621</sup>

De la anterior postulación es importante extraer varias aseveraciones que confirman la dignidad de la persona humana en José Gregorio Hernández<sup>622</sup>, quien siempre profesó que en la conciencia moral radica el poder de discernimiento entre lo bueno y lo malo; donde residen los juicios de valor que son regidos por la *voluntad* divina como el ente que delinea la *voluntad* humana; de esta manera se hace intérprete de la omnipotencia y omnipresencia de Dios. Asimismo, Hernández Cisneros tuvo plena conciencia de que la interioridad del *ser* es vivo reflejo de los más altos ideales que la *voluntad* se propone; por ello, su intención anhelante siempre fue

---

621 *Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, p. 392.

622 José Gregorio Hernández siempre fue temeroso del pecado, hasta llegar a afirmar: “Les ruego a todos que me dispensen de todo lo que yo les he hecho sufrir; y que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo”. Porque para él la concepción de cielo no fue algo etéreo, sino el lugar donde habitar después de la muerte y la conversión cristiana. Siempre consideró el pecado como el error a siempre evitar, como la mayor demostración de inteligencia del hombre: “El grande, el imprescindible deber del hombre para con su inteligencia es el de evitar el error”. Y donde la fluencia del pecado es incomprensible, atávica y determinante en la vida del *ser*: “¿Quién podrá comprender lo que es el pecado? Límpiame de las culpas escondidas y de las ajenas... ¡Señor, mi favorecedor y mi redentor!”, un pecado que es inherente a la existencia humana, pero que es redimido por Dios, ya que: “Dios, que ha creado al hombre libre y responsable, le tolera sus malas acciones mientras suena la hora de la justicia”.

cultivar su interior bajo la purificación divina a través de la redención del espíritu y su advocación al servicio de los demás; una forma de manifestarse a través de la sensibilidad trascendente que forjó el espíritu de excepción, que fue creciendo a pasos agigantados en el devenir existencial que supera todas las condiciones de lo estrictamente terreno y vano.

Bajo esa figuración extraordinaria se hace un dechado de virtudes para testimoniar la presencia y gloria de Dios, en un medio científico que impulsaba la negación de lo que fue su principio de vida y allí estuvo él para mostrar con entereza moral, personal y filosófica, que el hombre es instrumento de Dios a través de la conjunción de voluntades.

Y dentro de esas virtudes destacó la *caridad*, una sólida demostración de la búsqueda de la perfección en un mundo plagado de imperfecciones. Indudablemente, se hace presencia modélica de la entrega, la vocación, el servicio y la santidad, lo que lo lleva a constituirse en un *ser* dotado de magníficas e insuperables condiciones de la dignidad humana, que lo proyectan dentro de los reinos *del alma espiritual e inmortal*, en correspondencia con lo contenido en el *Catecismo de la Iglesia católica* y sus nociones de bienaventuranza: “Dotada de un alma ‘espiritual e inmortal’ (GS 14), la persona humana es la ‘única criatura en la que Dios ha amado por sí misma’ (GS 24, 3). Desde su concepción está destinada a la bienaventuranza eterna”.<sup>623</sup>

José Gregorio Hernández siempre comprendió que la bienaventuranza no residía en las estridencias ni resonancias de los tiempos, ni en la notoriedad científica ni los halagos personalistas, sino en la humildad en el servicio de la causa que enriquece a los espíritus; en la delegación de la acción humana como designio de la fuerza omnipotente que lo impulsaba, haciéndolo superar las simples actividades intelectuales y lo llevó a los predios de lo sobrenatural; y

---

623 *Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, p. 392.

para concretar esa definición de sobrenatural me apego a las concepciones del *Catecismo de la Iglesia católica*:

Semejante bienaventuranza supera la inteligencia y las solas fuerzas humanas. Es fruto del don gratuito de Dios. Por eso la llamamos sobrenatural, así como también llamamos sobrenatural la gracia que dispone el hombre a entrar en el gozo divino.<sup>624</sup>

Semejante bienaventuranza supera la inteligencia y lo estrictamente racional, para trascender a espacios donde no cualquier mortal tiene conciencia y voluntad para habitar esos predios reservados a seres de excepción, que saben interpretar de manera sentida y determinante los designios que su fe les dicta, superando toda miseria humana o material. Definitivamente, es la bienaventuranza de la vida eterna en interpretación de la parábola del fin último, donde acude la *voluntad* humana y su recurrencia en la *voluntad* divina como parangón de lo anhelado: “La bienaventuranza de la vida eterna es un don gratuito de Dios; es sobrenatural como también lo es la gracia que conduce a ella”<sup>625</sup>. Al mismo tiempo que la bienaventuranza es el camino que se traza la persona humana a través de la *voluntad*, de su *voluntad* de seguir la senda a la consagración, entendida esta como la convergencia de dos voluntades: la de la divinidad (Dios) que llama, se ofrece y pide tomar posesión del hombre; y la del hombre donándose a esa *voluntad* divina, tal y como lo hizo José Gregorio Hernández, quien ordenó la bienaventuranza a través de los actos deliberados de su *voluntad*, disponiendo su pasión y sentimientos en función del amor y servicio a Dios.

Hernández Cisneros fue practicante de una *voluntad* recta<sup>626</sup>, que siempre tuvo como objetivo fundamental el bien y la bienaventuranza

---

624 *Ibid.*, p. 395.

625 *Nuevo Catecismo de la Iglesia católica* (396).

626 Scoto considera que esta *voluntad* recta, a más de racionalidad, está contenida en su sometimiento a la *voluntad* divina. Indudablemente, José Gregorio Hernández, la recta *voluntad* es un adecuarse a la *voluntad* divina,

a través de demostraciones sensibles que interpretan –como hemos referido extensamente– las más profundas virtudes, que lo sitúan en un lugar privilegiado en los lugares que la Iglesia católica ha reservado a la santidad.

Indudablemente, la extraordinaria dignidad humana de José Gregorio Hernández es la forma de ejercer la acción bienaventurada de Dios en el mundo terreno, a través de una serie de virtudes que lo hacen ser de excepción que, indudablemente, merece el reconocimiento de su beatitud por parte de la Iglesia Católica, pues desde la fe del pueblo venezolano y latinoamericano ya reúne las condiciones para ser santo. De hecho, desde la *filosofía de la voluntad*, José Gregorio Hernández Cisneros consagró su vida y acción en torno a la beatitud, representada máximamente por la caridad; porque siempre vio en los necesitados y sufrientes una prueba que el Creador le colocaba en su camino para que manifestara su *voluntad* redentora.

---

que en definitiva es la que delinea los horizontes de la realización. Es la conversión al amor de lo justo a partir de un convencimiento existencial, cuyas pruebas se remiten al *ser* mismo en correspondencia con la divinidad.

*La voluntad es el sujeto del entendimiento (subjectum)  
y puede ser llamada entendimiento potentia...*

SHELLING, FRIEDRICH. W. J.

*Oh, Dios, hágase de mí tu voluntad. Mi parecer se identifica con el tuyo.  
Te pertenezco. No pido dispensa de nada que a tus ojos aparezca bueno.  
Llévame adonde quieras, vísteme con el traje que quieras.*

EPICETEO



## Capítulo 4

### La voluntad estética<sup>627</sup>; la conciencia trascendente del ser

Durante el desarrollo de este trabajo he insistido en los postulados de la *voluntad* como estructurante central del pensamiento filosófico de José Gregorio Hernández, reiterando que ese pensamiento se transforma en práctica de vida que lo lleva a trascender a espacios que, en palabras de Escoto, será un “cuerpo glorificado”. Por ello, y en correspondencia de la escritura de textos místicos-estéticos por parte de Hernández Cisneros, podemos hablar de una *voluntad estética* que logrará comprender ese espíritu romántico que, a través de la palabra y la admiración por santa Teresa de Jesús, creó formas de representación en torno al mundo de la divinidad, al mismo tiempo que reconoció la manifestación *quintaesenciada*<sup>628</sup> del arte;

---

627 Este término de *voluntad estética* o *voluntad del arte* ha sido utilizado por Alois Riegl para significar la fuerza o energía vital que sirve de motor que impulsa el proceso histórico- artístico. Es un cambio que pasa por el desarrollo individual al suprapersonal, concibiéndose así una especie de personalidad artística colectiva que infunde el desarrollo de una época, que en nuestro caso será asumida por el impulso espiritual de plasmar en una representación simbólica los tránsitos del espíritu a través del discurso estético; donde los imaginarios tienen cabida más allá de las manifestaciones reales-objetivas y se transforman en discursos de la trascendencia.

628 El término quintaesenciado lo utilizo para significar la trascendencia del espíritu a través de la manifestación de la palabra, la palabra que intenta

rasgo particularmente romántico, y en América Latina, profundamente modernista.<sup>629</sup>

---

aprehender el arte como la sublime expresión del *ser*; y recorro a Mario Briceño Iragorry adolescente y en pleno delirio modernista, para que me asista con un concepto de arte desde esta perspectiva quintaesenciada y que, indudablemente, recoge la posición que deseo reiterar sobre José Gregorio Hernández: “El arte es la filosofía de las almas sentimentales que, llenas de esencia misteriosa, incognoscible para la vulgaridad humana, resuelve la amargura de un instante de la vida en las sonoridades de una estrofa, en el colorido de una agua fuerte, en la perfección de un mármol o en las melodías de una fuga extraña. El arte, en cualquiera de sus manifestaciones sensibles, lo llena y lo posee todo (...) El arte es el alma del Uno-primitivo que se encarna en el universo sensible y de ellos que sea la religión de los espíritus superiores (Prólogo al poemario *Alma en flor*, de Jesús Llaveneras, edición 1915).

- 629 En varias investigaciones anteriores me he interesado en discernir sobre el Modernismo como una reescritura del Romanticismo, de allí que establecí una relación con la *Generación del 18 en el occidente del país*, para estudiar escritores emblemáticos de nuestro país, como Mario Briceño-Iragorry, Mariano Picón Salas, Diego Carbonell y Jesús Enrique Lossada, entre otros, para destacar la presencia de la espiritualidad en medio de una época profundamente positivista. Y a estas alturas de la experiencia académica puedo descifrar el Modernismo latinoamericano como expresión de la *voluntad estética* que busca, tanto en la parte estética como filosófica (liberalismo romántico) una expresión de lo identitario a partir del sincretismo de los géneros y las posibilidades de realización del *ser* a través de la expresión estética. Por ello considero adecuado traer a colación la siguiente afirmación de Octavio Paz: “Una manifestación más de la aspiración romántica hacia la fusión de los extremos del arte y la vida, la antigüedad sin fechas y la historia contemporánea, la imaginación y la ironía” (Paz. *Los hijos del limo*, 1981, p. 92). Además de recordar los propósitos del Modernismo, de reagrupar los fragmentos de la fe y la presencia de Dios que había fragmentado la razón positivista, esto devenido de la influencia del *Krausismo* que pregona el libre albedrío y la libertad del pensamiento, y “quien tiene presente que el arte es la suprema condensación del ideal; quien concibe la poesía como combinación libre de elementos estéticos según ideas; quien nunca olvida que la obra artística brota del fondo de la conciencia humana en destello genial, semejante a la flor más preciada del *summum* de todas nuestras facultades, no puede aspirar a que se subordine el fuego de la inspiración

Ahora bien, seguidamente debo aclarar por qué denomino a Hernández Cisneros un escritor romántico y, ello, en función a la expresión de la *voluntad* espiritualista, que intenta crear espacios de la significación a través de la palabra estética que media entre la prosa poética y la oración mística; el ensayo con tendencia lírica y la expresión metafórica en la creación de mundos imaginados, como formas de expresión que conjuntan lo estético y lo espiritual para crear una *voluntad* de trascendencia ética. Aún más, por los influjos epocales, Hernández Cisneros –o, por lo menos, en los textos– deja traslucir esa transustanciación del alma romántica que ensueña mundos simbólicamente místicos. Porque para José Gregorio Hernández los caminos de las artes, de las bellas artes, conducen hacia la perfección y el logro de los más sentidos y sublimes deseos del *ser*.

De esta manera, la palabra estética corresponderá a la impresión sensible de la *voluntad* desdoblada en expresión simbólica de la acción humana, recalcando que, en lo estético, la figuración simbólica es expresión de la *voluntad* que parte de una impresión sensible, que se convierte en representación del espíritu; formas simbólicas de las “ciencias del espíritu” a convertirse en fuerza liberadora de la función simbólica que, en todo caso, es una manifestación de la *voluntad* trasuntada en expresión estética. De allí que considero la *voluntad* estética como el medio simbólico de las formas espirituales de la expresión humana, que buscan trascender los espacios inmediatos del *ser*.

---

a las discreciones reflexivas de un análisis científico, ni puede menospreciar el valor insustituible del *arte por el arte*, cuya principal exigencia consiste en producir la belleza; pero, aparte de que lo realmente bello es resplandor de lo verdadero” (González. “Consideraciones sobre el arte y la poesía”, en: *Krausismo: estética y literatura*, Editorial Labor, España: 1973, p. 197). Ahora bien, debo recalcar que estoy refiriendo específicamente al Modernismo literario y en ningún momento al Modernismo teológico, que en nuestra intención investigativa no calza para nada.

Y bajo esta premisa, el mundo de las formas simbólicas va desde la perspectiva figurativa que se hace expresión verbal hasta convertirse en la acción que materializa la praxis del *ser* en función de su *voluntad*. Es la creación de una *literatura filosófica* desde donde se reflexiona líricamente sobre el sujeto, hechos o acontecimientos a través de diferentes referencialidades que convergen en el arte, la ética, la literatura y la búsqueda de la profundidad del espíritu, que se extiende entre lo revelado y lo

inconmensurable. De esta manera podemos encontrar una justificación a los textos estéticos de José Gregorio Hernández y su intención epistemológica: la de destacar la figuración del espíritu a través de la palabra porque, como lo afirmó Cassirer: “Quien no halle en sí mismo el sentimiento heroico de la autoafirmación<sup>630</sup> y de la autoexpansión ilimitada permanece ciego también frente al cosmos y su infinitud”.<sup>631</sup>

Precisamente, José Gregorio Hernández encontró en sí mismo la afirmación como *ser* que pudo escudriñar el cosmos y encontrar la luz divina que guio sus pasos a través de todas instancias que la vida le deparó. Siempre tuvo conciencia de la separación con el mundo exterior para encontrarse consigo mismo y, desde allí, abordar la civilización humana; unas veces desde el pensamiento científico, otras desde la filosofía y, asimismo, desde la figuración artística para delinear desde el constructo metafórico otras vías de acceso a los reinos del espíritu. Y quizá esa conciencia artística en José Gregorio

---

630 Similarmente pensaba José Gregorio Hernández, lo que podemos reafirmar cuando habla sobre la heroicidad de santa Teresa de Jesús y menciona sus virtudes: “De carácter apacible y firme, tan firme que pudo vivir veinte años, de los dieciocho a los cuarenta, en la perfecta ejecución de los preceptos de su regla; amante de la vida oculta y silenciosa de la celda, en ella practicó en grado heroico todas las virtudes: la paciencia, la obediencia, la modestia, la virginidad, la mortificación, el horror de la mentira, la santa pobreza; y todo ello sin ostentación, recatadamente y soledad”. (Hernández, 1968, p. 1080).

631 Ernst Cassirer. *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, 1951, p. 142.

Hernández lo llevó a crear formas duraderas que permitieron que se afirmara, desde sí y ante sí, en el ejercicio de un ofertorio personal que buscaba la verdad mística a través de profundas convicciones, que proceden del proceso de cambio y conversión interior experimentado en la vida en sí misma.

En el caso de José Gregorio Hernández se conjunta el arte, el lenguaje y la creencia en Dios como proceso de distanciamiento espiritual, que conduce hasta el horizonte espiritual donde reside la esencia del hombre trascendido a los predios de la divinidad. Aquí estaremos hablando de una transformación semiótica de la filosofía trascendental que ve el arte como la forma duradera de la existencia humana. Construyendo una filosofía del lenguaje que permite simbolizar de manera convincente al *ser* y a la “cosa en sí”. Y desde nuestro razonamiento, la *voluntad* se convierte en filosofía del lenguaje, y la filosofía del lenguaje, en *voluntad* para la transformación semiótica de la filosofía trascendental.

En este sentido, mediante la simbolización la dialéctica voluntarista trasciende al flujo temporal de la conciencia; forma simbólica que restituye el momento perenne de la figuración estética:

... no es sino cuando se logra esta particularización, cuando la intuición se concentra en un solo punto y se reduce en cierto punto a él, que resulta de ahí la construcción mítica o lingüística, surge la palabra o el dios mítico del instante.<sup>632</sup>

Como veremos en párrafos subsiguientes, el instante místico tiene singular representación para José Gregorio Hernández, puesto que significa el momento de conjunción entre lo terreno y lo divino; la oportunidad de escuchar las voces del silencio y la tranquilidad.

Ese instante místico crea toda una referencialidad única, que traslada a tiempos originales e inmemoriales a partir de estructuraciones lingüísticas-simbólicas que contienen la filosofía de la divinidad y las

---

632 *Ibid.*, p. 123.

formas de comunicarse con ella, pudiéndose incorporar, obviamente, la oración mística como esa expresión de la *voluntad* estética que, a través de lo laudatorio, intenta construir puentes de comunicación entre el oferente y la deidad; y así lo expresa santa Teresa del Niño Jesús, citada en el *Catecismo de la Iglesia católica*: “Para mí la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría”.<sup>633</sup>

Tanto la oración como el arte responden a una necesidad subjetiva. Son la conversión del objeto místico en arte, bajo la enunciación de la palabra particularmente sensible y sensibilizante; manifestación del espíritu consagrado a la máxima expresión del *ser* y su conciencia de la trascendencia; de allí que la oración cristiana

... es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios Hecho hombre.<sup>634</sup>

De igual manera, la oración es el elemento de mediación entre el oferente a través del testimonio de la palabra sagrada, que es incorporada como legado al hombre dentro de la presencia de la deidad; tal y como sucede con la oración fundamental que es el *Padre nuestro*, donde precisamente aparece una estrofa que alude directamente a la *voluntad* divina como elemento totalizador de la presencia del Padre y el hacerse su *voluntad en la tierra como en el cielo*. Por lo que la oración compele la acción y la palabra como instrumento de éxtasis místico, que permite la traslación a espacios plenamente figurativos.

Específicamente, la oración se transforma, para José Gregorio Hernández, en el lenguaje de la fe que permite trasponer los órdenes

---

633 *Catecismo*, 1992: 555.

634 *Nuevo Catecismo de la Iglesia católica*, 1992: 556.

cronológicos e ingresar en los predios de lo divino a través de la confluencia de lo sobrenatural y lo terreno, al manifestarse por medio de la palabra que hace migrar al oferente a otros espacios de la significación. De allí que en los textos que he considerado de *voluntad* estética: aparece subyacentemente esa intención de recorrido hacia el encuentro con lo trascendente en medio de la práctica moral, la creación de imaginarios estéticos y la procura del éxtasis místico, como forma de alcanzar lo que está más allá de lo terreno y finito.

Pero antes de entrar en detalle con esta perspectiva de la *voluntad* estética en José Gregorio Hernández, considero prudente revisar algunas consideraciones que se han hecho sobre el arte con base en los principios de la *filosofía de la voluntad* y de tendencias estéticas como el Romanticismo. Podemos comenzar con Nietzsche, para quien el arte es una expresión de la voluntad de poder que proviene de lo real, pero manifiesta una transparencia que permite ver a través de él. Por lo tanto, considera el arte como el cristal por medio del cual se filtra el *ser* del mundo; de allí que la *voluntad* sea un estado que procura la contemplación y favorece la conciencia moral.

Para Novalis, la *voluntad*, además de fuerte, es algo mágico. Es impulso espiritual que incita y dirige el espíritu, que es quien construye el cuerpo. Novalis, como lo apunta Rüdiger Safranski en su libro *Romanticismo*<sup>635</sup>, también dio el nombre de voluntad a esas fuerzas no denominadas todavía; a ese idealismo mágico que acompaña el devenir del hombre y es exteriorizado a través de la palabra. De esta forma, el Romanticismo es la trasmutación del *yo* empírico al *yo* trascendental, desde donde podemos referir la *voluntad* como principio romántico. Por ello es común leer reflexiones sobre el Romanticismo, en función a la creación de una nueva apreciación sobre la religión fundada con base en la libertad creadora del hombre.

---

635 Rüdiger Safranski. *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, 2009, p. 107.

Desde esta compleja dinámica teórica, el hombre crea a Dios desde su interioridad, lo construye desde su voluntad, se transforma en su mediador a través de ese influjo mágico que lo impulsa hacia los ideales de la trascendencia, donde el alma del hombre religioso aspira-anhela la belleza del mundo; y así se convierte en alma de lo suprasensible, capaz de actuar libremente en consonancia y armonía con el mundo, en una especie de acompañamiento sagrado. Es la experiencia de lo infinito en el instante infinito que, dentro de la vida vigorosa, hace manifestarse la *voluntad* como potencia creadora y vivificadora, manifestada en la palabra que interpreta la libertad sublime que apunta más allá de todo determinismo.

En este sentido, Manuel Ballester, en su texto *El principio romántico*, parte del concepto de *noumenon*<sup>636</sup>, de Kant, para determinar que la noción en sí parte de lo intelectual o suprasensible; esto es, de lo meramente sensible, para lo cual aduce que: “Kant permitió pensar lo incognoscible y encendió un fuego en almas solitarias, que intentaron un viaje aún más profundo para ver en la oscuridad y en la nada”<sup>637</sup>. Esta peculiaridad la hemos referido al abordar la mirada como una manera de escudriñar más allá de lo visible y tangible, para soportar nuestras consideraciones sobre la *filosofía de la voluntad*, porque: “lo romántico solo puede volverse hacia su interior para excavar y seguir ahondando con ‘desesperada esperanza’ (Bergamín). Tal es su destino: ‘el camino de dentro’ hacia la nada-todo, hacia la oscuridad luciente, hacia la ciega ‘intuición intelectual’”<sup>638</sup>.

Igualmente, el ideal romántico comparte con la *voluntad* el anhelo por alcanzar la supremacía de lo sensible, valiéndose del discurso estético para materializarlo; donde el anhelo representa la

---

636 En el capítulo “Filosofía y sabiduría” hice hincapié en lo que significa lo noumenal para José Gregorio Hernández, donde ubica los actos de fe; lo no tangible que la razón por sí sola no puede explicar.

637 Manuel Ballester. *El principio romántico*, 1990, p. 19.

638 *Ibid.*, p. 19.

inquietud del *ser*, y lo poético, el espacio de la representación que materializa esa potencia fantástica a través del discurso metafórico:

Ese proceso acentúa sus rasgos cuando, precisamente, en la lucha y choque con la “realidad” el avance volitivo ha encendido las imágenes de lo poético. Esas formas evanescentes sofocan el movimiento que las ha elevado: *lucen en sí*. El fantasma poético, por cuya entraña pasan tumultuosos los embates de la voluntad, los acoge en su seno y *los trasciende en su configuración*; los detiene. Es precisamente ese aquietamiento el que les confiere presencia absoluta.<sup>639</sup>

Por consiguiente, desde el principio romántico el arte es el sobrepasamiento del arte por sí mismo y la figuración del espíritu en una sólida amalgama dentro de la forma artística. Albert Béguin, en su texto *El alma romántica y el sueño*, llama a esta voluntad “voluntad de la magia”<sup>640</sup>, para simbolizar la evocación de la inspiración, el querer y el saber soñar dentro de ese arte mágico, que es el discurso estético como el acceso a lo real absoluto. Allí es importante destacar la figura del mito dentro de esa voluntad mágica, a manera de reasunción de las cualidades del espíritu en pos de lo sublime y trascendente; entonces el mito: “Los *inventa*, en los dos sentidos de palabra: los redescubre en el tesoro de la historia espiritual, pues ya han existido; pero los crea, pues nunca han tenido enteramente la inflexión particular que ella les imprime en cada ocasión”.<sup>641</sup>

Y viene a colación esta posición sobre el mito, porque la base de la *voluntad* estética de José Gregorio Hernández es el mito cristiano, que se desdobra en concisión mística, por una parte y, por la otra, en desdoblamiento moral y tránsito hacia las regiones de lo divino. Por lo tanto, se convierte en lenguaje supraindividual que media entre la realidad presente y la realidad contingente; mediación que aboca a lo inmediato en devenir e impulso hacia la idealidad. Y

---

639 *Ibid.*, p. 95.

640 Albert Béguin. *El alma romántica y el sueño*, 1996, p. 457.

641 *Ibid.*, p. 479.

una forma de concretar esa “idealidad” es a través del imaginario estético, donde Hernández Cisneros vuelca, desdobra su *ser* en él; al mismo tiempo que el arte es un desdoblamiento de la divinidad contenida en el mito, donde el discurso estativo es un camino hacia sí mismo; una búsqueda de la esencialidad que apareja la *voluntad*.

Porque si asumimos ese principio romántico con respecto a José Gregorio Hernández y su *voluntad estética*, sus textos son una visión reflexiva que ahonda en la visión del espíritu creador, ya que va más allá de lo ornamental y ejercita el discurso estético como forma o vía para alcanzar la profundidad en la expresión del espíritu y su prolongación en conciencia moral, que se corresponde con lo planteado por Merleau-Ponty; cuando afirma:

El arte no es construcción, artificio, relación industriosa con un espacio y un mundo de afuera. Es verdaderamente el “grito inarticulado” del que habla Hermes Trimegisto, “que pareciera la voz de la luz”. Y una vez ahí, despierta en la visión ordinaria de las potencias durmientes, un secreto de preexistencia.<sup>642</sup>

Para Hernández Cisneros, Dios es el espíritu de lo infinito, y el camino al infinito conduce a una elevación, incremento y superación de los límites, donde la libertad de amar a Dios constituye uno de los mecanismos para superar los medios vacíos del mundo ordinario; al mundo vacío de sentido frente a la ausencia de Dios. Y junto a la *voluntad* y la fantasía hace converger la duplicidad del sentir, en el adentro y afuera donde adquiere visibilidad el imaginario fundante del espíritu.

Por lo demás, el arte es espacio de la representación del espíritu, donde ser y palabra se conjuntan para simbolizar a través de la conciencia trascendente. De allí que Habermas sostenga que “Las relaciones entre lenguaje y mundo, entre oración y estado de cosas, disuelven las relaciones sujeto- objeto. Las operaciones constituidoras

---

642 Maurice Merleau-Ponty, 1964, p. 53.

del mundo pasan de la subjetividad trascendental a estructuras gramaticales”<sup>643</sup>. Se establece, de esa forma, la relación de convergencia entre subjetividad y lenguaje a manera de reencuentro de todos los aspectos del *ser*, donde las particularidades del lenguaje prolongan el *ser* hacia afuera, siendo espejo este para sí mismo y para los otros; especie de caleidoscopio que intercambia sentidos y significaciones, enunciadores y hechos desde diversas perspectivas enunciativas.

Lo que es importante significar en este aspecto es que la conciencia trascendente se concretiza “en la práctica de la vida, ha de cobrar carne y sangre en materializaciones históricas. Como ulteriores medios de encarnación o materialización, la fenomenología de orientación antropológica añade el cuerpo, la acción y el lenguaje”<sup>644</sup>. De esta manera, la conciencia trascendente deja los espacios y se convierte en acciones de la *voluntad*; en este, nuestro caso, en *voluntad estética* que se transforma en “lugar de entenderse desde las cosas y sucesos contingentes y, estribando en ellos, el sujeto ha de retornar a su subjetividad formadora de mundo como horizontes de autointerpretación”.<sup>645</sup>

Lo que indudablemente nos lleva a relacionar estos postulados con el pensamiento metafísico, que creemos se adaptan específicamente a José Gregorio Hernández y su intención estética, donde:

Lo uno y lo múltiple, concebidos abstractamente como relación de identidad y diferencia, constituyen aquí la relación básica que el pensamiento metafísico entiende como una relación lógica a la vez que ontológica: el uno es, a la vez, el principio y fondo esencial, principio y origen. De él deriva lo múltiple, en el sentido de fundamentación y origen. Y merced a este origen, se reproduce como una diversidad ordenada.<sup>646</sup>

---

643 Habermas. *Pensamiento postmetafísico*, 1990, p. 17.

644 *Idem*.

645 Habermas, *op. cit.*, 1990, p. 21.

646 *Ibid.*, p. 40.

Posición que nos lleva a pensar y reafirmar que José Gregorio Hernández articuló el método metafísico para impulsar su *filosofía de la voluntad*. Más aún, cuando se trata de articular lenguaje y *voluntad* para expresar las operaciones trascendentales que, a través del espíritu, intentan alcanzar lo *absoluto*, articulando una subjetividad generadora de mundos a partir del desdoblamiento de la individualidad en lo intersubjetivamente mediado dentro de la *intuición del instante*; instante poético, instante existencial que muestra al *ser* trascendido a partir de la autoconciencia de lo trascendente.

Ya que he tomado en préstamo el título de un libro de Gaston Bachelard, debo aprovechar para significar la relación que hace este filósofo entre poesía y metafísica o, más bien, la aprehensión por medio del instante poético de toda la universalidad que constela alrededor del *ser*, porque:

La poesía es una metafísica instantánea. En un breve poema, debe dar una visión del universo y el secreto de un alma, un ser y unos objetos, todo al mismo tiempo. Si sigue simplemente el tiempo de la vida, es menos que la vida; solo puede ser más que la vida inmovilizando la vida, viviendo en el lugar de los hechos la dialéctica de las dichas y de las penas. Y entonces es principio de una simultaneidad esencial en que el ser más disperso, en que el ser más desnudo conquista su unidad.<sup>647</sup>

Bajo esta fórmula filosófica, la palabra poética o el discurso estético asumen la dialéctica de la *voluntad* como forma expresiva del *ser* que se manifiesta en medio de su trascendencia, donde los tiempos cronológicos se suspenden para dar paso al tiempo poético que se adueña del escenario enunciativo-existencial, en medio del éxtasis que reflexiona sobre el *ser* y sus acaeceres. De allí que Bachelard relacione al poeta y al metafísico en sus intentos por comprender el “fenómeno” de la retirada del *ser* en su aproximación existencial

---

647 Gaston Bachelard. *La intuición del instante*, 1999, p. 93.

en la poesía; la forma de “habitar” el mundo más allá de la simple relación con los objetos:

El poeta es entonces guía natural del metafísico que quiere comprender todas las fuerzas de uniones instantáneas, el ímpetu del sacrificio, sin dejarse dividir por la dualidad filosófica burda del sujeto y del objeto; sin dejarse detener por el dualismo del egoísmo y del deber. El poeta anima una dialéctica más sutil. En el mismo instante revela, a la vez, la solidaridad de la forma y de la persona. Demuestra que la forma es una persona y la persona una forma.<sup>648</sup>

De esta reflexión me interesa destacar tres elementos fundamentales que, indudablemente, se destacan en los textos de intención estética de José Gregorio Hernández, que son: la persona, la forma y el instante; más aún, la convergencia que se produce entre forma y persona en el instante poético, instante de ensoñación y traslación hacia el “mundo del espíritu”. Porque en Hernández Cisneros el instante poético, instante metafísico, está perfectamente delineado como la búsqueda de un “fulgor divino”, donde el *ser* ejecuta el viaje hacia la trascendencia, viaje estésico que permite contemplar lo no visible, simbolizar lo concebido dentro del reino de la subjetividad-trascendente; a decir de Bachelard:

La poesía es así un instante de la fuerza personal. Entonces, se desinteresa de lo que disuelve, de una duración que dispersa ecos. Busca el instante. Solo necesita del instante. Crea el instante. Fuera del instante solo hay prosa y canción. En el tiempo vertical de un instante inmovilizado encuentra la poesía su dinamismo específico. Hay un dinamismo puro de la poesía pura. Es el que se desarrolla verticalmente en el tiempo de las formas y de las personas.<sup>649</sup>

---

648 *Ibid.*, pp. 100-101.

649 *Ibid.*, p. 101.

Bajo este perfil interpretativo, el ejercicio estético para José Gregorio Hernández es el encuentro consigo mismo y los misterios de la fe; forma de confesión encubierta de su profunda admiración y reverencia por lo místico y el arte, como confluencias de la máxima expresión del *ser* a través de la palabra y la acción. Y más aún, un vuelo hipertélico, ascensión hacia la verticalidad donde mora la divinidad, desde donde es posible considerar los espacios místicos como lugares de la calma y la medida; paréntesis en los agobiantes acechos de la realidad cotidiana a través de la *voluntad* desdoblada en esperanza.

Bien, marcada esta necesaria e imprescindible reflexión teórica sobre la hibridación entre palabra y espíritu a través del discurso estético, voy a entrar en detalle con los textos de creación literaria de José Gregorio Hernández, que en su totalidad fueron publicados en *El Cojo Ilustrado*<sup>650</sup>; ellos son: “Sr. Nicanor Guardia” (1893), “La verdadera enfermedad de santa Teresa de Jesús” (1912), “Visión del arte” (1912), “Los maitines” (1912), y “En un vagón” (1912).

En el caso del ensayo “Sr. Nicanor Guardia”, es una apología a las virtudes científicas y morales de quien destaca la “inteligencia amplia y vigorosa, que ha cultivado uno de los ramos más difíciles de los conocimientos humanos, la medicina; y que ha llegado a ocupar un puesto culminante entre los hombres científicos de nuestra patria”<sup>651</sup>. Esas virtudes las centra en un medio social menguado de manifestaciones intelectuales frente al materialismo de los “tiempos modernos”<sup>652</sup>, que:

---

650 Es una revista cultural, artística y literaria, que circula en Caracas a partir del 1.º de enero de 1892, hasta el año 1915. Allí son publicados textos de diversas tendencias literarias, especialmente del Modernismo; así como también de corrientes fuertemente influenciadas por el Positivismo que propugnan tesis sobre la antagonización entre la civilización y la barbarie.

651 Hernández, 1968, pp. 174-175.

652 El artículo fue publicado a los veintinueve años de edad, en el gobierno de Joaquín Crespo, quien gobernó por segunda vez desde 1892 a 1898.

... presentan en nosotros el fenómeno singular de que el desenvolvimiento material que se presenta en toda la nación no va acompañado del movimiento intelectual correspondiente; obsérvese, por el contrario, que cada día disminuye el número de los que en otro tiempo formaron una brillante pléyade que ilustró la República y la puso a la altura de los países más aventajados en materias científicas.<sup>653</sup>

Al sospechar la mengua de las manifestaciones intelectuales, por correspondencia será una mengua de la voluntad de los hombres frente al paso del tiempo y los compromisos con el pasado. Al mismo tiempo que deja planteado el apocamiento de los valores humanos y la predisposición espiritual hacia lo trascendente, conculcado frente a la materialidad. Para ello, hace una comparación con la cosecha y frutos de la tierra:

Así se nota en la naturaleza que, después de una cosecha rica en frutos que embellecen los campos y repletan las graneros, se presenta otra, que, siendo ya menguada de por sí, parece serlo todavía más si se la compara con la que le precedió [...] Mas en esos mismos instantes en que parece que los vegetales repararan las fuerzas agotadas por una fructificación opima, en esas épocas de decadencia vital, suele presentarse uno que otro fruto que reúne en sí y magnifica todas las cualidades eximias que hicieron afamada entre todas a su especie, el cual viene a alegrar a los cultivadores, porque su presencia encierra una promesa halagadora para el porvenir.<sup>654</sup>

Lo telúrico se convierte en imagen metafórica para simbolizar el escenario de realización a través de la *voluntad* del hombre. Para producir cosecha de hombres prodigiosos en una tierra fértil, que por la voluntad del labriego va perdiendo su esplendor en la fructificación, para caer en simples cultivos de supervivencia y no de

---

653 Hernández, 1968, p. 1074.

654 *Idem.*

trascendencia, en un mundo del espíritu que vaya sobre lo intelectual y, por ende, a lo voluntarioso, donde residen las virtudes; sino más bien, confluye en la característica de los tiempos modernos que han roto con la tradición intelectual del pasado:

Las épocas pasadas hicieron creer que nuestra raza tenía el privilegio de llevar radicadas en ellas potencias intelectuales superiores a las que existían en las demás; luego vino una triste realidad a desvanecer tan lisonjeras ilusiones, si bien se encuentran todavía algunos espíritus levantados que poseen en grado sumo todas las grandes dotes de aquellos que en campos venturosos dieron lustre y renombre al país.<sup>655</sup>

Y dentro de esos espacios de carencias, surge un *ser* que por sus virtudes y capacidades descolla en medio de su tiempo y semejantes:

Uno de estos varones esclarecidos de nuestra época es el señor doctor Nicanor Guardia: inteligencia amplia y vigorosa, que ha cultivado uno de los ramos más difíciles de los conocimientos humanos, la medicina; y que ha llegado a ocupar un puesto culminante entre los hombres científicos de nuestra patria.<sup>656</sup>

Varón esclarecido que no solo es un hombre de ciencia, sino que:

Lleno de amor apasionado por su ciencia, sigue paso a paso el movimiento casi vertiginoso que ella presenta en la actualidad, experimentando un verdadero entusiasmo cada vez que viene a descubrirse un nuevo secreto de la naturaleza y presentándose, por lo tanto, siempre al corriente de los adelantos científicos. Dotado además por la naturaleza de una lógica irresistible, marcha sin vacilar por la senda que debe conducirle a la verdad, el único ideal que los deslumbra y atrae.<sup>657</sup>

---

655 *Idem.*

656 Hernández, 1968, pp. 1074-1075.

657 *Ibid.*, p. 1075.

La expresión “amor apasionado” nos conecta inmediatamente con los preceptos de la *voluntad*, ya que, como hemos visto, uno de los elementos característicos de la *voluntad* es el amor. Amor como forma de conciencia y entendimiento de la acción humana, orientada hacia fines nobles y sublimes; lo que lo lleva a constituirse en especie de Superhombre Cristiano, que supera lo estrictamente humano y lo lleva a la magnificencia de luchar contra el dolor y la muerte:

En la ciencia difícil del diagnóstico, en la habilidad para descubrir y llenar la indicación terapéutica; en una palabra, en la parte clínica de la medicina, es en donde brilla su inteligencia con más esplendor. Es increíble con cuánto vigor realiza diariamente esa lucha incesante contra la enfermedad, que a veces llega a convertirse en una lucha homérica contra la muerte. Y parece imposible pintar esa rara energía que le hace resistir donde los demás flaquean, asumiendo tremendas responsabilidades en casos desesperados, y teniendo entonces arranques de inspiración que le levantan y colocan en una altura inaccesible a los demás mortales.<sup>658</sup>

Un científico inspirado en los más altos ideales de servicio, un médico inspirado en los más conspicuos valores morales lo llevan a ocupar un sitio de honor, no solo en la clínica médica, sino en el claustro académico; donde es bien importante señalar el respeto y la admiración que siente José Gregorio Hernández por el *alma mater*:

Poseedor de una elocuencia natural, unida a un criterio nada común, agrupó en torno de su cátedra universitaria un auditorio entusiasta que corría a recoger ávidamente los preceptos científicos, los cuales adquirirían con solo salir de sus labios una autoridad incontestable. La Madre Universidad, que nunca ha podido consolarse de su ausencia, le tiene orgullosa en el cuadro de sus profesores honorarios.<sup>659</sup>

---

658 *Idem.*

659 *Idem.*

“Madre Universidad” es el reconocimiento a la institución que lo formó para el ejercicio médico, al mismo tiempo que le permitió acendrar su formación moral a través de los valores cristianos, que siempre establecieron un paralelismo con su integridad científica; porque, siempre y en todo momento, Hernández Cisneros prodigó que la acción humana debe estar regida por una conciencia moral que la lleve por los senderos del bien y la bondad. Y estas cualidades y virtudes las reconoce en el homenajeado de su artículo, al expresar:

Muy raras son, en efecto, las dotes intelectuales de tal magnitud, y por lo mismo muy valiosas; pero más raras y valiosas son las cualidades morales, que rodean al hombre de una simpática aureola y le dan un prestigio tan grande como merecido [...] El señor doctor Guardia las posee todas: la bondad natural, que compadece los sufrimientos ajenos; la generosidad, que ennoblece el espíritu y le proporciona mil goces inefables; la santa caridad, que llena el alma de los más excelsos sentimientos y genera las acciones grandiosas que immortalizan al hombre. Y practica la amistad de una manera tan perfecta, que los elogios sienten por él un amor profundo y un respeto ilimitado. ¡Oh, cómo corre la pluma fácil y ligera al escribir las palabras que nos dicta el corazón!...<sup>660</sup>

La reiteración del amor testimonial es práctica de la voluntad estética para reconocer las virtudes científicas y morales, pero, por sobre todas las cosas, exaltar las virtudes de los espíritus entregados al servicio de los demás. Y ante la calidad de la persona que exalta, la escritura se hace tarea fácil y constelativa para hacer patente los dictados del corazón; simbolizando con este recurso metafórico la subjetividad trascendente que permite “mirar” a quien ha rebasado los hábitos ordinarios hacia instancias reservadas a los seres de excepción, que con su servicio y vocación han marcado profundas huellas en lo terreno para su consagración universal; su realización

---

660 Hernández, 1968, pp. 1075-1076.

entre lo humano y lo divino: “¡Quiera el cielo conservarle a Venezuela por largos años a un ciudadano tan distinguido como médico eminente!”<sup>661</sup>. Y de esta manera, surge la ciudadanía universal que lo trasunta de las limitaciones geográficas e históricas y lo hace ícono perenne en la historia de la humanidad; tal y como ocurre con José Gregorio Hernández.

Mientras que en el ensayo de inclinación lírica, “La verdadera enfermedad de santa Teresa de Jesús”, combina el rigor científico con el fervor religioso que le produce la presencia mística en su vida<sup>662</sup>. El texto comienza con una apreciación testimonial de fe, amor y admiración por esa imagen-presencia que lo han acompañado durante toda su vida:

Mi devoción por santa Teresa de Jesús es tan antigua que el día de hoy me sería imposible decir con exactitud el momento de mi vida en que comencé a conocer y a amar a la gran santa española, característico tipo femenino de la raza.<sup>663</sup>

De allí que la intemporalidad mística supera la temporalidad histórica y lo lleva a transitar senderos que rompen con lo ordinario y lo proyectan sobre el soporte espiritual, sobre la *voluntad* que permite hacer presente su fe y devoción, al igual que lo hacen un ser de excepción que hizo práctica esa fe. Por lo tanto, esa devoción se convierte en potencia de la *voluntad* para alentarlo en las sendas de la imitación de quienes han logrado trascender a partir del tránsito místico.

---

661 *Ibid.*, p. 1075.

662 Importante señalar que santa Teresa de Jesús, a quien José Gregorio Hernández prodiga fe, admiración y veneración, nació en octubre, al igual que Hernández Cisneros. Además, que octubre ha sido designado como el mes teresiano, porque en él nace también santa Teresa del Niño Jesús o santa Teresita.

663 Hernández, 1968, p. 1077.

Por ello, el enunciante de este magnífico texto hace una relación biográfica con la deidad para incorporarla dentro de su vida terrena, para establecer la vinculación desde lo afectivo-subjetivo que reverencia la empatía. Esto es, crear vínculos entre la persona y la instancia mítica a través de la vida y la forma literaria que sirve de evidencia del tributo de fe:

Durante mis estudios preparatorios al curso de bachillerato subió de pronto mi entusiasmo por su fama, porque, además de la santidad resplandeciente que la rodeaba en mi entendimiento, conforme en los tiempos anteriores había formado idea de ella, ahora empecé a conocerla como escritora y poetisa admirable e inimitable [...] Empezaba mis estudios de medicina cuando con gran animación y alegría celebrase en Caracas el tercer centenario de la Santa, y recuerdo con júbilo las gratas impresiones, las vivas emociones que experimentaba mi alma al oír los elogios que de ella se hacían en la prensa y en el templo, pareciéndome, sin embargo, que todos eran inferiores a su grandeza.<sup>664</sup>

Lo inabarcable de la grandeza de la presencia mística es abarcable a través de la palabra poética o el influjo del discurso metafórico que se hace presente, aun cuando se trate de una respuesta a un tema científico como el histerismo, el cual es rebatido desde la instancia científica, el testimonio personal, y la figuración del *ser* en sus acciones movidas por la fe:

Años más tarde uno de los más queridos y populares profesores de medicina en la universidad escribió un estudio sobre el histerismo, en el cual, sin ningún reparo, afirmaba que santa Teresa estaba afectada de la neurosis y que sus éxtasis eran los llamados éxtasis histéricos<sup>665</sup> [...] ¡Con qué dolor leí el artículo de mi maestro!

---

664 *Idem.*

665 Es importante citar textualmente la llamada que aparece en la edición de las *Obras completas* de José Gregorio Hernández y que aclara quien escribe el estudio sobre santa Teresa de Jesús: “Alude a un artículo del doctor

¡Cómo deseaba tener un gran caudal de saber y de elocuencia para defenderla de tan inconsiderada apreciación!<sup>666</sup>

Para el momento de la publicación del artículo del Dr. Morales, José Gregorio Hernández cuenta con 21 años de edad; es el estudiante de medicina que ve constreñida su fe y devoción por la Santa frente a la argumentación científica del catedrático. 27 años después, a los 48 años de edad, publica el texto que rebate desde la fe los postulados científicos del maestro; luego que:

Muchos años después pude estudiar sus obras y fue entonces cuando vine a apreciar la verdadera grandeza de la Santa y a comprender que la idea que acerca de ella me había formado en los primeros años de mi vida distaba de la realidad cuanto dista la tierra del cielo.<sup>667</sup>

A través de santa Teresa de Jesús conoce el valor de san José y de allí se maravilla con su gloria. Donde es necesario insistir que la grandeza de la Santa y la defensa que de ella hace proviene de su fe y admiración, por lo tanto, produce una certeza absoluta a partir de la *voluntad* férrea, pero sensible, que permite incorporarse a los espacios de la santidad:

Entonces también empecé a amar y a venerar más si cabe, por otra razón. De todos los santos que forman el esplendor del cielo y constituyen la gloria extrínseca de Dios, ninguno, si exceptuamos

---

Guillermo Morales, publicado a primeros años de 1885 en *El Repertorio*, periódico que era órgano de la Sociedad Santa María. En dicho artículo el autor, no obstante, con la fama que llegaba de Europa, dando de mano a la sanción de la verdadera ciencia y a vueltas de hablar sobre magnetismo, hipnotismo e histerismo, pretendió reducir a puras mistificaciones algunos milagros de Jesucristo, los de Lourdes, los éxtasis de los santos, en especial de santa Teresa, y la impresión de las Sagradas Llagas en Nuestro Padre San Francisco”.

666 Hernández, 1968, pp. 1077-1078.

667 *Ibid.*, p. 1078.

a la Santísima Virgen, tiene para el pueblo cristiano y para la Iglesia entera la significación y el valor de san José. Todos vivimos en el amor y en la veneración del santo que no tiene semejante en la inmensidad de la gloria.<sup>668</sup>

La fe se convierte en acción humana establecida por medio del testimonio místico que se conforma como base y fundamento para el creyente:

La devoción de san José, propagada en toda la Iglesia, es la obra de santa Teresa, principalmente. Ella hizo que el culto del patriarca de Nazaret fuera el culto de todo cristiano y nos enseñó a recurrir a él en todos los casos de nuestra vida, y a poner especialmente bajo su protección el trance de la muerte.<sup>669</sup>

Aquí estamos frente a una *voluntad* devocional que conduce a la *voluntad* perfecta. Donde la devoción se transforma en la creación de formas simbólicas que crean certezas frente a la incertidumbre, potencia la presencia de la divinidad dentro del mundo terreno y finito:

¡Oh, que devoción cara y amable para todo corazón fiel, que desea la santidad conforme a los designios inescrutables de Dios! ¡Y cómo amar a san José sin tener inmensa gratitud a la Santa que nos enseñó a venerarlo y a poner en él nuestra confianza como el remedidor seguro de nuestros males!<sup>670</sup>

Bajo estas circunstancias que ligán lo devocional-biográfico y testimonial, el artículo hace que converjan lo sensible y lo científico; la amalgama del hombre de fe que fue José Gregorio Hernández:

Por eso he sentido tan punzante dolor al oírla calificar de histérica en aquellos tiempos y siempre, he formado el propósito invariable de contribuir en lo que pudiera para desvanecer tan impensada y

---

668 *Idem.*

669 *Idem.*

670 *Idem.*

ligera calificación, primeramente, demostrando que en santa Teresa no se encuentra la más pequeña señal de histerismo y, en segundo lugar, tratando de indagar cuál es la enfermedad cierta que la aquejaba, puesto que ella misma nos describe los sufrimientos que tuvo durante su vida.<sup>671</sup>

De esta manera, la respuesta conjunta dos formas simbólicas que logran una explicación conciliadora entre los argumentos del creyente. Entonces, filosofía como ciencia del hombre y del espíritu, y medicina (neuropatología) son los caminos para desembocar en la verdadera significación de los estados de trascendencia de la Santa. Desde la medicina:

La neuropatología nos enseña a conocer perfectamente el histerismo, de tal suerte que apenas hay enfermedad de más fácil diagnóstico. Es una enfermedad del sistema nervioso que carece de localización anatomopatológica y que presenta distintos grados de desarrollo, pero en todos los enfermos se observan ciertos rasgos morales peculiares que se descubren prontamente. Tienen carácter movable, son inconstantes, faltos de voluntad firme, propensos a la disimulación y, casi siempre, son falsos amigos de los que mimen y de ser por parte de los demás objeto de atenciones y cuidados.<sup>672</sup>

Pero en su libro *Elementos de filosofía* contrapone la verdad del espíritu a la verdad racional o definiciones científicas sobre el histerismo:

Se ha tratado muchas veces de establecer identidad entre estos estados históricos y los fenómenos de la oración sobrenatural. En particular, el éxtasis de los santos se ha considerado como de naturaleza histórica; todos los autores místicos y, principalmente, santa Teresa, han sido definitivamente colocados entre los históricos por los que admiten esta identidad.<sup>673</sup>

---

671 Hernández, 1968, pp. 1078-1079.

672 *Ibid.*, p. 1079.

673 Hernández, 2021, p. 72.

Histerismo desde la racionalidad científica, y psicología de los santos desde los designios espirituales para justificar los estados sobrenaturales, destacando las características o sintomatología de los histéricos:

Pero todo aquel que quiera estudiar serenamente y de una manera científica el histerismo, y que estudie, además del mismo modo la psicología de los santos, encontrará, de seguro, tal semejanza entre ellos que forzosamente tendrá que establecer una conclusión contraria a dicha identidad, la cual solo puede admitirse por lo que no tienen conocimiento alguno del histerismo o de los éxtasis de los santos.<sup>674</sup>

Mientras que el éxtasis místico remite al instante trascendente, al mundo articulado-categorizado que construye una forma simbólica desde lo místico, tal y como lo apunta Cassirer al remitirlo a las “peripecias del espíritu”:

Tan pronto como ha saltado una vez la chispa, tan pronto como la tensión y la emoción del momento se han descargado en la palabra o la imagen mítica, empieza en cierto modo una peripecia de espíritu [...] Y ahora puede iniciarse una objetivación cada vez más extensiva. En efecto, en la medida en que la actividad propia del individuo se va extendiendo a un círculo cada vez mayor [...] consíguese también una articulación progresiva y cada vez más precisa tanto del mundo mítico como del mundo lingüístico.<sup>675</sup>

Para José Gregorio Hernández, el éxtasis místico proviene de seres excepcionales que trascienden a las simples condiciones mortales ordinarias:

Los que tuvieron ocasión de verla en esos momentos se sentían sobrecogidos de respeto y de admiración, al ver la serenidad y el

---

674 *Idem.*

675 Ernst Cassirer, *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, 1951, p. 130.

embellecimiento de todas sus facciones de toda su persona [...] Al salir de sus éxtasis, la santa tomaba la pluma; y la que antes era tan ajena a toda literatura, ahora producía sus incomparables escritos, con los cuales se reveló al mundo maestra sin igual en teología mística, historiadora eminente, eximia poetisa; con una filosofía tan elevada y original como su teología, modelo en el arte del bien decir, llena de donaire y elegancia, y con una gracia tan fina y espiritual que, desde hace cuatrocientos años, forma las delicias de los que la leen; por estas tan excelsas dotes la santa Iglesia católica la ha aclamado doctora mística.<sup>676</sup>

La imagen mítica representa al *ser* en su plenitud a través del discurso metafórico, que une mito y lenguaje como formas de simbolización de la expresión y el concepto; donde la expresión hace nítidas las imágenes sensibles del sentido que unifica las visiones de mundo entre lo trascendido y el espectador, que logra estabilizar sus afectos a través de las imágenes míticas que se hacen únicas, desde el concepto articulante de la visión sobre el mundo en su conjunto. Y esto opera como el *giro trascendental* que vuelca lo potencialmente humano para que desborde lo esencialmente positivista-racionalista. De allí que la *voluntad* estética tenga una funcionabilidad reveladora, donde el lenguaje rebasa su cualidad meramente instrumental y se transfigura en energía productiva; vida propia donde se produce el proceso de renovación constante de las formas del pensamiento y de la vida, estructuradas simbólicamente, siendo este medio simbólico la estructura que trasciende lo interno y lo externo.

Esta particularidad otorga al lenguaje una forma suprasensible donde el juicio es posible en función de la vida concreta del espíritu. La expresión de la sensibilidad del espíritu se manifiesta a través del discurso metafórico, como vía o camino para expresar tanta potencialidad interior que fluye a través de la palabra contenida

---

676 Hernández, 1968, p. 1080.

en el discurso estético, que viene a constituir el equilibrio entre la libertad y la abstracción. A decir de Cassirer:

Hay un dominio del espíritu en el que la palabra no solo conserva su capacidad figurativa originaria, sino que en su interior [...] experimenta su nuevo nacimiento a la vez sensible y espiritual. Esta regeneración se lleva a cabo plasmándose aquella en expresión artística. Aquí vuelve a tocarle en suerte la plenitud de la vida, solo que esta vida ya no es la vida míticamente ligada, sino estéticamente liberada.<sup>677</sup>

Aquí es fundamental e imprescindible el uso de recursos estilísticos-literarios<sup>678</sup>, que producen el discurso metafórico que eleva

---

677 Ernst Cassirer. *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, 1951, p. 155.

678 Es de hacer notar que José Gregorio Hernández era asiduo lector de obras literarias y compartía con sus amigos y allegados, tal es el caso de Santos Dominici y el padre de este. Así lo podemos apreciar en correspondencia que envía Hernández Cisneros a Santos Dominici, desde Isnotú el 11 de febrero de 1889, donde emite juicio sobre *La Iliada*, de Homero: “En la época de Homero, o mejor dicho, en esos siglos en que se escribió *La Iliada*, los héroes solo eran perfectos cuando poseían todas las dotes que tú has leído en ese libro, y por eso se dice: “héroe homérico”, queriendo decir perfecto; o “héroe de los tiempos de Homero”, suponiendo que es perfecto el retrato que Homero nos dejó; puesto que él debía copiar a su época, de cómo debía ser un héroe de aquellos tiempos para que, arreglado a sus creencias, leyes y costumbres, se le considerara como el *summum* de la perfección”. Igualmente, Hernández Cisneros comenta textos y referencias críticas sobre ellos: “Macaulay ha sido mi solaz en estos días; ¡lástima que te hayas desecho de tan sin igual libro! He leído con mucha detención su artículo sobre Maquiavelo, porque lo he encontrado enteramente opuesto a mí en el juicio sobre este grande hombre, aunque en lo de grande estemos de acuerdo”. Así como también es conocedor de obras de teatro: “... también encontré –siempre en los baúles– el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín, hecha por la Real Academia de la Historia [...] También se encuentra, y es lo principal, un “Discurso Histórico” sobre los orígenes del teatro español: una lista de obras de teatro que se han escrito en España desde el principio hasta la época de Lope de Vega o

hacia la alabanza la acción de la deidad trascendida. Todos estos rasgos característicos que impulsan esta singular personalidad santa devienen de la voluntad, que, obviamente, acendran las acciones humanas y posibilitan la concreción de lo trascendente:

Los mismos fenómenos psicológicos, que bien podemos llamar antagónicos al histerismo, se encuentran en los otros santos místicos: en santa Catalina de Sena, en san Juan de la Cruz, en san Enrique Suso, en santa Gertrudis, en la madre María de Agreda. Todos ellos son autores clásicos en sus respectivas lenguas, eminentes en todos los asuntos de que tratan; y han realizado grandes obras en bien de la humanidad, de las cuales muchas subsisten [...] no existe, pues, ninguna identidad, ni siquiera la más leve entre los llamados éxtasis históricos y los verdaderos éxtasis de los santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; el confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente alguno de los dos estados.<sup>679</sup>

Lo que describe José Gregorio Hernández, en su consideración sobre los éxtasis místicos, bien pudieran llamarse “configuraciones de comprensión espiritual”, que no son simples símbolos intelectuales, sino que constituyen la representación simbólica de lo real. Bajo este punto de vista, me parece autorizado creer que la *voluntad* se hace constitución simbólica de la existencia humana; por lo tanto, en su mediación simbólica ya está trazado el sentido de la vida humana, permitiéndose, así, la aparición de una *voluntad* de comunicación frente la *voluntad* del aniquilamiento a que empujan los tiempos y realidades, llevando hacia la naturaleza de la verdad mística que nunca podrá ser contenida por la palabra que la enuncia; lo que acarrea la eterna búsqueda por parte del creyente, más allá de la

---

López, como leía en no sé qué autor francés [...] Te digo que me puse a leerlo y me olvidé de todo hasta que lo concluí; y hoy comprendo cuán útil es estudiar las obras de teatro, y sobre todo cuán difícil es este estudio”.

679 Hernández, 1968, p. 1080.

palabra, donde cada acto del ser humano está relacionado con la tarea final que la deidad le ha asignado como su creación.

Por ello, José Gregorio Hernández busca en la infinitud de la verdad mística la revelación de su concepción de fe, que, al mismo tiempo, se vincula como testimonio moral; conciencia moral que diversifica los alcances. Y en esa posicionalidad argumentativa aparece la escritura y su figuración testimonial, que permite ilustrar el anhelo místico:

Nuestra santa las tuvo todas en ese grado y por ello su santidad resplandece en la Iglesia. Y entre todas las virtudes es sobresaliente en ella, precisamente, la que es imposible para el histérico: la sinceridad. La señal más cierta que se puede tener de la curación de un histérico es ese cambio moral que lo hace pasar de la simulación y de la exageración a la sinceridad. En los escritos de santa Teresa brilla de tal manera esta virtud, que encanta al lector y lo subyuga de una manera total.<sup>680</sup>

Por lo que el histerismo degrada el cuerpo físico y lo minimiza en su corporalidad e instancias morales:

Los histéricos presentan, cuando su enfermedad está bien caracterizada, las grandes crisis con convulsiones y movimientos pasionales en todo el cuerpo, y los tan mal llamados éxtasis, durante los cuales permanecen largas horas y aun días en un estado semejante al sueño y en posiciones irregulares y grotescas; estado este que altera con convulsiones y está acompañado de alucinaciones. Al salir del éxtasis, el histérico se muestra en un estado de embrutecimiento y de imposibilidad de ninguna operación intelectual.<sup>681</sup>

Mientras que el éxtasis místico revela la corporeidad sensible, los estados del espíritu en su máxima esencia como oración sobrenatural: “De esos tales éxtasis jamás estuvo afectado ninguno de los

---

680 *Ibid.*, p. 1081.

681 *Idem.*

santos místicos y tampoco Santa Teresa. Lo que se llama en teología mística éxtasis son estados de oración sobrenatural que ninguna semejanza tienen con el histerismo”<sup>682</sup>. Y esa oración sobrenatural surge por medio de la *voluntad*, que permite apreciar lo que habita en los lugares de la ensoñación y permite compulsar los estados del alma convertidos en discurso metafórico, como forma ideal de aprehender lo visionado:

Santa Teresa nos dio la descripción de tales estados, hecha con mano maestra en habiendo acabado de salir de uno de ellos:

Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión...Estando así el alma buscando a Dios siente, con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera que si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tienen abiertos no ve casi nada, ni se lee acierta a decir letra, ni casi atiende a conocerlas bien; ve que hay letras, mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quisiera; oye, mas no entiende lo que oye... Hablar es por demás, que no atina a formar palabra... El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido [...] Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando, cuando quise escribir esto, qué haría el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: “Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo... Se pierde la memoria... La voluntad debe estar bien ocupada en amar... El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende [...] Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura.”<sup>683</sup>

---

682 *Idem.*

683 *Idem.*

El alma, en estado naciente y divina unión, interacciona entre lo interior y lo exterior a través de la *voluntad* de amar que produce el entendimiento que queda fuera de toda explicación real-objetiva; por lo que José Gregorio Hernández saca de toda “discusión ilustrada” el éxtasis místico de la santa y descarta por completo el histerismo:

Es preciso leer los capítulos de su *vida* en que se trata de esos estados místicos, para maravillarse de las grandezas de la oración sobrenatural y justamente convencerse de que no ofrecen ni siquiera parecido remoto con los estados histéricos. Ninguno que establezca comparación entre ellos y los confunda e identifique puede considerarse como verdadero hombre de ciencia y, mucho menos, como hombre justo e imparcial.<sup>684</sup>

De allí retoma las consideraciones que la santa hace sobre su enfermedad; para ello, soporta Hernández Cisneros su argumentación médica bajo los siguientes criterios:

De todo ello podemos deducir que la santa, en su primera juventud, sufrió una enfermedad aguda que con las secuelas le duró como cuatro años, después de la cual tuvo una salud perfecta y cabal, tanto que pudo emplear toda su vida en el trabajo de las fundaciones y de la dirección de una orden extendida en toda la península [...] Esta enfermedad consistió en un dolor violento en la región torácica y precordial, seguido al poco tiempo de dolores generales en todo el cuerpo, con fiebre alta y que paró en un ataque cerebral con convulsiones; después rigidez articular y muscular, que la tuvo tullida durante tres años; al fin, vuelta a la salud con palpitaciones y algunas veces vómitos.<sup>685</sup>

Luego de ese diagnóstico y referencias fisiológicas, entrega su dictamen médico para concluir que los males físicos de la Santa se deben a un “reumatismo articular agudo”; donde es importante

---

684 Hernández, 1968, p. 1082.

685 *Ibid.*, p. 1083.

señalar la validación del *hecho trascendental* a partir de la combinatoria entre el conocimiento científico y la convicción religiosa, dejando constancia de una profunda solvencia profesional como médico en su razonado diagnóstico. Aunado al conocimiento que produce la fe y convicción de extasiado creyente que durante toda su vida exaltó la figura de santa Teresa de Jesús y, lógicamente, produce este ensayo de tendencia lírica, que bien podemos catalogar con la contraposición de dos enfermedades: una biológica y otra divina, a través de la cual se erige por encima de su condición y se perfila hacia la divinidad a través de la iluminación y elevación del alma, desde regiones inferiores hasta las más elevadas posiciones místicas.

Mientras que los textos que analizo a continuación son formas simbólicas estrictamente líricas, que están estructuradas dentro del género narrativo y, específicamente, narraciones líricas contenidas en el imaginario donde la ficción se perfila como el principal estructurante. Un ejemplo de ello es el texto “Visión del arte”, donde el agotamiento físico da paso a la fulguración del cuerpo lírico en medio de la producción del instante poético, dentro de la oscuridad exterior que posibilita la iluminación del espíritu, que en medio del tedio toma la pluma y escribe: “Capítulo segundo. El arte”.

Es interesante el espacio geográfico del cual trasciende el espíritu que escribe. Un caos atmosférico precipita al cansancio físico que sirve de apocamiento del cuerpo orgánico:

La tarde estaba cálida, tempestuosa y cargada de fluido eléctrico, que obraba implacablemente sobre mis nervios, comunicándoles como unas corrientes no interrumpidas de malestar. Había tenido durante el día un trabajo fuerte y emocionante, y me sentía con un cansancio físico muy pronunciado.<sup>686</sup>

El desfallecimiento del cuerpo físico es tomado como desencadenante de la historia ficcional que contiene la esencia lírica del texto:

---

686 *Ibid.*, p. 1085.

Traté de coordinar mis ideas para comenzar a escribir, confiando en que el movimiento producido por la composición intelectual me haría olvidar el cansancio del cuerpo y los trastornos nerviosos de causa meteorológica. ¡Vano intento! Mis esfuerzos en este sentido fueron inútiles; por el contrario, lejos de armonizarse las ideas se me empezaron a confundir lamentablemente. A mi alrededor los objetos tomaban formas fantásticas, moviéndose caprichosamente y agitándose en un baile siniestro y lúgubre. En particular, un ramo de viejas flores que estaba olvidado sobre la mesa en que me había puesto a escribir me producía la ilusión que estaba haciendo toda suerte de contorsiones; se inclinaba a la derecha y a la izquierda con cierto aire de burla y, por último, creí verlo que se doblaba más profundamente como si hiciera una cortesía, hasta que, tomando vuelo, se desprendió de la mesa y fue a colocarse sobre la puerta entre abierta de la habitación. ¡Puras ilusiones visuales!<sup>687</sup>

Las flores –naturaleza muerta– se animan para marcar la elipsis ficcional que comienza a producirse mediando entre la realidad y la ficción, iniciando la aparición de visiones fantasmagóricas que dan al ambiente un aspecto espectral y preparan el escenario para el surgimiento de lo ficcional, mediante la inversión de la causalidad; los objetos se humanizan y el cuerpo se objetualiza a través del apocamiento:

En medio de las tinieblas que cada vez más me ofuscaban mi mente, pude pensar que todo lo que me acontecía eran obras de mi imaginación cansada y estropeada por el trabajo de aquel día y por la enorme tensión eléctrica de la atmósfera. Comprendí también que en vano trataría de luchar contra ese estado de cosas y decidí someterme a la fatalidad. Un ruido sordo, como de un trueno lejano que me pareció oír, acabó de ofuscar me y de hacerme perder el sentido de la realidad.<sup>688</sup>

---

687 *Ibid.*, pp. 1085-1086.

688 *Ibid.*, p. 1086.

El cuerpo abatido es aturrido y entra en el espacio de la representación que no es la realidad, sino la creación de la forma simbólica que permite la inserción del éxtasis lírico, a partir de la aparición del ser fantasmal que se convertirá en el “duende que dicta”; desde donde hay que considerar las condiciones meteorológicas y la súbita aparición de lo espectral, esto es, el recorrer las fronteras entre lo real y lo ficcional:

Tuve todavía bastante conciencia para más convencerme de que era incapaz de recobrar mi autonomía y miré desoladamente alrededor de la habitación, como quien buscaba auxilio. Al cabo de un rato, con gran sorpresa, vi o creí ver junto a mí un ser indefinido, semejante a una aparición que me estaba viendo con ironía. Su vestido blanco era como una amplia túnica que se movía como si fuera a impulsos del viento y, de tal manera disimulaba sus formas, que me era imposible distinguir si ese ente que estaba en mi presencia era hombre o mujer.<sup>689</sup>

Estilísticamente, ese cuerpo que encubre sus formas y género, lo podemos asumir como el desdoblamiento del escribiente en su conflicto escritural; o, más bien, en su viaje hipertélico hacia los espacios de la creación estética, donde la producción literaria se convierte en potencia sobrenatural que permite trasponer espacios físicos y reales:

Largo tiempo estuvo mirándome despreciativamente. Su mirada inquisidora penetraba hasta el fondo de mi vacía imaginación y la registraba minuciosamente, como quien hojea un libro. Aquel análisis frío y sostenido de mí ser interior, semejante a una disección anatómica, me producía una especie de congelación interna. Después de haber prolongado ese registro todo lo que quiso, sacudiendo la cabeza con un aire no sé si de conmiseración o de hastío, concluyó por decirme: “Nada has podido producir. Tu inteligencia

---

689 *Idem.*

está como un papel en blanco; pero tengo lástima de ti y quiero trabajar por tu cuenta”.<sup>690</sup>

La figura indivisa y espectral puede concebirse también como la metáfora de la literatura, la musa que inspira y permite ingresar a los espacios de la ensoñación-imaginación que contienen las obras literarias, que, a su vez, permiten el viaje a través de la lectura-ilustración de lo simbolizado en los universos estéticos que se crean. En el texto de Hernández Cisneros, la luz tenue y calma resplandece para que el espíritu ingrese a los escenarios de la creación estética y, una vez más, aparece la influencia que sobre José Gregorio Hernández ejerce la visión maravillada de la palabra creadora:

Extendió, luego que acabó de hablar, su brazo escultural y con la mano abierta señaló el fondo casi oscuro de la estancia. Yo seguí con la vista aquel ademán, lleno de imperio, y miré a lo lejos. Primero vi una espléndida llanura en la cima de un monte, como si fuera una meseta, iluminada por una suave y deliciosa luz. Parecía que nos acercábamos a ella con rapidez. En seguida se fueron delineando claramente los contornos de un palacio suntuoso de construcción antigua, con las paredes de un mármol tan fino que casi tenía la transparencia del vidrio y con el techo de un metal semejante al oro.<sup>691</sup>

La coalición de los espacios produce la apertura a un viaje o recorrido por los mundos de la creación o, más bien, a la recreación de los mundos creados a través del arte como realidad que expresa la mirada del alma, a través de una mirada iluminada que adquiere rasgos de mirada divina:

Me parecía que, sin movernos, nos acercábamos a la espléndida mansión nunca vista por mí y ni siquiera imaginada. Tuve la sensación de que habíamos penetrado en el interior de una sala de

---

690 *Idem.*

691 Hernández, 1968, p. 1087.

deslumbradora riqueza, en la cual se hallaban numerosos personajes rodeados de incomparable gloria. Tenían aquel aire lleno de majestad de los que habituados a dominar las inteligencias de los demás hombres y, en realidad, parecían reyes que estaban sentados sobre tronos. En el mismo instante en que pasábamos junto a ellos se levantó de su asiento el más glorioso de todos y que, con seguridad, era el que presidía aquel senado resplandeciente; y con una voz terrenal comenzó a recitar los sublimes versos: “Canta, ¡oh diosa!, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo”.<sup>692</sup>

La búsqueda trascendental es la forma de apreciar a través de la imaginación creadora, que supera lo estático y permite el ingreso a espacios superiores representados por la poesía; es la procura de la suavidad armónica que suscite lo profundamente espiritual: “Entonces pude ver en el dosel del trono en que se hallaba el recitante esta inscripción en letras refulgentes: ‘¡Poesía! ¡Eres de todas las artes la más excelsa! ¡Eres el arte divino!’”<sup>693</sup>. Y este ingreso al recinto divino produce una especie de arrebató místico que dirige su atención al espíritu; instancia que puede trascender hacia los espacios de la divinidad:

Comprendí que íbamos a salir de aquel encantado recinto y, una vez fuera de él, continuamos nuestro aéreo viaje con rapidez. Muy distante debíamos encontrarnos, a juzgar por lo largo del tiempo, cuando empecé a sentir como el ambiente perfumado del bosque y a notar el silencio inapreciable del desierto, apenas interrumpido por el ruido de las corrientes de aire que levantábamos a nuestro paso. Era evidente que entrábamos en un lugar solitario y silencioso. La aparición me habló diciéndome: “Cierra bien los ojos y apresta los oídos”. Obedecí al punto y puse todo mi esfuerzo en oír.<sup>694</sup>

---

692 *Idem.*

693 *Idem.*

694 *Idem.*

El enunciante explícito y el implícito se transforman en figuras aéreas-etéreas; la visión y el tacto ceden su lugar a la escucha que fortalece la forma de contemplación desde la interioridad, tal y como la ha apuntado Marsilio Ficino cuando refiere la relación entre la escucha, la música y el espíritu divino: "... el espíritu percibe por los oídos ciertas armonías y ritmos suavísimos, es advertido por estas imágenes y es excitado a la música divina, que debe ser examinada por un cierto sentido íntimo y más agudo de la mente".<sup>695</sup>

Y esa significación de la armonía musical la interpreta José Gregorio Hernández en su texto de la siguiente manera:

De aquella ignorada región de la tierra, de aquel rincón bendecido del mundo, se elevaba un canto celestial. No parecía formado de voces humanas, y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba. Compuesto solamente de voces, sin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una súplica, pero que en otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal. En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes a la expresión sensible de aquel canto, que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizá pasados para siempre. La aparición me habló con voz emocionada y me dijo: "Es el himno cartujano que noche y día sube al cielo a pedir misericordia por el pobre mundo. En el desierto<sup>696</sup> viven esos seres como ángeles formando el jardín privilegiado de la Iglesia."<sup>697</sup>

Y si volvemos a Ficino, para quien la poesía otorgaba el fulgor divino que acercaba el "alma delicada" a Dios para obtener su éxito en el favor de la divinidad y vencer, de esta manera, todo lo que la rodeaba y ataba a la materialidad:

---

695 Ficino, Marsilio. *Sobre el fulgor divino y otros textos*, 1993, p. 19.

696 Más adelante analizo con detalle la figuración del desierto como símbolo de la espiritualidad y la conversión.

697 Hernández, 1968, p. 1088.

La poesía, en cambio, reproduce, lo cual también es propio de la divina armonía, de forma más ardiente ciertos sentimientos muy nobles, délfico al decir del poeta, mediante los ritmos y movimientos de las voces. Por ello sucede que no solo se halaga a los oídos, sino que también aporta a la mente un alimento suavísimo y muy semejante a la ambrosía celeste, de modo que parece acercarse más a la divinidad.<sup>698</sup>

Por lo tanto, estamos en presencia de la *voluntad* poética que se transfigura en arte humano con una profunda infusión divina, tal y como ocurre con José Gregorio Hernández, que hace significar en sus textos estéticos el trasiego del alma entre lo humano y lo divino:

Poco a poco fuimos perdiendo la audición del himno, conforme nos alejábamos del desierto y entrábamos en la llanura. De repente llegamos a un espacio lleno de primorosas flores. En medio de él se levantaba una escala de singular belleza de la cual se irradiaba una brillante luz en todos los ámbitos de aquel dilatado espacio. Estaba formada por siete gradas talladas en una piedra riquísima y preciosa como el diamante. Sus pasamanos están como esmeralda y cubiertos de facetas<sup>699</sup>, y toda ella parecía suspendida en el aire y rodeada de gran esplendor.<sup>700</sup>

Bajo esta perspectiva, la divinidad se hace “musa” que despierta y estimula el alma trascendida en *voluntad* estética y deseo de confesión por parte del poeta-oferente, que se conmueve a él mismo y al auditorio con quien crea una profunda relación intersubjetiva. Y en el texto de José Gregorio Hernández, esta musa adquiere la figura femenina como símbolo de la orientación por los caminos del arte:

En la tercera grada de aquella inimitable escala estaba de pie una bellísima mujer, ligeramente reclinada en la verde esmeralda. Llevaba una

---

698 Ficino, *op. cit.*, 1993, p. 21.

699 Caras de piedra tallada.

700 Hernández, 1968, p. 1088.

ondulada túnica escarlata y sobre los hombros descansaba un manto de imperial armiño. En la mano derecha tenía el cetro. Luego que nos hubo visto hizo un ademán con la mano izquierda enseñándonos hacia el oriente.<sup>701</sup>

Entonces en el arte se conjunta la imagen mística y las referencialidades sagradas, para convalidar el estado reinante del alma y su consecución en la *espiritualidad voluntariosa*; en los auditorios que se encuentran inmersos en los predios de la divinidad y disfrutaban de las mieses de la creación:

En aquella dirección apareció un campo irregular y quebrado en que se veían algunas palmeras torcidas y casi secas, agitadas por el viento; hacia la izquierda, y en la dirección de las palmeras, se notaba la bella ensenada de un lago de plomizas aguas; a orillas del lago unas colinas cubiertas de hierba de no muy grande elevación y, por fin, más allá y por encima de las colinas, el cielo azul con nubes acumuladas, mensajeras de próxima borrasca. Una gran multitud de hombres, mujeres y niños se encontraban en aquel sitio y le daba aspecto de un campamento. Toda aquella muchedumbre parecía presa de un entusiasmo indescriptible, como si hubieran sido testigos de un acontecimiento nunca visto en el mundo; como que lo comentaban y discutían con vehemencia, y a veces llegaba a mis oídos el ruido de una inmensa aclamación semejante al rugido del mar durante una tempestad. Unos cuantos de los actores de aquella escena estaban afanados recogiendo unos objetos que, ciertamente, eran pedazos de pan y restos de pescado, los cuales iban colocando cuidadosamente en cestos. De pie sobre una pequeña elevación del terreno y dominando aquel espectáculo estaba Él, resplandeciendo en su divinidad y con las manos omnipotentes levantadas al cielo en actitud de dar gracias.<sup>702</sup>

---

701 *Idem.*

702 Hernández, 1968, pp. 1088-1089.

Es la presencia de Jesús en la recreación del pasaje bíblico de la multiplicación de los panes y los peces. La presencia mística que valida tangencialmente la intencionalidad del autor de concatenar el viaje por las regiones del arte con la presencia divina y salvífica, al mismo momento que equipara esas dos espiritualidades: la mítica y la poética dentro de las esferas de la labra e imagen quintaesenciada por la ensoñación del oferente, que acude al discurso para rendir tributo al ductor de su *voluntad*.

Y en medio de la narración, el ser enunciante hace una especie de paréntesis entre la realidad y los espacios de la trascendencia, la tensión entre lo inmanente y lo simbólico se hace justa y necesaria para legitimar el discurso ficcional dentro de la realidad cotidiana y ordinaria, para legitimar la inserción ficcional que comporta viajar hacia regiones exquisitas a través del éxtasis poético:

Un frío producido por la emoción circuló por todo mi cuerpo; pensé que iba a morir. Entonces hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, tratando de recobrar mi libre personalidad, como quien procura despertar encontrándose en medio de una pesadilla.

Casi recobré el uso de mis sentidos, de tal suerte que empecé a distinguir los objetos de la habitación y hasta oí claramente la voz de un granuja que gritaba en la calle: “Para el miércoles. ¡El cuatro mil trescientos cincuenta y nueve!”<sup>703</sup>

El ser impelido entre la hipóstasis producida por la figuración del arte y la realidad circundante crea una tensión que lo ubica entre dos extremos de la realidad discursiva:

No pude luchar por más tiempo y volví a caer en mi letargo. A mi lado estaba todavía la aparición, que me dijo con aire de comprimida cólera: “Estás bajo mi autoridad; aunque no quieras has de prestarme atención hasta el fin”. Y, agarrándome con fuerza por un

---

703 *Ibid.*, p. 1089.

brazo, me condujo velozmente y como si fuera llevado por una ráfaga de naciente huracán. Llegamos al acabo de largo tiempo a un silencioso y dilatado recinto, que al principio creí habría de ser como un recinto mortuorio, pero luego pude convencerme de que era un espacio cerrado en el cual se distinguían grandes masas de jaspeado mármol que custodian la entrada y se extendían a lo lejos. Por dentro de ellas se encontraban lujosas columnas, preciosos monolitos de mármol de raros colores que contribuían con sus matices a dar belleza y armonía al conjunto.<sup>704</sup>

La presencia del mármol representa la dureza y perdurabilidad, al mismo momento que simboliza la historia pétrea que sirve de base a la humanidad; además de representar lo sacrosanto que invita al recogimiento y la solemnidad. Tal es el caso de su uso en las edificaciones religiosas o los monumentos funerarios; piedra donde se labran las particularidades de la historia. Y en el texto de José Gregorio Hernández adquiere dimensiones simbólicas importantes al ser asociado nuevamente a la figura femenina, como representación de la suprema virtud; imagen arquetípica de la creación y la perpetuidad:

En el centro de aquel recinto se levantaba, esbelta, la figura de una mujer de blanco mármol. Parecía acabada de salir de la onda líquida y por ello cubría castamente su desnudez con tela abundante de profusos pliegues. Su rostro ovalado y de una deslumbradora dulzura estaba iluminado por una sombra celestial, y su mirada, rica de inmortalidad, se dirigía vagamente a lo lejos, como si estuviera mirando el desfile de las generaciones seculares que habrían de venir a contemplarla sin saciarse jamás de admirar su belleza. Me sentí como poseído de un verdadero éxtasis producido por aquel esplendor y hubiera deseado nunca más salir de ese recinto encantado, hasta que una voz me sacó de aquel arrobamiento, la cual, descendiendo de lo alto, exclamaba: “¡Oh, hombre! ¡Admira

---

704 *Idem.*

el poder creador de que disponen los de tu raza! ¡Pueden ellos transformar la fría piedra en un ser como este que ves palpitante de vida, el cual representa el ideal perfecto de la belleza!<sup>705</sup>

El enunciante –viajante– es investido de una condición excepcional sobre sus semejantes y el mundo de las cosas, al poder ver-escuchar las regiones maravilladas del arte. Y este es un recurso muy utilizado en literatura donde la divinidad hace que el mortal conozca mundos constelados y se convierta en especie de emisario ante sus semejantes. Así lo hace Simón Bolívar en su *Delirio sobre el Chimborazo*; sor Juana Inés de la Cruz, en *Primero sueño*; o Vicente Huidobro, en *Altazor*. Y que esas realidades fundadas en el imaginario estético estén representadas por la circunstancialidad e instantaneidad, la fulguración del instante:

Pero, sin dejarme oír más, la aparición me obligó a continuar nuestra marcha. Corríamos sin descanso y pasábamos como una exhalación por los aires, absolutamente como si atravesáramos los continentes y los mares. Después me dijo de nuevo: “Mira enfrente de ti; no tienes tiempo que perder”.<sup>706</sup>

El instante místico se homologa con el instante de aprehensión poética a través de la mirada y la escucha, que se transforman en palabra o discurso estético; y bajo la recurrencia de la figura femenina y su relación con la divinidad en el rol de señalar el camino, de ser el puente entre lo humano y lo divino, tal y como ha sido en la religión católica a través de la figura de María; aun cuando aquí la figura femenina es la materialización de la perfección del arte. Y dentro de ese instante místico la palabra poética y el discurso musical –himnos, cantos órficos– son mecanismos para acompañar y acompasar los escenarios donde reposa la divinidad y la instrumentación mística:

---

705 Hernández, 1968, pp. 1089-1090.

706 *Ibid.*, p. 1090.

Vi un caudaloso río azul de dormidas aguas sobre las cuales se habían debido cantar las baladas antiguas. A su orilla izquierda estaba extendida, amorosamente, una gran ciudad, una ciudad antigua, es verdad, pero tanto en los pasados como en los presentes tiempos gloriosa y heroica. Como iluminando la ciudad, se levantaba majestuoso el edificio espléndido de la catedral, cuyos contornos se dibujaban maravillosamente en las aguas del río. En la fachada se levantaban dos altísimas torres rematadas en atrevidas agujas, y toda aquella construcción era una verdadera filigrana de piedra, monumento acabado de belleza y ejemplar perfecto del estilo ojival, el mayor invento arquitectónico de la inteligencia humana. Sobresalían de ella la potencia y la magnificencia ordenadas y armónicas, engendradas por la artística disposición de las formas geométricas. Al entrar oímos claramente los sagrados cánticos de la oración vespertina, los cuales produjeron honda conmoción en todo mi ser.<sup>707</sup>

La perfectibilidad del espíritu se encuentra en la coalición de las bellas artes donde la poesía, el canto y la arquitectura se engranan como eslabones de la sincrónica imagen que detenta y simboliza a la humanidad, desde la grandeza de la *voluntad* humana.

Traté de ver si la aparición estaba a mi lado, como antes, y nada pude distinguir. Hice un esfuerzo mayor para abrir los ojos y mirar alrededor, y entonces fue cuando empecé a volver a la realidad, tan luego pude coordinar mis ideas me puse a recordar lo que me había sucedido, y pronto comprendí que era todo aquello una simple visión imaginativa producida por el cansancio y el estado atmosférico.

Ingresa a la escena discursiva el recuerdo como elemento de recreación de los mundos posibles vividos; la fugaz visión del viaje hipertélico por el mundo del arte es la única forma de recomposición de lo experimentado, siendo la escritura el único recurso para dejar testimonio de lo vivido. Escritura que no resuelve en nada el

---

707 *Idem.*

enigma de la visión, sino que deja latente el misterio a través de los papeles en el suelo, que simbolizan la incertidumbre entre el sueño y la vigilia: “En el suelo estaban unas cuartillas caídas de la mesa, en una de las cuales había un renglón medio borrado en el que pude leer: ‘Capítulo segundo: el Arte’”. Y de esta manera se configura la expresión estética que intenta dar cuenta de la manifestación del espíritu transido entre el culto a la divinidad y el reconocimiento de la potencialidad creadora de la *voluntad* estética.

Mientras que *en un vagón*<sup>708</sup> representa la conciencia moral a través de la abstracción intelectual que produce la lectura y el alejamiento del catecismo frente a las difíciles edades y falta de orientación sobre los preceptos cristianos; para ello, crea una narración ambientada en un viaje en tren donde el narrador cuenta su experiencia:

Cinco minutos, justamente antes de la partida, tomé el vagón que se hallaba desocupado aún y traté de elegir un buen asiento para hacer más cómodamente mi pequeño viaje, pues, como de ordinario, soy muy propenso al mareo, lo evito a veces situándome bien.<sup>709</sup>

Bajo una descripción meticulosa describe a los personajes que lo acompañarán en el vagón y a través de quienes podrá ilustrar las referencialidades entre la convicción religiosa y la abstracción que provee la lectura, que procura formas de entendimiento diferentes a la fe católica.

---

708 El texto está dedicado a Jesús María Herrera Irigoyen, uno de los dueños y promotores de *El Cojo Ilustrado*.

709 En cartas enviadas a Santos Dominici, Hernández Cisneros refiere con marcada recurrencia el mareo que siente al viajar en barco, y superaba esa situación mediante la distracción a través de la lectura. Obviamente, esta referencia se convierte en una debilidad del cuerpo físico; mientras que en el relato se va a producir un fortalecimiento del mundo espiritual. (Hernández, 1968, p. 1093).

Instantes después acariciaba yo la halagadora idea de hacer mi camino sin compañía alguna, cuando entraron tres pasajeros más, de distinguido aspecto: un caballero, al parecer de cincuenta años, tipo del perfecto *gentleman*, quien se tocó cortésmente el sombrero al pasar junto a mí; una señora que, al ponerme de pie para darle paso libre, me hizo una ligera cortesía; y un joven como de diecisiete años, de tan notable parecido con el caballero que semejaban una misma persona vista a los diecisiete y a los cincuenta años, de tez pálida, cabellos y ojos negros, con la mirada profunda del que nace pensador. Vino a situarse a mi lado y, sin prestar atención a los movimientos precursores de la salida, abrió un libro y se entregó a la lectura.<sup>710</sup>

La distribución planimétrica de los personajes ubica al narrador-protagonista dentro de un ángulo de observación que privilegia la aserción de los datos que narra:

El caballero y la dama tomaron asiento a mi frente. La señora vestía traje y sombrero negro de gran lujo y elegancia, y la dulzura de su fisonomía, al propio tiempo que en todo el continente de su persona, revelaban la distinción peculiar de las personas bien nacidas.<sup>711</sup>

La majestuosidad del vestir y el color negro privilegian a los personajes que están del lado de la virtud y la esencia espiritual de las personas, frente a quienes buscan el saber específicamente en la ciencia. Más aún, cuando dan muestras de ser fervientes cristianos: “Respiré con satisfacción pensando que si la compañía no aumentaba, haríamos un viaje bastante agradable y mayor placer experimenté al ver que, en el instante de partir el tren, la señora hizo piadosamente la señal de la cruz”.<sup>712</sup>

---

710 Hernández, 1968, p. 1093.

711 *Ibid.*, pp. 1093-1094.

712 *Ibid.*, p. 1094.

Mediante una conversación trivial entre una familia, crea condiciones ficcionales para aleccionar sobre el conocimiento científico y el saber místico; entre el entendimiento y la *voluntad* de regirse por los designios cristianos:

Entonces mi compañero arregló su libro lo más cómodamente que pudo para continuar su lectura, que, por lo visto, le interesaba sobremanera. Movido de curiosidad, traté de ver en su libro con discreción, mirando por encima del hombro, y leí lo siguiente: “El hombre naturalmente desea saber: la presencia de lo desconocido le molesta; todo lo que es misterio le inquieta y estimula, y en tanto que le dura su ignorancia, experimenta él un tormento que cede su sitio al placer cuando aquella llega a ilustrarse.”<sup>713</sup>

El joven acompañante lee filosofía para su examen de bachiller, lo que ocasiona disgusto en la madre, quien busca apoyo en el tío Felipe: “No me gusta ver que Carlos se entregue tanto a esas lecturas, las cuales me parece que le pervierten sus buenos sentimientos”<sup>714</sup>. Lecturas que proveen al joven ideas raras y contrarias a las que tienen en la casa; al mismo tiempo que satisfacen su deseo de saber. Transcurriendo el diálogo en un instante que se disipa como el humo de la locomotora en medio de la naturaleza aturdida por el paso de la máquina:

La locomotora producía un gran estruendo en las vueltas del camino, los árboles del bosque huían velozmente y los pájaros se levantaban en bandadas, mientras que el penacho de humo quedaba como señal efímera a nuestro paso [...] Yo pensaba que otro penacho de humo –el hombre– vive atormentado por el mismo deseo de Carlos de saberlo todo; solo que, al buscar la vida en su ciencia, no pocas veces encuentra la muerte.<sup>715</sup>

---

713 *Idem.*

714 *Idem.*

715 *Idem.*

Metáfora de la instantaneidad de la vida y su vínculo con la muerte, en medio de la ausencia de trascendencia que otorga la ciencia; la fría ciencia que se despoja del calor del espíritu. Y aquí vuelve a aparecer la libre *voluntad* como el más caro deseo del hombre y su manifestación voluntarista. En este sentido, José Gregorio Hernández vuelve a utilizar el ejemplo de la estadística para simbolizar el conocimiento científico-exacto y, en boca del personaje Carlos –el muchacho que lee filosofía–, coloca estas reflexiones:

Yo desearía que alguien me pusiera de acuerdo a esas cosas. Sin embargo, me parece claro que nos enseña la estadística. ¿No vemos que hay casi todos los años un número igual de matrimonios? Lo mismo acontece con los robos y con los homicidios. Un buen estadista calcula sin errar que dentro de dos años habrá un determinado número de estos sucesos, de la misma manera que un astrónomo indica los eclipses de sol y de la luna que se verificarán de aquí a diez años.<sup>716</sup>

Mientras que el personaje representado por el tío Felipe encarna el ideal cristiano a través de la filosofía voluntarista, el punto opuesto a la racionalidad y exactitud de la ciencia, cuya única certeza es la muerte:

... don Felipe repuso:

—Analicemos bien ese argumento. Por ejemplo, todos comemos generalmente a las siete; si tú vas a la mesa con nosotros a esa hora, ¿lo haces de una manera necesaria, o te consta, por el contrario, que tendrías la libertad de no ir?

A lo que Carlos responde:

—Es claro que puedo no ir, si me place.

Respuesta que asume el tío como una demostración de la *voluntad*:

---

716 Hernández, 1968, p. 1095.

—Ya ves, Carlos, que eres libre, puesto que no te dejas dominar por tu apetito y puedes triunfar de él. Y de todos los móviles humanos, los más poderosos son las inclinaciones físicas, que impulsan casi como instintos.<sup>717</sup>

Las necesidades físicas se ven mediadas por la *voluntad*, que actúa como ente rector del ser que trasciende a través de sus actos, que para José Gregorio Hernández está en los santos, y así lo incluye en el relato a través del juicio jubiloso de la madre de Carlos: “—Sí —dijo la madre con gozo—, los santos adquirieron la perfección en grado heroico porque lucharon contra todos sus apetitos corporales y triunfaron sobre ellos”.<sup>718</sup>

Y dentro de esos ejemplos de santidad, el narrador-personaje rememora la presencia de san Francisco de Asís<sup>719</sup>; donde su imaginación es escenario para rememorar y vivificar la cuantiosa obra espiritual y ejemplo de fe y entrega: “... por mi imaginación pasó el recuerdo de aquel dulcísimo Francisco de Asís, despedazando su carne virginal con las espinas de unas zarzas en una terrible noche de invierno, luchando contra la tentación y vencéndola”<sup>720</sup>. Y en ese tránsito del ferrocarril se puede perfectamente simbolizar el tránsito por la vida y el orden intersubjetivo de los personajes del relato para construir la forma simbólica entre la dicotomía del saber científico y la manifestación del espíritu; la realidad circundante o, más bien, la realidad legitimante que aparece por momentos para efectos de la veridicción del relato:

---

717 *Idem.*

718 En efecto, José Gregorio Hernández, venció los apetitos corporales, y en grado heroico, apostó por la santidad, que indudablemente consumó en su vida y ejercicio espiritual.

719 En la parte estética siguen presentándose marcas e incisos biográficos que ponen en evidencia la intención didáctico-moralizante de la producción literaria de José Gregorio Hernández, que no es más que la reafirmación de las necesidades subjetivas del *ser* a través del ejercicio de la *voluntad*.

720 Hernández, 1968, p. 1096.

La máquina detuvo su marcha por breves instantes. Todos nos asomamos a las ventanillas. En el corredor de la pequeña estación estaban dos granujas<sup>721</sup> vestidos de harapos. Uno de ellos, dirigiéndose a su compañero, le dijo: —Vale, ahora me gano, cuando menos, tres reales con los pasajeros que vienen [...] El otro, levantando la mano derecha hasta el nivel de los ojos y cerrando unos después de otros los dedos, le respondió: —¡Veol!<sup>722</sup>

Luego de continuar su viaje el tren, se reanuda la conversación en el vagón donde viaja el narrador y desde donde podemos apreciar la simultaneidad entre el discurso y el movimiento del tren. Y la conversación continúa con la intervención del tío Felipe, quien contrasta los resultados de la estadística con los estados de conciencia de los seres:

—Oye, pues, Carlos: la estadística nos enseña solamente los meses en que se verifican esos actos de que tú hablas, pero nada nos puede decir del estado psicológico de sus autores, el cual solo puede ser conocido por la conciencia.<sup>723</sup>

Vuelve a aparecer en la escena literaria la referencia al histerismo como manifestación no-voluntaria que puede ser condicionada por determinados elementos; de esta manera, Carlos refuta los argumentos de su tío Felipe:

—Concedo que los argumentos en favor del determinismo, dados por la estadística, sean bien débiles —repitió Carlos—, pero es que los hay más poderosos. Si se le sugiere un acto cualquiera a un histérico, durante el sueño hipnótico, lo realizará al despertarse. Preguntémosle en seguida si lo ha hecho con entera libertad y nos afirmará que así lo hizo.<sup>724</sup>

---

721 En la literatura venezolana de la época, la figura del granuja es emblemática. Recordemos su presencia en las narraciones de José Rafael Pocaterra.

722 Hernández, 1968, p. 1096.

723 *Idem.*

724 *Idem.*

En tal sentido, la libertad condicionada surge como alternativa de la *voluntad*, que está muy lejos de ser manifestación de lo condicionado, sino, más bien, muestra de la libertad humana; de esta manera lo refleja José Gregorio Hernández en la voz palabra en el personaje del tío Felipe:

—Y así lo ha hecho, porque la sugestión no obra sobre la voluntad, sino indirectamente por el intermedio de la memoria y de la inteligencia. Los actos se verifican así: al producirse la reviviscencia del hecho sugerido, la inteligencia lo considera y ofrece a la voluntad, la cual lo acepta si es de su agrado o lo rechaza, en el caso contrario; de suerte que, aun aquel que está influido por la sugestión puede obrar libremente. Recuerdo haber leído la observación de un notable neurologista. Se trataba de una histérica a quien se le sugirió que en la tarde del día siguiente saliera de paseo con su sombrero al revés. En llegando la hora sugerida todos oyeron que la enferma decía: “¡Qué cosas tan raras se me ocurren! ¡Solamente que estuviera loca me pondría el sombrero al revés!” [...] Y salió vestida correctamente. Ya ves tú que los histéricos, al aceptar la sugestión, lo hacen tan libremente que pueden rechazarla y practicar lo contrario.<sup>725</sup>

Indudablemente, el personaje del tío Felipe encarna el mundo personal de José Gregorio Hernández, quien lo utiliza como desdoblamiento de su criterio densamente madurado<sup>726</sup> sobre la expresión científica y la potencia de la *voluntad*; de allí que en ese diálogo Carlos introduce la referencia sobre la libertad humana, tema que en su libro *Elementos de filosofía* —como lo hemos visto en capítulos

---

725 Hernández, 1968, pp. 1096-1097.

726 Cronológicamente, el personaje coincide con la edad de Hernández Cisneros, quien para la época tiene 49 años y el personaje 50; y en el establecimiento de ese diálogo adopta un afianzamiento entre una generación formada en los valores cristianos y una juventud que puede distraer su camino en la búsqueda de las certezas de la vida.

precedentes— Hernández Cisneros le dedica bastante atención. Y aquí, dentro de la creación literaria, por medio del personaje Carlos, vuelve a referir lo que tradicionalmente se ha dicho sobre ella —la libertad humana:

Carlos repuso:

—Y si admitimos la libertad humana, ¿no nos ponemos en contradicción con la ley de conservación de la fuerza? ¿Tendríamos que admitir que un acto voluntario podría crear de la nada un movimiento intercurrente, cuando está demostrado que todo movimiento resulta siempre de un movimiento anterior?<sup>727</sup>

Lógicamente, aquí está apelando a la tesis que contradice la *voluntad* y, específicamente, la *voluntad* divina que no pudo crearse de la nada; argumento que es rebatido por el personaje que equilibra el saber científico y la intención voluntarista del espíritu:

—La voluntad libre —respondió Felipe, reposadamente— no crea ningún movimiento de la nada; lo que hace es servirse, poniéndolas en libertad, de las fuerzas almacenadas en los elementos musculares. Además de que la ley de la conservación de la fuerza está demostrada para un sistema cerrado e inerte y no lo está respecto a los seres vivos.<sup>728</sup>

Entonces la *voluntad* está dentro de los elementos fundamentales de la convicción y no de motivos que en un momento se pueden determinar como poderosos, tal y como piensa Carlos, porque se seguirá dentro de los móviles humanos con respecto a los apetitos corporales y no el comulgar espiritual de los seres; lo que queda reflejado en el siguiente dialogo entre el tío Felipe y Carlos:

—Pero es lo cierto —volvió a decir Carlos— que nos decidimos siempre por el motivo más poderoso [...]

---

727 Hernández, 1968, p. 1097.

728 *Idem.*

—No siempre —dijo don Felipe—; por ejemplo, una persona obediente a los mandamientos de la Iglesia no tomará el alimento antes de las doce en un día de ayuno, aunque tenga mucho apetito; mientras el falderillo de tu casa, al presentársele el alimento, se lo comerá irremisiblemente si tiene hambre [...]

—En ese caso —dijo Carlos, con aire de triunfo—, el motivo más fuerte de la decisión de cumplir la ley del ayuno [...]

—Estás en la plenitud del error, mi sobrino, porque, como acabo de decir, es un hecho demostrado por la experiencia que de todos los móviles humanos los más poderosos son los apetitos corporales, por lo cual la lucha contra ellos constituye el lado doloroso de la vida. Además, podemos verificar todos estos actos experimentalmente y siempre la conciencia nos atestiguará la existencia de la libertad.<sup>729</sup>

La dialéctica de la *voluntad* implica un sacrificio, en momentos, soportar dolor y limitaciones por alcanzar lo pretendido; esa referencia crea las condiciones idóneas para alcanzar los ideales trascendentes. Y bajo la admiración del narrador por la sapiencia del joven, el viaje llega a su destino; y allí la preocupada madre es tranquilizada por su hermano sobre el rumbo que ha de tomar el sobrino, apasionado por la lectura:

—Tranquilízate, querida hermana —le respondió don Felipe, levantándose para salir—; todos, unos más y otros menos, nos hemos divorciado del *Catecismo* en esa época de la vida y hemos dado acogida a la novedad de esas ideas tan cónsonas con el estado psicológico producido por el cambio de la edad. Pero después, poco a poco, vamos despojándonos de ellas y, entonces, florece espléndidamente la primera siembra; sobre todo cuando el sembrador fue una madre como tú.<sup>730</sup>

---

729 *Idem.*

730 Hernández, 1968, p. 1098.

Bajo esta forma de ilustración, José Gregorio Hernández reitera los principios de los valores formadores de la madre en los valores cristianos, tal y como él lo reconoce a lo largo de la vida; además de simbolizar el asentamiento en la madurez de los hombres y su fortalecimiento en la *voluntad*, que se acendra con el paso del tiempo. De allí que, como moraleja de la narración, José Gregorio Hernández clame por voluntades ductoras para que los principios del mundo del espíritu, representados por los valores cristianos, logren llevar por las sendas del bien a las nuevas generaciones: “yo me quedé con el corazón entristecido al pensar cuántos hay que permanecen definitivamente divorciados del catecismo por carecer de una amiga y amante que les haga fácil la vuelta”.<sup>731</sup>

Extrapolando este cierre de la narración, podemos inducir su propuesta personal sobre los principios cristianos como la forma de forjamiento de la *voluntad* en los hombres de bien, condición de la que adolece el convulsionado mundo de las cosas materiales y terrenas; el mundo que para José Gregorio Hernández significó la oportunidad de sobreponerse en la búsqueda de los más altos ideales espirituales.

En el otro texto de inclinación estética, “Los maitines”<sup>732</sup>, reluce su admiración por la oración cartuja y el éxtasis místico que de ella se desprende; que nuevamente en la oscuridad de la noche se siente la calma y medida del espíritu cartujo:

La campana interrumpe el profundo silencio del desierto. La densa noche cubre implacablemente el bosque de negra y caliginosa sombra, pero en aquella completa soledad la Cartuja recibe de lo alto una lluvia de serenidad y paz. Entre ratos, percíbense los ruidos

---

731 *Idem.*

732 Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, “maitines” proviene del cat. dialect. *maitines*, y este del lat. [*tempus*] *matutinum*, [tiempo] matutino), que significa: primera de las horas canónicas, rezadas antes de amanecer.

innominados del desierto, el azaroso canto de las aves nocturnas o el ulular de los desolados animales silvestres. Cabe el vecino riachuelo las ranas entonan el triste canto, su sola protesta contra aquella espesa medianoche sin luna.<sup>733</sup>

Con singular recurrencia podemos observar que en los textos estéticos-místicos de José Gregorio Hernández se insiste en la figuración del desierto como espacio o lugar de la enunciación-contemplación. Y es que el desierto ha sido un complejo símbolo dentro de la iconografía mística universal, tal y como lo refiere Udo Becker:

La Biblia lo menciona, por una parte, como lugar de abandono y lejanía de Dios, y otras veces como habitación de los demonios; pero también es el lugar donde Dios puede manifestarse con especial intensidad (por ejemplo, la columna de fuego y nubes que condujo al pueblo de Israel por el desierto; o el desierto en donde el bautista anunció la próxima venida del Mesías). El mismo doble sentido cobra en las vidas de los anacoretas: lugar de tentaciones donde se hacen presentes los demonios (por ejemplo, a san Antonio), pero también de mediación y de cercanía con Dios.<sup>734</sup>

Además de la simbología del desierto como lugar para la purificación y vencimiento de las tentaciones, es referencia de la espiritualidad que nace de lo agreste, tal y como lo apunta Cirlot:

... además, el desierto es el reino del sol, no en su aspecto de creador de energías sobre la tierra, sino como fulgor celeste, cegador en su manifestación [...] en cambio, la sequedad ardiente es el clima por excelencia de la espiritualidad pura y ascética, de la consunción del cuerpo para la salvación del alma.<sup>735</sup>

---

733 Hernández, 1968, p. 1099.

734 Becker, 2003, p. 106.

735 Cirlot, 1995, p. 167.

Ese fulgor celeste se emparenta con lo definido por Marsilio Ficino como divino, como se señala a continuación: “el fulgor divino o entusiasmo es una ‘cierta iluminación del alma racional por la que Dios hace volver el alma de las regiones inferiores a las superiores, después de que hubiera descendido de las superiores a las inferiores’”.<sup>736</sup>

El ambiente descrito para la ubicación del escenario místico que invita al recogimiento y la contemplación; es principio romántico simbolizado por las tumbas como la referencia de la perpetuidad y la memoria que en la noche estrechan sus comunes referencias:

Distínguese los objetos de una manera extraña y las visiones se suceden tan numerosas como los objetos. La cruz que se levanta triunfante en medio del cementerio, como símbolo cierto de futura resurrección, toma en medio de aquella inundación de tinieblas gigantes proporciones. Las tumbas de los que en un tiempo fueron víctimas voluntarias del amor divino se juntan en fraternal abrazo de unión sin fin. Y los cipreses y los mirtos se levantan orgullosos hasta el nivel de la torre del convento, y se entremezclan con las columnas del silencioso claustro.<sup>737</sup>

La noche y su oscuridad hacen más emblemática la aparición de las imágenes místicas, encabezadas por la cruz, como la mayor representación del cristianismo y la presencia de la esencia divina; además de representar la unión entre lo terreno y lo divino, que se diversifica sobre la tierra a través de los brazos de la cruz, simbolizando un abrazo místico que tiene como testigos de excepción a las tumbas del cementerio; el escenario de la espera perpetua mientras llegan los tiempos de resurrección:

... en el cristianismo y debido a la muerte de Cristo en la cruz, esta reviste significado especial como símbolo de la pasión, pero también

---

736 Marsilio Ficino, *Sobre el fulgor divino y otros textos*, 1993, p. XLIII.

737 Hernández, 1968, p. 1087.

la victoria de Cristo (aunque los primeros fieles tardaron bastante en admitirlo, porque, según las ideas antiguas, la muerte en la cruz era infamante, “un escándalo”, como escribió san Pablo).<sup>738</sup>

Por ello, considero conveniente trabajar simbólicamente las referencias que le dan sentido figurado a la composición estética de José Gregorio Hernández. Comencemos con la noche y, para ello, acudimos a Juan-Eduardo Cirlot y su *Diccionario de símbolos*:

Relacionada con el principio pasivo, lo femenino y el inconsciente. Hesíodo le dio el nombre de madre de los dioses por ser opinión de los griegos que la noche y las tinieblas han precedido la formación de todas las cosas. Por ello, como las aguas, tiene significado de fertilidad, virtualidad, simiente. Como estado previo, no es aun el día, pero lo promete y prepara.<sup>739</sup>

En medio de la noche y su conversión en estancia espiritual, surgen las posibilidades para la trascendencia del *ser* que escribe extasiado de las maravillas de la contemplación y la oración mística. Esa estancia colmada de oscuridad, calma y quietud, es atravesada por el tañer de la campana que inunda los espacios de la noche y las sombras con el sonido de la divinidad, el llamado al éxtasis místico; enriqueciéndose, de esa manera, el imaginario de la sublimidad que queda referido en el texto, ya que la campana está profundamente ligada al lenguaje místico:

Su sonido es símbolo del poder creador. Por su posición suspendida participa del sentido místico de todos los objetos colgados entre el cielo y la tierra; por su forma tiene relación con la bóveda y, en consecuencia, con el cielo.<sup>740</sup>

---

738 Becker, 2003, p. 93.

739 Cirlot, 1995, p. 326.

740 *Ibid.*, p. 117.

La campana representa el sentido bifronte de la imagen y el sonido, que vincula el cielo y la tierra; es la que llama a la oración o encuentro con la palabra sagrada: "... en el islam y en el cristianismo, el sonido de las campanas es el eco de la omnipotencia divina, como 'voz de dios'; al oírla el alma, se siente transportada más allá de los límites de lo terrenal"<sup>741</sup>. De esa manera está interpretada la figuración sónica de la campana en el texto de Hernández Cisneros, bajo sus acordes:

Los hombres duermen o corren al placer olvidados de Dios. Mas la campana vibra fuerte y pausadamente su voz metálica que recorre el ámbito espacioso y es reflejada en las colinas cercanas. Todo se estremece en la oscuridad. Las puertas de las celdas vanse abriendo una a una y dando salida a los religiosos con sus blancas vestiduras, los cuales marchan reposadamente en la oscuridad como sombras vagas que se dirigen al coro.<sup>742</sup>

El contraste de las sombras y las vestiduras conforman la polí-cromía espiritual, donde la noche es surcada desde la oscuridad; y el encierro de las celdas se abre hacia la libertad espiritual que depara el instante místico-reverencial de la capilla:

... en la capilla brilla apenas la luz de la pequeña lámpara que arde en el tabernáculo. Reina un silencio total, no interrumpido ni siquiera por los blandos pasos de los religiosos, que van colocándose en sus puestos en el coro y quedan allí inmóviles como estatuas y sumidos en profunda oración.<sup>743</sup>

El escenario e instantaneidad del momento místico es reflejado por la llama de una vela; luz tenue que invita al recogimiento y la espiritualidad; proyección de sombras que trasladan a espacios

---

741 Becker, 2003, p. 6.

742 Hernández, 1968, pp. 1099-1100.

743 *Ibid.*, p. 1100.

originarios donde la oración converge entre pasado y presente para invocar la presencia de lo divino:

Transcurridos breves instantes calla la campana. A la escasa luz de la lámpara se inventan también en la nave visiones fantásticas. Los libros corales proyectan sombras que semejan las ruinas de algún templo pagano y sobre las losas del pavimento aparecen, como las calaveras y osamentas, como las grandes tibias de esqueletos descomunales. Sobre el ara, el Cristo abre los brazos a la humanidad redimida como promesa inviolable de definitivo perdón.<sup>744</sup>

El tañer de la campana cede la voz a los cánticos que asumen la palabra sagrada, para invocar la presencia divina que desciende a través de los cantos y se concreta en el momento o instante litúrgico, que convalida lo terreno y lo divino; los momentos de la trascendencia donde lo humano se hace material para la incorporación de lo sublime:

Una señal que parte del fondo del coro interrumpe aquel recogimiento profundo y se da comienzo al canto. En primer lugar, se dice el *Invitatorio*, la invitación fraternal, el llamamiento a cantar las glorias de Dios en tono de alegría y esperanza: “Venid, ensalce-  
mos al Señor, alegrémonos en Dios nuestro Salvador... Nosotros  
somos su pueblo... Al oír hoy su voz no queráis endurecer vuestros  
corazones... Venid, adoremos al Rey”.<sup>745</sup>

El ser enunciante tiene conciencia plena de la majestuosidad del instante místico que representa la confluencia entre lo sagrado y lo terreno; oportunidad para sentir la presencia de lo divino: “largo rato continúa el himno, haciéndose cada vez más instante, como si quisiera convocar y congregar al mundo entero para aquella cándida fiesta del puro amor”<sup>746</sup>. El instante místico refleja la universalidad representada por la confluencia de los espíritus que cuidan el silencio,

---

744 *Idem.*

745 *Idem.*

746 *Idem.*

transformándose en las voces del silencio y la noche que trascienden la simple condición humana y mortal.

Los acordes y notas musicales se hacen sinonimia del silencio para expresar lo que el alma dicta en torno a la contemplación y exaltación de la deidad rectora de los designios del mundo:

Después empiezan los nocturnos. Al través de las notas musicales se adivina la ardiente pasión de los corazones que palpitan bajo aquellos sudarios por la gloria de Dios y por la mísera humanidad. Los coros alternan en animado y vehemente diálogo y los versos de David brotan de aquellos labios inmaculados como centellas viajeras de la tierra al cielo. Señor, Dios nuestro: ¡Cuán admirable es tu nombre en el universo entero!... ¡Cuán elevada es tu grandeza sobre los cielos!... ¡Los cielos narran la gloria del Señor y el firmamento anuncia la obra de sus manos!<sup>747</sup>

Los monjes son intermediarios de la voz divina que se manifiesta en medio del silencio y de los cánticos, que es la oportunidad de los mortales de encontrarse con la divinidad o, más bien, de preparar el mundo terreno para sentir la presencia del trascendido. A estas alturas de la narración, la posicionalidad enunciativa de quien narra en el texto cambia por completo y su intervención se hace aleccionadora y no meramente descriptiva. Ya deja de ser un mero espectador del instante místico y se integra a él:

La petición se hace inflamada por todos los hombres, nadie tema quedar excluido de aquella intercesión poderosa; y porque aquellos inmolados saben bien que Dios hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y que no hay faltas aisladas a causa del terrible contagio del mal, por eso cantan al cielo con tranquila confianza: ¿Quién podrá comprender lo que es el pecado? Límpiame de las culpas escondidas y de las ajenas... ¡Señor, mi favorecedor y mi redentor!<sup>748</sup>

---

747 *Idem.*

748 Hernández, 1968, pp. 1100-1101.

De esta manera, el enunciado narrativo adopta inserciones laudatorias a la divinidad, que confieren una finalidad práctica al texto en función de la exaltación del *ser* superior al que se refiere. Entonces, su lectura se diversifica en varios sentidos, entre ellos, dar a conocer los niveles de piedad y recogimiento de los cartujos; además de servir de forma enunciativa para alabar la presencia de Dios, que se hace luz viajera por el universo, dándole forma y armonía:

Las horas pasan como una ilusión y finalizan los *nocturnos* para dar comienzo a las *lecciones*. En evocación espléndida se cantan entonces las glorias de la creación. Las criaturas van apareciendo una a una, obedientes a la voz omnipotente que de la nada les da el ser. La luz empieza, desde aquel instante, su viaje fantástico por los indefinidos espacios del universo. La materia en estado caótico, la tierra informe y vacía, el sol, la luna y las estrellas. Luego se canta la maravillosa aparición de la vida en la tierra y en el fondo del mar, y en fin, en una frase musical anunciadora del gran suceso, se publica al mundo atónito la grandiosa aparición del hombre y su origen divino.<sup>749</sup>

Es interesante destacar que ese instante místico que queda impostado en la escritura contiene una profunda alegoría sobre la reiterada creación que se suscita en todo momento y lugar, cuando se practican los rituales y ceremoniales o, más bien, el ingreso a la creación espiritual que día a día vuelve a poblar los predios terrenos a través de la oración mística.

Mientras que el enunciante se escinde hacia la realidad, creando, de esta manera, dos realidades: una intemporal donde habita la divinidad a través de la ritualidad, y la otra, la temporalidad de la vida y los hombres. Ambas mediadas por la presencia de Dios en función de la oración mística: "... terminada aquella narración incomparable, la comunidad entera, conmovida, entona el grandioso

---

749 *Ibid.*, p. 1101.

himno triunfal: ¡A ti, los querubines y serafines a una voz te aclaman sin cesar santo!...<sup>750</sup>. Y terminada la narración, lo único que queda es la presencia de Dios que sigue presente en la cotidianidad de la vida y los hombres; siempre presente en el ritual que involucra la oración y el discurso místico; evidencia terrena del triunfo de la presencia de la divinidad:

La tierra y los demás astros continúan su incesante revolución en el espacio. Los hombres duermen o corren al placer por el ancho mundo. Las aves nocturnas ensayan su dulce canto. En el coro, el oficio divino se sigue desarrollando en toda su belleza, pidiéndose en él la misericordia y el perdón para los malos y para los buenos, para los que gozan y para los que sufren, principalmente para los dichosos porque a los que son desgraciados les sirve de crisol el sañudo dolor.<sup>751</sup>

Y al final del análisis de este texto, considero que la más firme intención de José Gregorio Hernández es darle toda una caracterización onírica que permite recrear y reescribir su experiencia en la Cartuja<sup>752</sup>. Ser presencia y espectador al mismo tiempo de un

---

750 *Ibid.*, p. 1100.

751 Hernández, 1968, p. 1101.

752 Este texto lo publica cuatro años después de intentar ingresar a la Orden Cartuja. Lugar que considera privilegiado en la tierra, tal y como se lo comunica en una carta fechada en Caracas, el 7 de octubre de 1912, a su amigo Santos Dominici; donde encontramos referencias epistolares de esta concepción estética de su vida:

Es verdad que he tenido que pasar por una crisis terrible que te quiero contar. Tú recuerdas que siempre he tenido el amor del convento. Con los años y a proporción que estudiaba la Iglesia en su dogma, en su moral y en su historia incomparable, aquel amor incipiente se desarrollaba como un árbol gigantesco y venía a orientar toda mi vida [...] Formé entonces el proyecto de entrar en la Cartuja, que de todas las órdenes religiosas era la que me parecía más adecuada a mi espíritu, un tanto contemplativo y amigo de la soledad. Y así lo hice: me desprendí de mi familia y dije adiós a nuestra querida patria, y me dirigí ganoso a aquel lugar de penitencia

momento que lo marcó para siempre en su vida espiritual. Lo que no pudo lograr en la vida real –convivir en la Cartuja– lo logra en el texto literario, como refiguración de la forma simbólica que otorga voz y sabiduría a la *voluntad* inquebrantable de un espíritu por trascender.

Indudablemente, estos textos, que hemos englobado dentro de la caracterización de *voluntad estética* en Hernández Cisneros, interpretan desde el discurso metafórico las relaciones del alma humana con el mundo y con Dios; privilegiando a los seres que, como él, lograron la trascendencia hacia esos espacios de excepción donde mora la divinidad y a los cuales se accede a través de la imaginación, iluminada interiormente por Dios que se transfigura en fe; esa fe que representa la iluminación del alma humana, que trasciende hacia los confines divinos y puede contemplar la imagen divina. Por lo tanto, es la formulación estética que se asienta en el alma y su figuración dentro de la voluntad humana. Referencia que crea la interdependencia entre gracia divina y voluntad humana, puesto que la gracia divina es una condición necesaria y la *voluntad* humana un factor requerido para que se produzca el viaje hipertélico hacia el encuentro con la divinidad.

---

y oración. Lo que en la Cartuja encontré supera toda descripción. Vi allí la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo lo demás de la tierra se vuelve lodo [...] Y en ese lugar celestial tuve yo la dicha de vivir nueve meses. Pero sucedió lo que era natural que sucediera al que, cegado por la pretensión y apoyado por su vanidad, había emprendido tan alto vuelo; carecía de muchas de las dotes requeridas en el instituto [...] No tenía las suficientes fuerzas físicas para resistir el frío, el ayuno, el trabajo manual, porque has de saber que yo me había ido en un estado de acabamiento tan grande que solo pesaba noventa y siete libras. No tenía el suficiente latín ni la demás ciencia indispensable para la profesión religiosa [...] ¡Qué caridad tan grande de aquel superior general que me soportó nueve meses viéndome tan incapaz! Al fin me dijo estas palabras, que eran una sentencia, pero también una esperanza: “Hijo mío, ya usted ve que no podemos recibirlo; vuélvase a su país y trate de adquirir lo que le falta” [...] Fue entonces que pasé por el terrible dolor de entrar nuevamente en el mundo. Y aquí estoy obedeciendo aquel mandato”.

En toda la obra de José Gregorio Hernández, la *voluntad* queda a disposición de Dios y, en los textos referidos anteriormente, es el testimonio de la presencia temporal de la divinidad en el hombre y la prueba de que la referencia del discurso estético es de origen divino; que tiene al hombre como mediador entre el mundo y la divinidad. Oficio y actividad que Hernández Cisneros desarrolló de manera total y plena, materializándola a través de su férrea *voluntad* que siempre se transfiguró en un canto para la divinidad; teniendo siempre presente que la palabra procede de Dios, siendo el hombre la encarnación de la palabra de Dios. Por lo que siempre se manifestó como un instrumento de Dios, y sus acciones producto de los dones celestiales que la divinidad le concedió, comenzando por el género humano: un privilegiado don celestial. Siempre y en todo momento manifestó su más grande y puro amor a Dios, haciendo de su día a día una inspiración divina del Dios instructor de ternura, poesía y amor, que lo condujo a contemplar el fulgor divino y nutrirse de él.

José Gregorio Hernández se sintió intérprete de la belleza divina a través de la exteriorización de una estética sensible a través de sus textos líricos-místicos, discursos de la trascendencia que representaron los instantes donde la divinidad se hace presencia; estando siempre henchido e inspirado por el ímpetu divino que lo condujo a la plenitud de la virtud, que le hizo rebasar la simple condición humana; lo llevó a ser alma racional que pudo contemplar la belleza divina desde la belleza sensible que su *voluntad* forjó para servir a Dios y a sus semejantes. Y en estos textos que hemos englobado dentro de la *voluntad* estética, hace una transferencia divina a través de la belleza y articulación simbólica del discurso literario; se hace lírico por inspiración divina, que conduce su alma hacia una eternidad conferida solo a seres de infinita excepción; tal y como nos lo enseña la historia de la humanidad.

*... El hombre es dueño de sus actos por la razón y la voluntad,  
de lo cual se infiere que el libre albedrío es una facultad de la voluntad y de  
la razón...*

SANTO TOMÁS DE AQUINO

*Si hay algo en nosotros verdaderamente divino, es la voluntad.  
Por ella afirmamos la personalidad, templamos el carácter,  
desafiamos la adversidad, reconstruimos el cerebro  
y nos superamos diariamente.*

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL



## Capítulo 5

### José Gregorio Hernández, el caballero de la fe

Creo que en ningún momento he llamado a José Gregorio Hernández ni doctor, ni santo; solo lo he llamado por su nombre porque en todo momento he pretendido, ojalá lo haya logrado, mostrar la construcción de un *ser* profundamente humano; AL HOMBRE, en mayúsculas, que trascendió de la vida científica hacia el espacio de lo místico mediante un destino donde, indudablemente, encontró a Dios. Por lo que se puede afirmar que logró su cometido al transfigurarse en *caballero de la fe*, ejecutor de una *filosofía de la voluntad* que traspasa fronteras y edifica mundos para la trascendencia; y he aquí una de las razones, de las poderosas razones por las cuales José Gregorio Hernández es un *ser* excepcional, que tenía plena conciencia de la obra de los hombres fundada en lo imperecedero.

Y en esta denominación asumo los postulados de Sören Kierkegaard sobre el *caballero de la fe*, para definir el ser en el estadio religioso que aparece encarnado en la figura bíblica de Abraham. *Caballero de la fe* porque su vida aparece inextricablemente unida a la filosofía; donde los razonamientos se anudan inevitablemente a los acontecimientos vitales. Desde esta consideración de Kierkegaard, el primer principio característico de este *caballero* consiste en el amor incondicionado a Dios, que lo lleva hasta la misma supresión ética,

puesto que: "... el deber absoluto puede llevar entonces a hacer lo que la ética prohibiría"<sup>753</sup>. Y ese deber absoluto debe ser con Dios, para no caer en los terrenos de la desesperación y así alcanzar la realización sublime, puesto que: "... toda experiencia humana que no tenga conciencia de sí misma en cuanto espíritu ante Dios. Toda existencia humana que no se base de un modo transparente en Dios. Toda vida semejante no es más que una desesperación".<sup>754</sup>

Para el *caballero de la fe*, como lo fue para José Gregorio Hernández, el centro del hombre debe ser Dios en su más conspicua transparencia. De allí que todos los placeres deben ser relevados en función de la presencia de Dios y, al unísono, al crecimiento del *ser* frente a Dios y a él mismo; porque según Kierkegaard:

¡Se ha hablado mucho sobre desperdiciar la propia vida! Sin embargo, no hay nada más que una vida desperdiciada, la del hombre que la vivió todo engañado por los placeres y aflicciones de la vida, la del hombre que jamás llegó a ser consciente de sí mismo en cuanto a espíritu, en cuanto yo, eterna y decisivamente, o lo que es lo mismo, que jamás llegó a ser consciente y alcanzó en percibir en lo más profundo que Dios existe y que "él mismo", su propio yo, existía delante de este Dios.<sup>755</sup>

Por lo tanto, el *ser* se mantiene vinculado estrechamente a Dios, y uno de esos vínculos está soportado por la fe dentro de su asertividad<sup>756</sup>; que antes de ser un acto trascendente se convierte en acto

---

753 Sören Kierkegaard. *Temor y temblor*: 1995, p. 30.

754 Sören Kierkegaard. *La enfermedad mortal*: 1969, p. 101.

755 *Ibid.*, p. 71.

756 Kierkegaard asocia esta asertividad con la "mundanidad de la fe" para significarla fuera de lo trascendente, pero en el caso de José Gregorio Hernández esta fe, expresada como acto individual, busca la mirada trascendente que lo lleve a ingresar en el espacio de la representación de la divinidad. Obviamente, ese acto de fe es la expresión terrena que muestra la *voluntad* del oferente de postrarse a los pies de la divinidad; hecho más que evidente en Hernández Cisneros.

individual soportado por la *voluntad* y no en el conocimiento; porque “... la filosofía no puede ni debe darnos la fe”<sup>757</sup>. Implicando que la fe no trasciende la razón, sino que le es ajena; un acto de asertividad, de afirmación incondicional; además que ese acto individual e indivisible que representa la fe procura la soledad reflexiva<sup>758</sup> que asume el *caballero de la fe*: “... quien echa adelante por el estrecho sendero de la fe no podrá encontrar a nadie que pueda darle una mano, que pueda el hombre comprenderle”.<sup>759</sup>

La fe se convierte en espacio de enunciación desde donde se crea el espacio de la representación, donde el ser se manifiesta de la manera más sentida y extraordinaria a través de una “pasión” que trasciende lo corporal y llega a “... instalarse en la fe que, siendo irrebasable, constituye la más alta pasión del hombre”<sup>760</sup>; y esa pasión extraordinaria del hombre halla la explicación de la existencia mediante la fe en Dios. Este rasgo es fundamental para

---

757 Kierkegaard, *op. cit.*, 1995, p. 26.

758 Como una acción concreta y precisa de esta soledad reflexiva en José Gregorio Hernández, recordemos que intentó pertenecer a la orden de los cartujos, quienes tienen como principio de devoción el silencio, tal y como rezan sus estatutos:

“... la suavidad de la salmodia, el gusto por la lectura, el fervor de la oración, la profundidad de la meditación, las luces de la contemplación y el don de lágrimas, en ninguna parte pueden encontrar un ambiente tan propicio como en la soledad”.

Y esa soledad interior es un proceso espiritual por el que la memoria, el entendimiento y la *voluntad* van alejándose de todo interés y gusto por las cosas. En su lugar, Dios comienza a ser sentido como lo único que puede saciar los hondones del espíritu. Solo cuando el cartujo descubre, admirado, que ya solo le llena Dios, empieza a ser de verdad contemplativo. “Este sentir que ya solo le llena Dios produce tal sensación de libertad interior y de gozo que es difícil expresar con las palabras”. Y en ese ambiente, José Gregorio Hernández, convertido en fray Marcelo, buscó servirle a Dios desde el sentido más profundo y extraordinario; una muestra fehaciente de su vocación de servicio y entrega al servicio de Dios.

759 Kierkegaard, *op. cit.*, 1995, p. 56.

760 *Ibid.*, p. 104.

la catalogación pretendida sobre José Gregorio Hernández, porque Kierkegaard otorga una prospectiva comunitaria al *caballero de la fe* al relacionarlo con lo epocal. Bajo esta consideración, nuestra perspectiva de análisis se concreta y materializa en torno a Hernández Cisneros como *caballero de la fe*.

Para Kierkegaard, la sociedad ideal será aquella que esté formada por *caballeros de la fe*, representada por la manifestación de la interioridad en correspondencia con la inserción del “caballero” en el espacio comunitario. En este espacio “... se divierte un poco, participa en todo, y cada vez que se le ve intervenir en lo particular lo hace con esa tenacidad que es más típica del hombre mundano, cuyo espíritu está apegado a semejantes cosas circmundanas”<sup>761</sup>.

---

761 Los biógrafos de José Gregorio Hernández lo han vinculado al baile. Y como fuentes de sostén y referencia citan a Temístocles Carvallo, esposo de la hermana mayor de Hernández Cisneros, María Antonia, a quien atribuyen una anécdota ocurrida en Valera el 24 de diciembre de 1888, donde baila “hasta las cuatro de la mañana” y, en continuación de su viaje a Mérida, asiste a otro baile el 31 de diciembre, aunque refleja que en el primer minuto del año nuevo estuvo en oración. También existe la referencia del baile el día de su graduación en casa de sus amigos Dominici; o la invitación a un baile en París, adonde asiste una prostituta con quien conversa largo rato y la deja impresionada por su santidad. Lo cierto es que vive en una época tumultuosa, convulsa por los procesos políticos y carencias sociales, de la cual se yergue un hombre, un *humano ser* que crece en la trascendencia como el único camino para alcanzar la realización. Aun cuando no la alcanzó por vía del ejercicio religioso formal, la alcanzó en su ejercicio cotidiano. Por lo menos, lo del baile en Valera queda corroborado por él mismo en carta a Santos Dominici, fechada de enero 14 de 1889 desde Colón, estado Táchira: “... me detuve a comprar unos dulces para mitigar la sensación de hambre que se desarrolla en mí de una manera poderosa, una vez que monto a caballo; inmediatamente, me vi rodeado de todos mis amigos de aquel lugar que me agarraban y en un abrir y cerrar los ojos me desmontaron y participáronme que habían resuelto que me quedaría ese día allí para bailar en la noche, yo me rehusaba firmemente y me excusaba de mil modos; todo fue inútil: no hubo más remedio que acceder y bailar toda la noche hasta que a las cuatro monté a caballo para

Pero, además de estar inserto dentro de la cotidianidad que le toca vivir, lo hace desde el paradigma del hombre en estado religioso; un modelo no solo individual, sino integrado a la comunidad donde encuentra sentido para su vida y tiene una determinante prospectiva dentro de ella.

De esta manera, el *caballero de la fe* construye una filosofía del sentido –o de la *voluntad*–, que interconecta lo cotidiano con lo trascendente, vincula la fe a los propósitos de vida del creyente, que llega a lograr a través de la fe lo que se puede considerar imposible en el mundo meramente racionalista-objetivo; porque, para Kierkegaard, ese sinónimo de *voluntad* que él llama “asertividad” es la generadora de sentido que, a través de la elección, funda un tono marcadamente constructivo y resolutivo: “La elección en sí misma es crucial para la conformación de la personalidad: a través de la elección, la personalidad se sumerge en lo que se está eligiendo, mientras que cuando no hay elección la personalidad se atrofia”.<sup>762</sup>

Todo este planteamiento de Kierkegaard conduce hacia los horizontes del existencialismo que le hallan sentido a la vida en la interioridad/soledad del *ser*, que accede a la divinidad a través de la fe, como lo hizo Abraham: “Obedecer –*ob-audire*– en la fe es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la sagrada escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma”.<sup>763</sup>

Y de la anterior consideración sobre la fe, estimo conveniente rescatar la expresión “someterse libremente”, porque el sometimiento bajo la convicción de la fe es “acto voluntario” y genuina expresión de libertad del creyente de adaptarse a los designios de

---

seguir mi viaje; muy maltratado llegué a Timotes sin que durante el día se presentase ningún incidente particular. (Kierkegaard, *op. cit.*, 1995, p. 31).

762 Kierkegaard. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*, 2006, p. 64.

763 *Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, p. 41.

la divinidad; tal y como lo hizo José Gregorio Hernández, quien percibió en lo imperceptible la grandeza de la Creación divina. Y de esta manera, practicó el concepto de fe que profesaba Abraham: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven”<sup>764</sup>, “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia”<sup>765</sup>. Gracias a esta “fe poderosa”<sup>766</sup>, Abraham vino a ser “el padre de los creyentes”<sup>767, 768</sup>.

Además de la vinculación con la divinidad, la fe involucra el acto profundamente humano que crea una lógica de sentido desde la más intensa convicción subjetiva, demostrando una decisión que, fehacientemente, demuestra la convicción. Convicción que vence el simple tradicionalismo de creer en Dios o el mero cumplimiento de mínimas actividades que tienen más carácter social o convencional, que su remisión a un acto de profunda fe. Y esas acciones son las que hacen destacar a los seres de excepciones sobre sus semejantes; esa forma de conducir su intención espiritual hacia estadios sorprendentemente sublimes, donde, indudablemente, está José Gregorio Hernández como ejemplo de fuerza y talante cristiano.

Por eso considero que ha habido un peligroso salto, un arriesgado paréntesis entre lo humano, lo divino y la vocación de servicio de José Gregorio Hernández; porque siempre lo vemos en la iconografía cotidiana como trascendido, sin indagar en ese proceso trascendente que se funda en la *filosofía de la voluntad*<sup>769</sup> y deviene en el surgimiento de un *caballero de la fe*, que reúne todas las cualidades para ser beatificado. Obviamente, hay que reconocer que la vida y obra de José Gregorio Hernández ha despertado y seguirá despertando

---

764 Hb 11.1.

765 Rm 4, 3; cf. Gn 16,6.

766 Rm 4, 20.

767 Rm 4, 11.18; cf. Gn 15, 15.

768 *Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, p. 41.

769 Y ello, indudablemente, ha influido en su proceso de canonización; además de otros elementos que no es menester puntualizar en este momento.

interés en el mundo intelectual y el fervor de un pueblo que lo venera con fe y devoción, pero, al mismo tiempo, nos damos cuenta de que se ha preferido la anécdota que la indagatoria filosófica y allí, irremediamente, se ha caído en los caminos de la especulación.

De la misma manera, debemos insistir que la grandeza de José Gregorio Hernández parte de lo humano y la convicción de ser terreno y finito, pero actuó para la infinitud eterna donde los vacíos existenciales se llenan con la presencia de lo divino. Y así lo llevó a cabo Hernández Cisneros en sus denodados esfuerzos por servir a los demás y los intentos por ingresar a las órdenes sagradas, pero, al mismo tiempo, creando una forma muy particular de materializar su cometido cristiano; de justificar su paso por la vida, dejando profundas e inigualables huellas; de vivir para sí y la Creación divina e incluso desarrollar una vida enteramente monástica, que fue admirada por sus contemporáneos del mundo científico y, obviamente, respetada por quienes asumieron el sacerdocio como forma de vida.

Ello se puede apreciar en las recomendaciones que integrantes del clero hacen para su ingreso a la Orden Cartuja, tal es el caso de monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas y testigo de la vocación y entrega de José Gregorio Hernández a la causa de Dios. A monseñor Castro se le atribuye la expresión: "... se necesita un Santo para salvar a Venezuela, preparemos los caminos por donde ha de venir ese santo, que él vendrá en hora de Dios y nuestra Patria se salvará bajo el apostolado de un Santo".<sup>770</sup>

Y en la intención de destacar a José Gregorio Hernández como *Caballero de la fe*, considero prudente hacer énfasis en esta expresión de monseñor Castro, porque ella puede prestarse a interpretaciones fundamentalmente políticas a través de "salvar a Venezuela"; y más aún en estos tiempos cuando los liderazgos sociales brillan por su ausencia, no sean tomadas estas palabras desde el punto de vista de proselitismo político. Pero ya involucrado en el contenido

---

770 En: <http://reportecatolico.com/2014/11/>

político-social, creo que para salvar a Venezuela se requieren *caballeros de la fe* que, desde lo profundamente espiritual, reorienten los caminos de una nación desbordada por lo individualismos y proyecciones personales. Y en este sentido, quiero traer a colación a otro trujillano que superó las simples condiciones mortales y finitas, y a través de su obra literaria-intelectual dejó un importante legado para reflexionar sobre lo “venezolano”, desde el hombre como ser profundamente potencial.

Indudablemente, me estoy refiriendo a Mario Briceño-Iragorry, quien también encontró en el camino cristiano la forma de sostener la vida, de compartir su trabajo diplomático, intelectual y de figura pública, con el ejercicio religioso como una voluntad y acto de fe. Por ello, en un texto publicado en 1927, “Al superhombre cristiano”, encontramos la definición de un ser trascendido que media entre los presupuestos del cristianismo y los planteamientos de Nietzsche; un ser necesario para superar la concepción filosófica y práctica de la bestia, el hombre como bestia. Al respecto, Briceño-Iragorry aduce que el cristianismo:

Ha buscado el mejoramiento del hombre por la apertura de vías superiores, que le ofrecen un plano de perfectibilidad situado más allá del campo humano presente. Ateniéndose a la doble naturaleza del hombre, ha escogido la parte superior, la parte que le pone en contacto con Dios y con los ángeles, para obtener por medio de su educación una criatura mejorada, poseedora de la Superconciencia luminosa. La ética de Nietzsche lleva a una conclusión de matiz contrario; exaltar las fuerzas que el cristianismo ha procurado domeñar, y tipificar un hombre donde se hallen dominantes todos los instintos orgánicos y subconscientes.<sup>771</sup>

Mientras que el planteamiento de Superhombre, de Nietzsche, parte de la exaltación del hombre inferior, propuesta que nace

---

771 Mario Briceño-Iragorry. *Obras completas*, vol. 18, 1993, pp. 318-319.

diametralmente opuesta a la de la moral cristiana; en medio de esas definiciones, Briceño-Iragorry postula al “Superhombre cristiano” como aquel que parte de él mismo en busca de ideales superiores:

El Superhombre no habrá de ser un tipo de aislamiento, como lo anunciaba el de Basilea. Solo posible por medio de un mejoramiento realizado en los planos de la conciencia nueva, será criatura universal, de tipo común. A él llegaremos por medio de una educación interior, dirigida a mejorar nuestra naturaleza por el gobierno de la parte más elevada. Será el imperio de la Superconciencia, de esta región de nosotros mismos que procura el dominio integral del “Yo”. Y cuando esto advenga en progreso social, habrá de definirse como un caso de conciencia, como la resultante de nuestro concepto espiritualista de la vida hecha liviana y digna del progreso incesante, que nos elevará por escala ideal a la comunión con el *absoluto*. Realizárase la *semejanza con Dios* de la filosofía platónica, tan bien definida en aquella “huida” de nosotros mismos –enseñaba en los *Diálogos*–, donde se ve un anuncio del *Cántico Espiritual*<sup>772</sup>. En cambio el hombre encerrado en sus atributos inferiores, de dominio de la ciencia positiva, llamado está siempre a permanecer en un campo de lucha menguada, donde el egoísmo y la soberbia justificarían las más pobres acciones.<sup>773</sup>

Bajo estas apreciaciones, seguimos girando en torno a la trascendencia en función de los ideales que se propone el hombre en función de lo que podemos definir como suprasensible; elemento unificante de las cualidades espirituales que conllevan a los fines más nobles y sublimes, En todo caso, será la certeza sensible que hace actuar en función de la *voluntad*, la libertad y la moral. Y en

---

772 Obviamente, Briceño-Iragorry refiere aquí el famoso texto de san Juan de la Cruz, que contempla la unión matrimonial espiritual entre el alma y Cristo, luego que esta pasa por tres estadios o vías espirituales, a saber: la purgativa, la iluminativa y la unitiva.

773 Briceño, *op. cit.*, 1993, pp. 319-320.

esa certeza de lo sensible, ubica Briceño-Iragorri el ideal del hombre ligado a la santidad:

Este tipo ideal de un hombre perfecto lo ha compendiado el cristianismo en la figura albísima de sus santos, vestidura virtual que puede lograr en medio de las actividades sociales toda criatura que ello le induzca. Es el hombre vencedor de sí mismo, de su propia naturaleza inferior, sacrificada en aras del mundo nuevo, de una jerarquía que conduce a planos angélicos. Tal estado no se halla en oposición con las vías prácticas que ejercita la sociedad como llevaras a fines materiales. No hay divorcio entre el “santo”, como un tipo de aspiración individual, y el hombre llamado a cumplir un deber social.<sup>774</sup>

De allí que José Gregorio es el *superhombre cristiano* que trascendió a través de una certeza sensible, desde su condición de hombre que trajinó los caminos de la santidad en torno a su desempeño como ciudadano común; hombre de fe y ciencia que vio en sus semejantes la oportunidad de encontrar la redención divina en medio de la devoción y la humildad; un hombre superconsciente, según la siguiente apreciación de Briceño-Iragorri:

Las virtudes del cristianismo invocan para el hombre superconsciente, aunque sean obtenibles solo por medio de un proceso de renunciación, prestan a aquel una dignidad nueva y enaltecida. Tales atributos, lejos de compendiar un arma de lucha social, lo son de labor interior, callada, mística... La humildad que caracteriza al “santo” no es disimulo para la consecución de fines utilitaristas, dejaría de serlo, se desvirtuaría la palabra hasta en su sentido lexicográfico.<sup>775</sup>

Desde esta reflexión, *Superhombre cristiano* encarna el paradigma de un nuevo hombre capaz de transformar a partir de su esencia

---

774 *Ibid.*, p. 320.

775 *Idem.*

espiritual; es la trasmutación entre lo humano y el superhombre que media entre lo inferior y lo superior, a través de su conciencia trascendental e ideales de perfección:

... en la aparición plenaria del ‘hombre nuevo’, del *Superhombre cristiano*, se ha señalado como lo único que puede traer a la Tierra un imperio del Deber y la Justicia, de la Belleza y del Amor, para una ascensión a regiones ignoradas donde este último *muove il sole e l’altre stelle*<sup>776, 777</sup>.

Entonces, José Gregorio Hernández no es un hombre, es un *Superhombre cristiano* que, bajo una acrisolada obra de santidad, mora en la infinitud eterna, en lo impercedero fundado sobre aquellas piedras que forman parte de la gran edificación universal, supeditada sobre la arquitectura de la sensibilidad que llevó a convertir el pensamiento científico de Hernández Cisneros en constelativo cuerpo que siempre tuvo como columna vertebral el sujeto sensible, provisto de la mirada excepcional para captar lo no visible y hacerlo convicción humana, acto de fe. Y de esta manera se consagró como laico a la causa de Dios, respondiendo fehacientemente a lo que señala la Iglesia católica al respecto:

Los laicos consagrados a Cristo y ungidos por el espíritu Santo están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso en las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios, Padre de la celebración de la Eucaristía, uniéndolos a la ofrenda del

---

776 Último verso del Paraíso de *La Divina Comedia*, de Dante, que significa “mueve el sol y otras estrellas”: el amor que mueve el sol y las otras estrellas.

777 Briceño, *op. cit.*, 1993, p. 323.

cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta sana, consagran el mundo mismo a Dios.<sup>778, 779</sup>

A este hecho Merleau-Ponty lo designa con el nombre de *historicidad primordial*, para referir la conversión de la ciencia en una filosofía; en genuina expresión de la sensibilidad del hombre que es capaz de crear una lógica de sentido subjetivada:

Es necesario que el pensamiento de ciencia –pensamiento de sobrevuelo, pensamiento del objeto en general– se vuelva a situar en un “hay” previo en el sitio, en el suelo del mundo sensible y del mundo trabajado, tal y como está en nuestra vida; para nuestro cuerpo, no ese cuerpo posible del que fácilmente se puede sostener que es una máquina de información, sino este cuerpo actual que llamo mío, el centinela que asiste silenciosamente mis palabras y mis actos. Es necesario que con mi cuerpo se despierten los *cuerpos asociados*, los otros, que no son mis congéneres como dice la zoología, pero me acechan y a los que acecho, con los que acecho un solo *ser* actual, presente, como nunca un animal ha acechado a los de su especie, a su territorio, a su medio. En su historicidad primordial, el pensamiento alegre e improvisador de la ciencia aprenderá a posarse en las cosas mismas y en sí mismo, llegará a ser filosofía.<sup>780</sup>

De la misma manera pensaba José Gregorio Hernández, quien creía en la filosofía como una forma de vida y orientación de la parte existencial del *ser*: “Es necesario poseer una formación filosófica, como condición previa al estudio de cualquier materia científica, de manera de ir amoldando todo conocimiento científico a aquella estructura filosófica, sin la cual no deberá admitirse ninguno de aquellos

---

778 LG 34; cf. LG 10.

779 *Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, p. 215.

780 Merleau-Ponty, 1964, pp. 11-12.

conocimientos, sino condicionalmente”<sup>781</sup>. Creía que la filosofía era consustancial al hombre y formaba parte de su naturaleza misma: “En el niño observamos que tan luego como comienza a dar indicaciones del desarrollo intelectual, empieza a ser filósofo; le preocupa la causalidad, la modalidad, la finalidad de todo cuanto ve”<sup>782</sup>.

Por esta operacionalidad, José Gregorio Hernández hace del apostolado científico una filosofía; un *modus vivendi* que impregna su vida en todas las facetas que desempeñó. Representa la mirada excepcional que simboliza una transustanciación del cuerpo humano en cuerpo místico; cuerpo operante en esa trans migración entre lo terreno y lo sagrado; lo visible e invisible; “cuerpo operante que no es un pedazo de espacio, un fascículo de funciones, sino un entrelazado de visión y movimiento”<sup>783</sup>. Y dentro de ese cuerpo operante encontramos la mirada como principio totalizador del *ser* mismo, ese *ser* en su expresión humana que

... está aquí cuando entre vidente y visible, entre quien toca y lo tocado, entre un ojo y el otro, entre la mano y la mano se hace una especie de recruzamiento, cuando se alumbra una chispa entre el que siente y el sensible, cuando prende ese fuego que no cesará de quemar, hasta que el accidente del cuerpo deshaga lo que ningún accidente hubiera bastado para hacerlo.<sup>784</sup>

La sensibilidad trascendente se hace mirada que restituye los índices de significación a partir de la constante búsqueda de los elementos fundamentales y fundacionales de su fe y vocación. Porque la fe es la mirada de reactualización de los compromisos adquiridos por el creyente, para quien: “El acto de la mirada no se agota en el momento; lleva consigo un impulso perseverante, una reanudación

---

781 Hernández, 2021, p. 17.

782 *Ibid.*, p. 23.

783 *Ibid.*, p. 15.

784 Merleau- Ponty, 1986, p. 18.

obstinada, como si estuviera animado por la esperanza de acrecentar su descubrimiento o reconquistar lo que se le está escapando”<sup>785</sup>. Y como hemos visto, José Gregorio Hernández articuló disímiles miradas para intentar cristalizar la imagen de la divinidad que pretendía alcanzar e, indudablemente, quedó patentizado en el recorrido místico que simbolizó, en sus textos de creación literaria, lo que hemos referido como la *voluntad* estética; los discursos de la trascendencia legados como testimonio.

Además de ver en su cotidianidad elementos que invocaban la presencia de la trascendencia humana a través de la fe en los más humildes y limpios de corazón, como los llamó en algún momento. Como la creencia en Dios produce heroicidad en medio del dolor y el sufrimiento como pruebas de purificación y santidad, hecho fácilmente demostrable por medio de la anécdota que cuenta en una carta fechada desde Maracaibo en 1888 a su amigo Santos Domínguez:

Había un hombre que tuvo una fractura de fémur y, por haberlo mantenido cerca de cuarenta días en un aparato inamovible de madera, tuvo una inmensa escara de decúbito; había que tenerlo enteramente desnudo y lavarle constantemente la úlcera, y en la cara de la hermana que lo asistía vi tanta santidad durante la cura que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada.<sup>786</sup>

Son cuerpos sutiles que se constelan en espacios de significación a partir de elementos trascendentes del espíritu, que, a su vez, representan la plena consciencia del goce que significa asumir la vida voluntariosa como un existencial; forma de vida que demarca la subjetividad libre y activa; una ontología de la subjetividad que permita ejercer la filosofía de la conciencia; preceptos que requerirán de un *cuero sutil*, “que no solo proporciona el vehículo de los sueños, del amor y de los influjos mágicos, sino que aparece también

---

785 Jean Starobinski. *El ojo vivo*, 2002, p. 10.

786 Hernández, 1944, p. 35.

estrecha y enigmáticamente unido a las creaciones más nobles de la cultura humana”<sup>787</sup>

Indudablemente, José Gregorio Hernández es un cuerpo sutil, trascendido a través de la práctica de la *filosofía de la voluntad* y ubicado en regiones transparentes, donde es posible encontrar significado a los postulados cristianos e, indefectiblemente, construir una certeza desde lo sensible sobre la existencia de Dios. Existencia revelada y testificada por el hombre bienaventurado, que ha tenido el privilegio de ver a Dios, tal y como lo contiene el *Nuevo Catecismo de la Iglesia católica*:

“Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”. Ciertamente, según su grandeza y de su inexplicable gloria, “nadie verá a Dios y seguirá viviendo”, porque el Padre es inasequible: pero su amor, su bondad hacia los hombres y su omnipotencia llegan hasta conceder a los que lo aman el privilegio de ver a Dios... “porque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios”.<sup>788</sup>

José Gregorio Hernández, con su acción, vocación y santidad, vio a Dios a través de una mirada trascendental, materializada en el prójimo como a sí mismo, en el amor que prodigó a la divinidad, en el deseo de servir de la manera más íntegra y decidida al autor de la Creación. Miradas subyacentes en su verbo y acción; discurso y oración como las formas de alabar y consagrar vida y obra en función de un ideal interpretado desde la filosofía de la voluntad, donde siempre pensó con el alma que en el infinito estaba la perfección; porque en el infinito mora Dios y su *voluntad* que rigió sus pasos y caminos hacia la santidad, aún no oficializada por la Iglesia católica.

Santidad que veía en quien sufría y aceptaba estoicamente lo que el catolicismo determinaría como pruebas de Dios; tal es el caso de la enfermedad, cuando afirmaba que “Las enfermedades son la verdadera prueba en la cual se nos demuestra claramente nuestra

---

787 Agamben, 2006, p. 62.

788 S. Ireneo, haer. 4, 20,5. (395).

nada y ahora me entrego con más resignación en las manos de Dios”. Pero, al mismo tiempo, el forjamiento de la *voluntad* para distinguir entre el bien y el mal, el amor y la mediación en la justicia, de ese *ser* que a través de la *voluntad* llegó a ser persona que construyó su identidad de sujeto constituido a través de la acción, el discurso de la fe y la vocación. Donde todas sus virtudes son el poder de la metaforización de la filosofía de la *voluntad* que llegó a edificar una conciencia que le permite conocerse a sí mismo en correspondencia con el otro; al mismo tiempo que esa conciencia voluntariosa es la potencia que se reactualiza en medio de su devenir dentro de la vida activa y la vida contemplativa.

Y aquí es necesario construir una analogía entre lo activo y lo contemplativo, a partir de la vida de José Gregorio Hernández, donde la vida activa fue fielmente contemplativa o, más bien, la contemplación fue vida activa que logra incorporar lo colectivo y lo individual a través de la amalgama espiritual, que trasciende lo histórico a partir de una concepción de lo humano, estructurada en el discurso y la acción; la acción y la contemplación como el estado más elevado y sublime del espíritu, más bien, la *vida del espíritu* de José Gregorio Hernández que ha trascendido épocas y momentos históricos para eternizarse en la historicidad espiritual de los tiempos presentes y los venideros, que siempre seguirán en la eterna búsqueda de la realización, más allá de lo objetivo y crasamente racional.

Será, pues, la mirada del *caballero de la fe* que, asido a la *filosofía de la voluntad*, dejó un camino donde convergen la ciencia y la filosofía como brazos complementarios de la sensibilidad humana y la constitución del *ser*.

*... La voluntad es la raíz de la libertad,  
como sujeto suyo...*

SANTO TOMÁS DE AQUINO

*Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos,  
ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.*

JESÚS DE NAZARET



## Epílogo

Lo que comenzó siendo un compromiso académico, además de representar la oportunidad de regresar a compartir, veinte años después, en el Seminario Mayor Sagrado Corazón de Jesús de Trujillo, se transformó en la maravillosa oportunidad de sentir la cercanía de José Gregorio Hernández en mi vida; cercanía que va más allá de llevar su nombre por promesa de mi padre. Leer sus obras e indagar sobre su vida se convirtieron en placentera tarea que hoy me reconcilia espiritualmente con Dios. Más aún, en circunstancia adversa ocurrida recientemente con un sobrino que sufrió un atentado delincuencial al recibir un disparo en la cara; hecho que la ciencia médica no encuentra explicaciones de su sobrevivencia ni de su asombrosa mejoría, seguro estoy de que en ese momento intervino José Gregorio Hernández; momento que coincide con la escritura de este texto que ha tomado para mí dimensiones de una importancia indescriptible, porque se convirtió en diálogo silente para descubrir la magnificencia de una vida que nos permite seguir sostenidos en lo profundamente espiritual, como vínculo y manifestación esencialmente humana. No hay palabras para explicar ese tránsito; lo cierto es que la vivencia y la sensación de este maravilloso viaje queda a flor de piel, y en los intentos por expresar un testimonio de fe y devoción, renacidos bajo la égida del *Superhombre cristiano, Caballero de la fe*: José Gregorio Hernández Cisneros.

EL PARAÍSO, SEPTIEMBRE DE 2015



# Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio. (2006). *Estancias. La palabra y el fantasma y la cultura occidental*. España: Pre-Textos.
- ARISTÓTELES. (1962). *Del sentido y lo sensible. La memoria y el recuerdo*. México: Aguilar.
- ARENDRT, Hannah. (1984). *La vida del espíritu*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- BACHELARD, Gaston. (1999). *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BACHELARD, Gaston. (1962). *La poética de la ensoñación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BALLESTERO, Manuel. (1990). *El principio romántico*. Barcelona, España: Anthropos / Orbis.
- BECKER, Udo. (2003). *Enciclopedia de los símbolos*. Barcelona: Ediciones Robinbook.
- BÉGUIN, Albert. (1996). *El alma romántica y el sueño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDEIU, Pierre. (2010). *El sentido social del gusto*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- BRICEÑO-IRAGORRY, Mario. (1993). *Obras completas*. Vol. 18. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- CASSIRER, Ernst. (1951). *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. (1992).

- CHEVALIER, Jacques. (1960). *Historia del pensamiento*. Vol. II: “El pensamiento cristiano”. Madrid: Aguilar.
- CIRLOT, Juan-Eduardo. (1995). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial labor.
- DAMASCENO, Juan. (2003). *Exposición de fe*. Introducción, traducción y notas de Juan Pablo Torrebierte. Madrid: Aguilar.
- DESCARTES, René. (1995). *Principios de filosofía*. Barcelona: Alianza Editorial.
- DESCARTES, René. (1977). *Meditación cuarta*. Madrid: Alfaguara.
- DUNS SCOTO, Juan. (2007). *Naturaleza y voluntad*. España: Universidad de Navarra. Cuadernos de Anuario filosófico.
- FICINO, Marsilio. (1993). *Sobre el fulgor divino y otros textos*. España: Anthropos.
- FRANKL, Viktor. (1971). *El hombre en busca de sentido*. España: Editorial Herder.
- FREUD, Sigmund. (1986). *Psicopatología de la vida cotidiana*. México: Gedisa.
- GADAMER, Hans-Georg. (1993). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- GONZÁLEZ SERRANO, Urbano. (1997). “Consideraciones sobre el arte y la poesía”, en: *Krausismo: estética y literatura*. Selección y edición Juan López-Morillas. España: Editorial Labor.
- GREIMAS, Algirdas y Fontanille, Jacques. (1994). *Semiótica de las pasiones*. México. Siglo Veintiuno Editores.
- HABERMAS, Jürgen. (1990). *Pensamiento postmetafísico*. Madrid: Taurus.
- HABERMAS, Jürgen. (1999). *Fragmentos filosóficos-teológicos. De la impresión sensible a la expresión simbólica*. Madrid: Editorial Trotta.
- HEGEL, G. W. F. (1966). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HEIDEGGER, Martin. (1995). *Schelling y la libertad humana*. Caracas: Monte Ávila Editores.

- HEIDEGGER, Martin. (2000). *Nietzsche*. Trad. J. L. Vernal. 3.<sup>a</sup> ed. II. Barcelona: Destino.
- HERNÁNDEZ CISNEROS, José Gregorio. (1968). *Obras completas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- HERNÁNDEZ CARMONA, Luis Javier. (2013). *Hermenéutica y semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia*. Vicerrectorado Administrativo. Universidad de Los Andes. Mérida.
- HUME, David. (1989). *Sobre la norma del gusto*. Barcelona: Ediciones Península.
- JASPERS, Karl. (1958-9). *Filosofía*. Vol. II. Madrid: Revista de Occidente.
- KANT, Immanuel. (1968). *Crítica del juicio*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- KANT, Immanuel. (1990). *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*. Madrid: Alianza Editorial.
- KANT, Immanuel. (2003). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Trad. M. García Morente. Madrid: Editorial Encuentro.
- KIERKEGAARD, Sören. (1969). *La enfermedad mortal*. Madrid: Guadarrama.
- KIERKEGAARD, Sören. (1995). *Temor y temblor*. Madrid: Editorial Tecnos.
- KIERKEGAARD, Sören. (2006). *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*. Madrid: Editorial Trotta.
- LEIBNIZ GOTTFRIED, Wilhelm. (1981). *Monadología*. España: Penralfa.
- LOCKE, John. (2007). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Editorial Porrúa.
- MERLEAU-PONTY, Maurice. (2013). *El ojo y el espíritu*. Barcelona: Ediciones Gredos.
- NIETZSCHE, Friedrich. (2000). *La voluntad de poder*. Madrid: Biblioteca Edaf.

- PAZ, Octavio. (1981). *Los hijos del limo*. España: Seix Barral.
- RIEGL, Alois. (1980). *Problemas de estilo. Fundamentos para una historia de la ornamentación*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ROIG, Andrés Arturo. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SAFRANSKI, Rüdiger. (2009). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. España: Tusquets Editores.
- SAN AGUSTÍN. (1999). *Confesiones*. Madrid: Alianza Editorial.
- SCHELLING, Friedrich. W. J. (1985). *Bruno o sobre el principio divino y natural de las cosas*. Introducción y traducción de Francesc Pereña. Barcelona: Orbis.
- SCHELLING, Friedrich. W. J. (1998). *Filosofía de la revelación*. Int. y trad. J. C. Cruz. Cuadernos de Anuario filosófico, n.º 51. Pamplona: Universidad de Navarra.
- SCHOPENHAUER, Arthur. (1985). *El mundo como voluntad y representación*. Madrid. Cincel.
- SOSA, Arturo. (1985). "La corriente positivista en el pensamiento venezolano". En: *Ensayos sobre pensamiento positivista venezolano*. Caracas: Ediciones Centauro.
- STAROBINSKI, Jean. (2002). *El ojo vivo*. Madrid: Cuatro Ediciones.
- ZEA, Leopoldo. (1972). *América como conciencia*. México: Universidad Autónoma.
- ZUBIRI, Xavier. (1980). *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Madrid: Aguilar.

# Índice

A MODO DE PRESENTACIÓN	11
A MODO DE EXCUSA	19
CAPÍTULO 1.	
UNA ACOTACIÓN NECESARIA	
LA FILOSOFÍA ENTRE EL ACAECER Y EL ACONTECER DEL SUJETO	23
La imaginación; los reinos de lo sublime	42
La razón; la imperfecta razón	83
La voluntad: el poder/querer de la libertad humana	87
La estética y la búsqueda de la razón perfecta	109
La moral, el gran constructo de lo humano	126
El deber y la voluntad; la forja de la perfectibilidad	134
El ser; las razones superiores de la existencia humana	141
De la metafísica a la conciencia trascendente; la existencia de Dios	159
CAPÍTULO 2. LA VOLUNTAD Y LA CONTINGENCIA DEL SER	209
CAPÍTULO 3.	
FILOSOFÍA Y SABIDURÍA: EL DESCUBRIMIENTO DEL SER	249

CAPÍTULO 4. LA VOLUNTAD ESTÉTICA; LA CONCIENCIA TRASCENDENTE DEL SER	295
CAPÍTULO 5. JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ, EL CABALLERO DE LA FE	359
EPÍLOGO	377
BIBLIOGRAFÍA	379





*José Gregorio Hernández*  
*Caballero de la fe*  
Digital  
Fundación Editorial El perro y la rana  
Caracas, Venezuela,  
en el mes de junio de 2025





Esta singular apreciación describe las reflexiones de José Gregorio Hernández acerca del ser y las motivaciones que generan su voluntad. Reflexiones que acuden a demostrar que la voluntad es la forma superior de la actividad humana, así como el instinto es la forma ínfima de ella; y que esta es dirigida en los actos por la reflexión, es decir, por la conciencia y la inteligencia, convirtiéndose en la fuerza del espíritu a la hora de tomar decisiones. Sin apartar el campo espiritual y el profundo acto de devoción que manifestó en vida, ayudando a los más necesitados, la obra de José Gregorio enfoca la expresión genuina del sujeto que lo hace diferenciarse de los animales, direccionando acciones hacia determinados objetivos e interacciones en diversos contextos de producción del conocimiento humano.

### **LUIS JAVIER HERNÁNDEZ CARMONA (Boconó, 1957)**

Profesor titular de la Universidad de los Andes (ULA), Venezuela. Licenciado en Educación, mención Castellano y Literatura (ULA). Magíster en Literatura Latinoamericana (ULA). Doctor en Ciencias Humanas (LUZ). Coordinador general en el Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL-ULA). Miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española. Autor de más de una veintena de libros sobre semiótica; literatura regional, venezolana y latinoamericana; y de creación literaria en los géneros narrativos y lírico.

IMPRESO EN TIEMPOS DE  
GUERRA ECONÓMICA  
CONTRA VENEZUELA